

# Enseñame a olvidar



**ERICA M. CHAPMAN**



ERICA M. CHAPMAN

*Enseñame  
a olvidar*



Título original: *Teach Me to Forget*

Traducción: Juanjo Estrella

1.<sup>a</sup> edición: septiembre de 2017

© 2017 by Erica M. Chapman

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gracia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Printed in Spain

ISBN: 978-84-666-6209-3

DLB 16.202-2017

Impreso por QP PRINT

¿CÓMO APRENDER A VIVIR MIENTRAS ESPERAS  
EL DÍA EN QUE HAS DECIDIDO MORIR?

Ellery lo tiene todo listo. Ha comprado una pistola. Ha preparado su propio entierro. Ha elegido el día y la hora.

Lo único que le falta es morir.

Pero al apretar el gatillo, algo falla. Ellery no está muerta, por mucho que lo desee. En un segundo todos sus planes se desvanecen, y lo único que le queda es un arma defectuosa y veintiocho días por delante: los que quedan hasta el 31 de octubre, la fecha en que volverá a intentar suicidarse.

La intención de Ellery es pasar sus últimos días lo más inadvertida posible y que su muerte no moleste a nadie. Pero Colter Sawyer, quien lleva tiempo observándola, ve en ella algo que le resulta familiar, y no tardará en unir las piezas y dar con su secreto.

Veintiocho oportunidades para seguir con vida, para retomar viejas amistades, para enamorarse. Veintiocho oportunidades para aprender a olvidar.

*6 horas*

Noto que mi aliento se solidifica al pasar de los pulmones al susurro.

—Adiós, Jackson Gray.

Siempre lo llamo por su nombre y apellido. Como si fuera una estrella de cine. Y él no lo soporta. Una fina capa de lágrimas cubre mis ojos, y tras ella su cara aparece borrosa, como si lo mirara a través de uno de esos espejos deformantes de las ferias. Aun borrosa, su sonrisa siempre es perfecta y sincera. Me pregunto si la mía será alguna vez tan encantadora como la suya, sobre todo ahora que finjo que no me va a costar pasar el resto del día.

Él tuerce el gesto y me mira como si me hubieran salido cuernos.

—¿Estás llorando? Sé que es difícil separarse de mí, pero... —dice, dejando que la frase quede suspendida, como hace siempre. Esboza una sonrisa tonta, y al hacerlo me muestra unos dientes blancos que contrastan con su piel aceitunada.

Aprieto los puños con fuerza, exigiendo a mis lágrimas que se sequen deprisa.

—Es el viento.

Recorre el aparcamiento con la mirada, como intentando detectar la brisa, antes de posarla de nuevo en mí.

—Está bien.

Se encoge de hombros.

Las ramas de los árboles dejan de mecerse, y el pelo, de pronto, cae y abandona la rebelión de hace un momento. Yo me lo aparto de la cara. Jackson me mira, confuso, consulta el móvil y se aleja.

—¡Voy a volver! —grita, ya cerca del coche.

Yo lo sigo.

—¿Qué? —Intento camuflar el tono de mi voz para que parezca más

normal.

Se vuelve, la nariz aún enterrada en el móvil.

—Jaclyn me ha llamado para decirme que tenemos que hablar. No sé qué debo hacer.

Yo le dedico mi gesto de «eres idiota».

—¿Hablar con ella?

Alza la cabeza y se ríe, frotándose la barriga como si tuviera hambre, como suele ser el caso.

—Está bien, está bien —dice, y la preocupación va apoderándose de su rostro—. Eh... ¿En serio estás bien? Pareces un poco...

A su voz asoma la intranquilidad. Tal vez acaba de darse cuenta de que me estoy despidiendo de él por última vez.

Yo me río, porque eso es lo que se supone que debe hacer la Alegre Ellery.

—Estoy bien, tonto.

—Mira —me dice acompañando la palabra con un gesto de la mano, para reforzarla—. Necesito tu consejo, y no quiero hablar de esto en el aparcamiento. Ya sé que me has dicho que esta noche estabas ocupada, pero solo será un seg...

—No —respondo demasiado rápido, cortándolo.

—Sí —insiste él con una sonrisa picara. El pelo negro le ondea al viento.

—No.

Siempre lo hacemos así, hasta que el otro se rinde.

Él entorna los ojos y cruza los brazos sobre el pecho.

—Sí.

Suspiro. Me está cambiando los planes. Esta es nuestra despedida, aquí. No en mi casa, donde en todos los rincones acechan los recuerdos.

—No.

Me sonrío de nuevo.

—Sí —dice con voz suave, sincera.

No va a ceder. Lo noto. Yo me quejo un poco, y él sabe que ya me tiene.

—Nos vemos en un rato —sentencia, abriendo la puerta de ese coche de mierda que tiene todo oxidado, hecho polvo.

Hace solo un año el mundo me tenía acorralada, pero ahora me está devorando viva, me digiere despacio, como el chicle que me he tragado a la hora de comer. Me miro los zapatos, que se hunden en el suelo, uno más que el otro.

Veo mi todoterreno Ford en el aparcamiento, y me quedo un momento de

pie, quieta, para recordar todos los momentos que he vivido en él; cuando Jackson me enseñó a conducir, cuando... ¿Va a ser así todo el día, yo de pie frente a mi vida, respirando recuerdos y despidiéndome de objetos inanimados?

Me siento y agarro el volante con las dos manos, aprieto fuerte para notar el cuero, para darme cuenta de que este es el último viaje que voy a hacer desde el colegio. Es miércoles. Yo habría escogido un viernes para suicidarme, pero mi madre trabaja los fines de semana y no quiero que tenga que dedicarse a recoger mi cadáver un viernes. Mejor un miércoles.

Pongo la radio y escucho mi canción favorita. Está llena de acordes estridentes de guitarra y gritos. Es perfecta. Subo el volumen, bajo la ventanilla, dejo que el viento fresco de Grand Creek, Indiana, me cubra la cara con mis mechones castaños, que me cortan la piel como pequeños cuchillos peludos.

El plan ya está listo. He reservado algo de dinero (no es suficiente, pero ayudará) para el funeral, para que mamá no tenga que pagarlo todo. Llevaba un año ahorrando para mi viaje a París; pero como ya no voy a ir nunca a París, creo que esta será una buena inversión. De todos modos, no me merezco ir a París. He contratado al equipo de limpieza para mañana por la mañana, y les he explicado que es una sorpresa para mi madre, que es siempre la que limpia la casa. Incluso me han felicitado por ser tan buena hija. He tenido que guardar ese recuerdo en un compartimento cerrado para que no me persiga durante las últimas veinticuatro horas. El arma está en mi armario. Solo tiene una bala en la recámara.

Me recorre un atisbo de temor, una sensación que se pierde, bastante parecida a la que sentí el día en que decidí que este sería el último. Desde entonces se repite. El vaivén de las variables desconocidas de mi plan. Esperaré un poco, a ver si la sensación se amortigua. A Jackson le hará daño. Ha sido mi mejor amigo desde que se subió al árbol de mi casa y se rompió la pierna cuando íbamos a segundo. Lo superará. Encontrará a otro amigo. Alguien que lo merezca más que yo.

Llego a casa y subo corriendo a mi habitación sin detenerme en la cocina, donde está mi madre preparando algo que huele a una mezcla de repollo y tarta de manzana. Tuerzo el gesto cuando ese olor se cruza en mi camino, y subo la escalera más deprisa para que ella no me pille y me obligue a comer lo que sea que ha matado en la cocina. Aún no he tenido el valor de decirle que soy vegetariana desde hace seis meses. Ahora ya no tendrá que saberlo. Me grita

algo desde abajo, pero no la entiendo. Me meto en la habitación y, frenéticamente, dispongo las cosas que he ido preparando. Voy desperdigando ropa y libros por el cuarto para que parezca más vivido que antes de guardarlo todo.

Llaman a la puerta una sola vez, y el ruido sordo me sobresalta.

—Cariño... Está aquí Jackson. Le digo que entre. ¿Estás visible?

—No. Estoy desnuda.

Oigo que le dice a Jackson que estoy «indispuesta».

—No estoy desnuda, mamá. Puede entrar.

—Ya lo sabía —dice ella, guasona.

La puerta se abre despacio y Jackson entra en la habitación. Es alto. Se pasa la mano por el pelo. Siempre lo ha llevado así, con un desaliño que le queda bien, como si no le hiciera caso desde hace diez años. Lleva los zapatos manchados, y los cordones siempre desabrochados. La camisa está arrugada por encima del musculoso pecho, y sobre la tela hay estampada una frase sobre fútbol americano que no pillo. Nunca cambia. Creo que eso es lo que más me gusta de él. Que es predecible.

—Está bien, Jackson Gray. ¿Qué harías tú esta vez? —le digo, burlándome de él. Cada vez se me da mejor fingir.

Se deja caer sobre mi cama y mira a su alrededor, extrañado al verla vacía.

—¿Te vas?

Frunce el ceño, confundido, pero al momento su gesto cambia por otro de desconfianza.

—¿Dónde está el póster de Duran Duran que te regalé?

Yo nací a finales de los noventa y, aunque me encantan algunas canciones buenas del grunge, soy fan de los ochenta. Adoro todo lo que tiene que ver con esa era. Jackson me regaló el póster de Duran Duran por mi último cumpleaños. Está firmado por todos sus miembros. A mamá le da mucha risa, y dice que es «típico de mí» que me gusten los grupos que a ella le encantaban cuando era joven.

Tengo que sacarme de la manga una mentira para que Jackson siga sin sospechar nada. Rebusco alguna idea en mi cerebro. Antes se daba cuenta cuando le mentía, pero he mejorado bastante.

—Es que voy a pintar la habitación —le digo, evitando mirarlo a los ojos, a ver si se lo traga.

—De rosa no, supongo.



Sonrío.

—No, de rosa no.

—Bien.

Jackson acepta las cosas sin más. Nunca pide explicaciones. Es como una especie de Ricitos de Oro, siempre discreto. En fútbol no es ni de los mejores ni de los peores, pero no se esfuerza por progresar. Lo mismo le pasa en clase, que le da igual no subir de notable. No es capitán de nada.

Eso es algo que tenemos en común. Pero aquí acaba nuestro parecido.

—Has venido por algo, ¿no? —le pregunto, recogiendo un libro y dejándolo en un estante vacío.

Vuelve a mirar a su alrededor, y los nervios se apoderan de mí.

—Aquí hay algo que no encaja, no sé... —dice, entornando los ojos.

Tal vez lo he subestimado.

—Háblame de Jaclyn. Ha besado a Jeremy, ¿verdad? ¿Es eso?

Él aprieta los labios.

—¿Cómo te has enterado? —dice, pasándose entre los dedos un bolígrafo que ha encontrado en el suelo—. Eh... De todos modos, esa relación ha terminado. Y tú ya sabías que terminaría. —Y de la garganta le sale un sonido que es mitad carcajada mitad «soy demasiado duro para reírme»—. ¿Y tú qué tal?

Se me hiela el cuerpo. Soy un iceberg a punto de estrellarme contra el *Titanic*.

No me da tiempo a mentirle de nuevo.

—Llevas días rara. ¿Qué coño te pasa? No se te estará... —dice, para que me sincere con él, que es lo que normalmente consigue.

«Yendo la cabeza», termino yo su frase mentalmente.

La Alegre Ellery no está haciendo su trabajo. Dentro de mí crece el enfado y amenaza con estallar. No puedo consentir que nadie eche a perder mis planes: meses de preparación y engaños. Me calmo. Pongo cara de póquer.

—Jackson Gray, los dos sabemos que soy rara. Por eso me adoras —le digo en broma, a ver si así lo convengo de que no pasa nada.

—Te adoro, sí —replica él muy serio mientras, desconfiado, me sigue con la mirada por toda la habitación.

—Da igual, como está claro que no estás aquí para escuchar mis sabios consejos sobre el amor, yo tengo que volver con mi primer amor... los deberes de clase.

Me abrazo a mi libro de cálculo y con un movimiento de cabeza le señalo

la puerta.

Él se incorpora en la cama, se levanta y se mete las manos en los bolsillos.

—Muy bien. Ya me voy. ¿Entonces? ¿Tengo que cortar con Jaclyn?

Yo me río y le doy un golpecito en la pierna.

—Sí. Ha besado a otro.

Él asiente, despacio, como si en realidad se estuviera planteando la decisión.

—Claro, sí. ¿Nos vemos mañana? —me pregunta. Yo asiento, incapaz de mentirle una vez más.

*5 minutos*

La luna está en lo alto del cielo, bailando entre la niebla, intentando ocultar sus moratones. Me habla. «Ellery —me dice—. No escogiste nacer, pero puedes escoger morir.» Refleja mis cicatrices, mi decisión callada. No cambia. Cuando yo ya no esté, la luna seguirá brillando en el cielo y desapareciendo entre nubes, llorando por el sol de la mañana. Esta noche, esa idea me consuela.

Llevo una camisa fina, y siento el viento helado. Me bajo más las mangas, me cubro las cicatrices y consulto el teléfono.

Cinco minutos.

Decidí que empezaría a prepararme a las 20.13. Eso me da el tiempo justo para hacer todo lo necesario antes de apretar el gatillo a las 20.27. No quiero morir a una hora en punto, eso es tan tópico... Mi muerte no será un tópico, aunque sospecho que ya lo es.

Eso no puedo evitarlo. Dentro de cinco minutos ya no importará.

El viento silba en la oscuridad cuando me apoyo en la desgastada barandilla del porche trasero. La noche resulta hipnótica, con unas estrellas muy brillantes que se agrupan para formar constelaciones que ojalá conociera. Un destello cruza el cielo, y no pido ningún deseo. No me hace falta. Además, seguro que es un satélite, o un avión.

Vuelvo a consultar la hora en el móvil.

Las 20.13.

Contemplo las cifras y se tornan borrosas. Vuelvo a mirar el cielo negro. Los latidos de mi corazón retumban en mis lágrimas, en mi garganta, mientras el viento agita las hojas secas que están a punto de caer de los árboles. Cierro los ojos, sonrío, aspiro por última vez y me vuelvo para entrar.

El turno de mi madre, que es enfermera, acaba a las doce de la noche.

Tengo mucho tiempo. Una fugaz sombra de duda me recorre todo el cuerpo al entrar en mi dormitorio. La hundo en la boca del estómago y la guardo con el resto de los recuerdos que he intentado olvidar.

No hay lugar para la duda.

A veces me pregunto si en la fracción de segundo que habrá después de apretar el gatillo cambiaré de opinión, decidiré que debo vivir. Eso es algo que me atormenta, pero yo solo sé una cosa: no merezco vivir. Así de simple. El mundo será un lugar mejor si yo no estoy en él. Los coches pasarán por delante de mi casa, los niños jugarán a pelota, los mejores amigos seguirán compartiendo sus secretos.

Las hermanas seguirán yendo al zoo.

Abro la puerta del armario y me arrodillo, las rodillas crujen como palos resecos, y alcanzo el arma. Leí en alguna parte que las mujeres preferían las pastillas para quitarse la vida. Yo siempre he pensado que eso no es serio. Si quieres morir, lo haces así. Un disparo y basta. Sin posibilidad de arrepentirse.

La escopeta es grande, y sus ángulos duros resplandecen a la luz tenue de la lámpara. No me gusta nada que sea tan larga. Ojalá fuera una pistola, pero aquí es casi imposible conseguirlas. Si viviera en una gran ciudad, tal vez habría podido conseguir una ilegalmente, pero como vivo en este agujero diminuto tendré que conformarme con lo que tengo. Servirá. Compruebo que la bala siga en su sitio, y entonces respiro hondo y me voy al baño. Despliego la toalla azul marino que he escogido (por su color) y la extiendo. Me siento delante del retrete sobre la alfombrilla, esa fea alfombrilla rosa, deshilacliada, que me rasca las piernas.

No la echaré de menos.

Respiro más deprisa, y el corazón bombea como si supiera que sus latidos están contados. .

«Buen intento, corazón.»

Fijo la escopeta, la apoyo en el tocador. Es aparatosa y pesada, y tengo que cambiar de posición para que encaje bien. Me meto la punta en la boca, moviéndome para asegurarme de que la trayectoria alcanzará el cerebro.

No quiero quedar herida. Ese es mi peor temor.

El frío metal sabe a moneda sucia. Tengo la boca pequeña, y los bordes del arma me arañan los dientes. Alargo el brazo y coloco el dedo en el gatillo.

Y entonces juraría que el aire huele a champú...

—¿Tate?

Silencio.

Cierro los ojos, y en mi mente se arremolinan imágenes fijas de personas y recuerdos desordenados.

Los abrazos de Jackson cuando Tate murió.

Mamá diciéndome que lo sentía.

Papá diciéndome que era culpa mía.

No tienes por qué hacerlo.

La risa de Tate mientras persigue a las cabras en el zoo. Su risa tan dulce.

Las lágrimas resbalan como torrentes sobre mis mejillas.

El arma choca contra el tocador, hace vibrar el cañón en mi boca. Bajo la mirada y me doy cuenta de que me tiemblan las manos.

Cierro los ojos.

El puente.

Tate gritando.

Cayendo.

No tengo alternativa.

Aprieto el gatillo.

La Alegre Ellery ya no está.

Clic.

No hay disparo.

¿Estoy muerta?

Me palpo el cuerpo. Sigo viva.

—¿Qué mierda es esta?

Me quito la escopeta de la boca. Está mojada de lágrimas y saliva, y resbala un poco. Reviso la recámara una vez más. La bala sigue ahí. Vuelvo a introducirme el cañón en la boca y aprieto el gatillo.

Nada.

Disparo ocho veces más antes de apartarla.

¿Por qué no la probaría antes?

No sirvo ni siquiera para morirme. Y ahora voy a tener que llamar a la empresa de limpieza y cancelarlo todo, joder. A la mierda mis planes.

La habitación se encoge mientras yo busco una cuchilla de afeitar. Descubro que cuesta más de localizar que una escopeta un sábado de niebla en el Kmart, a última hora. Abro los cajones del tocador, no encuentro nada que me sirva, los cierro de golpe. Me siento en el suelo, agarro la escopeta rota, apunto hacia el techo y aprieto el gatillo. Un estruendo resuena en el aire y yo salgo disparada hacia atrás. Me cae escayola en el pelo, que de castaño pasa a blanco en un momento. En los plafones estucados ha aparecido un agujero pequeño.

¿Cómo diablos...?

Cuando tiro al suelo el arma, en el dormitorio reverbera un eco como de campana rota. Diez veces y la muy cabrona no se ha disparado.

Por favor. Déjame morir.

Ahora no me salen las lágrimas. No soy débil. Otro plan. Lo único que necesito es tener otro plan. Levanto la escopeta de la fea alfombrilla rosa, me

incorporo y me dirijo a mi habitación. Está totalmente vacía, no hay nada que muestre quién soy.

Consulto el teléfono.

Las 20.32.

El Kmart todavía está abierto, y el chico al que le pedí que comprara por mí la escopeta me dio el comprobante. No podía hacerlo yo porque tengo diecisiete años y hay que tener dieciocho. A él no pareció importarle lo que yo fuera a hacer con el arma. Eso debería haberme alarmado, pero la verdad es que yo la quería y no me importaba nada más.

Creo que puedo pasar por una chica de dieciocho años.

Mi todoterreno destartado parece a punto de estropearse durante el trayecto hacia el Kmart. Solo quedan cuatro coches en el aparcamiento, ni uno más ni uno menos. Tres de ellos están viejos y oxidados. El otro es un Escalade blanco que parece recién salido del concesionario. La luz de una farola parpadea y crea sombras móviles sobre el asfalto gris. Me bajo del coche y me llevo la bolsa en la que he metido las piezas de la escopeta. He buscado en Google cómo desmontarla para que no parezca que quiero ir por ahí cargándomelo todo a tiros. Abro con los codos las puertas de cristal, con cuidado de no tocar nada con los dedos. En el tirador hay una especie de moco seco.

Qué asco.

El mostrador de atención al cliente está en la otra punta de mi zona de aparcamiento. Me acerco despacio y apoyo la bolsa en el frontal. Me mira desde las alturas una chica alta y delgada, de pelo lacio y ojos tan saltones que parece que se los hubieran sacado con una cuchara. Es tan alta como Jackson. Algo se me retuerce en el estómago cuando pienso en su nombre. Reconozco la culpa, pero no hago caso. No tengo opción.

En la placa que lleva pone que se llama Clementine.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Quiero devolver una cosa.

Ella me da un formulario.

—Rellena esto —dice con voz monocorde, como si estuviera aburrida y pensara en cuánto le queda para salir, o tal vez en cuándo podrá dejar el trabajo y dedicarse a bailar en el bar todo el día.

Hay que ser muy mala para pensar así. Iré derecha al infierno.

Relleno el formulario y levanto el arma desmontada, y solo cuando la saco de la bolsa me doy cuenta de que parece que tenga otras intenciones. La punta

del cañón apenas toca el mostrador y Clementine se pone tan pálida como la pared que tiene detrás.

—No pienso atracar a nadie. Pero tienes que devolverme el dinero. No funciona.

Ella me mira como si me salieran caracoles de las orejas.

Rebusco en el bolsillo y saco el comprobante de compra.

—Tengo el recibo.

Ella sigue mirándome fijamente, ladea un poco la cabeza, me repasa de arriba abajo.

Yo sostengo el cañón en una mano y el comprobante en la otra, y me siento como una tonta.

—Mira, está claro que está estropeada. Solo quiero cambiarla o que me devuelvan el dinero. He tenido una noche muy larga.

Ella suspira.

—Oye, niña. Faltan unos cinco minutos para cerrar... ¿Y tú llegas aquí empuñando un arma?

«¿Acaba de usar la palabra “empuñando”?»

—Sí, ya lo sé. Pero ¿podéis devolverme el dinero o cambiarme la escopeta por otra?

Ella me arrebató el comprobante de la mano.

—Este comprobante es del Walmart.

Y me lo devuelve de mala manera.

Ah, claro, del Walmart, no del Kmart. Parece más ofendida que si acabara de comunicarle que Ted Nugent , había abandonado la Asociación Nacional del Rifle.

—Disculpa, me he confundido de «mart».

—Diría que aquí ni siquiera vendemos armas —dice.

—Culpa mía.

Meto de nuevo el cañón en la bolsa y salgo del Kmart, decidida a irme al Walmart para que me devuelvan el dinero, o al menos para que me cambien la escopeta por otra.

En ese momento alguien me agarra de un brazo y me obliga a retroceder.

—Acompáñame. Ahora —dice una voz a mis espaldas. Suena autoritaria.

—Esto es por lo del arma, ¿verdad?



La habitación en la que me encuentro es pequeña, y las paredes están llenas de carteles sobre seguridad y subsidios a trabajadores. No creía que mi tarde pudiera empeorar, pero entonces veo que el guardia de seguridad es Colter Sawyer, de mi clase de lengua. Se ha quedado con mi escopeta y está llamando por teléfono desde otra habitación. Los nervios me recorren todo el cuerpo, y hago esfuerzos por respirar con normalidad. Escondo los brazos llenos de cicatrices debajo de las piernas, porque si me los ve lo sabrá. Quizá ya lo sabe. La habitación está en silencio, salvo por el gorgoteo de la fuente de agua que hay en la esquina.

Me da miedo tocar nada.

En el pasillo resuenan unos pasos, e inmediatamente después se abre la puerta.

Colter me mira con detenimiento, de arriba abajo. Un destello en sus ojos me dice que me ha reconocido, pero no va a decir nada.

—¿Qué hacía con un arma, señorita Stevens? —me pregunta, sentándose en la silla que tengo delante, y que chirría.

«¿Señorita Stevens? ¿En serio? Él va a segundo y yo a primero. Venga ya, no hay tanta diferencia.»

—Tengo el comprobante. Quería devolverla. Está estropeada.

Entrecierra los ojos mientras asimila lo que acabo de decirle. No me cree. Piensa que quería robarles. Pero vamos a ver, ¿qué iba a llevarme yo de allí?

—Equivocarme de comprobante no me convierte en delincuente.

Él se pasa la lengua por los labios y se apoya en el respaldo de la silla, que chirría tanto que estoy a punto de taparme los oídos. Por su aspecto se diría que es alguien que intenta por todos los medios pasar inadvertido. El pelo moreno le sale por debajo de la gorra de los Yankees y lleva los vaqueros rotos a la altura del muslo. Cada cinco segundos crepita el *walkie-*

*talkie* que le cuelga de un costado. Me viene a la mente un recuerdo de la clase que compartimos. Un día le dijo al profesor Kramer que no se enteraba de nada si no sabía que Shakespeare era un perverso. Recuerdo haberme reído con aquel comentario. Por debajo de aquella gorra de béisbol manchada debe de haber algo de sentido del humor.

Anota algo en un cuaderno de aspecto oficial. Intento ver qué, pero él aparta los papeles y me mira con desprecio. Yo me bajo bien las mangas para que no me vea las cicatrices y vuelvo a apoyarme en el respaldo de mi silla.

Cierra el cuaderno y deja el bolígrafo encima.

—¿Con quién puedo comunicarme para que pasen a recogerla? ¿Sus padres están en casa?

—Tengo coche. Mi madre está en el trabajo. —Tamborileo con los dedos en el escritorio, con ritmo inconstante—. ¿Me van a devolver el arma?

Suelta un suspiro de impaciencia.

—No —responde con un aplomo en la voz que me sorprende. Se inclina sobre la mesa y acerca la cara a la mía. Huele a una mezcla de colonia y sudor. Vuelve a repasarne con la mirada.

—Yo te conozco.

—Pues qué suerte tienes.

—Podría hacer que te detuvieran.

—La escopeta la compré yo —le miento.

Arruga los labios y se apoya en el respaldo, que chirría como si pidiera a gritos que lo engrasaran. Esos sonidos se me clavan en el cerebro. Me mira fijamente, juzgándome.

—Es imposible que alguien te haya vendido esta escopeta. Eso lo sabemos los dos.

Me revuelvo un poco en la silla y cruzo los pies, y por enésima vez tengo que repetir: —Tengo el comprobante.

—Voy a preguntártelo una vez más. ¿De dónde has sacado el arma?

—La compré yo.

Él no puede demostrar lo contrario, pero el tercer grado al que me somete empieza a surtir efecto. Trago saliva y me vuelvo hacia la fuente de agua.

Se rasca la nuca y suelta el aire.

—Pongamos que te creo. ¿Por qué querrías devolverla?

—No funciona —le digo, haciendo todo lo posible por no sonar altiva.

Levanta un brazo.

—¿Sabes qué? Muy bien, de acuerdo. Pero alguien tiene que venir a

buscarte. ¿Y tu padre? ¿Y tu madre?

No quiero llamar a Jackson, pero no tengo a nadie más.

—Puedo irme sola...

—No. Eres una chica... —Escoge con cuidado la palabra que viene a continuación—. Inestable, en el mejor de los casos.

No es el peor insulto que me han dedicado.

Los chasquidos del *walkie-talkie* me sobresaltan y doy un respingo en mi asiento. Me repongo enseguida y confío en que no se haya dado cuenta de lo nerviosa que estoy.

—Puedo llamar a Jackson —digo, y me tiembla un poco la voz.

—¿A Jackson Gray? —Tuerce el gesto, alza la vista al cielo y su expresión es de pronto contemplativa. Parpadea una vez y vuelve a clavarme la mirada.

Se supone que tiene que venir a buscarte un progenitor o un tutor.

—Por favor. Mi madre trabaja de noche, y prefiero no... implicarla.

Su expresión comprensiva me dice todo lo que quiero saber. Va a dejarme marchar.

—De acuerdo. Pero llamaré a Jackson.

Le doy el número y diez minutos después Jackson ya está frente a mí, indignado, con la cara muy roja, dispuesto a decirme de todo. Colter le explica qué ha ocurrido y Jackson no deja de dedicarme miradas escandalizadas mientras meneaba la cabeza. Jackson es siglos mayor que yo. Es algo que a todo el mundo menos a él le resulta obvio.

Me agarra del brazo, como hace un rato ha hecho Colter, me saca a rastras del cuartito y salimos a la fría noche.

—¿Ese es Colter Sawyer?

—Sí. Si alguna vez vuelvo a dirigirle la palabra lo llamaré Tom Sawyer. Seguro que no le gusta nada.

—¿En qué coño estabas pens...?

No termina la pregunta.

—Estaba estropeada.

Se vuelve a mirarme con cara de enfado y cierra los puños con fuerza. Los nudillos se le ponen blancos.

—¿Y qué hacías tú con una escopeta?

Ninguna de las mentiras que podría contarle tendría sentido. Podría fingir un desmayo. Tal vez podría simplemente salir corriendo. Pero él es rápido y me atraparía. Así que le digo: —Me la encontré.

En mi tono de voz yo misma noto que es mentira. Está tan claro que eso no

es verdad que si pudiera me pegaría a mí misma por ser tan tonta. Pero si he venido hasta aquí para devolverla...

Debería planificar también mis mentiras.

—Venga, Ell, ¿qué coño está pasando aquí? A ti nunca te han gustado las armas y ahora intentas devolver una en plena noche, en un Kmart de la zona este. ¿Estás loca o qué?

—No es en plena noche. Solo son las diez.

Él me clava la mirada. La siento muy adentro. No quiero decepcionarlo.

—Hay alguien que me acosa. Quiero protegerme.

Su enfado se transforma en preocupación, pero vuelve al enfado una vez más.

—¿Y esperas que me lo crea?

—Es verdad.

—¿Por qué una escopeta? No es algo que se consiga fácilmente, así como así. ¿Para qué ibas a necesitar un arma? Si realmente hubiera un acosador, yo lo sabría.

—Alguien la compró por mí.

Aquello no era mentira. Había encontrado a un tipo fuera del Walmart y le había pedido que me la comprara. Primero me pareció que era un Kmart porque más o menos se parecen y el Walmart está solo una calle más abajo. Fue muy fácil convencerlo para que me la comprara. Tenía mucho dinero ahorrado para el viaje, así que le ofrecí veinte dólares y tuvo suficiente. No llegué a saber cómo se llamaba, pero me dio el comprobante de compra y en él no figuraba su nombre porque había pagado en efectivo, así que se me ocurrió que podría devolverla. Lo que pasa es que me he confundido de tienda, como ya le he dicho a Clementine.

—¿Eres capaz de decir la verdad?

Me mira muy serio, y a mí tiene que ocurrírseme algo deprisa.

—Voy a clases de tiro. Pensé que podría probar la caza, ya sabes, irme hasta Michigan con un cazador que conozco, y que es de ahí. —Le doy un golpecito con el hombro en el suyo. A Jackson le encanta cazar, y no entiende que haya gente que no quiera hacerlo. Esa mentira sí que se la va a tragar.

Él me devuelve el golpe de hombro.

—Qué locura. No sabía que quisieras cazar.

Me encojo de hombros.

—Quería darte una sorpresa. Pero tú te la has cargado, tonto.

Él sonrío y meneaba la cabeza a la vez.

A menudo me pregunto por qué sigue protegiéndome. Nuestra amistad ha llegado a estar desequilibrada, funciona en una sola dirección, y él no se ha dado cuenta. Su nivel de exigencia es demasiado bajo.

—¿Y dónde está ahora la escopeta? —me pregunta.

—Me la ha quitado Colter.

Sonríe.

—¿En serio creías que podías devolver un arma con solo enseñar el comprobante? ¿Y una escopeta del Walmart en un Kmart?

Ahoga una risita.

Las entrañas se retuercen en maravillosas convulsiones al oír su voz. Su risa podría sanar al mundo entero si la vendieran embotellada como la Coca-Cola.

—No estaba en mi mejor momento.

Él me pasa el brazo por el hombro.

—Nunca dejas de sorprenderme.

—¿Tenías una cita esta noche?

—Sí, estaba con Ginger Speilman. Una bruja. Fuma demasiado. Notaba que me quemaban a mí los pulmones.

—Pero aun así te has acostado con ella, ¿verdad?

—Pues claro. Tengo mis necesidades.

La Alegre Ellery se ríe.

Un día después

Temo ir a clase de lengua porque sé que tendré que ver a Colter, y nunca he hablado con él. Bueno, menos ayer. No había tenido motivos para hacerlo.

Las voces en el aula, todas juntas, zumban como un enjambre de abejas cuando entro por la puerta. Avanzo hacia mi silla de siempre, al fondo, y me coloco bien la bolsa en el hombro. Me llegan retazos de conversación de dos chicas, que hablan de Jasper Collins, el chico cuyo padre salió en *Gran Hermano* la temporada pasada. Creen que si se relacionan con él, de alguna manera acabarán siendo famosas.

Qué ridículo.

Colter aún no ha llegado a clase, pero yo ya he empezado a sudar. Literalmente. Las gotas de sudor me resbalan por la nuca y me empapan la sudadera. Miro la hora y la transpiración se me acumula entre los pechos. Con cada tictac el estómago se me hunde más y más en el cuerpo. Estaba tan nerviosa que no he desayunado nada. Mi madre no tiene ni idea de lo que pasó anoche.

Cuando llegué a casa llamé para cancelar el servicio de limpieza y tapé el agujero del techo lo mejor que pude.

No había cambiado de idea cuando salió el sol. Lo había leído en alguna parte: «Si crees que el sol saldrá de nuevo, no querrás suicidarte.» Menuda chorrada. A mí eso me da igual. Sé que es egoísta. Sé que seguramente iré al infierno, pero es que no quiero seguir viviendo esto. Sintiendo esto. El dolor, la sensación de temor cuando abro los ojos por la mañana. La culpabilidad y la vergüenza. Ese hueco en el estómago encogido, que no se va de ninguna manera por culpa de lo que hice.

Me incorporo en la silla cuando veo entrar a Colter, que antes de sentarse en su sitio, en la tercera fila, choca los puños con un tío que también va a mi

clase de historia. Se vuelve, como buscando a alguien, y parece preocupado al no encontrarlo. Su mirada llega hasta mí y se detiene.

Me hundo en el pupitre. La sensación de temor se multiplica por diez cuando me atraviesa con la mirada. Mierda. ¿Qué quiere? ¿Lo sabe? Ahora resulta que tengo que preocuparme porque me vigile un monitor de pasillos.

El profesor Kramer está sentado, muy erguido, detrás de su escritorio y se pasa el bolígrafo rojo entre los dedos, expectante, en busca de su siguiente víctima.

—Flanders.

Jason Flanders se hace pequeño en su silla.

—Qué, señor Kramer.

—«Sí, señor Kramer» —le corrige él.

—Sí, señor Kramer —dice Flanders apretando mucho los dientes.

—¿Beowulf es el único héroe de esta obra?

Flanders tartamudea, se encalla.

—Ehh... Esto... Sí. Quiero decir, no... Él es... eh...

Se seca las palmas de las manos en los vaqueros.

Kramer pone los ojos en blanco.

—Señor Flanders, ha conseguido mostrarse más incompetente que ayer. Creo que merece que lo felicite.

Deja de mirar a Flanders y se fija en mí.

Mierda. Hoy no. Se suponía que a esta hora yo ya tenía que estar muerta. No debía estar aquí. Detesto *Beowulf* Un poco. Le dedico una mirada asesina al profesor por escogerme hoy.

—Señorita Stevens, ¿qué cree que el autor intenta decir sobre Grendel en este párrafo?

Suspiro y me muerdo el labio inferior. Sé que hay algo que quiere salir de mi boca, y sé que voy a tener problemas.

—No lo sé, señor Kramer. ¿Que está harto de Beowulf? ¿Que a lo mejor es un friki? En realidad no me importa, si le soy sincera.

Mis propias palabras me asustan.

Kramer me mira fijamente, se pasa el bolígrafo rojo entre los dedos.

—¿Quiere probar una vez más, pero sin el mal humor?

Pongo los ojos en blanco. Estoy harta. Kramer es idiota y yo estoy de un humor de perros.

—¿Y usted quiere intentar dejar de ser gilipollas?

El aula se inunda de exclamaciones ahogadas. La expresión de Kramer

solo puede describirse como una mezcla de ira y diversión. Se pone en pie muy despacio y se acerca a mi pupitre. El corazón me late con fuerza, y el sudor que he ido acumulando resbala por mi espalda.

Se inclina sobre mí hasta que sus ojos azules quedan a la altura de los míos. Su aliento huele a café.

—Tiene razón. Soy gilipollas. —Sonríe—. Pero la que va a quedarse castigada al salir de clase es usted. Espero que le salga a cuenta, señorita Stevens.

Suspiro una vez más y me apoyo en el respaldo de la silla mientras Kramer regresa a su escritorio. El bolígrafo rojo gira en el aire.

Estoy muy cansada de pelear por mi vida, joder.

Suena el timbre y acaba la clase. Estoy impaciente por abandonar mi pupitre. Las paredes del aula no han dejado de abalanzarse sobre mí, como si estuviera dentro de un compactador de basura. La vida se ha convertido en un compactador de basura que me empuja y me comprime entre sus pliegues. No quiere soltarme. Me han castigado a una semana de trabajo al salir de clase. Debería importarme, pero no me importa. Vale la pena solo por la cara que ha puesto Kramer.

Me dirijo a toda prisa hacia la puerta y noto que hay alguien detrás de mí, muy cerca.

—Ellery.

Es la voz de Colter. Mierda.

Me vuelvo y le dedico mi mejor sonrisa falsa de Alegre Ellery.

—Tom Sawyer. ¿Eres tú?

Vuelve a mirarme como ayer, con ese gesto autoritario que, al parecer, provoco en todo el mundo.

—Muy graciosa. Tenemos que hablar.

—No. No tenemos que hablar.

Me doy media vuelta y voy hacia mi taquilla, que queda al otro lado del pasillo. Los alumnos que entran en las aulas y salen agitan el aire. Las puertas de las taquillas se cierran con estruendo; la gente grita. Querría taparme los oídos. Todos los sonidos me llegan aumentados.

Noto en la espalda su calor corporal. Ojalá me dejara en paz.

—Ellery —me dice con la boca muy cerca del oído.

Me vuelvo una vez más y cierro las manos. Se me está acabando la paciencia.

—Mira, siento lo de anoche. Gracias a tu experta tutela como guardia de



seguridad he comprendido mi error.

Sonrío.

Él pone los ojos en blanco y cara de preocupación. Me quedo quieta.

—Lo has hecho muy bien en clase. ¿Qué te pasa? ¿Tienes ganas de morir o qué?

Se me escapa una risita.

—Algo así, sí.

Se pasa la mano por el pelo, y al hacerlo acaba con la rigidez de los mechones. Se apoya en la taquilla de al lado.

—¿Por qué llevabas una escopeta anoche?

Alguien se abalanza sobre mí y estoy a punto de chocar contra él.

—¿Otra vez? ¿En serio? ¿A ti qué más te da?

Me sale la voz ronca, como si se me hubiera quedado algo dentro de la garganta# Los nervios se me mueven por todo el cuerpo como una bola *de pinball*. No consigo pararlos. El disparador de muelle no deja de lanzarla una y otra vez.

—Me parece un poco raro que te presentes con un arma en una tienda que no las vende.

Arquea una ceja.

—Me equivoqué, de verdad. En las dos tiendas venden la misma mierda... Es fácil confundirse.

Cruzo los brazos sobre el pecho y aparto la mirada de él unos momentos.

Él me estudia, me juzga, menea la cabeza.

—Estás mintiendo.

—¿Y a ti qué más te da? No te conozco. Déjame en paz —le digo, cortante, levantando mucho la barbilla para mirarlo a los ojos.

Vuelve a suspirar.

—Tienes razón. ¿A mí qué más me da? Está claro que a ti sí te da igual.

Vuelve a pasarse la mano por el pelo y me mira con esa cara de lástima que no soporto. Ese gesto que dice «siento mucho que tengas una vida de mierda, me gustaría ayudarte pero no te dejas».

Es tan condescendiente...

Entorno lo ojos, lo miro.

—Tú vete al entrenamiento que tengas ahora y demuestra que eres el buen deportista que los dos sabemos que eres.

Colter se separa de la taquilla dando un respingo. —Deberías pensar un poco antes de juzgar a la gente. Aprieta los labios y parece a punto de añadir

algo, pero lo que hace es salir corriendo mientras balbucea que no sabe ni para qué lo intenta.

Me doy un cabezazo contra la taquilla.

Tan pronto como Colter se va, aparece Jackson. Lleva un jersey de fútbol de la Universidad de Michigan con una mancha de zumo de uva sobre la letra M de color amarillo (perdón, de color maíz, me mataría si se me ocurriera pensar siquiera que era amarillo). Jackson no para de cantar las maravillas de Michigan. Grand Creek no está lejos, a un par de horas de allí, tal vez, pero muchas veces me cuenta que allí la vida es distinta.

Arquea las cejas.

—¿Haciendo amigos?

Separo la frente del metal, saco el libro de cálculo de la taquilla y lo meto en la mochila. Es la única clase de la que hago deberes. ¿O no?

—¿Qué te decía? —me pregunta, apoyándose en la taquilla de al lado.

—Me profesaba su amor eterno.

Cierro de un portazo la taquilla. El ruido reverbera en mi cabeza como si acabara de cerrar una gran verja de hierro.

—Te preguntaba por anoche, ¿verdad? —insiste—. No crees que sea tu acosador, ¿no? —dice, burlón.

Lo miro con cara de póquer.

—¿Crees que ese necesita acosar a nadie? ¿Sobre todo a una que mide menos de un metro setenta, de aspecto normal y corriente, una fracasada de pelo castaño que en sus mejores días lleva un calcetín de cada color?

—Te valoras muy poco a ti misma. Cepíllate el pelo más a menudo y maquíllate un poco, digo yo, y te sorprenderás de tu propio aspecto.

Levanto los brazos al cielo.

—¡Oh! ¡Cambio radical! —Lo agarro por los brazos y grito, y algunos de los vigilantes del pasillo nos miran.

Jackson se ríe.

—En serio. Tienes que buscarte alguna amiga.

—¿Una novia?

—Para. Te lo digo de verdad —dice entre risas—. Además...

Me mira con esos ojos tan serios, como si quisiera darme una colleja.

—Mi madre te espera el domingo. Y no creas que te vas a librar como la semana pasada.

Me dedica su mirada dura.

Yo protesto.

—Lo sé. Allí estaré.

La madre de Jackson se acerca bastante al espécimen perfecto de mujer. Resulta imposible odiarla. Pero cuando quiere algo se convierte en una barracuda. Mi madre trabaja los domingos por la tarde, así que cuando éramos más pequeños la madre de Jackson se enteró de que yo comía sola ese día y me invitó a comer con ellos a perpetuidad.

Suena el timbre que anuncia la sexta hora de clase. Sociales, mi favorita. Algo que se me da bien.

—Tengo que irme —dice Jackson—. Piénsalo. Lo de la amiga, no lo del maquillaje. ¿Y el domingo?

Asiento.

—Me ha quedado claro.

No me hace falta tener amigas. No quiero que nadie más me eche de menos cuando ya no esté. Llevo meses intentando alejarme de Jackson. Pero él es como un tofe, y eso no pasará jamás. Se te va pegando a las costillas, se te pega entre los dientes.

Tengo que pensar en otra manera de morir. Necesito otro plan.

La clase de sociales es mi favorita. Aprender sobre el comportamiento de la gente tiene algo que me hace sentir más lista. Me siento donde siempre, junto a Deán Prescott, un viejo amigo de Jackson y mío. Nunca habla, y por su aspecto diría que casi siempre se siente tan mal como yo. Corre el rumor de que el año pasado intentó suicidarse. Yo estoy un poco obsesionada con saber por qué y cómo lo hizo, así que intento hablar con él.

Soy masoquista.

—Hola, Deán —le digo.

Él alza la cabeza y me mira. Las ojeras destacan sobre los demás rasgos de su cara. Asiente y me saluda sin palabras.

El profesor Fellows, un tipo bajito y calvo, se sienta en el escritorio y apoya una pierna sobre la madera oscura.

—Hoy vamos a hablar sobre estructura y acción. Sobre libertad de elección. ¿Qué significa eso para vosotros?

Varios alumnos levantan la mano y hablan de elecciones genéricas, como, por ejemplo, entre Pepsi y Coca-Cola. Estoy segura de que él no se refería a eso.

Libertad de elección.

Libertad y elección son dos cosas que ni siquiera deberían ir juntas. Elegir siempre implica libertad. Si escoges algo, estás tomando partido, estás ejerciendo tu libertad. Así que con decir «elección» ya debería ser suficiente.

Recorro el aula con la mirada. Alguien levanta la mano. Veo a Deán. Se está rascando el brazo. Curiosa, me fijo en lo que se está rascando y me quedo sin aliento.

Dos cicatrices le recorren las muñecas como si se las hubiera dibujado.

Me mira fijamente, se las cubre con las mangas y se hunde un poco más en su pupitre. Vuelve a mirarme y abre el libro, haciendo como que presta

atención. Pero yo ya lo sé.

Deán Prescott tiene cicatrices en el brazo. Unas cicatrices que parecen recientes. Unas cicatrices que se parecen a las mías.

Yo me cortaba para sentir dolor. Para sentir algo. Tenía la piel demasiado perfecta, sedosa y pura; pero yo ya no era pura. Quería manchármela, estropeármela para que mi exterior encajara con mi interior. La primera vez que me corté lo hice para morirme, pero no funcionó, evidentemente. Mi piel no tardó en parecerse a mi corazón. Creí que había vencido a los demonios que tenía dentro. Al final me había infligido el dolor que merecía. Pero mis cicatrices eran una luz de aviso que informaba a todo el mundo de que estaba jodida. Y entonces fue cuando el doctor Lamboni entró en mi vida. Me he esforzado mucho para engañarlo y conseguir que salga de ella, y al final lo he logrado. A partir de entonces decidí que las únicas heridas que me causarían serían invisibles.

La clase pasa rápido y yo intento hablar con Deán. Él sale enseguida y yo lo sigo.

—Deán. Hola, Deán.

Se vuelve. El pelo castaño le cae sobre los ojos verdes, penetrantes.

—Tengo clase —dice en voz baja.

Y se da media vuelta, dispuesto a alejarse de mí.

—Espera.

No lo hace, y me quedo sola en el pasillo mientras mis compañeros pasan a mi alrededor.

«No estás sola», me digo a mí misma.

El olor a palomitas que sale del cine que hay cerca es vomitivo porque es todo mantequilla. Mi madre debe de haberse dado cuenta de mi tendencia a evitarla. Y me ha arrastrado hasta el centro comercial. Lo sé. Lo sé. Soy una chica. Se supone que tienen que encantarme los centros comerciales. ¿En serio? A mí me cansan. Hay que caminar mucho, mirar, probarse cosas. No están hechos para mí. Intento concentrarme en lo que me dice mi madre, en medio del zumbido de voces. Escojo un cinturón de color fosforito y me lo pruebo. Demasiado pequeño. Allí hay al menos otros cincuenta cinturones. No sabía que pudiera haber tantos tonos fosforescentes. Supongo que sí, que los años ochenta han vuelto con fuerza.

—¿Y este? —me pregunta mi madre sosteniendo un espantoso vestidito azul turquesa.

—¿Me he convertido en sirena de la noche a la mañana?

Frunce el ceño y lo deja en el perchero.

—Ya es el décimo. Empiezo a sospechar que no quieres un vestido.

Yo dejo el cinturón en su sitio.

—¿Ahora lo captas?

Ella sonríe a pesar de mi brusquedad. Eso me encanta de ella, pero hay tristeza en sus ojos, tal vez la tristeza de saber que podr a ir de compras con dos hijas, no con solo una. Coge una horquilla de pelo que hay en el mostrador y me mira fijamente mientras juega con ella, moviéndola una y otra vez.

—T a Sue quiere que te apuntes al coro.

—Mamá, ya te dije que...

—Lo sé. Pero tú tienes una voz muy bonita, y a ella le hace falta una soprano más.

Nada de todo eso importa.

—No puedo.

— Por qué? No tienes otra cosa que hacer. Cuando no estás durmiendo, estás haciendo deberes. Ya no sé qué pensar de ti. Me preocupa que no salgas lo bastante. Tal vez deber as volver a ver al doctor Lamboni.

Mierda.

Me dedica esa mirada que conozco bien. Esa mirada que dice que si no me apunto al coro, me enviar a de nuevo a ver al doctor. Pues mejor que sea otro, porque el doctor Lamboni apenas puso una tirita en mi vida.

—Está bien, mamá. Mañana me apunto.

Ella deja la horquilla en su sitio y me da un gran abrazo. Los dedos me quedan atrapados en la tela de su larga falda, hippiosa. Yo le doy un par de palmaditas en la espalda, y ella me susurra al oído: —Gracias.

—T a Sue me debe una.

—Sí, sí, ap ntalo en la lista.

Y se ríe.

Yo pongo los ojos en blanco.

— Te apetece un batido? —pregunta, señalando al mismo tiempo a una blusa verde neón tan chillona que podr a brillar en la oscuridad.

— Cremoso de plátano y naranja?

— No quieres probar algo nuevo?

—No.

—Muy bien.

28 días

Tengo un plan.

No será limpio. Será asqueroso y horrible, pero así seguro que no fallo. He escogido una fecha: 31 de octubre. Halloween, el día en que mi vida cambió para siempre. Todo el mundo irá disfrazado y no se fijará en mí. Y me tiraré del puente de Dover. Tiene sentido, porque allí fue donde pasó. Tiene sentido, sí, aunque tal vez sea algo tópico. Pero no me importa. Habré hecho lo que tengo que hacer.

Un olor a podrido me distrae de los deberes de cálculo. Bajo la escalera corriendo y casi tropiezo en el último peldaño. Mamá está en la cocina preparando algo que huele a pescado y a repollo. Cuando entro la encuentro dando golpecitos al cazo con una cuchara.

—Huele muy bien —miento.

Ella sigue rebañando el contenido del cazo y depositándolo en una fuente mientras sonrío con ese gesto maternal que dice: «No vas a tener más remedio que comértelo.»

—Te va a gustar.

Gruño.

Deja el cazo en el fregadero. Rebota contra otros platos.

—Ya casi está.

Se sienta frente a mí y me pone delante el plato de esa cosa horrible. Empiezan a salirle canas en las sienes, pero no tiene arrugas en la cara. Me pregunto cómo lo hace, cómo hace para parecer tan joven. Sé que yo soy la causa de esos pocos pelos blancos que tiene. Me tuvo a los veinte años, producto de un rollo de vacaciones de primavera que se convirtió en algo más. Había conocido a mi padre en Florida y cuenta que fue amor a primera vista; pero yo no me lo creo, porque si lo hubiera sido él no se habría ido. La gente

que se enamora «a primera vista» no se deja nunca. Eso es lo que significa. Creo.

Aunque yo de amor no sé mucho. Solo he tenido un par de novios, pero no me han durado. Más bien historias de esas de «nos cogemos de la manita y vamos al cine, nos acostamos el sábado por la noche y rompemos unas semanas después». Mejor no haber tenido más. No soportaría tener que dejar atrás un amor más serio. Una historia de esas en que un chico te quiere y tú solo puedes pensar en él y en lo que estará haciendo y en el día en que volverás a verlo. Esas brasas que se encienden cada vez que os veis. Sí, he leído novelas románticas. Debería sentirme frustrada por no haber sentido nunca algo así, pero ahora me alegro de no tener un amor como esos. Para poder morir tiene que faltarte. Es la constante culpabilidad-amor que he de llevar conmigo como quien lleva una maleta. Ese es un amor que puedo dejar atrás.

Levanto el tenedor y separo un trozo de pescado; contemplo esa especie de pasta y pienso en lo asqueroso que sabrá. El plato está desportillado en uno de sus lados. Le cayó algo encima algún día, o se cayó de la encimera. No recuerdo si fui yo, o ella, o a lo mejor mi padre o... Hay imperfecciones por toda la casa. El escalón que cruje, la puerta del armario de se descuelga cuando la abres, la nevera, que no cierra bien a menos que la acompañes con cuidado... Y ni siquiera es una casa antigua.

—Come —dice mi madre, hundiendo el tenedor en el engrudo—. ¿Qué tal en el colegio?

—Fascinante.

Se mete la comida en la boca y mastica, estudiándome.

—Tú estás diferente.

Me incorporo en la silla. ¿Ve mi desesperación? Al momento cambio de postura y levanto la barbilla para que se me vea más segura.

—¿Te has hecho algo en el pelo?

Me apoyo en el respaldo.

—Sí —le miento—. Antes llevaba la raya a la izquierda y ahora la llevo a la derecha.

Ella asiente.

Rebusco entre el pescado y pruebo el repollo. Está repugnante, pero me lo como todo porque eso es lo que hacen las buenas hijas, las hijas que no piensan en quitarse la vida.

Cuando terminamos, ella recoge los platos y los mete en el lavavajillas.



—Tengo que prepararme para ir al trabajo. Ya conoces las reglas —añade, cerrando la puerta del lavavajillas.

—Nada de chicos, nada de sexo, nada de diversión. Se echa a reír.

—La diversión está permitida.

Pasa por mi lado y me aprieta el hombro.

—Las cosas no serán así siempre. Cuando vayas a la universidad... —Vuelve a reírse—. ¡Que Dios me ayude! No quiero ni pensar qué barrabasadas harás.

—¿Has dicho «barrabasadas»? Estoy muy orgullosa de ti, mamá.

Suelta una carcajada y sale de la cocina.

—Sí, estaba segura de que te gustaría la palabra —me grita desde la escalera.

Un pellizco de culpa me oprime el corazón, pero la aparto. Ya tengo práctica, y se me da bien. Ahora que la misión de mi corazón es dejar de latir, no puedo permitir que nadie se interponga en mi camino, ni siquiera mi madre con esas palabras que jamás creí que usaría.

Subo corriendo a mi cuarto y me echo en la cama, me hundo en el edredón y me pongo los auriculares. Enciendo la tele para que haya más ruido de fondo. No soporto el silencio: me recuerda a las voces que he oído. El tono reconfortante de mi madre. El entrechocar de platos cuando prepara sus espantosas cenas. La risa de Tate, mi hermana pequeña, cuando corría por el pasillo intentando atrapar a nuestro viejo gato, *George*. Su vocecilla cuando me llamaba «hermanita». Antes no soportaba que me llamara así, pero ahora su voz me persigue como un eco constante.

Abro el libro de cálculo, me paso cinco minutos mirando fijamente la misma página. Ya no me va a hacer falta nada de todo esto. No tiene sentido que me siga torturando.

Entonces, de la nada, Deán me viene a la mente. Recojo del suelo el ordenador portátil y lo abro para buscar cosas sobre él, y en ese momento suena el teléfono. Lo miro. En la pantalla no aparece la foto de Jackson, y sí un número que no reconozco. No sé si coger la llamada, pero al final deslizo la tecla de responder.

-¿Sí?

—¿Ellery?

Parece... ¡Mierda!

—Soy Colter.

¿Para qué coño me llama? ¿Y cómo ha conseguido mi...?

—Jackson me ha pasado tu número.

Me cago en Jackson.

—¿Qué quieres? —le pregunto, haciendo esfuerzos por sonar amable, aunque estoy segura de que parezco gilipollas.

—Eres tan agradable... No se me ocurre por qué no tienes amigos.

—Jackson es amigo mío.

—Jackson es un cachorrito que te sigue a todas partes por algo.

Vaya, juega a hacerse el duro. Lo he visto en la tele. Yo también sé jugar a eso. Tom Sawyer. Me río. Hay algo en él que hace que quiera seguir escuchándolo.

—Está bien. En serio, ¿qué quieres?

—Yo no le he dicho a nadie que te solté. ¿Y tú?

—¿Que me soltaste?

—Podría meterme en un buen lío si alguien se entera de que no te entregué a la policía por llevar esa escopeta.

Ah, de acuerdo. Eso ya me cuadra más. Tal vez no quiera salvarme. ¿Habré juzgado mal a Don Buenas Causas?

—No voy a decírselo a nadie. Tu secreto está a salvo conmigo.

—De acuerdo.

No dice nada más. Yo espero a que cuelgue.

No cuelga.

—¿Qué estás haciendo ahora? —me pregunta.

Me fijo en el lomo del libro de cálculo.

—Ah, ¿así que ahora somos amigos, Tom Sawyer?

—Jackson ha de tener tendencias masoquistas para estar siempre contigo.

Tapo el teléfono con la mano y me río.

—Sí, seguro. —Me coloco bien el teléfono en la oreja—. No sé qué pretendes conseguir llamándome, pero pillo el mensaje. Tu imagen heroica está intacta. No le diré a nadie que te saltaste la ley por mí. —^Arranco un trocito de papel del lomo del libro y lo enrolló entre los dedos.

—Yo no soy ningún héroe, créeme.

¿Y qué coño digo yo ahora?

Otra vez silencio.

—Tú no me engañas. Esta conversación ha sido la bomba, pero ahora tengo que dejarte —le digo—. Tengo otros insultos que dedicar y otras vidas que destrozar, ya sabes.

Pausa.

—Ah, bueno. Entonces supongo que nos veremos mañana.

—Sí. Adiós.

Los dos colgamos a la vez, y el aire que llevaba un rato reteniendo en los pulmones se libera finalmente.

Vuelvo al ordenador y tecleo el nombre de Colter en Facebook. Su perfil es una foto de grupo en la que sale él con algunos compañeros de clase. Tiene más de mil amigos, y en su última actualización de estado pone: «Los fantasmas aparecen cuando menos los esperas.» ¿Qué significa eso? Al parecer, no soy la única intrigada por esa actualización. Varios amigos suyos le han preguntado qué quiere decir. Pero él no ha respondido.

Tecleo el nombre de Deán en la barra de búsqueda. Me sale su perfil y me doy cuenta de que no lo sigo, y de que él tiene solo diez amigos. Al descubrirlo, se me seca la garganta. Bebo un poco de agua que tengo en la mesilla de noche. Repaso sus fotos. Hay algunas salteadas en las que está con una chica pelirroja a la que no reconozco. Él se ve muy incómodo en su propio cuerpo, como si fuera una serpiente a punto de cambiar de piel.

Se parece a mí cuando me miro en el espejo.

*27 días*

Cierro la taquilla de un portazo, distraída. Reverbera y me tapo los oídos. Se me cae el libro al feo suelo, de baldosas azules. Cuando disminuye el ruido en mi cabeza, me agacho a recogerlo y me dirijo a mi siguiente clase. Alguien me toca el hombro.

Otra vez no.

Me vuelvo esperando que sea Colter, dispuesto a criticarme por ser tan simpática, pero me encuentro con tres de las chicas más chungas del último curso.

Janie Reynolds, que una vez, cuando iba a séptimo, por una apuesta se bebió un litro de Mountain Dew. La cotilla declarada Dee Simmons, que vive en la casa más grande de la ciudad, y Kristyn (con y griega) Mathews, la hija del alcalde y, qué casualidad, exnovia de Colter.

—¿Puedo hacer algo por vosotras? —les pregunto, aferrándome a mi libro desgastado.

Kristyn me fulmina con la mirada.

—Sí. Explicarme por qué tu número está en el teléfono de mi novio.

Genial.

—Creía que habíais roto.

Abre mucho las fosas nasales y se echa el pelo por detrás de los hombros.

—¿Por qué lo tiene? —exige saber, y lo pregunta bajando el tono de voz varias octavas.

Dee me mira con desprecio, en solidaridad con su amiga.

—Está enamorado de mí—respondo sin inmutarme.

—Eres una fracasada. No tengo ni idea de por qué habría de llamarte.

—Yo tampoco.

Durante unos instantes, parece confundida.

—Bueno... esto... eh...

—Déjalo en paz —dice Dee, apuntándome con una uña postiza y manicura francesa.

Janie evita entrar en la conversación y se fija en algo que queda a un lado.

—Tengo clase de lengua —digo yo, señalando la puerta del aula.

Kristyn resopla un par de veces y se aleja. Sus escoltas la siguen de cerca.

Me siento en clase, indignada. ¿Por qué tuvo que llamarme Colter? ¿Fue solo para asegurarse de que no le contara nada a nadie? Yo también me metería en líos si lo dijera. Ahora voy a tener a las chungas pisándome los talones todo el día.

Entra Colter y me busca con la mirada. Menea la cabeza, como decepcionado y preocupado a la vez. Qué pesadez. Debería darle igual. Tengo que quitarme de encima a este gilipollas, y a sus pequeñas compinches también.

Aspiro hondo y me levanto. Me tiemblan las piernas mientras me acerco a él.

—Quiero hablar contigo al salir de clase —consigo pronunciar.

Él no esconde la sorpresa.

—Ah. Vale.

La clase pasa volando, entre fragmentos borrosos de *Los cuentos de Canterbury*, lecturas en voz alta y trabajos. Al salir, espero a Colter paseando de un lado al otro delante de mi taquilla, aferrada a mi libro, sujetándolo por los bordes. Él viene a mi encuentro y me hace un gesto para que nos pongamos en marcha.

Damos unos pasos, él baja la vista y me mira, expectante.

Yo retuerzo la tapa del libro entre los dedos.

—Tienes que dejarme en paz... Tu novia... ha venido a verme.

Arruga la frente.

—¿Kristyn?

El nombre suena tóxico pronunciado por él.

—Esa misma.

—Ya no es mi novia. —Pone los ojos en blanco—. ¿Qué te ha dicho?

De nuevo ese tonito protector.

—No. —Lo agarro del brazo y lo arrastro a un lado del pasillo—. Para ya. Conmigo no hace falta que uses ese tono.

La confusión se dibuja en su cara.

—¿Qué tono?

Me doy cuenta de que sigo sujetándolo del brazo. Lo suelto y vuelto a aferrarme al libro.

—Como si quisieras protegerme. No necesito tu ayuda.

—¿De qué estás hablando?

Tal vez haya confundido el tono. Por primera vez en mucho tiempo siento vergüenza. Miro a todas partes menos a él. Las palabras que acabo de pronunciar me resuenan en la mente a gran velocidad. Apenas reconozco esa emoción. Significa que... que me importa lo que piense.

Oh, Dios mío.

—De nada. Tengo que irme.

Me escabullo al momento e intento alejarme de él, pero me agarra del brazo como la noche de la debacle, cuando fui a devolver la escopeta.

—Espera. Deja de largarte siempre tan deprisa.

El brazo, en el punto exacto en que él ha posado la mano, me abrasa de calor, de nervios. Lo aparto para que deje de tocarme.

—Lo siento. No puedo. Es que...

Madre mía. Parezco una chica loca de amor. ¿Qué me pasa? «Un tío te hace caso y tú te conviertes en una zombi tartamuda.»

Él sonrío levemente.

—¿Estás nerviosa?

Cierro los ojos. No está aquí. «Morirás pronto y no tendrás que volver a enfrentarte a él.» Siento un dolor en el pecho, que va subiendo. Es algo que me resulta desconocido.

Los abro y descubro que sigue ahí, de pie.

—Eres muy rara. Pero debo admitir que me fascina lo que pasa dentro de ese cerebro tuyo —dice.

Tú tranquila. No pierdas los papeles.

—Tengo clase, así que podemos... eh... terminar esto más tarde. No, más tarde no, quiero decir. Te odio. Tengo que irme.

Me alejo de él corriendo y me meto en clase. Me cubro la cara con las manos, y doy gracias por no compartir esta asignatura con él.

¿Qué coño he hecho?

Suena el timbre de la última clase y salgo para cumplir con mis horas de castigo. El aula de castigo es un sitio raro. Casi todos los alumnos se pasan el rato mirando al vacío, y todo está en silencio. Al entrar, mis zapatos chirrían contra el linóleo del suelo. Ese día solo hay otra persona castigada: Deán Prescott. Cuando me ve, su expresión dice lo que no dicen sus palabras:

«Vaya. Ahora ya no me libraré nunca de ella.» Me siento a su lado.

¿Cómo es posible que lo hayan castigado si nunca habla? A lo mejor es que no me habla a mí.

Deán, Jackson y yo fuimos amigos hasta secundaria, momento a partir del cual Deán llegó a la conclusión de que éramos un lastre en su vida y no nos necesitaba. Siempre ha sido un tío callado, de trato algo brusco.

La señora Benton está sentada a la mesa del profesor, tecleando algo en su ordenador portátil, sin prestar atención a nadie.

—Hola —le digo a Deán.

Él entrecierra los ojos. Noto que las palabras me suben por la garganta como un vómito.

—Te vi las cicatrices. —Me mira pero no me dice nada, así que sigo—. ¿Lo sabe tu padre?

Sé que estoy siendo una cotilla. Su padre y él no se han llevado nunca muy bien, precisamente. Debería sentirme mal por preguntárselo, pero mi obsesión con él y su intento de suicidio pasan por encima de cualquier atisbo de decencia humana, por lo visto. Él no reacciona, se queda ahí sentado. Yo cruzo los brazos sobre el pecho.

—Vamos, Deán, dime algo. Éramos amigos, ¿te acuerdas? ¿Te acuerdas de la vez que Jackson y tú intentasteis evitar que entrara en vuestro club solo de chicos?

Él gira la cabeza y me dedica su media sonrisa.

—Nunca has aceptado un no por respuesta —dice, y vuelve a clavar la vista en el pupitre.

—Es que vosotros siempre queríais jugar sin mí. ¿Tan mala era?

Se queda callado un momento. Yo lo miro, a la espera, con la respiración en vilo. No sé qué haré si dice que sí.

—No —responde al fin—. Jackson no quería porque a mí me gustabas tú y creía que si jugabas con nosotros se acabarían las buenas vibraciones.

Eso sí que no.

—¿Te gustaba yo? —Le empujo un poco el brazo.

Me mira como si hubiera cambiado y me hubiera convertido en una espantosa criatura de diez cabezas.

—Teníamos ocho años.

—Aun así—le digo yo—. Me alegro de que me dirijas la palabra.

Suspira.

—¿Qué quieres, Ellery?

—¿Por qué tienes cortes en el brazo?

Él se pasa la mano por el pelo.

—Por Dios, qué sutil eres.

—Vamos. Ponte a mi nivel.

—No tengo nada que decir. No es asunto tuyo. Ya no somos amigos. Sé lo que intentas hacer, pero no lo hagas. Ya es tarde. ¿Vale?

—¿Demasiado tarde para qué, Deán?

—Nada.

La señora Benton sigue tecleando en su ordenador, sin prestar atención a nada de lo que decimos.

Me acerco más a él y me muerdo un poco los labios, impaciente por saber más. Emocionada al saber que hay otra persona que siente lo mismo que yo ante la vida.

—Lo sé.

Se agarra a la parte delantera del pupitre con los dedos.

—¿Qué es lo que sabes? —replica.

—Sé que quieres hacerlo otra vez. Lo noto.

—¿Hacer qué otra vez?

Me acerco más a él. Espero haber acertado.

—Quieres morir.

Él se revuelve en la silla, intenta evitar mi mirada.

—¿De qué... de qué estás hablando?

Acerco el brazo a su pupitre, le levanto la camisa y dejo al descubierto las cicatrices. Él intenta bajarse la manga y al momento mira a la señora Benton. Finalmente me mira a mí. Es como si hubiera visto un fantasma o algo que jamás creyó presenciar. Entonces yo me levanto la manga y le muestro las mías.

Abre mucho los ojos y creo por primera vez desde que éramos niños que me ve de verdad. Es como si antes de ese momento nunca se hubiera fijado en mí. Se levanta de la silla tan deprisa que estoy a punto de caerme. Sus zapatos chirrían en el suelo. Ha salido corriendo del aula.

Estoy nerviosísima cuando vuelvo a casa después del castigo. Quiero saber más cosas de Deán, quiero saber cómo intentó suicidarse, qué métodos usó y por qué fallaron. Oigo todas esas cosas en mi mente, y sé que muriendo haré lo que tengo que hacer. Cualquier persona con tantas ideas de muerte en la cabeza como tengo yo debe quitarse de en medio. Busco en internet, en Twitter, cualquier cosa, pero no encuentro nada. Supongo que debe de tener



que ver con la confidencialidad médica, o algo así. En realidad debería alegrarme, porque a mí tampoco me gustaría que los detalles de mi suicidio estuvieran en internet. Preferiría que dijera simplemente: «Fue hallada muerta», y ya está, y que a continuación se enumerara la lista de todas las cosas que no hice en vida.

Como el premio de consolación que me dieron cuando tenía siete años por participar en un campeonato de *soft-bol*, y mierdas por el estilo. Aunque a la gente todo eso le da igual.

Cierro el ordenador portátil y doy unos golpecitos a la tapa con los dedos. Miro a mi alrededor y me fijo en los libros esparcidos por el suelo de la habitación, en la guitarra que ya no toco apoyada en una esquina. En los zapatos de tacón azul claro que me compré para el baile del año pasado, cuando Jackson y yo llevamos a los gemelos Johnson. Cojo el esmalte de uñas para pintármelas, pero cambio de opinión cuando me doy cuenta de que no se me secarían a tiempo. Hago zapeo en la tele y paso por todos los canales. Me quedo en un concurso de cocina. Ojalá mi madre cocinara como los participantes. Qué sonrisas cuando prueban los platos que han preparado... Así es como debe de sentirse uno cuando saborea algo bueno. Yo nunca he visto esas sonrisas en la cara de las personas para las que mamá ha cocinado alguna vez. Al cabo de cinco minutos ya estoy aburrida, y llamo a Jackson.

—Dime —me dice.

—Vale, vale. No soporto cuando contestas así el teléfono. No sé si lo sabes, pero pareces gilipollas perdido.

—¿Eres tú, mamá? —Y se ríe.

—Ja, ja. ¿Por qué le diste mi número a Colter?

Él se queda un momento en silencio, y a mí me parece que oigo el crujido de los engranajes de su mente.

—Porque lo quería.

—¿Y si es alguien peligroso y resulta que tú le has facilitado el acceso a mi información personal?

—Fue bastante convincente. Es guardia de seguridad.

—Exacto. Y eso significa que puede disponer de... una porra, por ejemplo.

Vuelve a reírse, esta vez más fuerte.

—Una porra. ¿En serio? ¿Tienes miedo de Colter? Suspiro.

—No.

—Exacto. Es un buen tipo. Juega a fútbol. Es amable con la gente mayor. No me pareció que hiciera nada malo dándole tu número. La próxima vez le

pediré que rellene el formulario de solicitud de Ellery para facilitar números de teléfono.

—Pues sí, te lo agradecería, gracias. Tengo algunos aquí, por si los quieres.

—Quiero saber una cosa —dice él con voz seria.

Yo aspiro hondo, dispuesta a oír algo importante. Lo sabe. Ha notado mi desesperación.

—De acuerdo.

—¿Qué ropa llevas puesta?

Y se ríe una vez más. Siempre me hace lo mismo. Le parece muy gracioso, y yo siempre caigo.

—Voy a colgar.

—Buenas noches, Ellery Bellery.

—Buenas noches, Jackson Gilipollas.

—¡Eh! Eso no rima.

Cuelgo para que no pueda decir nada más y lanzo el teléfono sobre la cama. Abro el ordenador portátil y me torturo de otra manera. Busco en Google a mi padre, y lloro hasta que me quedo dormida.

*26 días*

Me llevo las manos a la barriga al acercarme a la sala del coro. No sé por qué acepté. Intentar ser la Alegre Ellery resulta agotador. Me apunté al coro en primero, y me encantó. El sonido de mi voz mezclándose con la de los demás, el movimiento de los acordes... Era lo único que se me daba bien. Pero tras la muerte de Tate no quise seguir participando.

Una cacofonía de voces que cantan distintas notas se materializa en el aire a medida que me acerco a la sala. Están calentando. Doy media vuelta, dispuesta a salir corriendo de allí, pero me acuerdo de lo que mi madre me dijo sobre el doctor Lamboni. Si tuviera que ir a su consulta, se daría cuenta de todo sin que yo tuviera que contarle nada. Y echaría a perder mi plan.

«Solo vas a tener que hacerlo veintiséis días más.»

Aspiro hondo y abro la puerta. Los tonos siguen *in crescendo* hasta alcanzar una cresta atronadora; la sala vibra bajo mis pies. Es asombroso que algo que tenemos dentro sea capaz de generar algo así: literalmente, movernos de sitio. En un primer momento solo reconozco a Janie Reynolds. Tía Sue está delante, aporreando el piano, pasando los dedos por el teclado, observando las cuatro filas de cantantes. Contemplo las gradas ascendentes de la sala, y en lo más alto distingo a alguien que jamás habría imaginado en un coro. Entrecierra los ojos mientras se ríe de algo que comenta con la chica sonriente que tiene al lado. Colter se ve distinto cuando sonrío, más ligero, pero en su sonrisa hay algo más, algo que no he visto nunca las veces que me he relacionado con él. Estando conmigo no ha sonreído nunca. Supongo que por culpa mía.

Doy un paso al frente y es como si un cuchillo hubiera cortado de cuajo las cuerdas vocales de todos. Me adentro en el silencio, y tía Sue deja de tocar, se apoya en el piano y me guiña un ojo.

—Entra, Ellery. No seas tímida.

Mi tía siempre ha sido muy extrovertida. Siempre la primera en todo. Se casó apenas terminó la universidad, y mis primos son las personas más guapas del planeta. Si alguien tenía buen karma en esta vida, esa era mi tía Sue.

Tuerzo el gesto al oír su voz, y me acerco insegura al piano. Me atrevo a alzar la vista y miro a Colter. Tiene la cabeza ladeada y su mirada de sorpresa y desconcierto es tan penetrante que podría atravesarme.

—Chicos, esta es mi sobrina. Portaos bien con ella. —Se vuelve hacia mí—. Puedes sentarte ahí, junto a los tenores, y compartes la partitura con Joe.

Los ojos de todos están clavados en mí, como si hubiera invadido su espacio y necesitaran protegerlo de desconocidos. Me cuesta un poco respirar mientras me abro paso entre las sillas de las primeras filas para llegar a la grada más alta. Intento evitar a Colter mientras me acerco a un sitio libre que queda dos puestos más abajo del suyo. Miro a un chico que creo que es Joe y me fijo en la canción que vamos a cantar. Es «Somewhere», de *West Side Story*.

Por suerte, tía Sue no pierde más tiempo conmigo.

Alza la vista hacia el techo como si buscara en él algún significado que pudiera agarrar físicamente y, a la vez, cierra las manos.

—Esta vez quiero que imaginéis por lo que están pasando María y Tony mientras cantáis esta canción. —Baja la mirada y la clava en nosotros—. Imaginad el dolor y la angustia que sienten al saber que dos personas que tanto querían ya no están.

Con emoción en los ojos, levanta las manos y todos aspiramos hondo.

Hago esfuerzos por contener la bilis que me sube al pensar que voy a oír mi propia voz, y expulso el aire de los pulmones. La nota reverbera en mi garganta. Suena algo ronca, y desafinada, pero la canto, y canto las demás notas, me pierdo en la música y dejo que recorra todo mi cuerpo.

Las buenas sensaciones se van tan pronto como han llegado, y su lugar lo ocupa un sentimiento de traición. Tate no podrá oír jamás mi voz, no podré cantarle a ella nunca más. Dejo de cantar y tengo que sentarme para no desplomarme. Por suerte, el único que se da cuenta es Joe, que parece preocupado durante medio segundo pero que enseguida vuelve a cantar.

Cuando termina la clase, tía Sue me hace un gesto para que me acerque a hablar con ella. Viene hacia mí y me abraza con fuerza, como hace mi madre.

—Gracias. Te debo una. La sección de sopranos ha perdido muchas voces de chicas que se han graduado. Necesitaba una más para que todo fuera

perfecto.

—De nada.

Me suelta y apunta hacia la puerta con un movimiento de cabeza.

—¿Es amigo tuyo?

Vuelvo la cabeza y veo a Colter apoyado en el quicio.

—En realidad, no.

Mi tía me mira de un modo idéntico al de mi madre. La maestra que hay en ella hace esfuerzos por pensar en alguna lección que pueda extraer de la situación. Pero, en su faceta de tía, lo que quiere es averiguar por qué hay un chico esperándome en la puerta.

—Cuidado con ese —me dice. Sonríe de oreja a oreja, y de pronto no parece tener treinta y cinco años, sino muchos menos.

—Tengo que irme.

Me acerco a la puerta. Me sudan las manos y tengo el estómago agarrotado por los nervios. ¿Por qué me está esperando?

Se separa del quicio de la puerta.

—No sabía que cantaras.

—Yo podría decir lo mismo de ti —replico mientras camino a su lado por el pasillo.

—Has dado por sentado que soy un cachas y ya está.

—¿Y no es así?

—Bueno, juego a fútbol.

—Los cachas juegan a fútbol.

—A lo mejor. Pero también hacen otras cosas.

Sonríe y arquea las cejas, como si supiera algo que yo no sé; como si, de algún modo, me conociera.

Dejo de caminar.

—¿Qué quieres de mí, Tom Sawyer?

Se pasa la mano por el pelo y se apoya en una taquilla cercana. Siempre está apoyado en alguna parte.

—Intento entenderte, pero no lo consigo.

Me aferro a mi libro de cálculo, que nunca se aleja demasiado de mí, y acaricio el borde.

—Pues deja de intentarlo. —Clavo la mirada en el pasillo—. Tengo que irme.

—Espera.

Me vuelvo y me encojo de hombros.

—¿Qué pasa? ¿Kristyn no es lo bastante interesante para ti? ¿Por qué me hablas?

—Me recuerdas a alguien.

Me detengo antes de recomponer mi paso tambaleante.

—¿Y qué?

—Pues que siento curiosidad.

—Yo no soy ningún espécimen metido en un tarro que estudias para entender. Ahora tengo clase, y seguro que tú también.

Me mira un instante y su gesto pasa de la fascinación a la frustración. Pero asiente y se aleja sin añadir nada más.

Yo intento ignorar la sensación de vacío que me invade.

Hoy, Dean no ha venido a clase de sociales. Lleva toda la semana sin venir. En condiciones normales no me habría fijado siquiera, pero con lo que ahora sé, tengo que verlo. El señor Fellows está hablando de la teoría del etiquetamiento, y yo solo pienso en si el cuerpo sin vida de Dean estará descomponiéndose en alguna parte. Agarro con fuerza mi cuaderno y aspiro hondo. Me vienen a la mente destellos de las sonrisas de Dean de cuando iba a sexto. Meneo la cabeza para ahuyentarlas.

Está bien, seguro. Estará enfermo o algo, nada más.

Al acabar la clase intento recordar dónde vive, pero mi cerebro de niña de sexto no lo consigue. Conduzco por su barrio unos diez minutos antes de rendirme. Busco su nombre en Google. Su padre tiene una heladería, Tasty's. La última vez que estuve allí fue... No. Meneo la cabeza para borrar el recuerdo de la última vez que estuve allí, de lo que ocurrió al día siguiente, de lo que cambiaría, de lo que haría de otra manera si me devolvieran esas veinticuatro horas. He intentado olvidarlo todo sobre ese sitio, pero tengo que asegurarme de que Dean esté bien. Si él está bien, yo estoy bien y todos estamos bien. Tecleo el nombre de Dean en la barra de búsqueda y aparece la dirección de la Tasty's.

«¿De verdad vas a vigilarlo? Pero si no quiere saber nada de ti...»

Me desconecto y tiro el móvil al asiento del copiloto como si me quemara en los dedos, como si Dean supiera lo que estoy haciendo.

«¿Qué te pasa?»

Conduzco en dirección a casa, no hacia la heladería. ¿Qué diablos le diría? ¿Por qué no has venido a clase esta semana? ¿Y a mí qué me importa?

Sin quererlo ya estoy delante de la Tasty's, contemplando la bola de helado que hay en el techo del local.

Solo quiero asegurarme de que está bien. Nada más.

Me acerco a la puerta y la abro. Suena la campanilla y al momento me impregna un olor que solo puede describirse como frío. Veo al padre de Dean. Su aspecto es idéntico al que tenía cuando Dean iba a sexto. Cara alargada, pelo castaño oscuro echado hacia atrás y recogido en una coleta, y los mismos ojos de su hijo, de un verde profundo. Su cara se ilumina tras las vitrinas que encierran mil sabores.

—¿Eres Ellery Stevens? No te veía desde... —Se rasca la cabeza.

—Desde el año pasado.

Sus ojos adquieren un brillo especial, como si recordara algo.

—Sí. ¿Hace un año ya? El tiempo vuela.

—Sí, pasa muy deprisa —le digo, intentando que mi falsa voz suene natural.

Dean aparece detrás de su padre y yo suspiro de alivio. Con los hombros caídos le sirve un helado a una señora mayor. Parece una de esas abuelitas que siempre llevan caramelos en el bolso y pañuelos metidos en las mangas de sus jerséis de color rosa. Le sonrío mientras ella recoge el helado que le ofrece Dean. Ella también sonrío mientras pasa junto a mí camino de la puerta. La campanilla suena cuando sale.

—Tarta de queso y fresa con pepitas de chocolate y chispas de colores, ¿verdad? —me pregunta el padre de Dean, y entonces él alza la vista y me ve.

Su mirada se centra en mí durante un segundo, pero la aparta enseguida.

—Me alegro de que hayas vuelto —dice, volviéndose hacia su hijo—. Dean, ponle a Ellery lo que quiera. Yo me voy adentro a preparar más Rocky Rock.

Le da una palmadita en la espalda a su hijo. Dean se echa un poco hacia atrás y se le cae el sacabolas.

Empieza a servirme el helado.

—Con chispitas de colores, ¿no? —dice, mirándome fijamente.

—Exacto.

Tamborileo con los dedos en el cristal y él me dedica una mirada asesina.

—Lo siento —le explico—. Eh, no has venido al colegio.

Refunfuña algo mientras recoge la última bola y sostiene la tarrina con la otra mano.

—Te has dado cuenta.

—Pues claro que me he dado cuenta.

Ahoga una risotada.

—Sí, claro.



—¿No me crees? Estoy aquí, ¿verdad?

Termina de preparar el helado y le echa pepitas de chocolate por encima.

—Ellery, no hemos hablado desde... ¿Cuándo? ¿Sexto? Si esto tiene que ver con tu demostración del otro día, te ahorraré tiempo. Sigo aquí.

Espolvorea las chispitas de colores y me alarga la tarrina.

Me meto la mano en el bolsillo, saco unas monedas y se las doy.

—Solo quería saber si estabas... bien, supongo.

«¿Por qué estoy intentando hablar con él?»

Él vuelve a mirarme mal.

—Estoy bien —dice, antes de añadir—: Ya puedes irte.

Me voy hacia la puerta, pero me vuelvo para terminar lo que he venido a hacer.

—Oye, ya sé que no somos amigos, pero se me ha ocurrido que como... No sé. Quiero que sepas que no estás solo. Yo también quiero hacerlo.

No tengo ni idea de por qué estoy hablando de esto con él. Sé que parezco una loca que lo acosa. Pero saber que va en mi mismo barco me hace querer relacionarme con él. No quiero impedirle nada. Solo quiero hacer lo mismo que él, supongo.

Dean sale disparado de detrás del mostrador y se encara conmigo, coloca la cara muy cerca de la mía. Tiene los párpados arrugados, y por su mirada está claro que he tocado una fibra sensible.

—No te metas —gruñe.

Me empuja afuera y me sigue.

Pasa un coche y sus ruedas chirrían un poco al girar.

La mano con la que sujeto el helado se me enfría cada vez más.

—No quiero no meterme.

Él me aleja más de la puerta, y se me cae el helado. Lo veo caer al suelo, formar un montoncito rosa y blanco.

—Gracias. Muchas gracias.

—Siento lo del helado, pero... —Aspira hondo y suelta el aire—. Tú ya no me conoces.

—Ya lo sé. No tengo ni idea de por qué he venido.

Bueno, antes éramos amigos. Y se me ha ocurrido que si nosotros...

—No hay ningún «nosotros» —replica en tono sombrío—. Además, pronto yo ya no importaré —susurra mientras se aleja.

Esa noche, más tarde, salgo al porche y contemplo el cielo negro. Todo me resulta extrañamente familiar. No hace tanto tiempo este era nuestro porche.

Tate y yo nos pasábamos casi todas las noches contando estrellas antes de irnos a la cama.

—¿Por qué hay estrellas, hermanita? —susurra Tate, como si creyera que vamos a meternos en un lío.

Nos mecemos despacio en el balancín del porche. El cielo está muy oscuro y solo se ven unas pocas estrellas. Es marzo, y normalmente debería hacer frío, pero estamos casi a veinte grados. La semana que viene bajaremos casi a los cero, seguro.

—Bueno, son bolas de gas que arden y que se crearon hace... —Vacilo en mi respuesta y me doy cuenta de que no conozco bien la explicación.

Pero puedo inventármela.

—¿De gas? —Se ríe—. ¿Como las de papá?

Yo también me río.

—No, creo que no es lo mismo —le digo yo—. Las estrellas son muy muy viejas. A veces incluso se consumen y se apagan. ¿Sabías que el Sol es una estrella?

A ella se le iluminan los ojos castaños y se sienta sobre las rodillas para ver mejor el cielo. A mí me da miedo que pueda caerse del balancín, así que dejo de mecerlo.

—¿En serio?

—Sí. Y un día se apagará... Bueno, esto seguramente no debería decirlo.

Ella baja la cabeza y se enrosca sobre sí misma.

—¿Quieres decir que no habrá más sol? —le flaquea la voz.

Yo me esfuerzo por pensar en alguna respuesta que no la asuste.

—Sí, pero aún durará bastante. Tú no estarás viva para verlo. No lo creo, vaya.

Dios, esto se me da fatal.

—No pasa nada —dice ella, y posa su manita en mi brazo—. Lo has intentado.

Yo me río.

—Eres demasiado lista —le digo entre carcajadas—. ¿Sabes? Hay gente que ha caminado sobre la Luna. Se llaman «astronautas».

Ella se incorpora un poco más y levanta la barbilla.

—Ya lo sé. Lo he estudiado en el colegio.

—Eh, las dos. Tendríais que estar en la cama hace rato —dice mamá con su voz cantarína.

—Supongo que se refiere a mí —digo yo.

A Tate se le escapa una risita que al momento se convierte en un rugido.

—Yo quiero quedarme levantada, contigo.

Me inclino sobre ella y le susurro al oído:

—Te traeré un poco de limonada antes de que te duermas.

Me sonrío, se baja del balancín, se acerca corriendo a mi madre y le da un abrazo.

—El Sol se va a apagar, pero con suerte pasará cuando ya estemos muertas. Buenas noches. Te quiero.

Suelta a mamá y entra corriendo en casa.

Mi madre me mira, meneando la cabeza.

—¿Qué? Me ha preguntado qué son las estrellas.

—Por el amor de Dios. La próxima vez, míentele. Todavía estoy intentando arreglar tu desastre del hombre del saco.

Me dedica una de esas miradas de madre tan suyas y se ríe.

Y yo me río también.

Vuelve a hacer frío. Ya no estamos a veinte grados. Las risas crecen dentro de mí hasta convertirse en gritos. Me agarro con fuerza a la barandilla del porche y contemplo el vaho que forma mi aliento al entrar en contacto con el aire. Casi desearía que el Sol se apagara. Así moriríamos todos y ya no tendría que matarme yo. Cierro los ojos y veo los de Tate, menudos, castaños, que me miran, y su sonrisa mellada, y a mamá que intenta cada noche que se acueste temprano, sin saber que yo siempre me cuelo en su habitación después de que ella la haya metido en la cama, y me quedo allí hasta que se duerme.

Bajo la cabeza y veo las lágrimas que caen sobre la madera pintada de blanco.

*25 días*

Abro mi libro de historia para estudiar la guerra de 1812. No recuerdo nada de lo que he estudiado en los últimos dos días. Colter no ha vuelto a dirigirme la palabra, y Jackson no deja de preguntarme por qué quería mi teléfono. Y yo tengo que seguir mintiéndole. Dean me ignora más que antes. Ni siquiera me ha dedicado su parco saludo de cabeza en clase de sociales. Estoy obsesionada con hablar con él.

Suena el teléfono. Por un momento se me hiela el corazón, pero enseguida me doy cuenta de que es un aviso de mensaje. De Jackson.

J: Esta noche salimos.

E: Estoy ocupada. Búscate a otra.

J: No. Estoy en la puerta de tu casa.

E: Entonces vete.

J: Oye, guapa, tú te vienes conmigo.

Me echo a reír. Haga lo que haga, no puedo librarme de Jackson. El zarpazo de la culpa vuelve a agitarse en mi interior. Lo ahuyento. Tengo que seguirle la corriente, nada más.

E: Bajo en cinco minutos.

J: Que sean diez. Cepíllate el pelo y píntate los labios. E: En cinco.

J: En diez.

E: En cinco.

Me paso un cepillo por el pelo y me pinto deprisa con un poco de maquillaje de mi madre y carmín.

Jackson está esperándome en el coche, un Ford Tau-rus destartado y también conocido como el coche más feo del planeta. Me siento a su lado y cambio de música en la radio: del *country* pasamos a mi emisora favorita, que pone canciones de los años ochenta.

—¿Adonde vamos?

Él mueve el dial y volvemos a un tema de *country* cantado con voz nasal.

—A una fiesta.

Abro un poco la puerta e intento salir del coche. Él me agarra por el brazo y me lo impide.

—Déjalo ya. Tú te vienes. Tenemos que conseguir que salgas de esa casa. Pasas demasiado tiempo sola.

Pone el coche en marcha y bajamos por Capital Avenue.

—¿Y qué? —pregunto yo.

—Pues que... No me parece que esta noche tengas que quedarte sola.

—¿Por qué?

Él gruñe algo.

—No me lo parece y punto. Oye. Janie da una fiesta.

—Joder... No, ni hablar. Esas tres chungas no me van a querer en su fiesta.

—Ya basta. Les importas una mierda. ¿Te acuerdas?

—Ahora no me quitan ojo, Jackson Gray.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Es una historia muy larga.

Me mira como solo puede mirarte alguien que lo sabe todo de ti. Una mirada cargada de recuerdos, de «casis», de decepciones.

—Me cago en Colter...

—Ah... Kristyn, con i griega. —Sonríe.

—¿Colter y tú...?

—Muy gracioso. Todavía no me creo que le dieras mi teléfono, capullo.

Y le doy un puñetazo en el brazo.

—Eh, para —protesta él, apartándolo para evitar el siguiente golpe—. Es un buen tío, Ell. Vaya, si pasamos por alto a la loca de su madre y a la perversa de su exnovia. No te vendría mal poner a un buen tío en tu vida. —Me dedica su mejor sonrisa inocente, la que hace que le perdone cualquier cosa.

—Pero es que ya te tengo a ti. —Me chupo el dedo y se lo meto en la oreja.

Él se la seca y protesta, y el coche se va hacia la derecha. El giro hace que se eche un poco sobre mí. Da un volantazo y volvemos a nuestro carril.

—Te lo agradezco mucho.

Me río al oír una vez más una expresión que usa a menudo, y que yo misma he empezado a usar.

—¿Por qué a una fiesta? ¿No podemos ir..., no sé..., a un campo de tiro, e imaginarnos que las dianas son nuestros padres?

Contempla la posibilidad durante unos segundos, pero supongo que le parece que ya es demasiado tarde. Jackson nunca desaprovecha la ocasión de disparar contra algo. Lleva meses intentando arrastrarme al club de tiro de su padre.

—Janie me ha invitado. Le gusto. Estamos empezando a salir.

Me vuelvo a mirarlo. Decir que estoy sorprendida es decir poco.

—¿Qué? —Meneo la cabeza—. Déjame bajar del coche. Ahora mismo.

—Ella no te odia. Sabe que somos amigos. Quiere conocerte mejor — dice, con frases breves. Siempre me habla así cuando me comunica cosas que sabe que yo no quiero oír.

Junto las manos y aplaudo.

—¡Qué bien! ¡Nos has organizado una sesión de juegos! ¡Qué considerado por tu parte!

Le dedico una mirada asesina.

—Dale una oportunidad. —Me sonrío, travieso—. Me ha dicho que te has apuntado al coro.

—Sí. Tía Sue al rescate. Mi madre me ha obligado. Me ha amenazado con el psicólogo.

—Un loquero... Tal vez no sea tan mala idea...

—Jackson Gray, no estoy de humor.

Jackson ha hecho mil cosas por mí, y yo no he hecho nunca nada por él. Porque soy egoísta y merezco morir. Pero esta noche sí puedo hacer eso por él.

—Está bien, iré. Pero no esperes que me haga amiga de ninguna de ellas.

Se le ilumina la cara, y yo sonrío. Me gusta hacerle feliz. Cambio de tema, porque no quiero arrepentirme.

—Eh, ¿te acuerdas de Dean Prescott?

Jackson ladea la cabeza para mirar atrás y pone el intermitente. Se sitúa en el carril izquierdo. El sonido acompasado de las luces de giro suena a metrónomo, y al momento me atonta con su ritmo hipnótico.

—Eh... sí —dice él sin dudarlo. Todo el mundo hablaba de Dean el año pasado, de lo que le pasó. Es evidente que se acuerda de él. Qué pregunta más tonta por mi parte—. ¿Por qué?

—Estoy intentando hablar con él de nuevo.

Jackson se vuelve hacia mí y me mira raro.

—¿Todavía va a McKinley?

—Jackson Gray —insisto. »

—¿Qué? —Sonríe—. Ah, sí, va a mi clase de biología.

—Pero él no quiere hablar conmigo y yo no tengo ni idea de cómo poder hablar de... —Estoy a punto de revelar el secreto de Dean—. De cómo conseguir que hable conmigo.

—¿Y por qué ibas a querer algo así? —dice entre carcajadas, doblando la esquina al llegar a la calle de Janie.

Yo también me río un poco, aunque mi risa es falsa.

—No lo sé. Tal vez tengas razón. Tal vez sea mejor dejarlo en paz.

No tengo por qué preocuparme de nadie que no sea yo. Tengo un plan, y no voy a permitir que nada ni nadie lo haga descarrilar.

La casa de Janie se sitúa en una colina bestial que queda en medio de la nada, elevada sobre el nivel de la calle, a la que mira desde las alturas, como Janie y sus amigas miran a todo el mundo en el colegio. Las columnas de la fachada principal se alzan al cielo, y el inmenso jardín trasero ocupa lo mismo que un campo de fútbol, y en ese momento está lleno de gente del colegio.

Se me encoge el estómago cuando oigo la música tan alta, y las voces amortiguadas y los bajos de los altavoces me marean. Me agarro al cinturón de seguridad.

—No sé si voy a poder.

—¿Desde cuándo te importa lo que piense la gente? —Mete el coche en el camino y aparca junto a un todoterreno azul—. Eso no lo cambies. Es una de las muchas cosas que me encantan de ti —añade, apagando el motor y sacando las llaves del contacto.

Se baja y cierra la puerta con tanta fuerza que me sobresalta. Viene hacia mi lado y se apoya en el todoterreno aparcado al otro lado, esperando, deseando tal vez tener una amiga más normal. Al cabo de un minuto, más o menos, levanta las dos manos al cielo y abre la puerta.

—Venga, vamos, Janie nos espera.

Aspiro hondo y lo sigo hasta el jardín trasero. Los bajos atruenan desde cinco altavoces inmensos, si no más, y veo a un DJ sentado delante con su ordenador portátil, pulsando el teclado, con la lengua fuera. Hay varios corrillos de gente (a algunos los reconozco, a otros no) en el centro del jardín, riéndose y bebiendo en vasos de plástico rojo. Unos chicos se han agrupado junto a un coche plateado, y se pasan un porro.

Yo me acerco más a Jackson. Él me pasa el brazo por el hombro, como

hace siempre que estoy nerviosa. El estómago se calma algo, pero solo un poco.

—¡Jackson! ¡Aquí!

Es la voz aguda, inconfundible, de Janie, que se abalanza sobre nosotros.

Seguimos la dirección de esa voz hasta un corrillo en el que, además de Janie, están Dee, Kristyn, Colter, el chico al que este saluda siempre con los puños al entrar en clase de lengua, y alguna otra gente que no conozco. Jackson retira el brazo de mi hombro y abraza a Janie. Yo evito la mirada de Colter.

—Ellery, me alegro mucho de que hayas podido venir. —Janie mira a Kristyn—. ¿Verdad que nos alegramos, Kristyn?

—Estamos emocionadas —dice ella en un tono de voz que deja claro que no lo están.

—¿Qué has tenido que hacer para sacarla de casa, Grey? —pregunta Colter mientras me mira con desconfianza.

Noto que las mejillas se me ponen coloradas y me alegro de que esté oscuro y no se note.

—A diferencia de otras personas, a Ellery le caigo bien —responde Jackson en broma.

Colter se ríe.

—Pero si a ella no le cae bien nadie...

—Ella está aquí mismo —digo yo.

Janie me mira con cautela, y finalmente se acerca a mí y entrelaza el brazo con el mío.

—Vamos a hablar. —Le dedica una mirada a un Jackson desconcertado—. Ahora volvemos.

Disimulo el miedo que se manifiesta en mi cuerpo y camino junto a Janie. Nos detenemos junto a un árbol grande del que cuelga una rueda a modo de columpio, que se mece movida por la brisa. Janie agarra la cuerda mientras Justin, de la asignatura de sociales, pasa a nuestro lado y coge una cerveza de un cubo con hielo antes de alejarse para reunirse con su novia.

—Me han dicho que cantas en el coro. Tienes una voz muy bonita —dice en tono sincero.

Yo giro despacio la cabeza, apoyada en el tronco del árbol.

—¿En serio? La tuya es grave, cautivadora. Te la cambio ahora mismo.

Janie se ríe, y su risa inunda el jardín.

—Pues yo daría lo que fuera por ser soprano. Os lleváis todas las melodías. —Pasa el pie por el hueco de la rueda y se pone de pie en el



columpio, agarrándose a lo alto de la cuerda—. Daría lo que fuera por caber aquí dentro, como cuando era niña.

Sonrío, y recuerdo lo triste que me puse cuando supe que era demasiado mayor para conservar mi perrito de peluche, *Maynard*. Mamá se lo había dado a Tate cuando era pequeña. Yo casi no me di cuenta de que me lo había quitado hasta que vi que Tate lo abrazaba como si fuera suyo. Me sorprendió la rabia que llegué a sentir. ¿Qué más me daba a mí? Era mi hermana, y la quería. Pero aunque no recordaba cuándo había sido la última vez que había acariciado a *Maynard*, no quería que fuera «de ella». Era «mío». Hacerse mayor es una mierda, a veces.

—En casa nunca tuvimos un columpio de estos. En nuestro jardín no hay árboles tan grandes. Parece divertido.

Ella se baja y se tambalea un poco, y se sujeta en la cuerda para no perder el equilibrio.

—Sí. Me he mareado un poco. Ahora que lo pienso, no lo echo nada de menos.

Se ríe y me alarga la cuerda con gesto expectante, como si intentara hacer las paces conmigo y como si dándome permiso para montarme en su columpio de rueda fuera a lograrlo. Yo niego con la cabeza, pero sonrío para que entienda que no es nada personal.

No sé por qué, pero Janie no se ha portado tan mal conmigo. Estaba con Kristyn cuando se encaró conmigo por lo de Colter, pero si no recuerdo mal no dijo nada. Todo esto podría ser una trampa cruel. Hasta esta noche nunca habíamos hablado.

Me conduce hasta el cubo de las cervezas, hunde la mano en el hielo y saca una. Me la ofrece.

La acepto, pero no la abro.

Janie saca otra para ella, le quita la chapa y da un buen sorbo.

—Sé que no nos conocemos, pero Jackson me gusta mucho y tú... Bueno, tú lo conoces mejor que nadie. Y se me ha ocurrido que deberíamos conocernos, ¿sabes?

Asiento, pero estoy segura de que pongo cara de desconcierto: no sé por qué me habla.

—No me mires así. No tengo otros motivos, créeme.

Si Jackson confía en ella, supongo que yo también puedo hacerlo.

—Está bien.

—Vale. Ahora volvemos, tranquila, no vas a tener que aguantarme más a

solas. —Me guiña un ojo—. Además, quiero ir a besarme con Jackson.

Yo resoplo.

Ella vuelve a reírse. Incluso su risa es una canción preciosa.

Regresamos con el grupo.

—¿De qué iba todo eso? —me susurra Jackson al oído.

—Charla de chicas —le respondo yo en broma.

Jackson me sonrío.

—Voy a buscar algo de beber.

—Te acompaño —dice Janie, dejándome sola con un montón de gente que no conozco y con algunos a los que preferiría no conocer.

Empiezo a mordirme el labio y como quien no quiere la cosa intento acercarme a la mesa del DJ, alejándome del grupo. No quiero reconocerlo, pero habría querido hablar más con Janie. Descubrir qué canciones le gustan. Si son las mismas que me gustan a mí.

«Tú no necesitas amigas.»

«Tienes razón.»

El viento me revuelve el pelo y me lo echa sobre la boca. Lo aparto y alzo la vista para ver las estrellas. A pesar de toda esa música, de toda esa gente, las estrellas siguen brillando. Siempre me ha parecido que las estrellas eran mucho más bonitas que el Sol. El Sol está allí solo, en el cielo, sin hacer nada, pero las estrellas se tienen las unas a las otras, forman constelaciones entre ellas. Además, las estrellas solo salen de noche, que es mi momento favorito del día.

—¿Adonde vas? —me pregunta Colter desde atrás—. Y no me respondas: «¿A ti qué te importa?»

Me retiro de la boca otro mechón de pelo y hago esfuerzos por inventarme alguna réplica ingeniosa. Pero cuando lo miro a los ojos se me olvida. Me miran con algo que podría definirse como... ¿interés? Sin tiempo a parpadear, sus palabras resuenan en mi mente.

«Me recuerdas a alguien.»

Intento recuperarme y regresar al presente. ¿Por qué no soy capaz de actuar como un ser humano medianamente normal en su presencia?

—Quería ver qué otros temas tenía el DJ para ponernos, además de esa mierda pseudohíper que no vale ni para música de ascensor.

Él sonrío de oreja a oreja.

—No eres muy fan, ¿no?

Se echa un poco hacia atrás y se muerde el labio inferior, solo un poco.

Yo aparto la mirada.

—Refréscame la memoria. ¿Por qué hablas conmigo? Creía que habíamos llegado a un acuerdo. Te dije que no era una placa de Petri que estudiar bajo el microscopio, y tú estuviste de acuerdo.

—A lo mejor es que me gusta hablar contigo.

«Qh, no. Qué mal.»

Vuelvo a fijarme en él y veo que mantiene esa sonrisita tonta.

—Qué raro.

Colter se echa a reír.

—No tanto. Eres bastante interesante.

—¿Interesante? Nunca me lo habían dicho.

Se apoya en la mesa y el DJ, un tipo de pelo morado, en punta, y cien tatuajes en el brazo, lo mira mal. Yo envidio al DJ. No le ha dado miedo hacerse eso en los brazos. Quiero hacerme un tatuaje. Y quiero otro corte de pelo.

«No. Lo que tú quieres es morirme.»

Jackson se acerca a la cabina del DJ y me rescata de la conversación incómoda que mantengo con Colter.

—¿Te lo pasas bien? —me pregunta.

Janie me sonrío y mira a Colter.

—No sabía que os conocierais.

Colter se pasa la mano por el pelo.

—Sí. Vamos juntos a clase de lengua.

—Y ahora al coro —añade ella, que me mira como si conociera un secreto de mí que nadie más conoce.

Yo sonrío nerviosa, y no digo nada.

Ella mira a Jackson con cara de conspiradora.

—Ahí dentro están jugando a la botella —dice, volviéndose hacia mí—. ¿Qué está pasando aquí? ¿Tenemos doce años o qué?

Yo miro en dirección a la casa. Tal vez cree que quiero jugar. Se equivocaría, pero no me conoce. Casi todas las chicas, probablemente, quieren besarse con chicos. ¿Qué hago yo aquí? Debería irme ahora mismo.

—¿A la botella? —pregunta Colter sonriendo. Me mira—. Vamos a jugar.

El corazón empieza a latirme a un ritmo incómodo. Esto no está pasando. Yo no encajo para nada aquí. Lo noto en sus miradas. En la manera que tiene todo el mundo de mirarme, como si fuera un elefante en una cacharrería.

Jackson interviene.

—Eh... No. Yo tengo mi propia botella, y está en la habitación de Janie. — La aprieta contra sí y le susurra algo al oído.

Ella suelta una risita nerviosa.

Pongo los ojos en blanco al ver que Janie se pone de puntillas y le da un beso a Jackson. El beso se alarga, y Colter y yo nos dedicamos unas miradas incómodas.

—Métete en un dormitorio, tío —digo yo.

Colter se ríe.

Jackson la suelta, pero Janie sigue besándole el cuello, que Jackson ha girado hacia mí.

—Yo me voy arriba. Colter...

Colter da un respingo al oír su nombre.

—¿Puedes llevar a casa a Ell?

Jackson me mira con malicia y sonrío.

Mierda. No.

Fulmino a Jackson con la mirada y aprieto los puños.

—Puedo encontrar a otro que...

—Sí, claro —se adelanta Colter.

Janie y Jackson se van. Ella va pegada a él como una lapa, y él gruñe de placer.

Colter se vuelve hacia mí.

—Vamos a comer algo. Me muero de hambre.

No espera a mi respuesta, y se pone en marcha hacia la fachada principal de la casa. Vuelve la vista atrás una sola vez, y con un gesto de cabeza me señala los coches. Sin alternativa, lo sigo.

Nos detenemos frente a un Escalade blanco. Claro. No debería sorprenderme. Ese fue el todoterreno que vi aparcado en el Kmart. Él abre la puerta del copiloto y espera a que me monte. Esto no me gusta nada. Lo miro como si estuviera loco, y vacilo unos instantes.

Él me mira con impaciencia y entrecierra lo ojos.

Aspiro hondo y me subo. Los asientos son lujosos, de cuero, y el interior huele a su colonia. Me hundo en el asiento y siento que me envuelve por completo. La sensación de estar atrapada se mantiene en algún lugar de mi mente, en segundo plano, a la espera de manifestarse en los ruidos que reverberan cuando se cierran las puertas del coche. Intento pensar en otra cosa.

¿Por qué trabaja de guardia de seguridad en un Kmart si puede permitirse un coche como este?

Ese momento, desde que cierra mi puerta hasta que se acerca a la suya, es palpable, parece un sueño irreal. Se me acelera el pulso, y el olor de su colonia me devuelve a la noche en que impidió que me detuvieran. Me cuesta creer que fuera tan tonta. En un correccional de menores no me sería tan fácil suicidarme como en libertad. No puedo volver a cometer los mismos errores.

Se monta en su asiento y pone el coche en marcha.

Lo observo atentamente, examinándolo. El pelo, castaño muy oscuro, es casi demasiado perfecto para mí. A mí me gusta más despeinado. Y lleva una camisa con todos sus botones abrochados, joder. No es mi tipo, en absoluto. No es nada rudo. Es un buen chico, un chico formal. Seguramente dedica su tiempo libre al voluntariado, a ayudar a los demás y esas cosas. ¿Entonces? ¿Por qué le interesa hablar conmigo? Yo no soy tan guapa. Y está claro que no soy popular. ¿Intenta salvarme? ¿Ha hecho alguna apuesta y yo no lo sé?

—¿Por qué me miras así? —me pregunta, pasando el brazo por detrás de mi asiento para dar marcha atrás y tomar el camino.

—¿Por qué no me entregaste aquella noche?

Colter cambia de marcha y conduce por el interminable camino de la casa de Janie.

—No quería que te metieras en líos.

—¿Y a ti qué más te da?

Llegamos a la esquina y se incorpora a la carretera. Avanzamos muy suavemente, como si lo hiciéramos sobre montañas de dinero. Él menea la cabeza.

—Sabía quién eras. No soy de los que hace sufrir a la gente de manera innecesaria.

«¿Quién es este tío?»

—Pero ¿qué sacaste tú de todo eso?

Colter agarra con más fuerza el volante de cuero, rodeándolo con los dedos.

—¿Es que no puedo simplemente hacer algo bueno por ti, y que tú lo aceptes?

—No. Siempre hay un motivo.

Separa una mano del volante y se la pasa por ese pelo demasiado perfecto, y se lo despeina un poco. Ahora está mejor.

—Me sentí mal. Vi a una chica mona que parecía desesperada, alterada. Y no sé por qué, y a medida que seguimos manteniendo esta conversación lo sé cada vez menos, tuve ganas de ayudarla.

Desesperada. Estaba desesperada. ¿Es posible que supiera lo que pretendía hacer?

—No quería suicidarme con esa escopeta —suelto de pronto.

Él vuelve a agarrar el volante con fuerza.

—¿Qué?

Le tiembla la voz.

—Por si es eso lo que creiste.

El coche se detiene bruscamente. Yo me voy hacia delante, pero el cinturón de seguridad me retiene.

—¿Qué estás diciendo? —me pregunta él, desconfiado, volviéndose hacia mí despacio, inseguro, como si temiera destrozarme con las palabras que va a pronunciar.

Mierda.

Busco la manera de bajarme del coche. Me quito el cinturón, abro la puerta y me alejo corriendo. Yo que intentaba apartarlo de mi camino y acabo de meterlo de lleno en él. Hará que me condenen, o algo peor. Se lo contará a Jackson, y entonces ya no podré estar sola nunca más, y no podré irme de aquí. Por Dios, podría contárselo a su madre, que es abogada, y entonces iría a la cárcel. Tengo que quitármelo de encima para llegar como ahora hasta Halloween. Tate está muerta, y es culpa mía. Siempre será culpa mía que ya no esté aquí.

Corro muy deprisa; pero oigo sus pasos, su respiración entrecortada, detrás de mí.

—Ell, vamos. Hace mucho frío. Vuelve.

Niego con la cabeza mientras intento mantener el equilibrio. Mis pasos sobre el cemento resuenan en mi mente e igual que unos tambores de acero. El viento agita mi pelo en círculos y me corta la cara, como si estuviera hecho de algo afilado y tangible.

Colter no tarda en darme alcance, y me obliga a darme la vuelta. Soy maleable. Soy de goma. Soy de caramelo, como Jackson. Las lágrimas me resbalan por la cara. Qué tontas mis lágrimas, que me delatan.

—Eh, no pasa nada.

Me rodea con los brazos. Yo me resisto e intento apartarlo, pero él empieza a acariciarme el pelo. Sus caricias son sinceras, son puras, pero es como si unas llamas devoraran lentamente mi cuerpo.

—Sí pasa. Te equivocas. Pienses lo que pienses, te equivocas —le digo yo, y su camisa amortigua mis palabras.

—Ellery —me dice con voz muy seria—. Mi hermano se suicidó. Ya sé de qué va todo esto.

Me aparto de él y me seco los ojos. Recuerdo que me enteré hace unos dos años. ¿Cómo he podido olvidarlo?

—Te equivocas —digo en voz alta, pero la frase me resuena en el cerebro

varias veces más.

Él me retira un mechón de pelo de la cara.

—¿Seguro?

Yo le aparto las manos.

—Sí.

Unas arrugas de preocupación asoman a su frente, y su postura cambia y se vuelve menos tensa.

—Jackson no lo sabe, ¿verdad?

Yo no digo nada, y lentamente me separo más de él. Pero él se acerca.

—Ya me parecía a mí. Yo soy el único que lo sabe.

Sigo sin decir nada. No estoy segura de qué podría incriminarme.

—Por favor... —le digo, sin saber qué vendrá después.

—Necesitas ay...

—No lo digas. Ni te atrevas a decir que necesito ayuda. Eso no es asunto tuyo, y estás aventurando cosas que no sabes. Yo no soy tu hermano. Yo soy yo y tú no me conoces. En absoluto.

—¿Y cómo voy a conocerte? ¿Puede conocerte alguien? Con Ryan pasó lo mismo. Me alejó de él, nos alejó a todos, antes de hacer lo que hizo. Dejó de hablar con la gente. —Me escruta con la mirada, como aquella noche en el Kmart—. ¿Has estado muy cerca de hacerlo? Dijiste que se había estropeado la escopeta. ¿La usaste y no te funcionó?

Abre mucho los ojos.

Yo clavo la vista en la calle, consciente de que hace tiempo que lo sabe.

—Tengo que volver a casa.

—Yo quiero... quiero ayudarte. Déjame ayudarte.

—No. No soy un caso de beneficencia. Tú vuelve a ignorarme, como antes.

—Yo nunca te he ignorado.

Lo miro con cara de póquer.

—Está bien. Tal vez no te conocía, pero es que tú no te dejas. No dejas que nadie te conozca, solo Jackson.

—Mírame, Colter. ¿Por qué iba a querer nadie estar a mi lado?, ¿por qué querrían verme? Soy un desastre. Soy una fracasada. Soy la chica que mató a su hermana.

Me mira, y es como si me viera por primera vez. Ladea la cabeza y alrededor de los ojos se le forman unas arrugas, en gesto comprensivo.

—Todo el mundo sabe que aquello fue un accidente. Yo creo que fue un



accidente.

Da un paso al frente y, sin darme tiempo a reaccionar, me agarra una mano. Agujas. Noto como si unas agujas salieran de sus dedos y penetraran en mi piel. Su piel está encendida.

Me libro de su mano.

—No importa lo que tú creas. Eso no va a cambiar nada.

Él me mira durante lo que a mí me parece una eternidad, deja caer las manos y suspira.

—Tienes que contárselo a alguien, Ellery —dice con su tono serio de guardia de seguridad.

—No hay para tanto.

Él se echa a reír, pero su risa es de desesperación y de enojo.

—Pues yo diría que estar a punto de hacerlo es una cosa bastante seria. Por lo de la escopeta no te denuncié, pero...

Le agarro las dos manos y se las aprieto con fuerza. Mi piel se incendia con la suya.

—Por favor, no le digas nada a nadie.

—Ellery...

—Me encerrarían en un hospital. No puedo estar encerrada. —Rectifico. Tengo que mentir—. El arma no se estropeó cuando intenté hacerlo, ¿vale? La estaba probando. Yo... No estaba ni siquiera a punto de hacerlo. —Adopto un gesto neutro—. En serio, no hay para tanto. Es solo que estaba algo deprimida.

—Pero compraste una escopeta.

—Bueno, eso fue una tontería. Me arrepentí enseguida, y pensé que tal vez podría aprender a disparar con Jackson. A él le encantan las armas, el tiro.

Me encojo de hombros.

—¿Entonces? ¿Has cambiado de opinión? —me pregunta aliviado, aunque sin abandonar el tono de desconfianza.

En este tipo de conversaciones llega un momento en el que hay que tomar una decisión. O bien te escondes en la madriguera, o bien te quedas fuera y asumes la realidad. Yo prefiero la madriguera. Es oscura y resulta fácil ocultarse en ella.

—Sí, claro. —Le miento.

Él sonríe, pero sigue mirándome con recelo. No sé si mi mentira ha funcionado. Le devuelvo la sonrisa.

—Te llevaré a casa. Vamos.

Paso por delante de él y me monto en el coche. Colter no es de los que me

dejaría ir a donde quiero estar ahora mismo.

—¿Puedes dejarme en un sitio? —le pregunto cuando los dos estamos ya instalados en nuestro asiento.

Él me dice que sí con un movimiento de cabeza.

El aire es fresco y las nubes cubren el cielo, ocultando las estrellas y tiñéndolo todo de una tonalidad grisácea. No me ha gustado nada no decirle a Colter de verdad adonde iba, pero he tenido la sensación de que no me habría dejado sola en el cementerio.

Colter va a ser un problema.

Las letras grabadas en la lápida de Tate brillan iluminadas por los destellos de la luna. En realidad no es tan distinta de las otras tumbas que la rodean, salvo por el osito que ocupa el ángulo superior derecho. A mi madre le pareció que debía haber algo que indicara que era una niña pequeña. Yo habría preferido que grabaran una luna y unas estrellas. Eran lo que más le gustaba. Su osito de peluche se pasaba las horas en un rincón de su habitación, acumulando polvo. Además, las palabras de la lápida ya aclaran que se trata de una niña. «AQUÍ YACE TATIANA STEVENS, HIJA Y HERMANA AMADA. NUESTRA PRECIOSA NIÑA, QUE SE FUE DEMASIADO PRONTO. QUE DESCANSE CON DIOS POR TODA LA ETERNIDAD.» Las letras se vuelven borrosas, se convierten en formas emborronadas. Aparto la mirada y miro al cielo, intentando adivinar constelaciones con las pocas estrellas que aparecen entre las nubes.

Recuerdo haber oído en alguna parte que el día antes de que tu vida cambie es como cualquier otro día. Todo era tan... normal un día antes de que Tate muriera... Fuimos a la Tasty's y pedimos helado. Hacía frío en el local. Me acuerdo de que tiritaba cuando Dean me dio mi tarrina.

Tate recoge su cucurucho de menta con pepitas de chocolate y chilla de emoción en voz tan alta que el grupo de niños de siete años, que celebran un cumpleaños en la esquina, levantan la mirada de sus helados y la observan.

—Es solo un helado, Tate —le digo yo alargándole una servilleta—. Parece que nunca te hubieras comido uno. Si estuvimos aquí mismo hace tres

días...

—Lo sé, pero me gusta que pases vergüenza ajena.

Y sonrío como quien acaba de ganar una competición.

La sujeto por los brazos y empiezo a hacerle cosquillas mientras nos dirigimos a nuestros asientos. A ella casi se le cae el cucurucho, y sin perder la sonrisa me dedica una mirada asesina.

—Eres demasiado lista. Sé que eso no lo has sacado de mamá ni de papá. ¿Estás segura de que no eres extraterrestre? Eso explicaría tu amor por las estrellas.

Ella lame la bola de helado y se encoge de hombros.

—Naciste en la Luna, ¿verdad? —añado.

—¿Soy verde como los extraterrestres, hermanita? —replica ella como quien habla de lo más normal del mundo, como indignada porque haya podido ocurrírseme sugerir que es de otro planeta. Me mira desde detrás de su bola de helado verde, enorme, con las comisuras de los labios manchadas.

—Bueno, la boca sí la tienes verde.

Abre mucho los ojos y enseguida coge la servilleta de papel y se la limpia. Le da un bocado al cucurucho.

—¿Podemos ir al zoo hoy?

Yo me meto en la boca una cucharada de mi tarrina de tarta de queso y fresa.

—Tengo muchos deberes. El fin de semana sí, ¿vale?

La sonrisa de Tate se difumina un poco, y se pasa la lengua por el labio inferior, cubierto de helado. Se queda un momento en silencio, y temo que se ponga furiosa o que intente manipularme, pero no lo hace.

—Vale —dice, y me sonrío con dulzura.

De haber sabido que aquella iba a ser la última vez que hablaría con ella, la habría llevado al maldito zoo, y tal vez habría compartido con ella algunos de mis conocimientos en calidad de hermana mayor. Y le habría dado más abrazos.

Algo en mi interior me dice: «Abandona.» Algo en mi interior susurra recuerdos por la noche cuando duermo. Me da zarpazos en las entrañas, me suplica que me rinda a las palabras. No sé si es la Alegre Ellery, que intenta prepararme para el fin, o si es un ángel, o mi subconsciente. Pero siempre está ahí, llamándome.

—Ya sé que te dije que intentaría olvidar, pero no consigo superar lo que pasó. Así que voy a hacer la única cosa que sigue estando bajo mi control.

Una ráfaga de viento se lleva mi voz.

Espero un poco, por si su espíritu aparece y me dice que no lo haga. No estoy segura de si quiero o no quiero. Ella es la única que puede liberarme.

Hace meses que mi madre no viene a ver la tumba de Tate. A veces, cuando la miro a los ojos, lo noto. El dolor que intenta ocultar. Los pensamientos de vergüenza que niega. «¿Por qué no te pasó a ti? ¿Por qué mi preciosa hijita está bajo tierra y tú estás aquí ocupando espacio?» Jackson estuvo ahí tras su muerte, sujetándome la mano, diciéndome que no era culpa mía.

Él no tiene ni idea de lo que pasó en realidad. Nadie lo sabe.

Aquella noche llovía mucho y las ruedas no se pegaban bien a la calzada. El puente se alzaba amenazante a lo lejos, tan alto que se burlaba de mí.

Cierro los ojos y estoy allí. Cruzando el puente con el coche. Y entonces floto, floto y desciendo.

Suena el teléfono con un tono de chillido, que reverbera en todo el cementerio. Vuelve a ser una llamada, no un mensaje de texto.

Protesto y desconecto.

Vuelven a llamar. Conecto el altavoz.

—¿Qué?

—Ell —dice Colter con pánico en la voz.

—Sí.

Carraspea.

—Solo quería asegurarme de que hubieras llegado bien a casa.

Yo le había contado que tenía que ir a una tienda a encontrarme con una amiga, y que ella ya se aseguraría de que llegara a casa sana y salva.

—Estoy bien, Tom Sawyer. Sé cuidar de mí misma. Tú déjame en paz.

—Créeme, me encantaría, pero no puedo. Si tengo que irte detrás todo el día, lo haré.

Me echo a reír.

—Tengo que dejarte —le digo, y cuelgo. Y sigo riéndome hasta que vuelven las lágrimas, y entonces lloro en silencio, sollozo y le grito a la oscuridad vacía.

Se suponía que esta decisión iba a ser fácil.

Me arrodillo frente a la tumba de Tate y la contemplo. Apenas veo nada porque la luna se ha ocultado tras las nubes. La risa de Tate inunda mi mente, y su boca cubierta de helado, y sus ojos castaños tan grandes cuando miraba las estrellas. Sus manitas agarrando las mías cuando visitamos el zoo. Señalaba

las cebras y quería acariciar las cabras. Me dijo que le gustaría tener una como mascota. Se lo suplicó a mamá, pero ella le dijo que no teníamos una granja. Y entonces ella le suplicó que tuviéramos una granja. Nunca se rendía. Quería ser astronauta. Podría haberlo sido. Era tan lista...

Me hundo más en la hierba helada. El sentimiento de culpa impregna todos mis pensamientos, tiñe todos mis parpadeos, mi respiración. Convierte el amor en algo feo, en algo inmerecido, equivocado. Ataca mi alma y la destruye. Arranco la hierba que crece frente a la tumba y la aparto. Necesito sostener algo en las manos, algo a lo que exprimir la vida. Arranco más hierba hasta que llego a la tierra. Hundo los dedos en el suelo y me lleno las manos. La tierra es blanda, y fría, y la echo sobre la tumba, y rebota sobre mí y se vuelve negra. Excavo. Excavo en la tumba. Quiero estar ahí. Quiero estar ahí en vez de ella.

—Tendría que haberme pasado a mí —susurro—. Las cosas no tenían que ser así.

Me echo sobre la tierra y sigo arañándola débilmente, intentando llegar a otra parte. Tengo los dedos tan fríos que no llegaré muy lejos. Mis lágrimas caen al suelo, que las absorbe al instante. Apoyo la cabeza en el borde de la lápida; está fría y sus cantos afilados me molestan en la cara. Pero no me importa. Quiero que me duela. Quiero sentir el dolor. Quiero que algo sea como tiene que ser. Un reguero de sangre se forma sobre la piedra gris. Lo seco y sigo aquí tendida, contemplando las nubes que pasan entre la luna, cubriéndola y descubriéndola en una danza única que solo se ve de noche.

Tengo la cara agarrotada por las lágrimas, y me moquea la nariz. Me siento sobre los pies, arañó el suelo con los zapatos. Me abrazo las rodillas y me tiendo junto a mi hermana, y por una vez deseo que ella pudiera decirme qué debo hacer.

Cierro los ojos y oigo a los animales que se mueven de un lado a otro, y el viento suave que mece las hojas de los árboles. Y oigo los latidos de mi corazón.

Tal vez pueda morir esta noche. Aquí mismo, entre los árboles, la luna y las estrellas. Este es mi sitio.

—Lo siento mucho.

Noto que una mano me zarandea un poco.

—Ella.

El frío me estremece todo el cuerpo. Tengo los pies y las manos adormecidos. Me acurruco más, intento entrar en calor. Durante un momento

me olvido de dónde estoy, pero el recuerdo vuelve como una daga a mi piel. Vuelve el miedo, que circula por mi cuerpo como si fuera mi sangre.

—Ell, venga, levántate —dice Jackson.

—Estoy bien donde estoy, J... J... Jackson Gray —le digo entre el castañetear de los dientes.

Me gusta sentir el frío. Me merezco tener frío. Ni siquiera me importa.

Es justo que lo sienta.

—Esto está helado, y tú estás sangrando y manchada de tierra.

Me agarra por las axilas y me aparta de la tumba de Tate. Yo forcejeo con él, pero no me suelta.

Consigo soltarme.

—Déjame en paz.

Jackson me sujeta con fuerza y me atrae hacia sí. Yo le empujo el pecho, intentando mantener la distancia. Él pone los ojos en blanco, y a continuación noto que estoy suspendida sobre el suelo. Me sostiene en brazos y me saca en volandas del cementerio.

Yo le doy puñetazos en la espalda.

—¡Bájame! ¿Estás loco?

—¿Y tú? Aquí habría podido ocurrirte cualquier cosa. ¿Cuántas veces voy a tener que venir a rescatarte de este cementerio?

—Yo no te lo he pedido nunca.

—Por Dios, Ell. Déjame ayudarte. Es evidente que no has superado lo que pasó con Tat...

—No te atrevas a pronunciar su nombre.

Nos acercamos a su coche y me deja en el suelo, pero sin soltarme, y abre la puerta. Me levanta y me instala en el asiento del copiloto, me dobla las piernas bajo el salpicadero. Yo apoyo la cabeza en el respaldo, la vuelvo y observo las tumbas. El cielo está oscuro pero surcado ya por las tonalidades rosadas del amanecer. No tengo ni idea de qué hora es, ni fuerzas para mirar el reloj.

Una bocanada de aire frío entra en el coche, y vuelvo a tiritar. Jackson pone la calefacción a tope y me mira con cara de desesperación.

—¿Es que quieres matarte? —Se me corta el aliento. Colter se lo ha contado. No se ha creído mis mentiras. Ya sabía que no podía confiar en él—. Estamos a cero grados. Vas a pillar una neumonía.

Al menos así se acabaría todo de una vez.

Suelto un suspiro de alivio. Solo está hablando de esta noche.

—Quería verla.

—Tienes que dejar de culparte.

Asiento, como si estuviera de acuerdo. Él no lo sabe. Todo es culpa mía.

—Deberías haberme dejado ahí.

Sale del cementerio y se incorpora a la carretera.

—No seas tan melodramática. Además, ya te dije que no te abandonaré nunca. Igual que tú, que no me has abandonado nunca a mí.

—Creo que esa deuda ya la has saldado, Jackson Gray.

Niega con la cabeza.

—Qué rápido olvidas nuestro pacto.

Apoyo un pie en el salpicadero y acerco mucho las manos a las salidas del aire caliente. No me creo que Jackson siga rescatándome al cabo de tantos años.

—¿Quién podría olvidar algo así? Tú ahí, cagado de miedo en el suelo de la biblioteca...

—Yo no estaba cagado de miedo.

—Está bien. Tú te habías agachado para recoger un libro cuando aquellos matones inmensos aparecieron delante de ti. —Lo miro—. ¿Mejor así?

Pone los ojos en blanco.

—Nadie había hecho nunca por mí lo que tú hiciste. Aunque jamás reconocería que una chica se peleó por mí.

Me coloco mejor el cinturón de seguridad.

—Supéralo ya, Jackson Gray. Yo hice lo que haría cualquiera.

—Nadie más habría salido en defensa del nuevo. ¿Y yo tengo que dejar que esa persona se muera de frío en un cementerio?

—¿Quieres decir que a otros sí los dejarías morir?

Suspira y me da un codazo en el hombro.

—Cállate ya.



*23 días*

—Cantad con las entrañas. Dadlo todo y sostened esas notas —dice tía Sue frente a la clase.

Aguanto la respiración y sostengo el do todo lo que puedo. Pero tengo que parar a respirar y decido simular que sigo cantando el resto de la nota. No consigo implicarme en el coro. Janie está en la primera fila dándolo todo. Tiene que ser agradable confiar tanto en tu propia voz que no te importa cantar con una entrega total delante de otras treinta personas. Jackson y ella están juntos, y él aún no ha encontrado una excusa para dejarla. Miro de reojo a Colter, sentado dos filas más abajo. A mi cuerpo le pasa algo raro. Siento como unas maripos... Mierda.

Imposible.

Llevo demasiado tiempo observándolo. Aparto la cabeza de golpe y miro al frente, y me fijo en tía Sue y en sus gestos tan marcados. Ella me mira muy seria. Se ha dado cuenta de que no estoy cantando. Yo no me inmuta.

Mi tía agita las manos en el aire para indicarnos que dejemos de cantar, y se cruza de brazos.

—En esta sala hay alguien que no está cantando.

—Mierda —susurro yo.

Ella me clava la mirada.

—Ellery, ¿te apetece compartir con nosotros por qué no estás cantando?

Indignada, aprieto mucho los puños. No me preocupa nada lo que piensen los demás, pero Colter está ahí, y Janie, y de pronto no me apetece quedar como una tonta. Los odio.

—Me he quedado sin aire y ya no he podido seguir.

Lo que es más o menos cierto.

—¿Y si cantas la nota tú sola ahora?

Me vuelvo y veo que todos me miran. En sus caras hay solo curiosidad, pero en mi mente empiezo a imaginármelas llenas de ira y venganza.

Cierro los ojos.

—¿Y si no? —digo.

No es la primera vez que tía Sue y yo pasamos por esto. Un punto muerto. Unas tablas. Es tan terca como yo, y en estas situaciones ella siempre se sale con la suya porque mi madre me pide que dé mi brazo a torcer.

—Está bien —dice ella, para mi sorpresa—. Pues hacemos otra cosa. Escoge a alguien que cante contigo.

De pronto todos tuercen el gesto. Nadie quiere cantar con una única persona. Nadie excepto Janie, que me mira con gesto cómplice.

—Janie —digo.

Tía Sue sonrío.

—Está bien, chicas. Vamos a oíros.

Janie me sonrío y empieza primero. Su nota es grave y su voz, triste y preciosa. Me uno a ella, y la mía es aguda y con un timbre estridente. La oigo así, pero me doy cuenta de que pronto se transforma. Me estoy acoplando a su voz. Es distinta, pero suena...

—Magnífico —dice tía Sue, y nos indica que paremos—. Vamos a tener que buscaros un dueto a vosotras dos.

Janie me mira y me sonrío, y yo no puedo evitar devolverle la sonrisa.

Suena el timbre y Janie se acerca a verme.

—Dios mío, Ell, tienes una voz preciosa. Ha sido increíble. ¿Qué clase de dueto crees que haremos?

Me encojo de hombros y noto que tengo a alguien detrás. Janie mira más allá de mi hombro, pone los ojos en blanco y sonrío.

—Tengo que ir a ver a Jackson. ¿Nos vemos luego? —me pregunta.

—Sí, claro.

Me vuelvo y Colter está ahí, demasiado cerca. Retrocedo un poco y estoy a punto de caerme de la grada.

—Tom Sawyer.

—Eso ha sonado muy... bonito. —Se pasa la mano por el cuello y mira hacia la puerta—. Oye... ¿Podemos...? Quiero decir... ¿Quieres que...? — Parece incómodo, algo muy atípico en él. Los nervios no van con él. No los necesita.

—Quiero hacerme un tatuaje —suelto yo.

No sé bien por qué. Pareciera que, cuando estoy a su lado, todo vale. La

mente se me llena de «estallidos bruscos, no planeados, que por alguna razón inexplicable brotan cuando lo tengo delante.

Salimos de la sala. Mi tía nos observa con atención.

—¿Y eso qué tiene que ver? —dice él.

—Yo no tengo edad para hacérmelo. Pero tú sí, ¿verdad?

Él me mira con desconfianza.

—Quieres hacerte un tatuaje.

—Sí. ¿Puedes ayudarme?

—¿Estás segura de que sabes lo que haces? Sabes que son cosas permanentes, ¿verdad? —Sonríe, pero enseguida un velo oscuro le cubre el rostro, como si algo se hubiera desencadenado—. Tal vez no debieras hacértelo aún. Espera un poco antes de tomar la decisión.

Me mira, expectante.

—¿Puedes ayudarme o no?

Alza la vista al techo y suelta un suspiro que le retira el pelo de la cara.

—Te lo vas a hacer igualmente, ¿no? —dice, bajando la mirada.

Yo no respondo, me quedo ahí esperando a que se decida.

—Sí. Conozco a alguien. Si quieres quedamos al salir de clase y te llevo.

—No te arrepentirás.

—Ya me arrepiento —responde él, alejándose.

Después de clase, Colter y yo vamos en coche a las afueras de la ciudad. Muy a las afueras.

—Rick vive en Evansville. Vamos a tener que ir a su casa, pero no le importará que tengas diecisiete años. Lo conozco hace bastante. Me tatuó a mí.

—¿Tú tienes tatuajes?

Se levanta la manga y de pronto me muestra una nota musical negra, dibujada con trazos góticos. Alargo la mano y se la rozo con la yema del dedo. Él se estremece, y lo retiro al momento. Se baja la manga.

—Tienes la mano fría. Lo siento.

—¿Y es el único que tienes?

Colter sonrío para sus adentros, y en su expresión hay algo que se incrusta en mi mente. Es un gesto que no olvidaré jamás. Esconde un recuerdo loco, una anécdota que yo nunca conoceré.

—Tengo otro.

—¿Puedo verlo?

Se muerde el labio.

—Tal vez.

—Ah. Está en un sitio que... Entiendo. No, no importa.

Él se echa a reír y mete el coche en el camino de una casa.

Por su aspecto, Rick Thatcher podría ser un *hacker* que trabajara para el Gobierno. No es en absoluto lo que esperaba. Es rubio, lleva un corte de pelo de surfero y en su piel no hay tatuajes a la vista.

—¿Estás seguro de que la casa es esta? —le pregunto a Colter en voz muy baja cuando nos sentamos en el salón.

El aire huele a limón, y hay tapetes por todas partes: sobre las mesas, sobre los muebles, incluso algunos enmarcados en las paredes.

—Vivo con mi abuela, que me deja una habitación. Hace un par de meses que me quedé sin trabajo —nos explica Rick.

—¿Y te permite que conviertas su casa en un estudio de tatuajes?

Rick suelta una risotada ronca.

—Mi abuela es mi mejor cliente.

Colter y Rick intercambian unas miradas que yo no entiendo.

—Es esta, ¿verdad?

Arquea una ceja y me mira de arriba abajo.

Yo intento ocultar la incomodidad mientras Colter le da a Rick un puñetazo en el pecho y le dedica una mirada de advertencia.

Rick también lo mira.

—¿Qué?

—Ya sabes qué.

Rick se ríe y le da una palmada en el hombro a Colter. A continuación, con un gesto me indica que baje al sótano. Siento una punzada de temor, y me detengo en lo alto de la escalera.

Rick baja primero, y detrás va Colter, que queda algo por debajo de mí. Se vuelve a mirarme.

—No tienes por qué hacerlo. Puedes cambiar de opinión.

Me sacudo el temor de encima. ¿De qué tengo miedo? Pero si quiero morir... Y además, no sé por qué, confío en Colter. Siempre y cuando él esté a mi lado, creo que estoy a salvo.

—No, no, quiero hacerlo.

Él suspira.

—Está bien, vamos.

El sótano está pintado en tonos oscuros y hay fotos de un piloto de aviación que parece tener la edad de mi abuelo. En una aparece junto a su avión, con el casco apoyado en la cintura, entrecerrando los ojos para

protegerlos del sol, que lo deslumbra.

—Mi abuelo fue veterano de guerra —dice Rick desde el otro lado de la habitación.

Paso el dedo por otra fotografía del piloto. En esta aparece fumándose un puro junto al mismo avión, sonriendo a quien fuera que se la tomó.

—Mi bisabuelo también tiene algunas así.

Me vuelvo para examinar el resto del sótano.

Rick le da unas palmaditas a una butaca de cuero negro.

—Siéntate.

Vuelvo a mirar a Colter. Él posa una mano en mi espalda y, con delicadeza, me empuja hacia el asiento.

—Es un poco brusco, pero puedes confiar en él —me susurra al oído.

Tiemblo sin querer. Colter y Rick se dan cuenta. Colter ahoga una risita a mis espaldas, y Rick menea la cabeza. Me siento en la butaca y aspiro hondo. Sé que me va a doler. Quiero que me duela. Cuanto más, mejor.

—Pica un poco, notas mucha presión en la piel, pero el cuerpo se acostumbra —dice Ricky.

Asiento.

—¿Dónde lo quieres? Colter no me ha comentado nada.

—En el omoplato.

—¿Y qué quieres que te tatúe? —pregunta enroscando una aguja en lo que parece un engranaje pequeño.

Yo contemplo con aprensión el utensilio y la aguja que lo remata, y trago saliva.

—Me han puesto inyecciones otras veces, pero las jeringuillas no se parecían a esto.

—Relájate. Pincha un poco. Pero se nota que eres una chica dura.

Saca una carpeta con tipos de letra. Escojo una fuente bonita, de volutas, pero le pido que el texto sea legible. Levanto la barbilla, rebusco en el bolsillo y saco un papel con el fragmento de la letra de una canción.

—Sé que es mucho.

Rick se encoge de hombros y se queda con el papel.

—Sé tatuar palabras. ¿Con esta fuente? —me pregunta, señalando la que he escogido.

Asiento y le señalo el hombro izquierdo.

—Quiero los primeros versos aquí. Son de uno de mis grupos favoritos, Pearl Jam. «Ahora mis manos amargas acunan el cristal roto de lo que fue

todo.» Después, un espacio en blanco. Después: «Todo el amor que se echó a perder oscureció mi mundo.» —Le señalo el otro omoplato—. Aquí quiero el resto: «Sé que algún día tendrás una vida hermosa, sé que serás una estrella en el cielo de otro.» Y después: «Cuando baja el telón sé que es solo un adiós por ahora.»

Había pensado escoger una letra de alguna canción de los ochenta, pero no encontré ninguna que encajara tan bien. Tenía que ser algo perfecto. Rick deja sobre una mesa la hoja de papel y pasa la mano por encima para alisar las arrugas.

—Muy profundo. ¿Por qué la has escogido?

Es mi nota de suicidio. Pero no se lo digo.

—Es la letra de una canción que me gusta. Nada más.

Colter me mira raro.

—Espera.

Me agarra del brazo y me levanta de la butaca.

—¿Qué coño estás haciendo?

Me habla con voz amenazadora, y le tiembla como el otro día, en el coche, cuando descubrió lo que hacía la noche en que intenté devolver la escopeta.

—Ya te he dicho que quería hacerme un tatuaje.

—Eso no es un tatuaje. Eso es una carta, joder.

Muevo el brazo para liberarlo de su mano.

—Bueno, tal vez sí.

—Pero yo creía que...

Levanto la cabeza todo lo que puedo para que quede más a su altura, aunque aun así estoy medio palmo por debajo.

—O estás conmigo o estás contra mí.

—Por Dios, Ell. Las cosas no tienen por qué ser así.

Vuelvo a la butaca, que se inclina hacia un lado.

Rick retrocede y deja el utensilio suspendido en el aire.

—¿Va todo bien?

—Sí, es solo una diferencia de opinión.

Colter cruza los brazos sobre el pecho y me dedica una mirada asesina.

—Rick, no se lo hagas. ¿Es que no te das cuenta de lo que está haciendo?

—La decisión no es mía, tío. —Se vuelve hacia mí—. ¿Tú quieres que te tatúe esto?

—Sí, quiero.

—No tiene ni dieciocho años —suelta Colter.

Yo lo miro fijamente y meneo la cabeza en señal de advertencia.

Colter no me mira a los ojos.

Rick, detrás de mí, suspira sonoramente, se sienta en su silla y suelta el utensilio.

—A ver, yo no sé qué rollo os lleváis los dos, pero tenéis que aclararos.

—Quiero hacerme el tatuaje. Ya te he pagado y mis padres saben que voy a hacérmelo. Si quieres les pido que te firmen algo, pero tendríamos que volver a Grand Creek, y yo preferiría hacérmelo ahora.

Colter baja los hombros, derrotado.

Rick sopesa un instante mi dilema, y me pregunta:

—¿De qué color?

Yo me levanto la camisa y miro a Colter.

—Negro. Tiene que ser todo negro.

El zumbar de la máquina me tranquiliza. Llega el dolor.

*22 días*

Me arde la espalda, y por más lociones que me aplique no me alivian. Cuando salgo de clase y me dirijo al aula para cumplir mi último día de castigo, intento evitar a Colter, que está metiendo sus libros en la taquilla. En este momento haría cualquier cosa para zanjar el juego incómodo al que hemos jugado desde que me tatué. Ya casi lo he dejado atrás cuando alza la vista y nuestros ojos se encuentran. En un primer momento me parece que me va a decir algo, pero se queda en silencio y me dedica una mirada llena de furia. Cierra de un portazo la taquilla y pasa por delante de mí rozándome deliberadamente el brazo con el suyo. Vuelvo a sentir un cosquilleo donde me ha rozado. Todavía no sé qué significa eso: ¿el cosquilleo es bueno o malo?

Ignoro la sensación y me voy al aula de los castigados.

La señora Benton no está, y en su lugar el señor Chandler dormita en la silla. Hay algunos otros alumnos castigados, pero todos están con su móvil, jugando a algún juego, enviando mensajes o tuiteando, por lo visto. Dean está sentado a mi lado y hoy ha intercambiado conmigo algunas palabras. Pero por lo general se mantiene en silencio, y parece de mal humor.

Intento recordar la última vez que pasé un rato con él. Era verano, creo.

—Eh, ¿has vuelto a aquel parque en el que construimos nuestro fuerte?

Observo su rostro para ver cómo reacciona. Se le escapa una sonrisa fugaz.

—No, pero siempre he querido volver.

—Las cosas eran mucho más fáciles cuando éramos pequeños.

—Sí.

Algo se activa en mí, como si todos los momentos de mi vida fueran las piezas de un rompecabezas y yo tuviera que ponerlas en su sitio para que las cosas tuvieran sentido.



Dean se fija en mi cara, y a la suya asoma la confusión.

—Eran más fáciles, ¿verdad?

Lo miro y me concentro en su expresión, anticipándome a su reacción por lo que estoy a punto de sugerir. Pero no sé cómo se lo tomará. O bien me ayuda, o bien me aleja más de él.

—Vamos.

—¿Adonde?

—Al parque.

—Estás loca.

—Ni siquiera se dará cuenta de que nos hemos ido —susurro.

Me mira como si tuviera tres brazos.

—Venga, vamos. Quién sabe si es la última vez que vamos a poder.

Sigue pensativo unos instantes, pero acepta. Ya lo he convencido.

—De acuerdo. Siempre será mejor que estar aquí —dice, sucumbiendo a mi locura.

Se levanta, se carga la mochila al hombro y sale del aula. El señor Chandler no se mueve. Yo sigo a Dean hasta la puerta, atrayendo las miradas de los demás, aunque solo un segundo antes de que todos vuelvan a enterrar la cabeza en su teléfono móvil.

El parque está a poco más de un kilómetro del colegio, así que vamos a pie. Yo lo miro de vez en cuando, y él me mira a mí. En mi interior siento el curioso cosquilleo de una amistad perdida. Cuando éramos niños, Dean siempre fue muy buen amigo. Cuando necesitaba a alguien, él siempre estaba ahí. Yo siempre tuve más amigos que amigas. Supongo que ellas no me pillaban el punto, o tal vez era yo la que las ahuyentaba. No lo sé. Yo quería trepar a los árboles, no jugar a las casitas ni a las muñecas, y me gustaban los videojuegos violentos; cuanta más sangre, mejor.

—Los columpios todavía están pintados del mismo color amarillo horroroso. ¿Es que no lo van a cambiar nunca? —pregunto, sentándome como puedo en uno de ellos y arrastrando los pies sobre la tierra.

Dean se sienta en el de al lado y da vueltas para que las cadenas se entrecrucen.

—Creo que los pintan del mismo color una y otra vez.

—Es deprimente.

Suelta una carcajada que no suena alegre, sino triste.

—Sí, bueno, hoy en día hay muchas cosas que son deprimentes.

—Eso es verdad.

—¿Sabes? A Jackson también le gustabas. No solo a mí.

Lo miro.

—Lo sé. Me lo dijo.

—¿Y nunca te habló de mí?

—No. Esa información es nueva.

—Tenías una bicicleta. Era del color rosa más feo que he visto nunca — dice, dando vueltas en el columpio, esquivando mi mirada—. Me acuerdo de que la dejaste en el Walmart y alguien te la robó. Lloraste sobre mi hombro.

—Tenía el manillar con flecos de colores; a mí me encantaba aquella bicicleta.

—Yo quería que dejaras de llorar. No podía pensar en otra cosa.

—Me acuerdo. Y me contaste un chiste malísimo sobre unos tomates.

—Te hice reír.

—Tenía nueve años. Me reía de cualquier cosa.

Vuelve a soltar una carcajada, que esta vez suena sincera.

—¿Qué les pasó a aquellos niños?

Suspiro y vuelvo la cara para que me toque el sol, que se ha ocultado a medias entre nubes anaranjadas, rojizas. Otra vez el mismo baile loco, pero esta vez de día.

—Crecieron. Y se desencantaron.

—Menos Jackson.

—Menos Jackson.

En ese preciso instante suena el teléfono.

—Hablando del rey de Roma —digo, y respondo la llamada.

—Ellery Stevens. ¿Te has saltado el castigo, jovencita? —pregunta en voz baja, supuestamente autoritaria.

—¿Y cómo sabes que no estoy sentada en clase en este momento?

Miro a Dean y pongo los ojos en blanco.

—Porque estoy viendo el aula.

—Pillada. —Miro a Dean—. Estoy con Dean. Estamos en el parque.

Jackson se queda callado.

—¿En nuestro parque?

—Sí, en nuestro parque.

—Está bien. Fingiré creer que esto es lo más normal del mundo. Pero que conste que no lo es —dice Jackson.

—Está bien. Ahora tengo que colgar.

—Espera. Te he llamado por algo.

—¿Por qué? —le pregunto.

—¿Qué llevas puesto?

Protesto con un gruñido, porque acaba de pillarme una vez más con la guardia baja, con la misma bromita gastada.

—Cuelgo.

—No, no... Oye. Janie está pesadísima. Quiere que te diga que quiere ser tu amiga, en serio. —Hace una pausa—. Mierda, esto es ridículo. Me siento como si tuviera diez años. Hazte amiga de ella de una vez, Ell.

—No sé bien cómo responderte a eso. ¿Vale?

—Bien. De acuerdo. Esto... Pásatelo bien con Dean, niña rara.

—Adiós —le digo.

Dean me mira.

—Está desconcertado, ¿a que sí? No sabe por qué estás aquí conmigo.

—Para desconcertar a Jackson Gray no hace falta gran cosa. — Permanecemos en silencio unos momentos. Solo se oye el chirrido de las cadenas—. Ayer me hice un tatuaje —le digo. El chirrido cesa—. En realidad son cuatro. ¿Quieres verlos?

Y hago el gesto de levantarme la camisa.

—¿Qué coño estás haciendo?

Me levanto del todo la camisa por la espalda e intento señalármelos.

Él se acerca y se queda medio minuto sin decir nada. Yo voy contando los segundos en mi mente.

—Es bonito.

—Me pareció que estaría bien que mi nota de suicidio fuera permanente.

—Él se aparta de mí y yo me bajo la camisa. No dice nada—. ¿Y tú? ¿Has escrito ya la tuya?

—La voy retocando una y otra vez. Parece que no termina de quedarme...

—¿Perfecta? —acabo yo su frase.

—Sí —admite él, suspirando—. Nunca creí que tú serías de las que querrían suicidarse.

Miro hacia el horizonte. La carga de esta culpa me está matando, me devora, y él es el único que podría entenderme.

—Yo la maté.

Dean se acerca más a mí.

—¿Qué?

—Ya sabes de qué hablo.

Arquea las cejas, como si intentara recordarlo.

—¿El año pasado?

Por su expresión sé que lo ha entendido. Asiente, muy serio.

Aspiro hondo y suelto el aire muy despacio, dejando que mis palabras se deslicen sobre el aire.

—Mi hermana tenía casi siete años.

—Qué mierda...

—A veces hablo con ella. Sé que es macabro pero... No sé. No consigo dejarla ir.

Él se acerca más a mí y parece escucharme con atención.

—Siempre me pregunto qué habría llegado a ser de mayor. Si habría llegado a la Luna, que era su sueño.

—Tiene que ser difícil convivir con algo así. Asiento.

—Después del accidente intenté matarme. No lo soportaba más. El dolor... Me costaba respirar. —Me agarro con fuerza a las cadenas—. Estaba muy cansada. Quería dormir para siempre. Porque es eso. Duermes. Ni siquiera te das cuenta... Cuando te mueres. Es así. Ni siquiera sabes que estás muerto. Es solo algo que... ocurre. Y ya no estás. Y todo el dolor ha desaparecido. Todos los recuerdos que tienes metidos en la mente, todos los «casi», todos los «a punto de», toda la presión para ser perfecta, desaparecen.

Dean no dice nada, pero en su cara se dibuja un gesto que dice que me entiende. Y otra emoción también: no solo me entiende, sino que lo comparte.

—Lo que quiero decir es que yo no escogí nacer. No llegué a este mundo y dije: «Escojo nacer de estos padres.» Estoy totalmente segura de que no habría escogido a un padre como el mío.

—Te sigo —dice él.

—¿Sabes que fue lo último que me dijo antes de abandonarnos?

Él niega con la cabeza.

—Dijo que nunca me perdonaría por haberle quitado a su niña. No me dijo «adiós», ni «te quiero». No me dijo que sentía lo que había ocurrido.

Miro a Dean para asegurarme de que sigue prestándome atención. Los rayos rojos y anaranjados del sol se le reflejan en los ojos, fijos en el horizonte.

—¿Por qué lo hacen? ¿Por qué nos critican y nos hacen sentir que somos una mierda?

Me encojo de hombros.

—Yo tampoco habría escogido a mi padre —dice en tono distante—. Me dijo que si no entro en Harvard, me enviará al ejército. —Suspira—. Yo le

pregunté por qué es tan importante para él. Que qué coño quería de mí.

—¿Y qué te respondió? —le pregunto.

Pone los ojos en blanco.

—Me dijo que quiere para mí lo que él no tuvo, y que algún día, cuando tenga un hijo, lo entenderé. —Suelta una risita, pero está hueca, no hay alegría en ella—. Es que no lo entiende. A mí eso no me importa. Ni Harvard, ni los deberes, ni servir helados de mierda.

—¿Y qué es lo que te importa?

Se encoge de hombros.

—Tal vez ese sea el problema. Que no me importa nada.

Yo no le digo nada más.

Se agita un poco en el columpio y las cadenas chirrían.

—Cuando lo haga, se dará cuenta. Tal vez entonces me escuchará por una vez en su vida. Desgraciadamente, yo no estaré aquí para decirle: «Ya te lo decía yo.»

Al oír sus palabras se me clava algo en la boca del estómago, y me doy cuenta de que no quiero que muera solo para darle una lección a su padre. Pero no puedo decir nada. ¿Quién soy yo para juzgarlo? Él ha aceptado que yo también quiera morir. Hay un entendimiento entre nosotros. Un pacto silencioso en el que seguramente él no ha querido entrar nunca.

Dean se pone de pie y me mira con expresión melancólica.

—Debería volver a casa. Esta noche tengo trabajo.

—Gracias.

—¿Gracias por qué? —me pregunta.

—Por esto. Me ha gustado ser niña otra vez por un segundo.

Posa la vista en la carretera.

—Sí. A mí también.

21 días

Tengo los dedos grasicntos, y al levantar el vaso se me escurre y casi se me cae.

—¡Uau! ¡Qué cerca!

La chica que tengo delante se vuelve al oír el campaneo del hielo en el vaso. Debe de haber percibido la inminente explosión de la coca-cola, que he evitado por poco. Se pasa el pelo por detrás de los hombros e intenta disimular su preocupación.

—Lo siento —le digo, colocando de nuevo el vaso en el hueco correspondiente, a mi lado.

La chica sonrío.

—Tendrían que ponerles asas.

—¿Verdad que sí? —coincido, y levanto de nuevo el vaso.

Ella se vuelve a su sitio.

Janie se ríe y se mete un Skittle en la boca.

—¿No querías mantequilla en las palomitas?

—No creo que quede más en todo el cine —replico, secándome las manos en una servilleta.

Pone los ojos en blanco y se ríe, antes de fijarse en el anuncio de la pantalla.

—No me creo que den *Dieciséis velas* y *El club de los cinco* la misma noche, y además en jueves.

—No sabía que también te gustaran las películas de los ochenta.

Me mira con cara de traviesa.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes. —Juguetea un momento con su pajita y parece que quiere decir algo más. Yo espero, pero intento no mirarla para que no se sienta incómoda. No sé por qué, pero se diría que estamos

saliendo juntas. ¿Son así todas las «noches de chicas»?

Baja la cabeza, como si se sintiera avergonzada.

—Gracias por salir conmigo esta noche.

—Gracias a ti por invitarme.

Se lo digo sinceramente.

Jackson es mi mejor amigo, y si a él le gusta y quiere que a mí también me caiga bien, ya se me ocurrirá la manera de relacionarme con ella. Solo debo asegurarme de que no nos hagamos demasiado amigas. De mantener la distancia. Lo que menos me interesa en este momento es que haya más ojos observándome.

—¿Cuántos años hace que conoces a Jackson? —me pregunta, dando un sorbo a su té helado.

—Lo conozco desde que íbamos a segundo. No sé cómo hemos durado tanto, ni por qué funciona nuestra amistad; pero funciona.

Ahoga una risita.

—Sí, este chico es contagioso, o algo así, ¿verdad?

—Sí, se te pega como un caramelo.

Abre mucho los ojos. Coincide conmigo.

—Eso mismo, exacto. —Asiente y hunde los dedos en su bolsa de Skittles para sacar un puñado—. Todavía no me creo que te hayas apuntado al coro este año. Nos hacías mucha falta.

—No podía. La verdad es que no quería apuntarme, pero mi tía... —Me debato entre contarle la verdad o mostrarme como la Alegre Ellery—. Es que después de la muerte de mi hermana no tenía ganas de cantar. Cada vez que salía una nota de mi boca, me sabía a ácido.

—Lo siento. ¿Y por qué te costaba tanto? —me pregunta, pero al momento añade con expresión de asombro—: Oye, perdóname, en serio. No es asunto mío. Olvida que te lo he preguntado.

Le sonrío y al momento decido que le responderé y le daré algo de confianza.

—No, no pasa nada. Yo le cantaba por las noches, antes de acostarme. Teníamos un juego. Yo le decía que tenía que dormirse ya, y ella me pedía que le cantara «solo una más, hermanita». Y lo repetía una y otra vez. Insistía tanto que al final yo me rendía. Habría sido una gran abogada.

No tengo ni idea de por qué le he contado eso. Resulta muy fácil hablar con ella.

Janie me sonrío con tristeza, baja las cejas y me dirige una mirada de

comprensión, la misma que me dedicaba todo el mundo tras el accidente.

—Cuando murió mi abuela, no quería ni siquiera mirar el piano. Ya han pasado algunos años. Apenas ahora puedo tocar una canción y no ponerme a llorar. —Suelta un suspiro y clava la mirada en la pared tapizada de terciopelo rojo—. Es más fácil... y más duro, cuanto más tiempo pasa.

No sé qué decirle. Ella no sabe nada de mi sentimiento de culpabilidad. Pero al menos lo intenta.

—Gracias.

Ella me sonrío y se mete otro Skittle en la boca.

—Está bien. Confesión.

—¿Confesión? —repito yo, despacio.

—No he visto nunca *El club de los cinco* —dice, bajando la cabeza, como si temiera que fuera a darle una bofetada.

—¿En serio?

Janie asiente.

—He visto *Dieciséis velas* y *La chica de rosa*. He visto incluso *Más vale muerto*.

—(*Más vale muerto?*)

—Sí. John Cusack interpreta a Lañe Mayer, un esquiador raro que se quiere suicidar, pero en plan divertido.

—¿En plan divertido? ¿Eso es posible? Parece una película... interesante.

—Pues entonces tenemos que verla.

He evitado hacer planes con nadie más allá de Halloween, pero tal vez no me venga mal ver una película sobre un suicidio divertido.

—Pues ya tenemos plan.

Se echa a reír, y las luces se apagan. He cometido un error y tengo una nueva amiga.

Mi lista de despedidas no deja de aumentar.



El aparcamiento del cine está oscuro. Sujeto las llaves con más fuerza y veo alejarse a Janie. Todavía siento el abrazo incómodo que nos hemos dado antes de que ella se subiera al coche. Yo me monto en el mío, paso el seguro en todas las puertas y miro si tengo mensajes en el móvil. No sé por qué hago eso. Las únicas personas que están en contacto conmigo estos días son Jackson y mi madre, y Colter últimamente. Pero él es la última persona con la que me apetece hablar en este momento.

Me fijo en la pantalla del teléfono. Y, en efecto, hay tres llamadas perdidas tuyas. Al final me rendí y lo añadí a mis contactos. Es mejor saber quién es cuando no respondo a sus llamadas. Desde que estuve en la fiesta de Janie me ha llamado cada día. Está muy decidido. Como si en vez de querer salvar mi vida quisiera salvar la tuya. A pesar de todo, y contra todo pronóstico, me siento atraída por él. He intentado cerrar las puertas alrededor de mi culpa y mi dolor, pero hay fragmentos de mí que se desprenden, y él es el único que puede recogerlos. Sé que nada de lo que siento es real; no puede serlo. Pero de todos modos no importaría. Él solo intenta salvarme.

Respiro hondo y le devuelvo la llamada para descartar que se trate de algo importante, aunque sé que no lo será. Pero también sé que si paso de él mucho tiempo, no dejará de llamarme.

El santo patrón de las causas perdidas. Maldita sea, ese chico tiene problemas.

—Ellery... —responde con voz soñolienta, como si lo hubiera despertado.

—Sí, soy yo. Me has llamado... —le digo con acento de viejo mayordomo.

—¿Qué tal? —me pregunta entre unos bostezos que, a mi pesar, me resultan adorables.

Tengo que colgar.

—Pero si me has llamado tú antes. Además, me gustaría darte a conocer

una cosa que se llama «mensaje de texto». Ya verás, es una tecnología muy avanzada.

Suelta una carcajada sincera, como si no tuviera más preocupaciones en el mundo que la de dejarse entretener por los demás.

—Es que a mí me gusta oírle la voz a la gente. Llámame anticuado.

—Bueno, eso no es lo primero que se me ocurriría llamarte. —Sonrío, pero sé que no me ve. Tal vez oiga mi sonrisa—. Estoy viva. Ya puedes desconvocar al equipo de rastreo.

—Ya sabía dónde estabas.

—¿Cómo es eso? —le pregunto, pero en cuanto lo digo me doy cuenta de que sé exactamente cómo lo sabe—. Me cago en Jackson —digo en voz baja, indignada.

—Pues a mí me parece muy buen tío.

—Sí, es un ángel.

—¿Estás bien?

—¿Me preguntas si ya me he volado la tapa de los sesos? —Él no dice nada, como si lo hubiera ofendido.

Supongo que sí, que eso ha sido un poco ofensivo. El doctor Lamboni lo llamaría «mecanismo de defensa»—. Vale, he sido un poco dura.

¿Por qué el silencio me convierte en una tonta sincera?

—Sé muy bien qué pretendes.

—Ah, ¿sí? ¿Qué?

—Intentas incomodarme.

—¿Solo lo intento?

—Y lo consigues.

—Bien —digo.

—Solo intento ayudarte —replica él.

—No necesito ayuda, Tom Sawyer.

—Muy bien. —Su tono es cada vez más impaciente y malhumorado.

Yo gruño un poco.

—¿Qué quieres de mí?

—Nada. Solo... —Oigo que suspira—. ¿Puedes hacerme caso un segundo?

—¿Solo un segundo? —Hace una pausa. Y yo empiezo a sentirme culpable. Me acerco más el teléfono a la oreja para oírlo mejor.

Él no es Jackson, así que sé que no me va a preguntar qué ropa llevo puesta. Intenta ser serio, y eso es algo que no soporto.

—Está bien. Tienes mi atención absoluta.

—Mi hermano..., él... —Se detiene una vez más. Yo espero a que acabe —.Vas a volver a hacerlo, ¿verdad? Por eso te hiciste esos tatuajes.

Yo creía que eso le había quedado claro en su momento, y que por eso había estado llamándome. Pero yo no le he contado mi plan. No le he contado a nadie lo de la fecha, ni lo que voy a hacer. Ni pienso contarle.

—Es complicado.

—En realidad no lo es —replica él, cortante.

Finalmente me doy cuenta. No se ha creído mis mentiras, eso es evidente.

—¿Y qué creías que estaba haciendo? Tú ya lo sabías, si no, no te habrías puesto tan pesado.

—No puedo seguir hablando de esto por teléfono. Mierda... Esto es... —Habla como Jackson, no termina las frases. Voy a tener que empezar a hacerlo yo también—. ¿Podemos quedar?

—Es tarde. —Consulto la hora. Son las 22.43.

—Por favor.

—Vale. Nos vemos en The Beanery.

—Hecho.

Unos minutos después ya estoy tomándome un café con Colter, y si el abrazo con Janie me ha parecido incómodo, no ha sido nada comparado con la incomodidad de este momento. Él junta los dedos de las dos manos formando un tejadillo, y yo suelto una risita nerviosa al verlo. Él se da cuenta y al momento las apoya en la mesa, pero entonces empieza a tamborilearla. Nos miramos sin decir nada, y la música folk suena de fondo, y el aire cálido huele a chocolate. Me fijo en el tablón con las ofertas que hay colgado sobre el mostrador antes de pasar la vista por el local. Hay un veinteañero que toma café y teclea algo con la mano que le queda libre. Abre mucho los ojos y, entre sorbo y sorbo, lee en voz baja las palabras de la pantalla. Hay una chica que aporrea las teclas de su ordenador portátil como si estuviera escribiendo su siguiente éxito de ventas.

Me vuelvo hacia Colter, que mantiene la vista baja, clavada en la mesa, mientras le da vueltas a la taza.

—Está bien. Esto es ridículo. ¿Me has hecho venir hasta aquí para ver cómo me tomo un café?

—Sí. ¿Algún problema?

Y sonrío.

No puedo evitar sonreír yo también. Ha pronunciado su réplica de manera impecable, sin cambiar en absoluto su expresión facial. Tal vez sí sea

divertido bajo esa capa de chulo y de mártir. Después de todo, es el mismo tipo que en clase de lengua dijo que Shakespeare era un perverso.

Deja de golpear la mesa con los dedos y se pone muy serio.

—Vamos a tener que hablar de eso una vez más. —El tema tabú—. ¿Vas a hacerlo pronto?

—Define pronto.

—Mañana, pasado mañana... ¿Tienes un plan? —Habla con voz sosegada, como haciendo esfuerzos por dar a entender que el tema no le afecta.

Se me acelera el pulso y la respiración.

—Si lo tuviera, no te lo diría. —Se encoge de hombros y cierra mucho la boca—. No. No voy a hacerlo ni mañana ni pasado mañana.

—Pero sí tienes un plan.

Aspiro hondo.

—¿A ti qué más te da, Tom Sawyer?

—Porque yo también estoy en esto —dice, convencido.

Yo arqueo una ceja y paso un dedo por el borde de la taza.

—¿En qué?

—Tengo que ayudarte.

—¿Ayudarme a qué? ¿A vivir?

Le da un sorbo a su chai.

—Sí.

—Gracias, pero no hace falta.

Y levanto los dos pulgares.

Él sonríe, pero su expresión es tensa.

—O eso, o voy a tener que...

Una vez más, no termina la frase.

—¿Tener que qué? —replico—. ¿Me estás amenazando?

—No. Para ya. No oyes bien lo que digo.

Un calor me sube por todo el cuerpo, llamaradas que me queman los huesos.

—No lo creo —digo con la respiración entrecortada—. Estoy aliviada. Por un momento había pensado que ibas a comportarte como un gilipollas mandón, y me alegro de ver que no es el caso. —Aparto la silla y me levanto mientras me termino el café de un trago que me abrasa la garganta—. Mierda, qué caliente está. —Meto la silla bajo la mesa y me dirijo a la puerta.

—Ellery, espera.

Colter me da alcance junto a la puerta y se apoya en el quicio, con gesto de

dolor y culpabilidad, como si acabara de soltar una palabrota delante de su abuela.

—Lo siento. Me ha salido todo mal.

—Valoro que lo sientas, en serio. Pero no necesito tu ayuda.

Clava la vista en los zapatos y menea la cabeza antes de volver a mirarme.

—Te estoy presionando, ¿verdad? —dice, pasándose la mano por la nuca —. Lo hago muchas veces.

Querría que se me tragara la tierra al ver el dolor que asoma tras su sonrisa.

—Es que... Bueno, ya lo entiendo.

—Sigo pensando que ese es el motivo que llevó a mi hermano a hacerlo al final. Que lo presioné demasiado. —Se encoge de hombros, y su voz suena tan triste y sin esperanza que me pegaría a mí misma por darle tanta importancia a todo esto.

«Tienes que salir de aquí.»

«No puedo.»

Doblo los dedos varias veces. Me acerco a él y le doy unas palmaditas en el hombro. Dios mío, se me da tan tan mal ser humana... Quisiera decirle algo para que se sintiera mejor, algo que le devuelva esa risa sincera, pero no soy así. Aparto la mano antes de empeorar las cosas.

—Estoy segura de que no fue por eso.

Carraspea y se le iluminan los ojos, como si intentara tapar ese momento con un velo.

—Sí, puede ser.

Señalo mi coche con un movimiento de cabeza.

—Tengo que terminar un trabajo para la clase de lengua, y entregarlo mañana, así que...

Se incorpora y abre más la puerta.

—Yo también. A última hora.

Y se ríe.

—¿Nos vemos en clase?

Asiente, pero el gesto sombrío ha vuelto a instalársele en el rostro. Como si estuviera pensando en su hermano, como si se culpaba a sí mismo de su muerte. Si le recuerdo a su hermano, ¿por qué sigue quedando conmigo? Así solo consigue ponernos las cosas más difíciles a los dos.

Vacilo un momento junto a la puerta, pero enseguida vuelvo a mi plan.

«Colter no te va a hacer cambiar de idea.»

20 días

Cuando salgo del colegio y vuelvo a casa en coche, paso por delante de la Tasty's. Llevo días haciéndolo, casi sin pensarlo, como si fuera algo que debo hacer y punto. Bajo la cabeza para que Dean no me vea, pero me aseguro de que siga ahí, vivo, y «sirviendo helados de mierda», como él mismo dice.

Rebusco en el botiquín de mi madre y saco los analgésicos que le recetaron después de su operación de rodilla. Agito el frasco. Está lleno. Abro el tubito de color naranja, saco todas las pastillas y las sostengo en la palma de la mano. Son blancas, enormes. No soporto tragar pastillas, siempre me parece que se quedan aquí dentro metidas durante horas, como una tos que no se va. Agito las pastillas en mi mano. Habrá diez o doce, más o menos.

¿Podrían matarme?

No. Las pastillas son para cobardes. Además, tardaría demasiado, y al final no hay garantías de que funcionen. Recojo el frasco y vuelvo a meterlas todas dentro, menos una. Me la meto en la boca, bebo agua del grifo y me la trago. Me tiendo en la cama, y antes siquiera de cerrar los ojos me viene a la mente un recuerdo. Todas las escenas de la noche en que Tate murió van entrando y saliendo de mi mente como si yo fuera una directora de orquesta.

Me agarro a la barandilla y me apoyo en ella. Mi madre está al pie de la escalera con gesto serio de madre preocupada, y tiene en la mano la cesta de la colada.

—Sé que tienes ropa sucia. La he visto en el suelo.

—No, la del suelo estaba limpia. Estás ciega.

Ella se echa a reír.

—Tú recógela y métela en la cesta. Yo me encargo del resto —dice, dejándola en el suelo—. Es magia, ¿verdad? ¡La ropa aparece limpia y doblada sobre tu cama!

—La magia es increíble —respondo yo.

—Voy a salir a comprar leche para la cena. Tu hermana bebe más leche que un luchador de instituto.

—Y también necesitamos más caramelos de Halloween —digo yo con voz lastimera.

—No te los habrás...

—A lo mejor he cogido algunos... Tienes que buscar un escondite mejor.

—No sigo, y bajo la cabeza fingiendo estar avergonzada—. Tate me ha dado algunos. ¿Qué querías que hiciera?

Sonrío.

—Mira que meter a tu hermana pequeña en tus mentiras... Qué bajo has caído.

Y me sonrío.

—A lo mejor yo también he cogido unos cuantos.

Suelto una carcajada.

—¿Lo ves? Tú eres mi modelo, mi referente. ¿Quién es la que ha caído bajo ahora?

—Vuelvo enseguida. Si los niños vienen pronto, da-les esos caramelos tan malos que quedaron de Pascua.

—Qué asco. Está bien.

Sale y cierra de un portazo, y las llaves que se ha dejado puestas en la cerradura, por dentro, suenan como campanillas. Yo me dirijo a mi habitación cuando oigo un susurro que flota en el aire. Me acerco más a la voz.

—Lo sé. Mi mujer acaba de salir, o sea que puedo quedar contigo. Llevo todo el día pensando en ti.

Es la voz de mi padre. Está hablando con ella.

—Yo también te quiero. Tengo muchas ganas de verte.

La bilis me sube a la garganta. Me sujeto en la pared, con las manos abiertas, y desciendo hasta el suelo. La rabia me inunda el corazón.

Me prometió que dejaría de verla si no lo contaba.

Tienes que decírselo.

El recuerdo se desvanece a medida que el analgésico hace su efecto. Lo encuentro todo acogedor y cálido. Una neblina borrosa rodea todos los objetos que veo. La luz se arquea, y yo me siento como si los pies no me llegaran al suelo. Entonces consulto la hora en el móvil y veo que tengo mensajes de Jackson.

J: Llego enseguida.

J: No intentes escabullirte. Ya has dicho que sí.

J: ¿PASAS DE MÍ, ELLERY STEVENS?

J: OK. OK. Pero a las siete paso a recogerte.

J: Estoy en la puerta de tu casa. Y llueve.

J: Son las 18.45.

Jackson y Janie me han metido en una cita de cuatro ni más ni menos que con Phillip, el amigo de Colter, el que está en mi clase de historia.

Me quiero morir.

Me miro en el espejo para asegurarme de que no parezco una prostituta con los labios mal pintados. Por culpa de la pastilla no consigo hacer las cosas bien. Pero no me importa. Me pongo los vaqueros estrechos y la camiseta que Jackson me ha dicho que tengo que llevar, y salto a la calle, oscura, lluviosa, cubriéndome la cabeza con el bolso mientras me dirijo corriendo a su coche. El me hace un gesto para que me monte atrás, y al entrar me encuentro con Phillip.

Me sonrío. Yo le dedico mi sonrisa falsa de Alegre Ellery.

Es rubio y va con el pelo húmedo, y unas gotitas mojan los asientos de Jackson. Tiene la camisa empapada y pegada al cuerpo, y se le marcan todos los músculos.

Cuando lo veo, solo pienso en una cosa: no es Colter.

¿Por qué pienso eso? Es verdad que me siento mal por él, pero de ninguna manera pienso sentir nada por él. Eso no puede estar pasando. No. Sigo afectada por la vulnerabilidad que vi en él ayer, eso es todo. Busco una respuesta en mi corazón, pero mi corazón está vacío, hueco, como un vaso en el que solo quedan restos de líquido. Allí hubo algo, sí, algo que lo llenó, pero ahora ya no está.

Jackson arranca, baja por la calle y se mete en la autopista. Oigo que Janie y él discuten por la música que quieren poner. Y se pasan así al menos diez minutos.

Phillip me envía un mensaje de texto y me mira.

—Gracias por salir. No sabía si querías.

—De nada. Me ha parecido divertido —le miento. El me mira de soslayo.

—Reconozco que cuando Jackson me dijo que venías me sorprendió.

—Ah, ¿sí? A mí también.

—Sí, creí que no querías.

—¿Por qué? Sinceramente, siento curiosidad.



—Colter me dijo que... bueno, quiero decir...

—¿Qué te dijo? —Hago esfuerzos por no sonar desesperada, pero cuando alguien no quiere revelar un secreto que te afecta, todo lo que diga esa persona te inquieta.

Phillip se revuelve en su asiento y no responde.

—No es nada.

Querría gritar «¡No es nada! ¡Pues quiero todas y cada una de las palabras!». Pero no digo nada hasta que Jackson mete el coche en el aparcamiento del autocine.

—¡Ya estamos! —dice en broma, impostando una voz aguda.

Yo me río y le doy una patada a su asiento.

Paramos el coche junto a un altavoz oxidado que en realidad está ahí solo por ambientación: todo es digital, pero a nosotros nos encanta porque ese cine es auténtico. Jackson y yo llevamos años viniendo a ver películas en blanco y negro, e incluso algunas de estreno. Hay algo tranquilizador en el hecho de ver películas antiguas desde tu propio coche, con las ventanillas bajadas. La de hoy no es antigua: es el *remake* de una de terror sobre payasos en el espacio.

Empieza el largometraje y me doy cuenta al momento de que no hemos venido a verla. Janie y Jackson ya se están comiendo a besos en los asientos delanteros, y los cristales se empañan.

—¡Eh! —digo—. ¡Yo no he venido para esto!

Phillip, a mi lado, se ríe.

—No te esfuerces, no te oyen —me susurra al oído.

Se me pone la piel de gallina. Lo siento todo borroso, y al oírlos gemir el calor se apodera de mi cuerpo.

Siento el impulso de besar a alguien.

Miro a Phillip, que vuelve a concentrarse en la película y tiene los ojos muy abiertos para evitar fijarse en lo que ocurre en el asiento delantero. Lo observo un instante. Su perfil se desdibuja, y por un momento no se si es él en realidad. Niego con la cabeza.

«Por Dios, ¿qué llevaba esa pastilla?»

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Creo... Creo que quiero besarte.

«¿Acabo de decir eso?»

Él sonrío de oreja a oreja, se inclina sobre mí, y su boca ya está sobre la mía, y nos estamos besando, y sus manos me tocan por todas partes, y mis ganas son muy directas y muy reales, y me siento adormecida. En ese momento

podría hacer conmigo lo que quisiera. De pronto, un destello de algo se enciende en mi mente, como una de las piezas del puzle de mi vida. No, no quiero hacer lo que estoy haciendo. No puedo hacerlo. Lo aparto. Él se resiste un poco, cree que estoy jugando con él, pero entonces lo empujo hasta la puerta del otro lado.

—¿Qué coño pasa? —dice, y me mira confundido.

El sudor cubre mi frente. No tengo ni idea de por qué acabo de hacer lo que he hecho. Le he dicho que quería besarlo. Quería besarlo, ¿no?

Presa del pánico, acerco la mano al tirador, y fallo dos veces antes de abrirla. Salgo corriendo. Jackson me llama, pero no le hago caso y sigo corriendo. El viento me azota la cara. Salgo del cine.

Las calles están vacías, y un perro ladra a lo lejos. Una pareja discute. Me fijo en el resplandor anaranjado de sus cigarrillos, que sube y baja cuando gesticulan.

Una puerta se cierra, y me cubro los oídos porque percibo el ruido como el de una bomba que estalla.

Sigo corriendo hasta que me falta el aire y tengo calambres en las piernas. El aire helado me quema la garganta, y tengo los ojos llorosos, como si tuviera un cedazo implantado en los lagrimales. Me apoyo en mis rodillas y toso. No sé dónde estoy. Levanto la cabeza y veo el cartel rojo del Kmart.

Me quedo observando la puerta planteándome qué hacer. Tengo el pelo húmedo y me lo retiro de la cara. El puente está a pocos kilómetros de aquí. Podría llegar corriendo. A la mierda Halloween. Iré ahora mismo. Y es que... ¿A qué estoy esperando? No es que vaya a cambiar nada antes de ese día. Yo siempre voy a querer morir.

¿Para qué necesito un plan?

Basta de pensar tanto. Me vuelvo para salir corriendo en dirección al puente y me topo de cara con un Escalade aparcado: el Escalade de Colter. Me duele la rodilla y le doy un manotazo a la ventanilla lateral.

—¡Vete a la mierda! —Me apoyo contra la puerta trasera del todoterreno, fría, metálica; alzo la vista y veo la luna—. No vas a poder pararme.

Siento un impulso tan imperioso como mi decisión de salir corriendo hasta el puente. Tengo que ver a Colter.

Me acerco corriendo al edificio destartado, abro la puerta y me cuelo por detrás del mostrador de atención al cliente para dirigirme a la trastienda. Busco la oficina de seguridad, pasando por alto el recuerdo de la última vez que estuve aquí. No lo encuentro, pero percibo su olor. Aspiro hondo y me recreo en esa mezcla de colonia y transpiración de chico. Noto el sabor en el fondo de la garganta.

Salgo de la trastienda y lo busco por los pasillos. Dejo atrás la sección de electrónica y llego a los DVD, paso por los estantes en los que se suceden los materiales de oficina y me acerco a los de automoción. Mis pasos resuenan sobre el suelo de linóleo reluciente. Me encuentro con una pareja que se ríe a carcajadas. Cogidos de la mano, se pasean por el centro comercial como si no tuvieran preocupaciones.

Yo estoy sudorosa, jadeo. Se me nubla la vista. Tengo la piel ardiendo, el corazón me late con fuerza, de manera irregular, y los latidos me

retumban en los oídos.

Cerrando los ojos, aspiro hondo y, para calmar la tormenta que arrecia en mi interior, me dedico a enumerar en orden alfabético los estados de Estados Unidos. «Alabama.» Tengo que encontrarlo. Él conseguirá que todo mejore. «Alaska.» Debo controlar esta necesidad de él que tengo, encerrarla, ponerle muros.

El corazón me va a dejar de latir de un momento a otro. Estoy a punto de quedarme ciega. Tengo las piernas de goma.

—¿Ellery?

Su voz es lo único que consigue que no quiera taparme los oídos. Lo que siento por él es doloroso, conocido, y me asusta. Me vuelvo y lo miro —su gorra de béisbol raída, manchada; el pelo despeinado que oculta; su forma de juntar los labios; su manera de mirarme como si fuera la única cosa que le importara.

Me flaquean las piernas y debo apoyarme en un expositor de almohadas ergonómicas que tengo al lado. Él se acerca y me sostiene por los brazos. Yo me abrazo a él y el llanto llega, descontrolado.

Él me acaricia el pelo otra vez, como la noche de la fiesta de Janie.

—Shh, no pasa nada. Estoy aquí —me susurra, y su aliento viaja más allá de mi mejilla. Me aferro a él, le agarro la camiseta cerrando mucho los puños. Quiero estar muy cerca de él. Su corazón late contra mí, y yo cuento los latidos. Son rápidos, más rápidos de lo normal.

¿Es por mí? ¿Porque estoy aquí? Debo de haberlo asustado.

Me separo de él, que me seca una lágrima de la mejilla con el pulgar.

—¿Qué ha ocurrido?

—Phillip. Yo...

Aprieta mucho la mandíbula, y oigo que le sale el aire por la nariz.

—¿Qué te ha hecho?

—No, na... nada. Él no me ha hecho nada. He sido yo. Hemos salido juntos y entonces yo...

«Lo he empujado contra una puerta.»

Me quedo callada. No puedo contarle nada de lo que ha pasado. Creería que estoy loca. Seguramente ya lo cree. Yo en su caso lo creería.

—No pasa nada. Estoy bien.

Me seco las lágrimas con la manga de la chaqueta. Ni siquiera sé por qué estoy llorando. Seguro que es culpa de esa maldita pastilla.

—No estás nada bien.

—Sí, te lo prometo. Es solo que llevaba tiempo sin salir con ningún chico. No estaba preparada. Pero no importa.

Somos las únicas dos personas en esa zona del centro comercial. Tenemos un pie en Automoción y el otro en Electrónica. Se oye el chirrido repetitivo de una rueda

que gira en las inmediaciones, y yo lo arrastro un poco para que nos alejemos del expositor de las almohadas. Entramos en un pasillo lleno de limpiaparabrisas y estantes con botellas de líquido azul.

Colter se muerde el labio inferior y clava la vista en unas alfombrillas de coche que llevan dibujados unos diablos de Tasmania.

—¿Os habéis besado? —me pregunta con la boca entrecerrada.

¿Debo mentirle?

—Sí, y no ha sido gran cosa.

—Yo a ese tío lo mato, joder.

Le sujeto la mandíbula inferior y le vuelvo la cara hacia mí.

—¿A qué viene eso? No estoy saliendo con nadie. Y él estaba allí.

Colter separa las aletas nasales una vez más, como cuando Kristyn se enfrentó a mí. No sé por qué, pero cuando la gente está a mi lado mueve mucho las aletas nasales.

—Le había dicho que si te ponía un dedo encima le daría una patada en el culo.

¿Colter sabía que teníamos una cita? Reprimo la sonrisa al pensar en esa imagen.

—Él no ha hecho nada malo. He sido yo quien le ha besado. No le culpes a él de nada. —Le suelto la cara—. Además, ¿a ti qué más te da? Ni que tú y yo estuviéramos juntos.

Se echa un poco hacia atrás, como si mi comentario le hubiera ofendido. ¿Le gusto? ¿Hay algo más o solo intenta salvarme? ¿Y por qué habría de gustarle? Soy problemática, le daría más trabajo... ¿Y a mí? ¿Me gusta él a mí?

—Ya sé que no salimos juntos. Pero es que no entiendo por qué has querido darle un beso, teniendo en cuenta que... —Baja un poco la barbilla y pone cara de arrepentido, como si hubiera hablado más de la cuenta y me hubiera ofendido de algún modo.

Yo intento quitarle hierro al asunto para que no se sienta mal.

—¿Teniendo en cuenta que quiero... quitarme de en medio?

Me fulmina con la mirada, se quita la gorra y se pasa la mano por el pelo.

—Mantengo la esperanza de que me dejes entrar en tu vida algún día, de que yo...

—¿Puedas salvarme de mí misma? —le suelto, en broma.

Pero él no le ve la gracia a mis palabras.

—Esto no es nada divertido, ¿sabes? Estás...

—¿Jodida? Eso ya lo sé.

—Deja de terminar las frases por mí. Iba a decir «perdida».

—¿Inestable, en el mejor de los casos? —le digo, usando en su contra sus propias palabras.

Clava la vista en las alfombrillas, recoloca algunas de las botellas de limpiacristales que ve torcidas.

—Tengo que llevarte a casa. Termino en cinco minutos. —Vuelve a mirarme—. ¿Puedes esperarme fuera?

Cinco minutos después ya vamos montados en el todoterreno de Colter y vemos pasar las casas, que crean manchas borrosas de colores en las ventanillas. Los efectos del analgésico siguen ahí. Los noto en forma de niebla que invade mi cuerpo, que entorpece todos mis pensamientos. Él no dice nada, y yo sé que está pensando en lo rara y variable que he estado con él. Yo en su lugar pensaría lo mismo. Se supone que debería alejarlo de mi vida, pero la verdad es que se ha convertido en alguien muy importante. En una red de seguridad que necesito para poder soportar estas últimas dos semanas. La verdad es que no estoy siendo justa con él. Pero me aseguraré de hacerle algo muy feo antes de Halloween para que pueda olvidarme y seguir adelante.

Qué idea tan horrenda acabo de tener.

Cierro los ojos e intento imaginar que las cosas son de otra manera. Él lo sabe. Desde la noche de la fiesta sabe que voy a suicidarme. Que esto tiene fecha de caducidad. Se está metiendo en esto por propia voluntad. Yo no tengo por qué sentirme mal. Y ya me ha dicho que solo intenta ayudarme. No importa que a mí me guste pasar tiempo con él.

Colter agarra el volante con fuerza. Ya me fijé en eso la última vez. Siempre que está conmigo se muestra incómodo, como si temiera que de un momento a otro fuera a ponerme a gritar o a salir corriendo. Supongo que no puedo culparlo por ello.

—¿Todavía estás enfadado conmigo por lo de los tatuajes?

Me mira como diciendo: «Ya deberías saber la respuesta a esa pregunta.»

—Sí, sigo enfadado contigo. Pero no solo por lo de los tatuajes.

—Y entonces ¿por qué me llevas a casa?

—No lo sé.

Valoro su sinceridad, pero siento una decepción profunda en mi interior. Habría preferido que me dijera que significaba algo para él, que le importaba. Menuda tontería. ¿Por qué necesito que me valore?

—Te voy a preguntar algo, porque llegados a este punto no sé qué otra cosa hacer.

Aguardo a que formule su pregunta, aunque me temo que tal vez sea algo que no pueda responder.

—¿Por qué quieres suicidarte? —dice en voz muy baja, como si en realidad no quisiera que esas palabras salieran de sus labios.

Resulta raro oírse las decir tan crudamente. Yo quisiera hundirme en el asiento para librarme de ellas. Pero no lo hago, y le respondo tan sinceramente como puedo.

—Estoy cansada.

—Estás cansada...

—Sí. ¿Tú no te cansas nunca?

—Sí, y cuando me canso me echo a dormir un rato.

—No me refiero al cansancio del cuerpo. Me refiero a un cansancio del corazón, del alma.

Se diría que está pensando en ello.

—No lo sé. Supongo que pienso en las cosas buenas de mi vida y se me pasa.

—¿Y si no tuvieras cosas buenas? ¿Y si cuando cerraras los ojos solo vieras una cosa, sintieras una cosa... una y otra vez?

—¿Qué es lo que sientes?

—Culpabilidad.

—¿Y crees que suicidándote mejorará?

—Dejaré de sentirla.

—Sí, pero ya no estarás. Dejarás de sentirlo todo.

—Precisamente.

—Me asusto porque veo que te pareces mucho a mi hermano. —Se estremece, como si acabara de recordar algo de él—. Él tampoco quería seguir sintiendo. Bueno, al menos según la carta que me dejó. —Dice esas últimas palabras con la voz entrecortada—. Es que... me parece una pérdida tan grande...

Estoy segura de que se siente destruido. Sé que Jackson se enfadará

mucho cuando lo haga. Pero yo no puedo cambiar los sentimientos de nadie. Tengo que hacerlo. Es la única respuesta. Puedo acabar destruyendo todo lo que me rodea. Por eso quiero hacer algo para impedirlo. Sí. Quiero facilitarles las cosas a todos. Me encantaría poder aceptar la vida y sostenerla entre los dedos y jugar con ella y llevarla hasta un lugar donde pudiera vivir con la Alegre Ellery. Ser ella. Lo he intentado.

Me agarro con fuerza al cinturón de seguridad y lo aprieto.

—Nada de lo que diga te hará sentir mejor.

Respira hondo y sujeta el volante con más fuerza una vez más.

—Haces las mismas cosas que hacía Ryan. La mierda esa de los cambios de humor y los cambios de trato hacia mí. Los tatuajes. Las mentiras que intentaba disimular. Todo eso lo veo en ti. No me respondas si no quieres, Ell. Ya conozco las respuestas. Las he visto con mis propios ojos.

Paramos delante de mi casa y él apaga el motor. Nos quedamos aquí en silencio unos instantes, mirando al frente.

Entonces él se vuelve a mirarme y baja un poco la cabeza para alinearla con mis ojos.

—Necesitas ayuda, Ellery, y yo no puedo guardármelo para mí. Esta vez no.

Mierda.

—Por favor. Estoy confundida. Necesito tiempo. Si me delatas, todo se irá a la mierda. Me meterán en un hospital y ya nadie me mirará igual. Mi madre. Estará destrozada. Y Jackson.

Colter se estremece cuando los menciono. Estoy siendo cruel, pero tengo que convencerlo.

Hay preocupación sincera en sus ojos. Y en ese momento diría lo que fuera para ahuyentarla.

—No podría perdonármelo si te ocurriera algo. Ya he pasado por esto y casi no lo cuento. —Hace una pausa, y a su rostro asoman las cicatrices de los recuerdos que intenta olvidar—. Deberías hablar con alguien. Podría ayudarte oír otra perspectiva de las cosas. A mí me ayudó después de que... A ti te visitó alguien después de lo que pasó, ¿verdad?

—Sí. Me ayudaba un poco. A veces. Pero creo que salí de allí más confundida que cuando entré —le digo—. Sé que has dicho que te recuerdo a tu hermano, pero yo no soy como él. Tú me conoces, al menos un poco a estas alturas. Puedo... —«Espera.»— Lo intentaré. Pero por favor, no digas nada.

Él alza la vista y menea la cabeza. Yo, aliviada, suelto el aire que llevo



tanto tiempo reteniendo en los pulmones. No lo va a contar.

—Muy bien. Te doy de tiempo hasta... —Vuelve a detenerse, y por su expresión se nota que está pensando en una fecha cualquiera para asegurarse de que durante unos días va a poder estar tranquilo y sentirse bien—. Halloween. El primer día de fiesta importante que tenemos, ¿verdad? ¿Cuánto falta?

—Veinte días —susurro yo. Si lo sé con tanta exactitud es porque pienso en esa fecha todos los días.

—Si me das veinte días, te prometo que no te presionaré ni se lo diré a nadie. Pero tienes que prometerme que lo intentarás.

Veo la convicción en lo más profundo de sus ojos. La determinación de su causa. Su mirada es segura, y sus palabras son sinceras y permanentes. No dirá nada.

Le agarro la cara con la mano y lo atraigo hacia mí para poder mirarlo mejor a los ojos.

—Te lo prometo —le miento.

Colter parece ligeramente aliviado, y aspira hondo como si llevara mucho rato privado de aire. No resisto y tengo que apartar la mirada.

Él me toma de la mano y me la aprieta una sola vez.

Yo le dejo que lo haga.

17 días

Janie y yo hemos empezado a comer juntas en la cantina. Siempre me habla de Colter, como si supiera que nos traemos algo entre manos. Este viernes va a venir a casa a ver *Más vale muerto*. Yo sigo intentando inventarme excusas para alejarla de mí, pero la chica es insistente.

Al salir de clase, estoy ya delante del coche, sacando la llave, cuando veo que Colter se acerca y me sonrío como si supiera un secreto.

—Quiero enseñarte un sitio.

—No, tengo muchos...

—¿Deberes? Esa ya la he oído antes. Venga, vamos. Consiénteme por una vez.

Parece a punto de ponerse a dar saltos.

—Colter, no puedo.

—Ja. —Me señala con un dedo acusador.

Qué habré dicho.

—Has pronunciado mi verdadero nombre.

Mierda. Tiene razón, lo he hecho.

Está entusiasmado como un cachorro, y cuesta decirle que no cuando se pone así. Es incansable en su misión de conseguir que disfrute de la vida, o lo que sea. Yo llego a pactos en secreto por todas partes: uno de ellos es morir con Deán, y otro vivir con Colter.

—Conduces tú —le digo.

Minutos después ya estamos sentados en el maletero de su Escalade, sobre una colina, contemplando la ciudad, que se extiende muchos kilómetros a la redonda. Las luces, las sombras de los molinos a lo lejos, los árboles, que crecen por todas partes. El viento me mete el pelo en la boca, y tengo que estar retirándomelo todo el rato.

Metó el pie por debajo del guardabarros.

—Esto es brutal. Parece mentira que esté aquí, en medio de esta llanura.

—Sí, lo sé. —Está muy cerca de mí. Sentado en el maletero abierto, los pies le cuelgan un poco—. Yo vengo aquí a veces a pensar.

Nunca le he preguntado nada sobre su familia, y la verdad es que no sé nada de él, más allá de que su hermano se suicidó y que su madre es una mala persona. Trabajaba con mi padre y, aunque no llegué a conocerla personalmente, he oído muchas cosas sobre ella. He estado demasiado concentrada en mí misma. No es justo. Aunque tal vez sea mejor que no me interese demasiado. Si llego a conocerlo bien...

—¿Cómo viviste la muerte de tu hermano? ¿Qué significó para ti?

Lo oigo aspirar hondo.

—Fue duro, como imaginarás. No me creía que lo hubiera hecho. Estaba en estado de shock. Al principio no podía ni siquiera llorar. Me pasé días enteros mirando la pared. —Alcanza una pelota de fútbol que lleva en el maletero, la lanza al aire, la recoge—. Ves a una persona todos los días de tu vida y de repente ya no está. Es una sensación rara. Cuando mi tío murió de cáncer, ya lo veíamos venir. Adelgazó mucho, le cambió el color de la piel. Sabíamos que iba a pasar. Pero con Ryan no. Ni siquiera cuando empecé a darme cuenta de que estaba deprimido se me ocurrió que pudiera hacer algo así. Durante mucho tiempo me negué a admitirlo. Y cuando supe que la cosa iba en serio, lo amenacé con delatarlo. Él me dijo: «A mí no me va a encerrar nadie», y yo le dije que al menos encerrado seguiría vivo. —Deja la pelota en el suelo y chuta. La pelota sale volando por los aires, aterriza y rueda sobre la tierra—. Me dijo que dejara de agobiarlo. Que lo haría si seguía agobiándolo. —Me mira, y veo que tiene lágrimas en los ojos—. Nunca pensé que... si lo hubiera sabido...

Cambia de expresión y parpadea, impidiendo que las lágrimas lleguen a rodar por sus mejillas.

Hago esfuerzos por rebelarme, intento por todos los medios no acariciarlo, no hacer que se sienta mejor.

—Lo siento mucho.

Me mira fijamente, menea la cabeza, y en ese momento en mi mente encaja otra pieza del puzle. No le hace falta pronunciar las palabras. Quiere salvarme porque piensa que, si lo hiciera, estaría salvando a Ryan.

—También tuvo que ser duro para tus padres.

—Sí, no fue fácil, pero han seguido casados —dice bajando la vista y

clavándola en los zapatos—. Ahora son algo así como el matrimonio perfecto.

—Me alegro por ti. Mis padres no resistieron la muerte de Tate.

—Pues creo que ahora los míos se quieren más. Es un poco enfermizo, la verdad.

—No, no lo es. Es bonito. Yo querría lo mismo. —No doy crédito a que esas palabras hayan salido de mi boca.

Querría recuperarlas y volver a metérmelas en la garganta.

Me mira de soslayo.

—Algún día lo tendrás.

Parece muy seguro de sí mismo. Siempre habla como si no tuviera dudas. Sus palabras son la Biblia. Nunca vacila como yo. Suspiro. El cielo tiene una tonalidad entre naranja y rosada, y el sol, inmenso, se pone a lo lejos. La luna asoma por el otro lado, como diciéndole al sol que deje de acaparar el firmamento.

—No tengo tan claro que siga aquí para disfrutarlo si acaba pasando lo que dices.

Colter baja los hombros. Nunca le parece bien nada de lo que digo.

—Ojalá supieras lo guapa que eres. Si te lo creyeras, podrías ser más feliz.

—A mí no me importa el aspecto físico.

—Sí, ya me lo imaginaba. Pero yo me refería más a tu interior.

—Estás de broma. No serás de esos que ve la botella medio llena, ¿verdad?

Sonríe, pero no dice nada.

—Quiero preguntarte una cosa. —Parece nervioso, y se pasa las manos por el pelo varias veces—. Hay algo que... mi hermano pequeño, Atticus...

—¿Tienes otro hermano?

—Sí, y una hermana que vive en California. Ella y los gemelos han venido a vernos —prosigue—. Bueno, el caso es que le he dicho a mi hermano que me inventaría un baile para su clase. Está en octavo. Han organizado un concurso con los de séptimo, con jueces y todo, y el que presente el mejor gana un viaje a Disney World para toda la clase. Atticus está loco por Disney. Quiere ser animador. Bueno, lo que quiero decirte es que necesito gente que me ayude. Solo nos quedan dos semanas para organizado todo, y los de su clase han escogido un tema de los años ochenta, así que se me ha ocurrido que a lo mejor tú...

Me mira como si yo pudiera indicarle dónde está la fuente de la eterna

juventud, o algo así. Lleno de esperanza, de ingenuidad. Intenta conseguir que participe en algo, en algo que me mantenga con vida. Aunque quizá sea verdad que necesita ayuda.

Jackson debe de haberle dicho que me encantan los años ochenta. ¿Cuándo dejará ese chico de meterse en mi vida?

«Cuando estés muerta.»

—¿Qué tendría que hacer yo?

Se le iluminan los ojos y, al verlo, me estremezco por dentro.

—Solo ayudarnos con la música, la decoración, la ambientación, a lo mejor buscarnos algún DJ...

—O sea, todo, básicamente.

Colter se echa a reír.

—Bueno, yo te ayudaré, y Jackson y Janie han dicho que también echarán una mano. Han comentado que podrían usar algunas horas de su voluntariado. Y tú también, si quisieras.

Me balanceo un poco sobre los pies y pienso en qué tipo de decoración se usaba en la década de los ochenta. Mucho rosa y colores chillones. Tal vez podría haber una cabina para hacerse fotos, y los niños podrían ponerse gafas de sol y calentadores en las pantorrillas.

Vuelve a mirarme de lado, de esa manera que me derrite por dentro.

—Ya estás pensando en cómo lo harás, ¿verdad?

—Sí. No sé decirte si me alegra. Pero parece que sí. Él aplaude un poco y se baja del maletero del Escalade de un salto, y me alarga la mano para que se la estreche.

Yo lo hago y le sonrío. Casi me olvido de cómo era una sonrisa de verdad. Ahora, la que sonrío no es la Alegre Ellery: soy yo.

—Será mejor que te lleve a casa —dice, y me conduce a la puerta del coche. La abre y yo me meto dentro.

—¿Cuándo es el baile? —le pregunto mientras me abrocho el cinturón de seguridad.

Él arranca.

—Eh... En Halloween —dice, y por su tono de voz sé que está pensando en la fecha de nuestro pacto. Seguro que ese día debe de haber luna llena, o algo por el estilo. Ese día han de pasar tantas cosas que seguro que hay una conjunción astral, o algún planeta en fase retrógrada o alguna chorrada de esas.

Pero no me importa.

En Halloween pasará solo una cosa.

16 días

Cuando estábamos enfadadas, mi madre nos llevaba a Tate y a mí a las vías del tren. Allí esperábamos a que pasara alguno y, entonces, nos decía que gritáramos mucho, como si quisiéramos que Dios nos oyera desde el cielo. No hace tanto frío como ayer, pero aún hay algo gélido en el aire, y me apetecería estar sentada junto a una chimenea, y no en medio de un bosque, esperando a que pase un tren.

—Creía que hablabas en broma cuando me has dicho que nos encontraríamos en las vías —dice Deán desde atrás.

—Y entonces ¿por qué has venido?

Se sienta a mi lado, sobre los raíles.

—Por curiosidad.

Un aire frío agita la manga de mi abrigo. Yo meto las manos más adentro.

—Lo importante es acercarse tanto que notes el aire del tren. ¿Ya sabes qué vas a gritar?

—Se me ocurren varias cosas, pero yo creía que te referías a otra cosa —dice, poniéndose de pie y caminando junto a las vías.

Yo sigo con la mirada el abismo de raíles que se pierden en la distancia y veo unas luces muy tenues antes de notar el temblor bajo mi cuerpo.

—Tú pruébalo —le digo.

Sería tan fácil saltar cuando llegue... O quedarme donde estoy y dejar que el tren me pase por encima...

—Vamos, Ellery, levántate —dice al ver que el tren se acerca.

Me pongo de pie y me coloco en medio de las vías. La gravilla cruje bajo mis pies. Deberían pasar muchas cosas por mi mente, pero busco recuerdos y escenas y lo que encuentro es el vacío.

—Ellery, hablo en serio. No quiero verte morir.

Al oír su voz, un recuerdo se abre paso al fin entre el inmenso vacío de mi mente: el día en que se fue mi padre.

—¡Está bien! ¡Vete! —grita mi madre, caminando de un lado a otro en el salón, mientras mi padre acerca sus maletas a la puerta.

Yo preferiría evitar su conversación, pero no puedo levantarme del sofá. Tengo la pierna escayolada y un brazo en cabestrillo. Soy como una caracola: vacía, inmensa. Ya ni siquiera parece que esté aquí. Intento respirar, pero el aire se me queda clavado en la garganta. Ya no me enfado. Mi ira permanece adormecida, con el resto de mis emociones.

Mi padre va echando al suelo las maletas.

—Ya no puedo seguir viviendo en esta cripta.

—Nuestra hija ha muerto, ¿qué esperabas encontrarte en casa? ¿Una fiesta? —dice mi madre.

—No puedo seguir aquí.

—Todavía tienes otra hija, y necesita nuestra ayuda. El doctor Lamboni...

—Ese chalado nunca nos devolverá a la normalidad.

—¿No podemos hablar de todo esto? —pregunta con ojos compasivos mientras se seca las manos en una toalla.

—No hay nada de qué hablar. —Se vuelve hacia mí y entrecierra los ojos—. Nunca te perdonaré por quitarme a mi... —Le tiembla la voz y las lágrimas resbalan por sus mejillas. Balbucea—: a mi pequeña.

Yo no digo nada.

Él recoge su equipaje y se dirige a la puerta.

Echo hacia atrás la cabeza y me pongo a contar las grietas del techo mientras mi madre estrega platos contra la pared de la cocina.

Le grito al tren, suelto todo lo que habría querido soltar aquel día. Lo he revivido mentalmente muchas veces. Me quedé ahí sentada, sin hacer nada.

—¡Eres un capullo de mierda!

El tren viene hacia mí. Todavía está a varios kilómetros de distancia. Tengo tiempo de sobras para apartarme. La locomotora hace sonar el silbato y se balancea sobre los raíles. El chirrido de las ruedas rasga el aire nocturno. Yo sigo gritando: —¡Yo no quería que muriera!

Levanto los dos brazos y suelto todo el aire de los pulmones mientras el tren se acerca tanto que sus faros son ya dos haces de luz clavados en mi pecho.

—¡Ellery! —grita Deán.

Me aparto de las vías, pasa el tren y hace sonar el silbato.



—¡Grita! ¡Ahora! —le digo a Deán gritando mucho yo también, soltando todo el aire de los pulmones. Después, me queda la voz ronca.

Él menea la cabeza y se aparta de mí, mientras el tren sigue pasando.

—Estás loca.

Me echo a reír.

—Ah, ¿sí? Creía que eso ya lo sabíamos los dos, ¿no?

Deán arquea las cejas y me observa.

—Tienes una buena vida. Una madre que te quiere. A Jackson. ¿Por qué renunciar a todo eso?

Un enfado irracional amenaza con salir de mí a borbotones.

—Tú también tienes una buena vida —replico.

Él suelta una carcajada.

—En realidad no. Cansa tener que demostrar lo que vales cada segundo de tu vida.

—Para mí no tiene que ver con si te quedas atrás o no, eso ya lo sabes. Yo quiero librarme del dolor. Y me ha parecido que precisamente tú podrías entenderme.

—Te entiendo. Más de lo que crees. Pero no dejo de imaginar a esa niña pequeña de la bicicleta rosa, y me pregunto si... —Se encoge de hombros y no termina la frase. Tal vez se dé cuenta de que yo hago lo mismo con él, de que ninguno de los dos quiere que el otro muera, de que solo queremos morir nosotros.

—Pues el niño que me contó aquel chiste de los tomates para que dejara de llorar hace que yo también me pregunte si...

—Tengo que irme —suelta él de pronto, y se aleja más de las vías—. Adiós, Ellery.

—Adiós —susurro yo. Me he quedado sin voz.

Espero que Deán no se suicide esta noche. Ese es mi último pensamiento antes de dormirme.

## 75 días

Janie y yo escogemos una mesa al fondo de The Beanery, el mismo local en el que Colter y yo estuvimos la semana pasada. Aquí sirven el mejor café en Grand Creek, no es la típica cafetería que hay en todas las demás esquinas. Yo me pido un *white mocha*, y Janie vuelve con su café, una porción enorme de tarta de manzana y dos platos.

Lo deja en la mesa.

—Esto es una intervención.

—¿Qué? —le pregunto mientras me levanto para ir a por dos tenedores.

Le ofrezco uno, y ella me mira fijamente.

—Una in-ter-vención —dice marcando mucho las sílabas.

Yo le doy un bocado a la tarta e intento ignorarla. Ella parte su pedazo y empieza a separar el borde. —Es que no te entiendo.

Mastico los trozos de manzana con canela y hojaldre, y me parece que son lo mejor que he probado en mi vida. Ya no me acordaba de lo mucho que me gustan las tartas.

—¿Qué tienes que entender? ¿Y por qué esto es una intervención?

—Ya sabes. Colter y yo somos buenos amigos. Vive a una calle de mi casa. —Me mira con descaro y se lleva su pedazo de tarta a la boca.

—Ah, ¿sí? —Yo me como mi trozo e intento que no se me note el temblor de la mano en el tenedor.

—Venga, Ell. Cuéntame.

Siento un nudo en el estómago del tamaño de una tarta de manzana. ¿Y si Colter le ha dicho lo que pensaba hacer? ¿Y si él la envía para convencerme de que no lo haga?

—Mira, no sé qué te ha contado él, pero no es verdad.

—¿Cómo lo sabes?

—¿El qué? Me confundes.

—Le gustas.

El tenedor queda suspendido a medio camino entre la tarta y la boca.

—No sabe lo que hace.

Janie me sonrío.

—Pues yo creo que sí.

—¿Te lo ha dicho él?

Janie aparta la mirada y se muerde el labio inferior.

—No exactamente.

No tiene ni idea. Él solo intenta salvarme. Nosotros dos tenemos un pacto, y no incluye que sintamos nada por el otro. Aunque cuanto más salgo con él, más me cuesta separar mis sentimientos de la verdad.

—Voy a contarte una historia —me anuncia ella, interrumpiendo mis pensamientos.

—Ay, Dios.

Ella, en broma, me dedica una mirada asesina.

—En segundo curso había una niña... Cara, creo que se llamaba... Tenía unos zapatos de charol negros y un vestido rojo que se ponía casi todos los días. Siempre se metían con ella. La llamaban «La Huerfanita» y otras cosas. Un día, un grupo de niñas la acorraló. Empezaron a portarse mal con ella, a zarandearla y demás. Colter se plantó delante de Cara y les dijo a esas niñas que se largaran. Yo lo vi con mis propios ojos.

—¿Esta historia tiene alguna moraleja?

Janie me apunta con el tenedor, y entre los dientes del cubierto resbala una especie de gelatina.

—Colter es protector. Lo lleva en la sangre. ¿Sabes que le ha pedido a Kristyn varias veces que te deje en paz? Eso quiere decir que es protector contigo. —Entorna los ojos y me observa, como si quisiera sonsacarme algo—. Aunque no solo contigo.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

¿Le habrá dicho Janie algo a Kristyn sobre mí?

—Por nada, me ha parecido que debías saberlo y ya está. —Se come el último trocito de hojaldre que le queda en el plato—. Pero bueno, ya no quiero hablar más de él. Tenemos que ir de compras.

—No hace falta.

—Sí hace falta. —Se fija en mi ropa, en mis vaqueros y en mi camiseta, que, ahora que la observo con atención, veo que tiene un agujero a la altura de

la manga.

Me encojo de hombros.

—Está bien, sí, tal vez sí.

Y Janie se ríe.

Llego a casa y me echo sobre el edredón. Después de dos horas en el centro comercial, me duelen los pies y los tengo como si hubiera caminado sobre brasas encendidas, si es que las brasas encendidas fueran agujas del tamaño de salchichas. A Janie le encanta ir de compras, y tiene tres iguanas y dos tarántulas. Ha comprado la película *Más vale muerto* y mañana la traerá a casa, pero yo en realidad solo quiero pasarme varios días durmiendo. Tanto fingir y disimular me cansa. Estoy a punto de cerrar los ojos cuando oigo la voz de mi madre en el recibidor.

—¡La cena!

Salgo de mi habitación y me siento a la mesa. El olor a cebolla y a carne quemada me impregna las fosas nasales. Tuerzo el gesto.

—Mamá, ¿qué has preparado?

Ella deposita frente a mí un plato humeante.

—Pruébalo, te gustará.

Asiento y hundo el tenedor en una judía verde, lo único que pienso ingerir. Me la coloco sobre la lengua y doy un bocado. Está crujiente, casi cruda.

—Cielo... —dice ella, y clava la vista en la pared—. Estoy preocupada por ti.

Lo sabe. Dios mío. Lo sabe. Me quedo inmóvil, como una estatua. Quiero ser un camaleón.

—Estoy bien.

Me pone la mano sobre la mía. Su piel me abrasa como la ceniza encendida.

—Estás tan pálida, tan cansada... ¿Duermes bien?

—Todas las adolescentes tenemos el mismo aspecto sin maquillaje.

Me mira con esa mirada de madre, esa mirada que dice que lo sabe todo de ti pero que a la vez no sabe nada. Las conversaciones con ella se han estancado y se han vuelto más tensas desde que decidí suicidarme. Pero el silencio es incómodo. El silencio, para ella, equivale a preguntas. Me doy cuenta de que querría formulármelas, pero me estoy cansando de mentir tanto. Tengo que conseguir desviar su atención.

—He conocido a un chico —suelto de pronto.

Mi madre arquea las cejas, sorprendida. Yo intento que su gesto no me

ofenda.

—Cuéntame.

—Es... —Sin darme cuenta, me descubro sonriendo—. Es bueno.

—¿Bueno?

—Sí. Me lo imagino rescatando gatos de los árboles y ayudando a ancianitas a cruzar la calle.

—Pues que sea bueno no está mal. ¿Cuál es el problema?

—Es complicado.

Suspira.

—Siempre lo es. —A su gesto asoma la preocupación—. Pero con él, no habéis... ya sabes...

—Mamá, ¿en serio?

Ya tuvimos esa conversación cuando yo tenía doce años, más o menos, y ya me sentí muy violenta entonces; por favor, no me hagas pasar por lo mismo otra vez.

Coge una servilleta y la estruja como si estuviera empapada y quisiera secarla.

—Ya lo sé, pero es que... —Levanta la mirada y sonrío tímidamente. Mi madre no se pone nerviosa casi nunca, pero cuando lo hace no puede dejar de sonreír. No sería buena jugadora de póquer.

Sin darme cuenta, yo también empiezo a retorcer mi servilleta. La dejo en la mesa y hago ademán de levantarme.

—Espera —dice con voz seria pero sin dejar de sonreír, porque sigue estando nerviosa.

Vuelvo a sentarme y apoyo las manos en el regazo.

—Solo te diré una cosa. Si tú... —Tuerce el gesto—. Si decides... —Se quita el jersey y lo cuelga en el respaldo de la silla—. ¡Qué calor! ¿A qué temperatura tenemos el termostato? —Se ríe—. Vale, vale, tengo que ser capaz de decirte esto. Lo que te digo es que vayas sobre seguro. Lo que te digo es que no lo hagas. Por el amor de Dios, espérate a estar casada. —Menea la cabeza—. No, eso no es realista, ¿verdad?

—Mamá, ¿estás bien?

—No pueden ser sofocos, todavía soy demasiado joven. —Se abanica y mira a su alrededor sin dejar de sonreír. Apoya las palmas de la mano en la mesa—. Por favor, si vas a hacerlo, que sea con alguien en quien confíes y al que quieras. Es mucho mejor. Cuando conoces a alguien a veces crees que es amor, pero a veces no lo es. Pero cuando lo sabes, lo sabes. —Hace una

pausa, y por un momento creo que ya ha terminado. Pero no—. Protégete siempre. —Suelta un suspiro y se echa a reír una vez más—. Vaya, ya estoy. Cómo me alegro. —Se levanta, abre la nevera, saca una cerveza y le da un buen trago.

—¿Sabes qué? —le digo, levantándome yo también—. Creo que ha sido más difícil para ti que para mí.

Ella deja de beber y se apoya en la encimera.

—Sí, tienes razón.

Esa misma noche, más tarde, reviso la página de Facebook de Deán para ver si ha publicado algo, porque ya es muy tarde para acercarme hasta su casa. Le solicito amistad, convencida de que me ignorará.

Pero no me ignora.

Muy poco después de que nos hayamos hecho amigos de Facebook, me aparece un icono con su cara.

D: Eh.

E: Eh, ¿qué tal? ¿Ahora me hablas?

D: Quiero hacerlo esta noche.

Levanto del teclado mis dedos temblorosos, despacio, y el corazón me late como un tambor en el pecho; me falta el aire al pensar en sus palabras. Oh, Dios, no. Esta noche no.

E: ¿De verdad?

D: Sí.

E: Dame tu número.

Hay una pausa, y su número aparece en la barra del chat.

Cojo el móvil y lo llamo.

—No creo que sea una buena idea que lo hagas esta noche. Porque... — digo, y sé que sueno como una tonta—. Creo que deberíamos vernos.

—Está bien —me dice. Si una voz pudiera sonar a una emoción, la suya sería la de la derrota.

Salgo de casa sin que mi madre se dé cuenta y a los diez minutos ya estoy en el parque. He venido corriendo sin parar.

Deán está sentado en un columpio, y mira al cielo. Yo lo contemplo unos instantes y me pregunto qué puedo hacer para disuadirlo, si es que puedo hacer algo. No quiero que muera.

«Podrías contárselo a alguien.»

Él me odiaría si lo hiciera.

El aire es gélido, los columpios se mecen al viento y chirrían cada dos por tres. Me siento en el otro columpio, a su lado. Él no aparta los ojos del cielo.

—Siento haber sido tan frío contigo todos estos años —me dice.

Intento hundir los zapatos en la tierra, pero está dura.

—No pasa nada. Ahora todo ha cambiado.

—Menos Jackson.

Ahogo una risita.

—Menos Jackson.

—¿Crees que subimos allí arriba, con las estrellas?

Alzo la vista al cielo y me pongo a buscar las constelaciones que conozco. No hace mucho las observaba con Tate y le contaba de qué estaban hechas las estrellas. Yo creía que podríamos contemplarlas siempre, que nos sentaríamos en ese balancín cuando fuéramos mayores y recordaríamos esos momentos. Ella no se acordaría, porque era muy pequeña, y yo tendría que contárselo todo una vez más, y entonces yo lo recordaría a través de sus ojos. Cada día lamento esa sensación perdida.

—La verdad es que no he pensado sobre lo que pasa después. Solo he pensado que el final es el final, ¿sabes?

—Sí —dice él en voz baja.

Rebusco en mi mente algo más que decir. Algo que le haga parar, o al menos esperar. Pero qué hipócrita soy.

—¿Crees en serio que la muerte es la respuesta? Quiero decir... ¿Para ti? ¿Y si le contaras a tu padre...?

Me cubro la cabeza con la capucha para que el viento no me congele la piel.

Deán baja la cabeza y se vuelve hacia mí.

—No puedo ir al ejército, Ellery. No sobreviviría con todas esas reglas. La semana pasada suspendí otro examen. No voy a entrar en Harvard.

—Pero tiene que haber algo que puedas...

—¿De qué lado estás tú? —me interrumpe a gritos—. ¿Y tú? ¿Crees que morir es la respuesta? ¿Crees que así le devolverás la vida a tu hermana?

Abro la boca pero no digo nada, y me agarro con fuerza a las cadenas del columpio. Unas ganas locas de salir corriendo se apoderan de mis huesos.

—¿Qué te creías? ¿Que por algún motivo tu muerte está más justificada que la mía?

—No, solo pensaba... Esperaba que...



—No. Ya sé qué pensabas. Siento haber dejado que te metieras en esto.

Y se va corriendo. Tras su marcha, el columpio empieza a dar golpes contra las barras.

Corre mucho. Lo sigo, esquivando los árboles y los coches de la acera. Al final se detiene y se apoya en el tronco de un roble grande. Me acerco a él, sin aliento. Él jadea.

—Eres increíble.

—Está bien, lo siento, ¿de acuerdo? Soy una hipócrita.

Él alza la vista para mirarme, sin dejar de jadear, como un corredor de maratones.

—No voy a hacerlo esta noche. Ya no. Estoy demasiado cansado.

Y se separa del árbol.

—Muy bien —digo, aliviada. No añado nada más, no vaya a cambiar de opinión.

Camina hacia atrás, y las suelas de sus zapatillas se le pegan al asfalto de una manera muy rara.

—No te preocupes por mí.

Yo asiento y me disculpo de nuevo.

Deán se vuelve al momento y regresa a su casa a paso rápido.

No va a decirme cuándo lo hará. Me despertaré un día y no habrá ido al colegio. Todo habrá acabado. Imagino el mundo sin él, sin su media sonrisa, sin su mente de soñador. Un pensamiento serpentea por mi cuerpo, y se me cierra el estómago.

Así es como debe de sentirse Colter.

14 días

Ya empiezo a arrepentirme de haberle dicho a Colter que ayudaría a su hermano con lo del baile, y entonces se pone a llover a cántaros y a tronar.

El coche de Jackson no es tan bonito como el Escalade de Colter, y al parecer Colter vive en la calle con más baches de todo Grand Creek. Janie va sentada delante y no puede dejar de mirar a Jackson, sonriente. Él hace lo mismo. Al verlos me dan ganas de darme cabezazos contra la ventanilla, aunque debo admitir que me alegro por Jackson. Se merece estar con alguien que lo adore como lo adora ella. Y ahora que Janie y yo nos hemos hecho amigas, también me alegro por ella.

Cuando yo muera se tendrán el uno a la otra. Hay algo en esa idea que me tranquiliza. Se tienen el uno a la otra. Finalmente puedo dejar solo a Jackson.

La casa de Colter está situada en la ladera de una colina y mira a un lago. No es enorme, pero sí lo bastante grande como para tener un garaje de tres coches. En el camino de acceso vemos una barca medio oxidada cubierta por una lona manchada de grasa. Hay varias calabazas en el porche (algunas con caras talladas, otras no), y de los árboles cuelgan fantasmas empapados por la lluvia. Las ventanas están llenas de motivos de Halloween.

«Halloween.» Resuena en mi mente. «Halloween, Halloween.» Las notas bajan una octava cada vez hasta alcanzar un tono tan bajo que no parece un sonido de este mundo.

Nos bajamos del coche y dejamos atrás los fantasmas empapados que cuelgan del gran roble del jardín delantero. En el tejado del porche hay unas ristras de luces negras y naranjas. Delante de la casa ya hay cinco coches aparcados. Corremos, intentando evitar el golpeteo de la lluvia. Me cubro con la capucha, pero llueve tanto que se me ha movido la lentilla izquierda y no veo bien.

Me invade el nerviosismo al pensar que va a haber mucha gente en una misma casa. Sinceramente, espero que no esté su madre, la mala puta, la fiscal de distrito implacable que trabajaba con mi padre. Lo que menos me apetece esta noche es pensar en él. Colter me ha dicho que estaba de viaje de trabajo, pero que iba a volver hoy mismo, no sabía cuándo.

Llegamos frente a la puerta. Intento recolocarme la lentilla mientras Jackson llama con los nudillos, una sola vez. La puerta se abre y una niña pequeña, de pelo castaño, sale corriendo, seguida de otra idéntica a ella pero en rubio.

En cuestión de segundos ya parecen dos roedores empapados.

—¡Retta, devuélvemelos! —dice la niña rubia de los rizos mientras persigue a la castaña.

La rubia da un salto y tira al suelo a Retta. Sus carcajadas resuenan en el jardín. Siempre me ha encantado el sonido de las risas infantiles. Jamás me tapanía los oídos al escucharlas.

Me vuelvo y veo que Jackson y Janie ya han entrado. Colter está de pie junto a la puerta, y al ver cómo miro a las niñas sonrío con cara de tonto. Supongo que es la misma cara que se me ponía a mí cuando veía a Tate correr por el patio, perseguir al perro del vecino llamándolo *Floofy*, aunque en realidad se llamaba *Max*.

Colter ladea la cabeza y grita:

—¡Greta, Loretta! No os mojéis más si no queréis que le diga a vuestra madre que las dos habéis comido más caramelos de la cuenta.

Las dos levantan su cabecita y abren mucho los ojos. Tienen el pelo pegado a la cara, y la de Loretta está cubierta de barro.

—¡No! —grita Greta, corriendo ya hacia la puerta. Al llegar, se abraza a las piernas de Colter y alza la vista.

—No lo harás, ¿verdad, tío Colter?

Él pone cara de estar pensándolo, y en ese momento Loretta se acerca a su lado.

La niña se retira un mechón mojado de la cara y cruza los brazos sobre el pecho.

—No se lo diré, Greta. Porque entonces tendría que decirle que ha sido él quien nos los ha dado.

Lo mira fijamente, y se le escapa una sonrisa.

—Ahí te ha pillado —digo yo.

Él sonrío y, moviendo mucho la boca, sin pronunciar las palabras, me dice:

«Tú cállate.»

—Me lo pones difícil, pero te complaceré.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunta Greta, soltándole las piernas.

—Quiere decir que se rinde —dice Loretta, convencida.

Las niñas entran corriendo en la cocina y yo me quedo ahí, mirándolas, boquiabierta.

—Vaya, Loretta va a ser de miedo.

Colter intenta limpiarse las huellas de barro que le ha dejado Greta y se vuelve hacia mí.

—Cuidado con ella. —Menea la cabeza, como si intentara ahuyentar un recuerdo—. Venga, que ya empezamos.

Me sacudo un poco la lluvia, al fin consigo recolocarme la lentilla y lo sigo hasta el salón, que está lleno de gente. A algunos los reconozco del colegio. A Dee, a Kristyn y a una chica pelirroja de su grupo.

Me quedo helada al ver a Phillip. No sabía que iba a estar ahí. Intento salir discretamente, pero Colter me agarra del brazo sin darme tiempo a huir. En un rincón veo a un chico que se parece sospechosamente a Colter. Está sentado en un sillón, con las piernas cruzadas. Una mujer joven persigue a Greta y a Loretta por todo el salón, lo que distrae momentáneamente a Colter. Un golden retriever bastante mayor está enroscado en el suelo, ajeno al jaleo de la casa.

—No pasa nada, tranquila, que esto no es ninguna ejecución —me dice Colter sonriéndome y soltándome el brazo.

—Pues a mí me lo parece —replico yo en voz baja.

Me siento en el suelo, en una esquina. Jackson me mira y me hace un gesto para que ocupe la silla que tiene al lado. Yo le hago caso al momento, haciendo esfuerzos por no mirar a Phillip.

Cuando estoy admirando los elaborados cuadros de las paredes, veo a su madre. Lleva unos pantalones de vestir perfectamente planchados y una blusa vaporosa que debe de haberle costado más de lo que vale mi casa. Diría que aún no me ha visto. Me quedo inmóvil para que ningún movimiento llame su atención. Veo que sonrío a Greta y a Loretta, y por un momento se me ocurre que tal vez yo también puedo hacerlo. Tal vez cuando me vea no me hable del accidente ni diga nada sobre la marcha de mi padre.

Entrecierra los ojos, curiosa, al verme, y me parece que aprieta la mandíbula. Se queda así, mirándome, al menos medio minuto, y finalmente aparto la mirada. Aspiro hondo, y querría tomarme el pulso porque me temo que ha dejado de latirme el corazón.

¿Le habrá contado Colter algo de mí? ¿Me reconoce?

Colter se sitúa en el centro del salón. De un bolsillo trasero del pantalón asoma un papel doblado. Con su sola mirada controla a todos los presentes. Eso sí se lo envidia.

—Está bien. Solo tenemos dos semanas para planear todo esto. Jackson y Janie van a encargarse del comité de logística. —Se saca el papel del bolsillo y lo despliega—. Phillip y yo nos ocuparemos de la selección musical. ¿Kristyn? Tú y Ellery estaréis a cargo de la decoración. ¿De acuerdo?

Y mueve la cabeza en dirección a mí.

Me encojo de hombros.

Kristyn no me mira a mí. Sigue mirando fijamente a Colter como si en ese momento él nos estuviera desvelando el sentido de la vida. No me sorprende que, entre todos los presentes, nos haya emparejado a ella y a mí. ¿Qué pretende? ¿Castigarme? Creía que ya habíamos superado esa fase. Tal vez quiera que Kristyn y yo nos hagamos amigas. Pues creo que está bastante equivocado si piensa que es posible.

Ahora sí, Kristyn me mira y pone los ojos en blanco antes de fijarse de nuevo en Colter.

—Nos van a dar créditos por esto, ¿verdad? A mí aún me faltan unas horas para graduarme.

—Sí —responde él, visiblemente molesto. Carraspea—. Dee y Riley se han ofrecido a ocuparse de la difusión. Tenemos que conseguir que vengan a vernos todos los alumnos.

La chica pelirroja que ha venido con Kristyn y con Dee debe de ser Riley.

—Que estéis en un comité no significa que tengáis que hacer solo lo de ese comité. Si se os ocurren ideas sobre otras áreas, no dudéis en compartirlas —añade Colter, y vuelve a mirarme—. Y ya está. Comed y bebed lo que queráis.

El salón es un estruendo de voces y patas de sillas que arañan el suelo de madera. Yo me levanto para salir pitando de allí, pero Colter se vuelve, ladea la cabeza y me mira como si quisiera decirme algo. Sin darme tiempo a irme, al momento ya lo tengo al lado, con sus ojos de bonachón y sus labios muy apretados. Al mirarme pone cara de comprensivo.

Yo le doy la espalda.

—¿Con Kristyn? ¿En serio? —le digo en voz baja.

Me acaricia el brazo con delicadeza, y siento un chispazo de calor intenso.

—Lo siento. Ya había gente para todos los demás puestos. Me ha parecido que podría ser una buena manera de que os conozcáis mejor. Pero no tienes

por qué hacerlo si no quieres.

Sí, la verdad es que está muy equivocado.

Suelto con fuerza el aire.

—No, está bien. Tú y yo no salimos juntos. No tiene por qué preocuparse.

Vuelve a dedicarme una mirada entre confusa y compresiva.

—Claro. Claro. Está bien.

¿Quiere Colter que salgamos juntos? ¿Por qué nunca sé qué pretende? ¿Por qué estoy pensando en esas cosas cuando lo que tendría que hacer es salir pitando por esa puerta?

Nos quedamos ahí, los dos nerviosos, algo aturridos. Las gemelas pasan por delante. Greta choca contra las piernas de Colter, que sale disparado hacia mí. Intento frenarlo, pero caemos sobre la silla en la que yo acabo de estar sentada. Terminamos los dos en el suelo, y siento su peso sobre el cuerpo. No puedo moverme. Nuestras caras están tan juntas que noto su vello en la mejilla. Si volviera la cabeza nuestros labios quedarían demasiado cerca. Tengo que cambiar de postura. Él empieza a volver la cabeza y yo me asusto mucho y protesto. Me escurro como puedo, intentando despegar mi cuerpo del suyo. Él apoya los brazos en la alfombra y se separa de mí con cara rara.

—No pensaba hacerte nada.

—Lo sé.

Miro hacia la puerta. Ojalá pudiera largarme de aquí ahora mismo.

Colter asiente, aunque es evidente que no me cree. Ahuyenta la posible decepción que puede haber sentido y me sonrío.

—Mañana vamos a ver jugar a Jackson y a Phillip. Deberías venir.

Llevo tres años sin ir a un partido de fútbol americano. Creo que fui a uno en primero. Me pareció aburridísimo, y no entendí nada, así que ya no volví.

—¿Vamos? ¿Y ese plural? —le pregunto.

—Unos amigos.

—¿Te refieres a Kristyn y a Dee?

—Sí, ellas también van.

No sé por qué, pero me duele saber que sigue siendo amigo de Kristyn. Sé que puede ser amigo de quien quiera, pero preferiría que no lo fuera de ella.

—No sé. Tengo muchos deberes, y un examen de cálculo el lunes.

Colter me clava la mirada.

—Yo tengo fiesta en el trabajo. Creo que podrías tomarte un rato libre. Además, así podrás disfrutar del placer de mi compañía una noche entera.

Me encantan esas palabras pronunciadas por él, aunque no deberían

gustarme.

—Pero si yo no sé nada de fútbol.

—Yo te enseñaré. Soy buen profesor.

Y arquea las cejas.

Yo pongo los ojos en blanco.

Él sonrío, y yo sonrío también, hasta que veo a su madre, que llega y se pone a su lado. Me falta el aire. Tendría que haberme ido antes. ¿Por qué me he quedado a hablar con él?

Ella sostiene una copa de vino. Le da un sorbo y me mira con desconfianza, escrutándome, juzgando mi aspecto. Ojalá me hubiera puesto otra cosa y no llevara mis vaqueros rotos y mi camiseta de concierto.

—Eres Ellery Stevens, ¿verdad? Qué amable por tu parte ayudar en el baile de Atticus.

—Gracias —respondo, bajando la vista. No sé por qué me pone tan nerviosa.

—Eres la hija de Trent Stevens, ¿verdad? La que... bueno, no importa.

Alzo la vista del suelo. La rabia se apodera de mí. Sabía que sacaría el tema. No es ningún secreto que me echa la culpa a mí de la marcha de mi padre. Y el año anterior dejó claro que me culpaba a mí del accidente, que merecía pudrirme en la cárcel por haber matado a mi hermana, que era un ejemplo de lo que no hay que hacer cuando se conduce en unas «condiciones meteorológicas extremas», como ella misma dijo. Por suerte la policía no se mostró de acuerdo. Lo consideraron un accidente, pero ello no implica que yo viva encerrada en mi cárcel particular.

—Sí, señora.

Ella ahoga una risita que le sale forzada.

—No, no me llames señora, que me haces parecer más vieja. —Arquea las comisuras de los labios en otra sonrisa que parece más bien una amenaza.

—Trent era uno de nuestros mejores abogados. Siento que se fuera a Atlanta. ¿Le va bien por allí?

—Seguro que sí —digo yo con un aplomo que me sorprende a mí misma.

Me mira entrecerrando los ojos.

—¿Y de qué conoces a mi hijo, Ellery? —me pregunta ladeando la cabeza con voz inocente. Pero, una vez más, todo es falso. Está claro que no quiere que me relacione con su hijo.

—Esto, nosotros...

Me siento como si fuera desnuda en una pesadilla.

—Vamos juntos a clase de lengua, mamá —zanja Colter, acabando la frase por mí.

—Qué bien —dice ella en tono neutro, y le da otro sorbo al vino.

Yo me fijo en el líquido rojo, que oscila y entra en su boca entreabierta.

Me estremezco. Colter no se ha dado cuenta de la antipatía que su madre siente por mí. Esa mujer agarra la copa como si fuera mi cabeza y quisiera arrancármela.

Colter me mira con expresión considerada, sincera.

—De hecho, la primera vez que hablamos fue en el trabajo.

Y sonrío.

Sé que me estoy ruborizando, y sufro. Su madre está en estado de shock. Nota la atracción que existe entre los dos. Lo sabe todo.

Asiente despacio y se termina el vino.

—Qué bien —repite, como antes, y se aleja sin añadir nada más.

Un escalofrío recorre mi cuerpo.

Colter se agacha un poco y se acerca más a mí.

—Es un poco estirada —me susurra al oído.

Se echa hacia atrás y me mira de arriba abajo.

—Bueno, ¿vas a venir al partido?

No soy capaz de mirar esos ojos inocentes, ese rostro amable, y decirle que no. Sé que voy a lamentar mi decisión, pero ya me preocuparé luego. Dejo que la Alegre Ellery gane por esta vez.

—Está bien, Tom Sawyer.



13 días

Janie y yo decidimos ver *Más vale muerto* al salir de clase, antes del partido de fútbol. Desde que fuimos a ver *Dieciséis velas* y *El club de los cinco* en sesión doble, no para de hablar de esa película.

—Ni siquiera se me ocurrió que podíamos verla en *streaming*, qué tonta —dice sosteniendo del DVD.

—Si te sirve de consuelo... —digo yo, metiéndome un puñado de palomitas en la boca—. Yo no la he visto disponible en *streaming*.

Janie se sube a mi cama.

—Sí, me sirve de consuelo.

Mete el DVD en el reproductor, y nos disponemos a ver la película.

En ese momento llaman a la puerta y mi madre asoma la cabeza.

—¿Necesitáis algo más, chicas? No veo chocolate por ninguna parte.

Le hago un gesto a mi madre para que entre, y ella se tira en la cama y nos deja una inmensa tableta de chocolate Hershey junto a las palomitas. Coge unas pocas.

—¿Esto no es *Más vale muerto*!

Janie se echa a reír.

—¿Quieres verla con nosotras?

Mi madre me mira como pidiéndome permiso.

Yo asiento y le sonrío.

Ella se hace un hueco junto a la pared y devora sus palomitas mientras Janie y yo nos lanzamos sobre el chocolate.

—¿Y en qué andan metidas las chicas últimamente? —pregunta mi madre.

—No en gran cosa. ¿En qué andan metidas las madres? —contraataco yo.

—*Touché*.

Janie suelta una carcajada.

—Sois muy graciosas.

—Y estamos disponibles todos los días que terminan en *s*, y también los fines de semana —dice mi madre entre risas.

—No está bien reírse de las propias gracias.

—Quién fue a hablar. La que me enseñó a hacerlo —suelta mi madre, que le alarga la mano abierta a una sorprendida Janie para que le choque los cinco.

Janie le sonrío y me mira con una cara que conozco bien, y que dice: «¿De dónde la has sacado?»

—Está bien, vosotras ganáis, pero solo porque me interesa oír lo que está diciendo John Cusack.

—Retratada —dice mi madre en su intento constante por quedar como una madre «enrollada».

Janie tiene razón. La película acaba resultando bastante divertida y, aunque no me identifico con Lañe, me lo paso bien viendo cómo intenta suicidarse. El hecho de que Janie haya querido compartir conmigo esta película demuestra que es algo más que una tonta que solo sabe ir de compras y llevar tacones, que no solo es ropa, que no solo es una niña. Es mi amiga, y se preocupa por mí. Y, lo que es peor, yo me preocupo por ella.

Mierda.

Mi madre se incorpora y se despereza.

—Yo ya he tenido bastante. Ya estoy mayor para pasarme tanto rato sentada de cualquier manera. Necesito un sillón cómodo y un libro. —Se baja de la cama y se dirige a la puerta—. ¿No ibais a ver un partido de fútbol esta noche?

Janie mira su teléfono.

—Falta una hora.

—Ah. A mí me encantaría poder ir a ver un partido y no a mi trabajo —dice, y cierra la puerta.

Me acerco corriendo a la puerta y la abro. Mi madre está en el rellano. Se vuelve.

—¿Qué pasa, cielo?

—Gracias por ver la película con nosotras.

Ella se acerca a mí y me abraza con fuerza.

—Gracias a ti por dejarme. Ha sido todo un regreso a los ochenta. Yo era pequeña cuando la vi, pero me acordaba.

Me suelta y con un movimiento de cabeza señala la puerta.

—A esta, consévala.

—Sí, supongo que la conservaré un tiempo.

—Tengo que irme a trabajar. Nos vemos mañana. Supongo que comerás algo después del partido. Quedan cosas en la nevera.

—No te preocupes, mamá.

Se acerca y me retira un mechón de pelo que me cae sobre la cara, y me lo pasa por detrás de la oreja.

—Ya lo sé, ya sé que tú siempre te has sabido cuidar.

Entro en la habitación, me tumbo boca abajo en la cama, clavo la vista en el suelo, miro a Janie y arqueo una ceja. Se diría que mi armario acaba de vomitar.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

—Tenemos que buscarte una ropa perfecta para el partido.

Contemplo los montones de vaqueros y camisetas. Solo se diferencian en los estampados.

—¿Te he comentado alguna vez que tienes un gusto deprimente para la ropa? —añade, doblando unos vaqueros y dejándolos sobre la cama.

—Deduje que lo pensabas cuando me propusiste que fuéramos a comprar juntas el otro día.

—Tienes que ponerte más color. Esto parece el armario de un asesino en serie.

Escoge la camisa negra con un dibujo plateado y los vaqueros más nuevos que tengo, los que me compré con ella en el centro comercial.

—Toma —me dice, y me los entrega.

Los cojo.

—Sabes que llevaré puesto el abrigo encima, ¿verdad? Nadie verá nada. Así que en realidad no importa qué ropa escojas.

Ella pone los brazos en jarras y aprieta mucho los labios.

—Pues entonces, razón de más. Compláceme.

—Con esta ropa no vas a conseguir que le caiga bien a la gente de la noche a la mañana, Jane.

—¿Crees que eso es lo que pretendo?

—No lo sé.

—Allí estará Colter.

Gruño un poco y me echo en la cama, y abrazo la ropa para acercármela más.

—Vamos. Eso ya no te va a servir. Ya lo has intentado. Deja de insistir.

Ella se tumba a mi lado y me acerca mucho la cara. —Ja, ja. Tú vístete,

que salimos en diez minutos.

Me retiro un mechón de pelo que se me ha pegado a la boca y me recoloco en la grada. Los tablones se me clavan en el culo, que ya ha empezado a dolerme. Colter llega tarde, y yo estoy sentada detrás de un tío que lleva un gorro de lana, de esos con borla. Jackson está en el campo, haciendo estiramientos, aunque entre repetición y repetición se interrumpe para darle unos besos babosos a Janie. Cuando el entrenador le grita que preste atención, él tiene los labios pegados a los de Janie, y los dos se echan a reír. Son tan encantadores que me dan ganas de vomitar.

He pensado mucho en Deán. Vuelve a ignorarme, pero sigue vivo. Antes de llegar aquí he pasado por delante de su casa, pero su coche no estaba en la entrada. Yo ya no sé qué decirle. Me siento impotente al ver que se aleja cada vez más. Es como una de esas pinturas que son bonitas desde lejos pero que cuando te acercas se distorsionan y se convierten en algo feo, en algo oscuro. Quizás eso también les pasa a los demás conmigo. Cierro los ojos para ahuyentar su imagen de mi mente, y una ráfaga fuerte de viento me despeina. Me cubro el cuerpo con los brazos para ver si así dejan de castañetearme los dientes.

Finalmente Janie se separa de Jackson y sube por la escalera de la grada. Me ve y se le ilumina la cara.

—Creía que iba a tener que perseguirte por todo el aparcamiento.

—Pues me he planteado irme. ¿Por qué no me ha dicho nadie que iba a hacer tanto frío aquí fuera? —protesto mientras me corro a la derecha para que pueda sentarse.

Se instala a mi lado y apoya los pies en un pequeño espacio libre de la grada de delante. El chico de la gorra de borla se vuelve y la mira mal por invadir su espacio.

—¡Eh, Ell!

—¿Qué?

—Que hace frío aquí fuera —repite ella, burlándose de mí.

—Un poco tarde —digo yo.

Se acurruca a mi lado.

—¿Dónde está Colt?

—Esta noche no lo cuido yo.

Ella pone los ojos en blanco.

—Lo deseas. Lo deseas desesperadamente —suelta ella con una cantinela infantil, como si fuéramos a cuarto de primaria.

—Yo no deseo a nadie, Janie. Exageras.

Ella sonríe de oreja a oreja, como si conociera mis secretos. En ese momento me invade un sentimiento de culpa. Yo no puedo contarle mis secretos, porque si lo hago nuestra amistad se esfumar . Ella nunca lo entender a, como no lo entender a Jackson. Pero quisiera contárselo. No me gusta tener que ocultarle nada, pero no me queda otro remedio. Qué más da añadir una culpa más a las que ya llevo enterradas en el alma.

—Jackson es increíble.  C mo puede ser que llev is tanto tiempo siendo amigos y no hayáis intentado nada? —Me observa con atención—.  O s  lo habéis intentado?

Su insinuación me provoca la risa.

—Es como un hermano para mí. Ser a como besar a una rana muerta.

Ella también se ríe.

—Pues él me dijo algo parecido. No lo de la rana muerta, eso no. Es que sois mon simos los dos.

La Alegre Ellery sabe jugar a ese juego.

—No tan monos como vosotros dos.  Sal is alguna vez a la superficie a coger aire?

Janie se ruboriza.

—Ah, Ellery, lo quiero tanto... —Se cubre la boca con la mano como si acabara de revelar un secreto, y abre mucho los ojos. Me agarra el brazo con fuerza y me mira con gesto de desesperación.

— No se lo digas!

— Te crees que lo har a?

—Ya lo s , ya lo sé...  Qu  voy a hacer?

—Nada. T  actúa como hasta ahora.  l es feliz. Hasta yo me doy cuenta de eso.

A Janie se le borra la sonrisa de la cara, y se vuelve hacia el campo.

—Ahí está Colt. ¡Puaj! Viene con Kristyn.

Me vuelvo a mirarla.

—¿Ya no sois amigas?

—No, qué va. No después de las mierdas que dijo de ti. Esa no es amiga mía.

Su declaración me reconforta un poco. Pero... ¡un momento! ¿Qué ha dicho Kristyn de mí? No, no pienso preocuparme de eso. No.

—Es una zorra. Me sorprendería que alguien... Eh. —Alza la vista y ve a Kristyn y a Dee. Colter viene detrás.

Noto algo parecido a los celos cuando veo que los tres se acercan juntos.

Kristyn se sienta a mi lado y me encajona entre ella y Janie. Hago un gran esfuerzo por no mirarla mal. Se supone que me da igual lo que haya dicho o haya dejado de decir de mí. Llega Colter, se encoge de hombros y se sienta junto a Kristyn, lo que me lleva a preguntarme si ella ha escogido ese sitio a propósito. Dee se instala junto a Colter. Es evidente que no voy a aprender nada sobre fútbol americano si él está sentado dos asientos más allá.

Janie me mira con gesto conspiratorio y se pone de pie.

—Colt... Desde aquí no veo bien a Jackson. ¿Me cambias de sitio?

Y me guiña un ojo al pasar al otro lado.

Colter se levanta y los dos bailan una danza rara delante de nosotras. Finalmente él se sienta a mi lado. Me roza con la rodilla, y al momento la temperatura de mi pierna alcanza los cien grados.

Esto tiene que terminar.

«Contrólate, Ellery. Tienes que alejarlo de ti.»

Sin darle importancia, aparto la rodilla.

—Menudo cambio —dice Colter, mirándome de reojo desde detrás de esas pestañas tuyas tan pobladas—. Gracias, Janie. La vista desde aquí es mucho mejor —añade sin apartar en ningún momento su mirada de mí.

Yo me estremezco y, por primera vez esa noche, no es de frío. Él se concentra en el campo.

—Vale. Lección número uno: los equipos tienen que lograr *touchdowns*. Te dan seis puntos por cada uno y...

Yo me echo a reír.

—Esa parte ya la sé. Lo que no entiendo es lo de lo *downs* y esas cosas.

—Bien, los delanteros tienen cuatro intentos, que también se llaman *downs*, para acercarse diez yardas o más a la zona final del equipo rival. Cuando avanzas esas diez yardas consigues tu primer *down*, y obtienes cuatro

oportunidades más de conseguir diez yardas más.

Se inclina sobre mí, y su mejilla queda tan cerca de la mía que siento el calor que emana de su piel.

—¿Ves esos números de color naranja chillón? —me pregunta, señalando a los laterales del campo.

Pero yo solo veo sus labios muy cerca de los míos. Trago saliva.

—Ajá —baluceo.

Se vuelve un poco más y me roza la mejilla con los labios. Me aparto de un respingo, sorprendida al sentir su boca en contacto con mi cuerpo.

—Pues esas marcas señalan los *downs* —dice con voz forzada.

«¿Qué es un *down*! ¿Qué es el fútbol americano?»

—Muy bien.

—¿Lo entiendes mejor?

Asiento con un movimiento de cabeza, incapaz de hablar. Me da miedo empezar a soltar cosas sin sentido, como una loca.

—Cuando llegemos a los penaltis ya te lo explicaré. Seguro que habrá.

—¿Es que quieres matarla de aburrimiento, Colt? —dice Janie, inclinándose un poco sobre Kristyn, que al parecer charla animadamente con Dee. Janie la mira.

»¿Te importa moverte un poco? Así podré sentarme al lado de Ell —añade, muy decidida.

Kristyn parece indignada, pero se levanta y se pega más a Dee.

Janie se deja caer a mi lado y apoya los pies en la grada de delante. Suelta un suspiro.

—Menos mal. El tío ese ocupaba todo el sitio y no me dejaba poner los pies...

El chico de la gorra con la borla se vuelve y la mira con ojos asesinos. Ella le mantiene la mirada.

—Estás ocupando tres asientos, que lo sepas.

Él nos da la espalda, molesto, y Janie concentra la mirada en el campo.

—¿Ya ha salido Jackson?

Entrecierro los ojos para ver mejor el terreno de juego.

—Creo que sí. ¿No es ese? ¿El trece?

Ella sonrío.

—El trece. El número de la buena suerte. O al menos lo será esta noche.

—Para ya.

Ella sonrío.



—Lo siento. Me había olvidado. Y bien, Colt. ¿Ellery y tú tenéis planes para después del partido?

La fulmino con la mirada, y ella me sonrío. Y hace un globo con el chicle que no sabía que mascaba.

Esperar la respuesta de Colter es peor que esperar los resultados de un examen. Yo debería decir algo. Él debería decir algo. Alguien debería decir algo.

Se encoge de hombros.

—No lo había pensado.

Si hay algo seguro en este mundo es que el chico no sabe mentir. Qué distintos somos.

—Yo tengo muchos deberes —digo yo.

Janie frunce mucho el ceño.

—¿Queréis tomar algo? Invito yo.

—Pero si el partido no ha empezado aún, Janie—observa Colter.

—Por favor... Necesito un chocolate caliente.

—Yo sí —digo, apartándole la mano en la que sostiene los billetes que ha sacado—. Pero pago yo.

Colter se levanta para dejarme pasar, pero no me sigue. ¿Quería yo que me siguiera?

Bajo hasta el final de la escalera y paso por delante de un montón de gente que lleva gorros divertidos con borla. El quiosco de las bebidas está junto a las gradas, así que pido las bebidas y me quedo ahí, esperando. Tamborileo el mostrador con los dedos, y la Madre del Año de la Asociación de Padres y Profesores me mira mal. Paro y busco a Jackson con la mirada... Pero a la que veo es a Kristyn, que viene hacia mí.

—Venga, dese prisa, Madre del Año —susurro en voz muy baja.

Kristyn se sitúa a mi lado.

—No me has dicho que venías. Te habría pedido una coca-cola light.

«No te lo he dicho porque no te la habría llevado.»

—Lo siento. Janie quería un chocolate caliente.

—Ah, entiendo, ahora eres su esclava.

Me encaro con ella. ¿He oído bien?

—Yo no soy la esclava de nadie.

Ella se pasa la lengua por los labios, como una depredadora lista para devorar a su presa.

—He visto cómo miras a Colter. No doy crédito. ¿Acaso crees que puedes

gustarle?

—Yo no lo miro. Te equivocas.

—Pues yo creo que no me equivoco. Sé muchas cosas de ti, Ellery. Lo sé todo de ti.

Es imposible que lo sepa. ¿Qué es lo que sabe? ¿Le ha dicho él que quiero suicidarme? ¿Lo ha notado ella?

—No, no lo sabes. Tú no me conoces en absoluto.

—Vivo con mi abuela en Masón Drive. Delante mismo del cementerio. Te he visto.

Me flaquea todo el cuerpo, como si estuviera a punto de desplomarme.

—Vi a Jackson sacarte de allí el otro día. A mi abuela y a mí nos gusta dar paseos por la mañana, muy temprano. Me sorprendió ver a Jackson en el cementerio. Y mira por dónde, resulta que te estaba llevando en brazos. ¿Eso por qué, Ell?

—Ya basta.

Kristyn se acerca más a mí, me arrincona contra las gradas.

—¿Quién está en ese cementerio? ¿O es que Jackson y tú os estabais haciendo más que amigos? ¿Sabps? Siempre me ha extrañado que lleve tanto tiempo contigo.

La barra metálica que mantiene unidos los asientos se me clava en la espalda. Sé que me va a salir un morado. Busco la manera de escapar. Su voz suena como el graznido de un pájaro.

—Vete.

—O a lo mejor es que habías ido a visitar a tu hermana. ¿No es ella la que te convirtió en un caso perdido?

Tengo que enfrentarme a ella.

No permitas que te afecte. Respira.

La ira se acumula en mi cuerpo como la energía en el motor de un cohete. Estoy a punto de explotar por dentro, de soltar toda la metralla.

—Estás loca, nunca conseguirás a Colter. Así que déjalo ya.

Noto que se me llenan los ojos de lágrimas, y siento vergüenza de mí misma. Quiero salir corriendo, pero ella me lo impide. La tengo casi encima, y me da miedo, y soy débil. Todo es culpa mía. Creía que conseguiría encajar. Creía que podría tener amigos, pero es evidente que no.

—¿Colter sabe que pasas las noches en los cementerios con Jackson? — me pregunta abriendo mucho los ojos y acercándose aún más a mí.

—Kristyn, ¿qué coño estás haciendo?

Kristyn se queda petrificada al oír la voz de Colter.

Él se coloca por detrás de ella y la aparta, y a continuación me sujeta por los hombros y baja la cabeza hasta que queda a la altura de la mía.

—¿Estás bien? —me pregunta con cara de preocupación.

No ha oído lo que ella acaba de decirme.

Yo me escurro y me aparto.

—Sí, estoy bien.

Me seco los ojos al momento. Espero que no se dé cuenta de que ya había comenzado a llorar.

—¿Ya ha empezado el partido?

Él me observa atentamente.

—Sí. ¿Por qué no subes? Yo le llevo el chocolate a Janie. ¿Quieres algo?

Niego con la cabeza.

—De hecho, creo que no debería dejarte sola —añade él.

Yo intento sonreír con todas mis fuerzas y ponerme derecha.

—No pasa nada. Cosas de chicas, nada más. Se me pasará. Tú vete. Nos vemos en las gradas.

Lo piensa unos momentos, se vuelve y se dirige al quiosco. Kristyn ya no está.

En lugar de volver a la grada salgo y me voy hacia el aparcamiento.

Casi he llegado al coche cuando veo a Deán muy despeinado, a lo lejos.  
¿Qué está haciendo aquí?

—¡Deán! —le grito.

Se vuelve y me mira enfadado. Mira a ambos lados y viene hacia mí.

Yo voy a su encuentro.

—¿Qué haces aquí?

Muevo los pies sobre la gravilla del aparcamiento.

—Me he dejado el libro de álgebra. He venido a buscarlo.

Lo observo. Evita mi mirada y actúa como si fuera culpable de algo.

—¿Qué ocurre?

Niega con la cabeza y se mete las manos en los bolsillos. No lleva el libro de álgebra.

—Nada. Tengo que irme. Nos vemos mañana en sociales.

Me dedica una media sonrisa y se aleja.

—Espera. Un momento.

Pero él no se vuelve.

Me llevo la taza de café humeante a los labios y doy un sorbo. Starbucks está muy cerca de casa, y llego antes de dar el tercer sorbo. Meto el coche en el camino de entrada y me bajo. Ya casi he llegado a la puerta cuando veo que Colter está sentado en los peldaños del porche. Debe de haber aparcado más abajo.

Se pone de pie cuando me acerco. '

—Te has ido.

—Te lo dije. No sé nada de fútbol americano.

Se pasa una mano por el pelo.

—Oye, yo no sé qué te habrá dicho Kristyn, pero esa tía es una idiota. No le hagas caso.

Le doy un sorbo al café. Las llaves de casa, que llevo en la mano, tintinean cada vez que rozan el vaso.

—No pasa nada.

—Sí que pasa—protesta él—. ¿No ha parado de acosarte o qué?

—No importa.

—Sí que importa. Lo digo por mí, no por ti. Va a tener que dejarte en paz, joder.

—Quiere que vuelvas con ella. Lo he pillado. Y cree que yo soy una amenaza, no sé por qué. Eso es totalmente ridículo.

—Ah, ¿sí?

Vuelve a bajar la cabeza y se pasa la mano por el pelo.

«¿Quiere que sea una amenaza?»

—Bueno, sí, ¿no? —le pregunto, levantando un poco el vaso para darle otro sorbo al café. Querría quedarme dentro de ese vaso para siempre para seguir evitando esta conversación.

Colter se acerca más a mí. En mi interior todo se magnifica. Mi respiración ruge como una tormenta, los latidos de mi corazón resuenan como un millón de tambores. Me toma la cara entre las manos. Yo aspiro muy hondo y se me cae el vaso al césped. El café me mancha los zapatos.

Se inclina sobre mí, cada vez más cerca, más cerca, y se detiene justo antes de que se rocen nuestros labios.

—Sí eres una amenaza. Y muy grande —dice, y aspira hondo él también, y hay deseo en sus ojos, me piden permiso, esperan que yo sienta lo mismo que él. Perpleja, confusa pero llena de algo que es muy fuerte, asiento casi imperceptiblemente, y al instante sus labios ya están sobre los míos.

Mantengo los ojos abiertos y contemplo sus párpados cerrados. Sabe a chocolate caliente. Ahonda en el beso, y ahora soy yo la que cierra los ojos sin querer. Sus labios son suaves y delicados conmigo. Su lengua roza la mía, y me estremezco. Se agarrota un instante, y se aparta de mí. Su sonrisa es auténtica, sincera. No nos decimos nada. Parece temer haber hecho una tontería.

No ha estado tan mal. Seguramente volvería a hacerlo, pero mejor. Le agarro la camisa, presiono mi boca contra la suya y lo devoro. Toco su labio inferior con el mío y lo mordisqueo. No sé bien de dónde he sacado ese movimiento. Él me lo devuelve al momento al tiempo que emite un sonido muy leve y me atrae más hacia sí. Nuestros cuerpos se funden, y yo me pierdo en la desesperación, el dolor y el placer. Abandona mi boca y sus labios se deslizan

por mi cuello, puntean de besos mi piel.

Y entonces, como en un sueño hermoso que se convierte en pesadilla, recuerdo mi plan.

Halloween.

Estoy atrapada. El calor, las llamas ardientes me penetran en la piel. Estoy incendiada.

—¡No! —grito, apartando a Colter de mí. Él retrocede a trompicones con un gesto de sorpresa.

—¿He hecho algo mal? —dice, con la voz más bonita y lastimera que he oído en mi vida.

—No. ¿Tú? Tú eres perfecto. Soy yo, que estoy mal de la cabeza. —Hablo con voz entrecortada, ronca. No me salen las palabras.

El, despacio, se ríe un poco y se agacha para mirarme a los ojos.

—Siento haber hecho esto. Pero es que... me mirabas como si lo quisieras. Por favor, dime algo.

Yo niego con la cabeza.

—No podemos hacer esto.

Me acaricia la mejilla y posa la mano en mi mandíbula.

—Dios, qué testaruda eres. Ojalá me dejaras entrar ahí.

—¿De eso se trata? ¿De ayudarme?

—No solo. Bueno, al principio tal vez, pero...

—Mira, tú no puedes ayudarme. Nadie puede.

Él baja un poco la cabeza y separa la mano de mi mejilla.

—Está bien.

«Mierda.»

—Siempre la cago con él.

Noto el frío de la hierba en las piernas cuando me siento frente a la tumba de Tate. La luna es apenas un gajo esta noche, como la sonrisa ladeada del gato de Cheshire, que se burla de mí, que espera aparecer de pronto para que mi vida sea aún más desgraciada.

—Me ha besado y yo lo he apartado. Es un buen chico. De hecho, es perfecto. Bueno, perfecto no, pero para mí es perfecto, y no sé qué hacer, porque he tomado una decisión y creo que si lo dejo entrar en mi vida lo lamentaré, y no quiero cambiar de opinión. —Cojo aire—. ¿Qué debo hacer?

Intento pensar en lo que me diría ella si estuviera aquí. Si tuviera siete años y hubiera acumulado un año más de experiencias y sonrisas que compartir. Me haría una pregunta. Siempre me preguntaba muchas cosas. Una vez hablamos de eso. Del tipo de chico con el que acabaría.

Tate se columpia lo más alto que puede. Las piernecitas dan impulso bajo el asiento.

—¿Crees que mamá y papá estarán juntos toda la vida?

Arrastro un poco los pies para frenar.

—No lo sé. Supongo que sí; si ellos quieren.

Su expresión pasa de la curiosidad a la preocupación en un instante.

—Pero discuten y se gritan.

Yo alzo la vista al cielo oscuro. La luna está medio llena, oculta su otra mitad como si se avergonzara de ella. En clase de astronomía aprendí que está en fase menguante.

—A veces la gente que se quiere se pelea.

Se lo digo para salir del paso, pero ella no se va a dar por satisfecha.

—Tal vez. ¿Tú te peleas con tu novio? Un momento. ¿Has tenido algún novio? —me pregunta—. Porque nunca te he visto con novio, y eso que tienes

dieciséis años, y la hermana de Krissy Turner tiene novio, y también tiene dieciséis.

—¿Emma Turner? Ah, sí, ella ha tenido ya varios novios. De hecho es lo que se conoce como una pu... Bueno, ya sabes, no tienes edad para ciertas conversaciones.

—¿Cómo? —dice ella con los ojos entrecerrados y el labio inferior, carnosos, muy adelantado.

—No hay una edad mágica para empezar a tener novio. Yo no he encontrado a nadie que me interese en ese sentido, eso es todo.

Ella empieza a darse impulso otra vez en el balancín, y nos levanta más a las dos.

—Ah. Pero ¿lo encontrarás algún día?

—Seguro. Pero tendrá que ser muy tolerante para aguantarme.

—¿Qué quiere decir eso?

—Tendrá que ser un santo, Tate.

Ella me sonrío y vuelve la vista al cielo, a las estrellas.

—¿Un santo? —pregunta sonriendo con cara de pilla. Parece que esta vez sí me ha entendido—. Sí, tienes razón.

—¡Eh! —le digo, agarrándola con fuerza. Ella se ríe, se baja del balancín y sale corriendo por todo el patio, gritando que mi novio es un santo.

—Es un santo, Tate. Lo he encontrado. Es dulce y comprensivo.

Y lo es. Pero tú no te lo mereces.

La voy a cagar. Lo sé. Pero con él quiero liberarme.

No puedes.

Busco mentalmente algo, cualquier cosa, para seguir hablando y no tener que dejarla allí, para no tener que enfrentarme al resto de la noche, a la culpa, a la vergüenza. Cuando estoy aquí, con ella, esos sentimientos remiten. Es como si volviera a tenerla por un momento.

—He ido a un partido de fútbol americano, en serio. Y tengo una nueva amiga. Sí, ya lo sé. —Me río—. Cuesta de creer.

A ella tampoco te la mereces.

Consulto la hora en el móvil y me asusto. Vuelvo a la vida real.

—Tendría que irme, porque si no voy a acabar arrastrándome por el suelo otra vez, y Jackson tendrá que venir a salvarme.

Me beso los dedos y los apoyo en la tumba, suavemente. Me levanto de la hierba helada, recojo el abrigo y me lo pongo, susurrando las mismas palabras que pronuncio cada vez que la veo: —Lo siento mucho.



10 días

Es nuestra segunda reunión del comité, y el salón de Colter está decorado en tonos negros y naranjas. Hay serpentinas y fantasmas colgados de todas las superficies y huele a chocolate caliente. Vaya a donde vaya aparece algo relacionado con Halloween. Ya sean decoraciones, ya sean planes para disfrazarse o caramelos, la celebración está en todas partes, como un recordatorio constante de mi propósito. Me siento en el sofá y veo que su madre me observa con desconfianza. Sé que ella preferiría que su hijo pasara sus ratos libres con Kristyn. No hace falta ser demasiado inteligente para darse cuenta de eso. *Cooper*, el perro de Colter, está dormido en el suelo una vez más. Mueve una oreja cada pocos segundos, y sus ronquidos inundan esta parte del salón.

Colter carraspea para acallar el rumor de voces.

—Puede que ya tengamos música. He hablado con la señora Green y me ha dicho que el coro también puede cantar una canción durante el baile —dice, emocionado—. Además, Phillip tiene un amigo de un amigo que tal vez nos consiga un grupo de verdad —prosigue, y nos mira para captar nuestra reacción.

Un momento. La señora Green es tía Sue. Eso significa que... ¿Vamos a cantar?

—Queremos que Atticus gane el concurso, ¿no? ¿Cómo vamos a conseguirlo si ponemos a un coro de instituto a cantar durante un baile?

Nada me apetece menos que cantar en ese absurdo baile.

—Nosotros serviremos solo de apoyo. Los amigos de Phillip son la banda principal —argumenta Colter, que mantiene la mandíbula apretada y se expresa con gestos expeditivos—. Dee, cuéntanos un poco cómo va el tema de la difusión.

Ella se lleva una uña recién pintada a la boca y se la muerde un poco.

—Pregúntale a Riley, ella se ha encargado de todo.

Colter pone los ojos en blanco.

—¿Riley?

Riley dedica a Dee una mirada asesina.

—Hemos colgado carteles en el colegio, lo hemos publicado en Twitter y Facebook e incluso hemos puesto anuncios en todos los locales de la zona. No creo que haya nadie que no sepa que se va a celebrar el baile.

Colter mira a Janie.

—¿Y cómo tenemos lo del lugar del evento?

Janie sonríe, pero hay algo que la inquieta.

—El club social de mi madre nos ofreció sitio en cuanto les dijimos que participaba la hija del alcalde.

Nos miramos las dos, y nos entendemos.

La dulce Kristyn, la hija del alcalde. Pongo los ojos en blanco. No la he visto desde el partido de fútbol americano. Ni siquiera hoy ha venido. Todavía no hemos preparado nada relacionado con la decoración. Voy a tener que inventarme algo para cuando me toque hablar a mí.

Colter me mira y sonríe, comprensivo. Se le forman unas pequeñas arrugas alrededor de los ojos. Ya no volverá a besarme. Kristyn tiene razón: estoy loca como una cabra.

—Eh. ¿Y Kristyn y tú?

—Todavía no hemos comprado nada, pero hemos... eh... localizado ya los sitios donde lo conseguiremos todo. En Party City tienen la mayoría de las cosas que vamos a necesitar. Y he encontrado una página web que se llama Eighties Night Life. Por cierto, no busquéis en Google «Night Life in the Eighties», porque no es una página agradable de ver. Bueno, da igual, en la página que digo tienen todo lo demás.

Aquello no era mentira. Yo ya les había comprado algunos pósteres.

—Genial. Nos queda algo más de una semana. Parece que ya casi lo tenemos. Gracias a todos —dice.

Deja su cuaderno de notas sobre la mesa y le comenta algo a Phillip.

Todo el mundo empieza a charlar, a comentar cuáles son sus canciones favoritas de los ochenta y qué ropa deberían ponerse ese día. Yo observo a Colter. Me siento muy incómoda por lo que pasó cuando me besó, y se me nota, como si llevara un velo de vergüenza. No lo soporto. No soporto haber hecho lo que hice con nosotros dos.

«¿Somos realmente “nosotros dos”?»

Colter deja de hablar con Phillip y viene hacia mí. Se muerde el labio inferior, y en mi mente solo hay sitio para pensar en esos dientes suyos que me mordisquearon los labios, y para pensar en que quiero que vuelva a hacerlo. Aparto la mirada de su boca.

—¿Estás bien? Tengo la sensación de que hace siglos que no nos vemos.

Tiene razón. Llevamos unos cuantos días sin vernos, porque he estado evitándolo. No me veía capaz de mirarlo a los ojos después de la noche del beso.

—Estoy bien. Aunque no es que no me hayas llamado para asegurarte de que sigo viva —le digo en broma.

Él no sonrío, se limita a dedicarme esa expresión llena de lástima y sinceridad que no ha dejado de perfeccionar.

—Siento lo de Kristyn. Te ha dejado colgada, ¿verdad?

Querría preguntarle por qué sigue siendo su amigo. Por qué se aferra a ella. Pero no lo hago porque no tengo valor.

—Ha estado ocupada. Solo necesito que esté presente el día que montemos la decoración.

Ahora sí sonrío, y yo me convengo de que podría resolver cualquier problema con ese gesto. Me derrito por dentro.

—No tienes por qué trabajar con ella. Puedo pasarla a difusión, o ponerla en cualquier otro sitio.

—No, no me importa. No te preocupes por mí.

Se acerca a mí y me pasa un mechón suelto de pelo por detrás de la oreja. ,

—Yo siempre me preocupo por ti.

Al momento se me seca la garganta, como si acabara de comerme mil cacahuetes. Toso un poco para humedecerla.

—¿Trabajas esta tarde?

Él me observa con desconfianza.

—Sí, pero tengo turno corto. ¿Por qué?

—Necesito ayuda para comprar las cosas esas del baile.

—Ah. Party City queda cerca del Kmart. Si quieres nos vemos allí cuando acabe el turno.

—Eres tonto, supongo que lo sabes —le digo, recogiendo el abrigo para irme.

Él me agarra y me atrae hacia sí.

—Por eso te gusta estar conmigo. Admítelo —me susurra al oído.

Un escalofrío involuntario me recorre todo el cuerpo-

—Yo no admito nada —replico con la boca pegada a su hombro. Veo que la señora Sawyer me está mirando, y lo suelto.

Él posa la mano en mi mejilla un momento, antes de alejarse para contagiarme a los demás su irritante alegría. Yo intento largarme discretamente antes de que alguien comente algo sobre la exhibición de afecto que acaba de dedicarme delante de todo el mundo.

Jackson me descubre y pone esa cara suya que le he visto tanta veces. Cree que me conoce muy bien.

—Ojalá admitas que te gusta y así acabes de una vez con nuestro sufrimiento —dice.

—Cállate. Alguien puede oírte.

—¿Y eso sería algo malo?

Lo agarro de la manga y me lo llevo a la habitación de al lado. Está decorada con muebles caros, con mesas auxiliares de madera oscura. Las fotografías enmarcadas de la familia de Colter me observan, me juzgan.

—Oye, es solo un amigo, ¿vale?

—Muy bien, no lo admitas. —Y me guiña un ojo.

Suspiro.

—Me sorprende verte sin tu media naranja.

—En contra de lo que crees, Janie y yo no estamos siempre juntos. Ella se ha ido al centro comercial con su madre. La cantidad de tiempo que dedica a las compras es algo que escapa a mi comprensión. ¿Qué le queda por comprar?

Me echo a reír.

—¿Más zapatos?

Jackson saca nuestros abrigos del armario y me da el mío.

—Me apetece ir a disparar contra algo. ¿A ti no?

—Mmm.

—Pues vamos a ver qué tal se nos da el tiro —dice mientras abre la puerta, sin darme opción a meter cucharada en la conversación—. No lo pienses: hazlo.

—Tal vez sería mejor que...

Me empuja un poco al otro lado de la puerta, y yo tropiezo con el peldaño.

—No. Vamos y punto. Prepárate, Stevens. Ya va siendo hora de que aprendas a disparar.

El club de tiro de Washington Avenue es un sitio para chicos. No hay otra manera de expresarlo. Al presenciar que un tío se lleva la mano a un sombrero imaginario para saludar a Jackson y silba al verme a mí, sé que estoy en territorio enemigo. El padre de Jackson viene con nosotros para ser mi «acompañante adulto». Yo firmo lo que hay que firmar para asumir la responsabilidad de mis actos, y recibo una clase breve en la que aprendo a sostener un arma y en la que me cuentan por qué es tan guay disparar a cosas. Llevo ya al menos media hora viendo pegar tiros a Jackson para saber cómo se hace.

Estoy apoyada sobre una especie de banco de madera, de cara a un campo muy grande que casi no veo porque llevo puestas unas gafas protectoras de plástico que estoy obligada a llevar. Jackson está casi babeando en el banco de al lado, y su padre, con los brazos cruzados sobre el pecho, nos observa a los dos.

Jackson tiene los ojos vidriosos, está como enloquecido, y mantiene el arma baja. Me mira un instante y me grita: —¡Plato!

Yo casi no lo oigo porque también llevo puestos unos tapones en los oídos, pero me agacho cuando un plato sale de un tubo muy largo. Jackson dispara, y el plato se rompe en mil fragmentos, que caen sobre el campo vacío como pedazos de lluvia sólida. Me mira y sonrío.

—Ahora te toca a ti.

Forcejeo con el arma. Seguro que los demás me ven como alguien que intenta caminar por primera vez. Su padre se apoya todo lo que puede en la pared y veo que está tenso, como si le diera miedo que fuera a dispararme en un pie. La adrenalina me corre por las venas e intento no pensar en la última vez que tuve un arma entre las manos. ¿De verdad van a dejar que dispare contra algo? Me coloco bien la escopeta y me vuelvo hacia Jackson. La sujeto

tan fuerte que me da miedo que se me suelte y lo mate sin querer.

—Creo que no voy a ser capaz de... ¿La estoy sujetando bien?

Miro a su padre.

Su padre asiente.

—Enséñale a la chica cómo se hace, hijo —dice.

Jackson se echa a reír, se acerca y me coloca el arma en la posición correcta. Entonces se aleja, vuelve al otro lado y sonrío.

—Venga, vamos. Dilo.

Aspiro hondo.

—¡Plato!

El plato sale volando desde un tubo distinto al de Jackson, situado en el otro extremo. Lo encuentro en el aire y disparo. Al hacerlo, la escopeta me impulsa hacia atrás, me estampa contra la pared y se me cae al suelo. El plato silba en el aire hasta que finalmente cae.

Jackson se ríe y me alarga una mano para ayudarme a ponerme de pie. Recojo el arma y me sacudo el polvo. La miro y vuelven los recuerdos. Cuando me la metí en la boca. Cuando apreté el gatillo. Aún conservo el sabor metálico. Me recorre un escalofrío involuntario.

—Creo que ya he disparado bastante por hoy.

Su padre se acerca y me apoya una mano en el hombro.

—He visto cosas mucho peores, niña.

Y se aleja muy deprisa, sin darme tiempo a dejar la escopeta.

Jackson me dedica su media sonrisa.

—Es mucho más de lo que me ha dicho a mí. —Se ríe, y me arrastra hasta el bar. Nos sentamos a una de las mesas y pedimos las bebidas. El padre de Jackson nos mira antes de volverse hacia una pantalla gigante. Yo observo a mi alrededor y constato que soy la única chica, exceptuando a alguna camarera.

—¿Dónde están las mujeres?

Jackson apoya el brazo en el respaldo del banco y recorre el bar con la mirada.

—Ah, no me había fijado nunca, pero sí, tienes razón. Esto está bastante lleno de testosterona.

—¿Has traído aquí a Janie alguna vez? —le pregunto, mientras la camarera nos trae las bebidas, acompañadas de unos nachos con salsa.

Él se ríe una vez más.

—Eh, no. Esto no es para ella.

Cojo un nacho y lo hundo en la salsa. Él no aparta de mí la mirada, y yo me pongo nerviosa y me toco la cara por si la tengo manchada.

—¿Qué pasa?

Jackson junta las manos y entrelaza los dedos.

—¿Qué estás haciendo con Colter?

Mojo otro nacho en la salsa y le doy un bocado.

—No pienso hablar de él contigo.

—Fui yo quien le dio tu número de teléfono.

—¿Y qué?

Jackson se agita un poco en el asiento y me da una patadita.

—Que nunca te he contado lo que me dijo cuando me lo pidió.

El corazón me da un vuelco. Remuevo la salsa con otro nacho.

—Me da igual. No importa.

Por una vez creo que no se ha tragado mi mentira.

—Sí, claro. Pues si no lo quieres saber, no tengo por qué contártelo.

Sonríe y le da un sorbo al agua.

Pongo los ojos en blanco. Sé que quiere que se lo pregunte, pero no puede saber que en realidad Colter está empezando a gustarme.

—Me dijo que sentía curiosidad por ti. Que quería conocerte. —Da otro sorbo de agua y me deja en vilo. Deja el vaso en la mesa con parsimonia—. Yo le dije que a ti no te interesaba él.

—¿Le dijiste eso?

Jackson se echa a reír.

—Pero él no es de los que acepta un no por respuesta. Le pregunté qué veía en ti, y ¿sabes lo que me respondió?

Meneo la cabeza y cruzo los dedos por debajo de la mesa.

—Me dijo que él podía ayudarte. Le pregunté que con qué. Pero no me contestó.

—¿En serio?

—¿Y bien? ¿Te ha ayudado?

Noto que una sonrisa empieza a dibujarse en mi cara, así que intento disfrazarla antes de que Jackson la note.

Me observa atentamente, analiza mi expresión como solo es capaz de hacer alguien que conoce a uno bien.

—Debe de ser un santo para aguantarte.

Yo me río un poco, y entonces se cuela en mi mente la voz de Tate, el recuerdo de nuestra conversación en el porche, la noche en que dijo que mi

novio imaginario era un santo. En este instante reírme me parece una traición, así que dejo de hacerlo e intento recomponerme para que no vea que unas lágrimas asoman a mis ojos.

—¿Y cuál es tu pretexto entonces?

—Demencia transitoria.



Party City está lleno de basura. Basura muy guay, pero basura al fin, cosas inútiles que pueden desecharse o guardarse en un armario y olvidarse hasta el año siguiente. Casi nunca dura tanto. Me fijo en el cartel de Party City a través del parabrisas del coche, que está sucio, y me río. Las letras *r* e *y* de la primera palabra del cartel están apagadas, y lo que se lee es Pat City.

Apago el motor y en ese preciso momento veo que Colter aparca a mi lado. Me echo hacia atrás, apoyando la nuca en el reposacabezas unos instantes para recomponerme. ¿Va a intentar besarme de nuevo ahora que estamos solos?

Llama a la ventanilla con los nudillos. Me sobresalto y me golpeo la cabeza con el techo. El viento agita las solapas de su abrigo, y él me sonrío. Lleva puesta su gorra de béisbol sucia. Yo pongo los ojos en blanco, abro la puerta y me bajo del coche. Él se acerca a mí, y por un momento temo que vaya a besarme, pero se limita a sonreírme secamente, me agarra de la mano y tira de mí hacia «Pat» City. Hace tanto frío que me arrepiento de no llevar guantes, pero el roce de su mano en la mía hace que me olvide de ellos al momento.

—¿Aquí tienen todo lo que vamos a necesitar? —me pregunta, abriéndome la puerta y cediéndome el paso.

—Lo más general sí. Ya he encargado el resto de cosas en la página web de los ochenta de la que te hablé.

—Bien.

—Y ese hermano tuyo... En ninguna de las reuniones que hemos tenido ha dicho nada. ¿Es solo un florero, como su hermano mayor? —le pregunto en broma.

—Sí, la verdad es que es algo tímido. De hecho le gusta una niña. Le gusta mucho. Y quiere invitarla al baile, pero no sabe bien cómo hacerlo.

—¿Y su hermano mayor no puede enseñarle? Estoy segura de que, en su día, le habría pedido a más de una chica que lo acompañara a un baile.

—Su hermano es tímido cuando una chica le gusta de verdad.

Se echa el pelo sobre la cara, como si no quisiera verme. Escoge un carro y lo empuja por un pasillo.

Yo noto que me estoy ruborizando, y eso que todavía no estoy segura de si se refiere a mí. ¿Es arrogante por mi parte pensar que soy una de las chicas que le gustan de verdad? El otro día me besó. Pero sigo convencida de que es porque quiere salvarme, no porque le guste. ¿Por qué son tan desconcertantes los chicos?

Veo unos vasos de plástico de color rosa y meto cincuenta paquetes en el carro.

—Me cuesta imaginarte tímido. ¿Qué quieres decir con eso de «chicas que le gustan de verdad»?

—Claro que te cuesta. Estamos hablando de Atticus.

Escoge unos platos blancos y me los muestra. Yo meneo la cabeza, elijo otros de color azul neón y se los muestro a él. Colter coge cincuenta paquetes y los mete en el carro. Ya casi está lleno.

—Tengo que ir a por otro carro. Este se llenará antes de que terminemos.

Mientras voy a buscarlo pienso: «Colter ha besado a muchas chicas. A muchas. Son solo imaginaciones mías pensar que se refiere a mí. ¿Y qué más me da, en realidad? No debería importarme lo más mínimo. Menuda tontería pensar siquiera en él.» Empujo el carro por el pasillo de las etiquetas, las gafas ridículas y los disfraces. Cuando llego a su lado descubro que ha escogido unos cubiertos y unas servilletas blancas.

—Tom Sawyer. Todo tiene que ser de colores. Nada de blanco.

Pongo los ojos en blanco y me río. Saco los artículos blancos del carro y los sustituyo por otros de tonos fosforescentes.

—A los crios les da igual que sean de colores.

—No les da igual. Es una fiesta temática de los ochenta. —Le lanzo uno de los paquetes de platos blancos al pecho como si fuera *unfrisbee*—. El blanco es aburrido.

Él lo recoge al vuelo, antes de que caiga al suelo y, en broma, hace como que se ha enfadado. Levanta el paquete y amaga con lanzármelo a mí. Yo me agacho y, riéndome, me escondo detrás del carro. Él se adelanta y me persigue, sosteniendo los platos como si fueran un arma arrojadiza.

—Eh, chicos —suenan una voz femenina detrás de mí. Los dos nos

quedamos petrificados, yo con las manos en el carro, Colter con los platos suspendidos en el aire—. Al final he podido venir. ¿No es genial?

Es Kristyn.

Protesto para mis adentros. Detesto tener que fingir que me llevo bien con ella, pero la alternativa me resulta agotadora.

Colter deja los platos blancos en el estante y me mira con ojos de cordero degollado.

—Eh, K. Estamos comprando platos y cosas.

—Genial. Espero que sean de colores. No soporto el blanco.

Yo ahogo una risa.

—Ahora sí lo son —digo, burlándome de Colter, sin dejar de mirarlo.

Él me sonrío. Compartimos una broma que ella no entiende, y noto que el calor me sube por todo el cuerpo.

Kristyn se ríe, y el calor desaparece al momento.

—Colt, Colt, estas cosas tienes que dejárselas a las chicas. Nosotras entendemos más de colores. Los chicos son más daltónicos. Eso es así.

Su tono agudo de voz me da grima.

«Vamos, K, lárgate de aquí. Qué asco.»

Colter se encoge de hombros y retomamos el recorrido en busca de artículos. Mantenemos las formas como podemos y pagamos al llegar a la caja.

Al salir hace más viento y me cuesta dar un paso. Kristyn, Colter y yo llegamos a los coches y nos quedamos ahí, incómodos, esperando a que otro dé el primer paso.

Saco las llaves, meto las bolsas en el asiento trasero y, cuando hago el gesto de montarme en el coche, Colter me agarra suavemente del brazo.

—No te vayas todavía —me dice sonriendo y en voz baja para que Kristyn no le oiga. Yo vuelvo la cabeza y la veo por encima del capó de mi coche. Ella busca algo con la mirada, sin duda a Colter, que se aleja de mí y va a su encuentro. Yo intento leerles los labios. Juntan las cabezas, y él le señala algo que hay en la calle. Ella le sonrío de oreja a oreja y él vuelve hacia mí.

Mi cuerpo se estremece de rabia y de anhelo. ¿Estoy celosa? Esto no me gusta nada.

Colter llega a mi lado y se apoya en mi coche.

—Esa chica es infatigable. —Suelta una carcajada—. Te lo juro, ya le puedo decir lo que sea, que no se da por aludida.

—¿Has intentado ser sincero?

—Sí —responde él, medio en broma—. Y no me escucha.

—¿Quieres que le dé una paliza?

Colter ahoga otra risita y me coge de la mano, jugueteón, y la mueve de un lado a otro.

—Sí, por favor, hazlo por mí. Me encantaría verlo.

—Eso seguro —le digo, soltándole la mano.

Mantenerlo alejado de mí va a ser más difícil de lo que creía.

El viento sopla en el aparcamiento vacío de Pat City. El aire frío me trae recuerdos de noches parecidas que mi hermana y yo compartimos, de cuando tomábamos chocolate caliente. Siento la repentina necesidad de volver a verla y, por primera vez, quiero que haya alguien a mi lado. Necesito compartirlo con otra persona.

—¿Tienes que hacer algo ahora? —le pregunto.

Él arquea las cejas y me pasa el brazo por la cintura.

—¿Por qué? ¿Tú quieres que hagamos algo?

Yo le aparto el brazo.

—Seguramente no lo que tú estás pensando.

Él finge decepción.

—Quiero enseñarte una cosa.

Me observa medio oculto por la visera de su gorra sucia.

—Soy todo tuyo, Ellery Stevens.

Noto que me pongo colorada. Me encanta oírlo, aunque sé que sueña exagerado.

—¿Crees que le pasará algo a mi coche si lo dejo aquí? No creo que debamos dejar el tuyo, porque es un Escalade y, bueno, en cinco minutos ya habría desaparecido.

—Pues si quieres podemos ir a dejar tu coche a tu casa y después vamos a donde sea. No me fio de este barrio.

Apenas abro la puerta del coche me surge una pregunta.

—¿Por qué trabajas en el Kmart si tus padres tienen dinero?

Se quita la gorra y se pasa la mano por el pelo.

—Mi padre quería que aprendiera una buena ética del trabajo, y yo siempre había querido ser policía. Así que me pareció una decisión acertada.

—Sí, tiene sentido. No sabía que quisieras ser policía.

Se echa hacia delante y me da un beso rápido en la mejilla.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes.

Al parecer, esa frase se repite mucho a mi alrededor.

Me monto en el coche y arranco, sonriendo como si una psicópata enamorada se hubiera apoderado de mi cuerpo. Mientras dura el trayecto, no dejo de mirar por el retrovisor para ver su perfil.

—Pero ¿quién coño soy? ¿La Alegre Ellery?

Cuando llegamos a mi casa me bajo del coche y me monto en el suyo. Noto el tacto del asiento de cuero que ya conozco bien, y me abrocho el cinturón.

—¿Adonde has dicho que vamos? —pregunta.

Jugueteo con el tirador de la puerta. Seguro que lo estoy volviendo loco.

—A Masón Drive.

—¿A casa de Kristyn? No creo que sea buena idea.

—Al cementerio.

—Ah —dice él en tono de sorpresa—. Está bien.

Agarra con fuerza el volante y desliza las manos sobre él de camino a Masón Drive. Pasamos frente a las casas de tamaño medio, las que tienen esos caminos tan largos para llegar hasta ellas, con carteles de Halloween que anuncian al mundo: «¡Atención! Cruce de fantasmas.» Hay muchas hojas secas esparcidas sobre la hierba, cubriendo los huecos y tapizando los coches.

Aparca junto al cementerio y entramos. Unos grillos cantan al unísono, y su música resuena en mi mente como si se hubieran convertido en langostas. Venzo el impulso de cubrirme los oídos. Bajo las copas de los árboles hay varias lápidas bañadas por la luz azulada de la luna. Me llevo las manos a la boca y soplo un poco para calentármelas antes de coger a Colter de la mano, que también está helada. Lo llevo por el camino de tierra. Los zapatos de los dos hacen crujir las hojas secas y congeladas, las ramas caídas. Los árboles se mecen al viento y me viene a la memoria la última vez que Jackson vino a mi rescate. Estoy decidida a no dejar que vuelva a ocurrir.

Noto que Colter se detiene y tira de mí. Dejo de caminar y me vuelvo.

—¿Podemos parar un segundo? —me pide con dulzura.

Tiene la vista fija en otra lápida en la que se lee: AQUÍ YACE RYAN SAWYER, AMADO HIJO, HERMANO Y AMIGO. ¡SIGUE TOCANDO!

No me había planteado que los restos de su hermano pudieran estar enterrados aquí. Soy una gilipollas insensible. Le aprieto la mano con fuerza.

—Lo siento. Ni se me había ocurrido que pudiera estar aquí también.

Él menea un poco la cabeza y me aprieta la mano, entrelazando sus dedos

con los míos.

—Hacía mucho tiempo que no venía.

Me atrae hacia sí y me abraza.

Me siento muy segura entre sus brazos.

—Lo siento mucho, ni lo he pensado. Seguro que me odias.

—Nunca te odiaría —dice él en voz baja.

—¿Por qué pone «Sigue tocando»?

Él sonrío con tristeza.

—Le encantaba tocar la guitarra. Estaba en un grupo. Siempre decía que quería llegar a ser alguien, no por la fama ni nada, sino por compartir sus canciones. La verdad es que es un poco raro, macabro, pero desde que éramos niños sabía lo que quería que pusieran en su lápida. Tal vez lo dijera en broma, pero de todos modos se lo pusimos. —Una expresión perdida asoma a su cara—. Nunca pensamos que alguien con quien compartimos todos los días va a desaparecer. Yo no me di cuenta. Si hubiera notado algo, tal vez habría podido...

—Ya basta. Tú no habrías podido hacer nada. Si alguien quiere hacerlo, lo hace. Nada de lo que tú le hubieras dicho le habría llevado a cambiar lo que sentía por dentro: el odio, el asco, el dolor.

Le suelto la mano y siento que empiezo a desmoronarme. Hago esfuerzos por contenerme. No puedo convertir este momento en algo que trate sobre mí. No puedo.

Él me mira de reojo.

—No lo hagas.

—Colt.

—Por favor —dice.

Permanecemos muy cerca y nos miramos a los ojos, esperando, deseando lo mismo, algo diferente.

Él baja la cabeza.

—No puedo perderte a ti también —me susurra.

Yo vuelvo a fijarme en la tumba de su hermano.

—Eres fuerte —digo en voz baja, y al pronunciar estas palabras me doy cuenta de que estoy admitiendo que no he cambiado de opinión y de que ya he incumplido mi promesa: no lo estoy intentando.

La respiración de Colt se acelera. Me vuelvo y veo que su preocupación se está transformando en ira, en desesperación.

—¿Por qué haces esto? —me pregunta sujetándome por los hombros,

zarandeándome un poco.

Me muerdo con fuerza el labio inferior hasta sangrar. Quiero salir corriendo. Quiero esconderme. Vuelvo a sentir un calor por todo mi cuerpo. Me recorre las venas, penetra en mis huesos, me empapa la piel.

—Por favor... Tengo que hacerlo —admito.

Él me hace pronunciar las palabras que no quiero pronunciar.

—Eso no es verdad —replica él, atrayéndome hacia sí—. Yo estoy aquí —susurra.

Nos abrazamos durante lo que me parecen horas. La temperatura de mi cuerpo sube tanto que me da miedo quemarlo. Me aparto con delicadeza, le tomo la mano y lo aparto de la tumba de Ryan, y de su conversación.

Nos detenemos al llegar a la de Tate, y el calor que siento remite un poco.

—¿Solo tenía seis años? —me pregunta.

Las palabras están en mi boca: «Sí, seis y medio.» Quiero pronunciarlas, pero no las digo, y en cambio lo que me sale es: «Yo la maté.»

Se pone tenso, y es como si temiera que si mueve un dedo yo sabré que está ahí de verdad, que está vivo y que va a tener que decirme algo. Al cabo de un momento, me habla.

—Lo siento, no quería sacar el tema. Es solo que... no sabía qué edad tenía. Tú no hablas de ella.

Vuelve a moverse, arrastra un poco los pies sobre la hierba.

Yo me siento frente a la tumba, como hago normalmente, y le tiro del brazo para que venga a mi lado. Él lo hace.

—Las dos estábamos obsesionadas con la Luna y las estrellas. En su caso, por mi culpa, creo. —Sonríó al recordar su cara cuando la levantaba hacia el cielo—. A mí siempre me ha encantado el cielo nocturno. Tiene algo, no sé. —Le suelto la mano y empiezo a recoger briznas de hierba—. A ella al principio no le gustaba la noche. La odiaba. Creo que cambió de opinión un día, cuando antes de acostarse le llevé una limonada a la cama. Fue por casualidad. Yo me había preparado un poco para mí y entré en su habitación y a ella se le iluminó la cara, como siempre que quería algo. —Arrojo la hierba sobre la lápida—. Se la bebió toda. No me dejó ni una gota. —Hago una pausa, intentando recordar exactamente lo que dijo cuando salí—. Me pidió que me quedara con ella esa noche. Le pregunté por qué y me dijo que tenía pesadillas, y que a veces se despertaba y veía cosas en una esquina de su cuarto. Después me explicó que cuando entré aquella noche con la limonada y le canté, luego ya no tuvo más pesadillas. Así que se convirtió en un secreto nuestro, y a partir de



ahí empezó a gustarle la noche tanto como a mí.

—Por lo que dices se nota que eras una buena hermana para ella.

—Lo era. Hasta el día que murió.

Me pasa el brazo por el hombro y tira de mí para que me apoye en su pecho.

—¿Y Ryan? Tú tampoco hablas nunca de él.

—Era un pesado conmigo.

La voz le retumba en el pecho y vibra en mi piel. Al oírla me viene a la mente una palabra: seguridad.

—Ah, ¿sí?

Él se mueve un poco para que me pegue aún más a su cuerpo.

—Me dejaba comida podrida en mi dormitorio, me desenchufaba la PlayStation, me escondía el cable. —Se ríe, y el sonido de su risa reverbera en lo más profundo de mi ser—. Yo iba a escucharlo tocar con su grupo y él le decía a todo el mundo que yo era solo un tipo que estaba obsesionado con ellos. Podía ser muy capullo, pero tenía sus momentos.

—¿Y alguna vez te trataba bien?

Cantan los grillos y el viento silba entre los árboles. Detrás de nosotros, una ardilla se cuela entre los arbustos. Los dos miramos en su dirección, y él sigue hablando.

—Sí, no se chivaba cuando yo salía con mis amigos. Me ayudaba a estudiar las materias que él ya había estudiado. Me regaló su Escalade y nunca me pidió nada a cambio. Supongo que yo debería haber imaginado que si me lo regalaba era por algo.

Le da un puñetazo al suelo.

—Qué imbécil.

Seguramente se desprendió de sus cosas antes de suicidarse. ¿Qué debería regalar yo? En realidad no tengo nada que sea tan especial. ¿Cómo puedo estar pensando en eso cuando él me está expresando su dolor?

—Lo siento.

Él se pone de pie y me aparta.

—¿Por qué? Tú quieres hacerme lo mismo.

Menea la cabeza y se aleja a toda prisa, maldiciendo, golpeando los árboles que ericuenta a su paso.

Cuando llego a su todoterreno, él está apoyado contra la puerta de mi lado. Me ve, se aparta y la abre. Yo entro sin decir nada, y me lleva a casa.

Se para justo enfrente. Los dos tenemos la cara roja, estamos acalorados.

Suena una música de fondo. No sé bien qué hacer, así que abro la puerta. Él me sujeta el brazo y tira de él para que no salga. Se inclina sobre mí. Creo que va a besarme, pero en el último momento se detiene y me besa la frente.

Apoya la suya sobre la mía.

—Me importas mucho, y no quiero ver que sufres.

—Entonces tal vez sea mejor que no mires.

Le doy un besito en la mejilla y cierro la puerta.

Tengo que dejar de salir con él. Tengo que apartarlo de mí, pero no puedo. No solo no puedo, sino que también me preocupo por él.

Y solo faltan diez días para Halloween.

*9 días*

Pasa el tiempo, y yo voy abriendo ventanitas en mi mente, como en un calendario de adviento, descontando los días de mi vida. Cuando fijé la fecha no era consciente de que la cosa sería así: una cuenta atrás. Pero en eso se ha convertido. Mi habitación es mi cárcel, y las paredes, los barrotes. Estoy en una prisión que me he construido yo misma y no hay libertad condicional; solo pena de muerte.

Suena el teléfono, y no me hace falta mirar para saber que es Colter. Se trata de su llamada diaria con la que comprueba que sigo viva. Al principio yo me burlaba de él, pero creo que ya no confía demasiado en lo que le digo.

—Gracias por llamar a Papa John's. ¿Qué desea que le enviemos?

Él permanece en silencio unos instantes, y yo lo imagino con esa expresión suya de confusión, tan adorable, comprobando el número por si se ha equivocado.

Lo saco enseguida de su desconcierto.

—Antes de que me lo preguntes te diré que sí, que estoy viva. No. No soy un fantasma que te responde desde la ultratumba.

—Muy graciosa.

—A menos que quisieras algo más. ¿Podemos...?

Siempre me responde que no. «Solo quería oír tu voz.» Ya lo sé. Ya lo sé. Es todo un detalle. Es que él es muy dulce conmigo. ¿Qué coño estoy haciendo? En serio. Ya no lo sé.

—Pues en realidad sí.

Me quedo callada. Estoy a punto de colgar para poner fin a la conversación antes de que añada algo más. Algo perfecto, algo que me haga pensar en cosas en las que no debo pensar. Como en si debo morir o no.

—Quiero verte.

—¿Por qué?

—¿Necesito razones?

—No lo sé.

Él se ríe. ,

—Quedemos.

—Es entre semana, y es de noche.

—Pero si solo son las siete, Ell.

Hago una pausa, pero ya sé que voy a decirle que sí.

—Muy bien. ¿Dónde?

—Yo voy a buscarte.

—¿Esto es una cita?

—No le pongamos etiquetas, ¿vale?

—Vale, Tom Sawyer.

Cuelga, y yo me levanto para peinarme, vestirme y hacer todas esas cosas que hacen las chicas antes de quedar para una cita que no es una cita. No sé qué estoy haciendo. Llamo a Janie.

—Eh. Viene a buscarme.

—¿Quién? —me pregunta, masticando algo.

—Mierda. ¿Estabas cenando?

—Sí, pero no importa. ¿Es Colter el que va a buscarte? —me pregunta, claramente emocionada.

—Sí. ¿Qué me pongo?

¿Acabo de preguntarle eso? ¿En serio?

—Ropa.

—Janie.

—O no... —Se ríe—. Está bien, perdona. Lleva los vaqueros ajustados y la camiseta negra de cuello en pico.

—Está bien.

La busco en el armario.

—Está sucia.

—Mmm. Pues no sé. Ell, a Colter le gustas. Lleva lo que te dé la gana.

Se me acelera la respiración, y empiezo a sudar.

—No puedo.

—Pero si ya has estado a solas con él, otras veces.

—Sí, pero no me gustaba... Bueno, sí me gustaba. Pero ahora... me importa... Bueno, no sé. Ahora estoy más pendiente de él.

—Ya era hora de que lo reconocieras. Tranquila. Tú ponte rímel y ese

pintalabios rojo que te queda tan sexy. Con él te resalta más el moreno del pelo.

—De acuerdo.

—En serio, sé tú misma y ya está.

—Gracias.

—Para eso están las amigas.

Sonríó, pero me emocionan sus palabras.

—Que termines de cenar bien.

Colgamos. Me pongo rímel y me pinto los labios de rojo intenso. Escojo unos vaqueros y me pongo cualquier camiseta, y espero que se fije en mi cara, no en mi ropa.

Pocos minutos después veo que su todoterreno entra en el camino de casa. Entro corriendo en el salón para aplacar a mi madre antes de que se vaya a trabajar.

—Quiero conocerlo —protesta ella, atándose la bata de trabajo.

—En otra ocasión. Tengo que irme.

Me inclino sobre ella y la abrazo.

—No llegues muy tarde.

Asiento, me pongo el abrigo y salgo. El todoterreno ocupa la mitad del acceso a nuestra casa. Lo saludo con la mano y me riño por haberlo hecho. Parezco una fan enloquecida. Abro la puerta y un aire caliente me recorre todo el cuerpo. Me fijo en lo que lleva puesto y suelto un suspiro de alivio: él también lleva unos vaqueros y una camiseta. Me sonrío cuando me instalo en el asiento de cuero.

—¿Adonde vamos? —le pregunto.

—Es una sorpresa.

—¡Qué bien! ¡Me encantan las sorpresas!

—No hay para tanto.

Me sonrío y se incorpora a la calle.

Viajamos al menos una hora en coche, dejamos atrás ciudades con edificios altos y casas, y terminamos en una granja con caballos y campo, sin construcciones. Creo que estamos tres ciudades más allá de la nuestra.

—No, en serio, dime adonde vamos —le pregunto al ver que no sé dónde estoy.

No me responde, y yo muevo el tirador de la puerta hacia delante y hacia atrás. Cuando estoy a punto de perder la compostura, aparcamos frente a un pequeño restaurante situado junto a una carretera secundaria, de un carril por

sentido. Se llama, simplemente, The Diner.

—Qué nombre tan original —digo, bajándome del coche.

—Tú confía en mí—dice él, cogiéndome de la mano y tirando de mí hacia la puerta.

Cuando entramos suenan unas campanillas, que me recuerdan a las de la heladería Tasty's. Una sensación conocida me recorre el estómago cuando nos sentamos en los bancos corridos, frente a la mesa de fórmica. Estoy traicionando a Deán. Él está sufriendo; y yo, aquí, en una cita que no es una cita. Intento imaginar lo que haría si me viera. Seguramente me dedicaría una sonrisa conformada, se daría cuenta de que he decidido seguir viviendo, aunque solo sea un momento, y se alejaría corriendo y ya nunca más volvería a verlo. Tal vez no vuelva a verlo de todos modos. Ya podría estar muerto. Siento un escalofrío e intento disimular.

Colter me dedica su sonrisa de siempre desde el otro lado de la carta plastificada. En ella aparecen fotografías de hamburguesas, coca-colas y helado, y de personas de falsas sonrisas que señalan los productos.

—En este sitio todo es bueno, pero la tarta es lo mejor.

Yo lo miro con desconfianza.

—¿Cómo sabías que me gustaba la tarta?

—Me lo ha chivado Janie.

Cierra la carta cuando llega la camarera.

Claro. Se lo ha contado ella. Ya ni siquiera me hace falta hablar. Mis amigas hablan por mí.

La camarera es alegre y joven, y detiene algo más de la cuenta la mirada en Colter. Es morena, lleva las puntas muy recortadas y una línea teñida de rosa a un lado. Tiene las piernas delgadísimas. Pero sus rarezas resultan atractivas, y pienso que a mí me gustaría ser como ella. Los celos me queman la piel y me erizan el vello. Intento no hacer caso, pero me consumen. No lo soporto. No soporto el efecto que tienen sobre mí, no soporto que me cambie el humor en función de las acciones de otras chicas.

—Eh, Colt. ¿Qué trae a tu precioso culito hasta aquí un jueves? —le pregunta.

Me fijo en el nombre de la chica escrito en la placa que lleva. Penelope. Hasta en el nombre es especial.

—Lo mismo de siempre. Ah, Pen, esta es Ellery, mi... amiga.

La camarera me dedica una sonrisa sincera.

—Encantada de conocerte. —Se vuelve hacia Colter y menea la cabeza—.

¿Traerte a una chica al sitio donde trabaja tu ex? Eso no está bien.

Colter baja un poco la cabeza.

—No pasa nada. Solo somos amigos, como él dice —intervengo yo, dirigiendo esa última parte de la frase a Colter.

Él baja más la cabeza, arquea las cejas, y yo me doy cuenta de que he vuelto a cagarla. ¿Quiere que seamos algo más? ¿Va por ahí besando a sus amigas? Miro a Penelope e intento entender qué ve Colter en ella.

Ella suelta una carcajada.

—Oh, no, no soy yo. Por favor, no. Este es demasiado guapo para mí —dice, apretándole las dos mejillas con una mano.

Colter le aparta la mano con delicadeza y se toca la mandíbula, como si ella se la hubiera movido de sitio.

—¿Piensas apuntar lo que queremos pedir, o te vas a pasar la noche acariciándome la cara?

Ella se echa a reír.

—Vaya, vaya, ya veo que es un tema delicado. —Se inclina sobre él y le habla en voz baja.

—Es más que una amiga, ¿verdad? —Se incorpora y saca un cuaderno pequeño y un bolígrafo—. No hace falta que me respondas.

Nos toma el pedido, se va y nosotros nos quedamos un buen rato en silencio.

—Aly no trabaja esta noche, por si te interesa saberlo. —Supongo que pongo cara de confundida, porque amplía la explicación—. Mi ex.

—Ah, bueno. Si estuviera aquí no pasaría nada.

Él suspira, y me toma de la mano por sorpresa. Una llamarada recorre mi piel.

—Ellery, yo ya no quiero que seamos solo amigos.

—¿Qué? —le digo, retirando la mano.

Se incorpora un poco en el asiento y entrelaza las manos.

—Sé que crees que estoy contigo porque quiero salvarte. Pero en realidad me parece que eres tú la que me está salvando a mí.

Yo me impaciento un poco.

—Suenas como una de esas novelas de Nicholas Sparks.

Él sonrío, pero a regañadientes, como si no quisiera hacerlo.

—Intento hablar en serio.

—Pues no lo hagas, por favor.

—Tú solo recurres al sarcasmo.

Me encojo de hombros.

—Está bien, lo acepto.

Se recoloca en el asiento y alza la barbilla.

—No es que quiera que seamos más que amigos, es solo que siempre me ha gustado parecer una novela de Nicholas Sparks. Es un sueño que tengo —añade, ladeando la cabeza al terminar. No hay otras palabras para describirlo: es una monada.

Me esfuerzo por no reírme, pero no lo consigo y se me acaba escapando una carcajada; siento unos pinchazos en el estómago.

—¿Mejor así? —me pregunta.

—Supongo que puedo intentarlo. Pero nada de Nicholas Sparks, ¿vale? No quiero vomitar la tarta.

Me alarga la mano, y yo se la estrecho.

—Trato hecho.

Llega la tarta, y es enorme. ¿Es una porción, o la tarta entera?

—¿Has pedido la tarta entera? Pero ¿cuánto te crees que como?

—La pregunta, en realidad, es cuánto soy capaz de comer yo. Esta figura no se consigue comiendo tortitas de arroz. —Se señala el cuerpo fibrado, y yo no puedo evitar mirárselo—. Lo que sobre me lo llevo a casa, no te preocupes —añade, cortando una porción para mí.

Empezamos a comer y nos sonreímos sobre la capa crujiente y el relleno de cereza y ruibarbo, y ese es uno de los mejores momentos de mi vida.



*7 días*

Colter y yo nos sentamos en unos sucios y amarillentos bancos que parece que tengan diez años. A mí me arden los muslos cuando los deslizo por la dura superficie. Un desgarrón en el plástico de la tapicería me araña la pierna cuando me instalo en mi sitio, delante de él. Cometo el error de alzar la vista y fijarme en los cuadros que decoran The Pizza Shoppe. Tienen cantidades industriales de mugre pegada. Me muevo un poco en el asiento para evitar que se me adhiera a la ropa. Hemos vuelto a quedar él y yo en una cita. Esta vez, para ayudar a su hermano.

Colter abre la carta y se oculta tras ella, y yo hago lo mismo.

Lo observo desde detrás de la mía.

—¿Dónde está tu hermano?, y ¿por qué nos estamos ocultando si esa chica no nos conoce? —le susurro.

Saca la cabeza de detrás de su carta.

—A mí sí me conoce. Atticus ya llega. Venimos de incógnito.

Lo miro mal.

—Ya sabes a qué me refiero.

Vuelvo a ocultarme tras la carta y veo que Atticus se sienta junto a su hermano. Lleva el pelo peinado hacia atrás, engominado, y se muerde el labio inferior. Se ha vestido con una camiseta estampada con la imagen de unas gafas sin cristales, muy hípsteres, y en grandes letras rojas pone MUERE.

Reprimo la risa. Me cae bien este niño.

Bajo la carta.

—Yo creo que a mí no me ve, chicos.

Colter hace lo mismo y me mira como si me estuviera cargando su gran plan.

Se fija en el peinado de Atticus y se lo arregla un poco, pero lo que consigue es que cada mechón vaya en una dirección distinta. Una de las camareras de edad más avanzada, que, según parece, ya estaba en activo durante la presidencia de George Washington, nos pide qué queremos beber y qué bastones de pan preferimos. Enseguida nos parapetamos de nuevo tras las cartas.

Me fijo en unas jovencitas, de pelo castaño, sentadas unas mesas más allá. Una de ellas se ríe de algo que su amiga le ha dicho a la camarera de geriátrico. Lleva el pelo muy corto, y su sonrisa podría helar el infierno entero. Su amiga, en cambio, lo tiene largo y liso, retirado de la cara con una cinta de topos. La Topos sonrío como si acabara de decir la cosa más graciosa del mundo. La otra pone los ojos en blanco y echa la cabeza hacia atrás. Impecable, no tiene ni un pelo fuera de sitio. Espero que no sea esa la que le gusta a Atticus.

—Está ahí, ¿verdad? Ahí, donde no dejas de mirar.

Atticus se alisa la camisa y se vuelve apenas un instante con cara de pánico.

A mí me parece monísimo y sonrío. Es tan inocente...

—¿Cuál de ellas es?

Por favor, por favor, que no sea la estirada.

Él baja un poco la cabeza, y a mí me encantaría estrujarle los mofletes, lo que no es normal porque el chico va a octavo, y yo ya dejé atrás la escuela primaria hace mucho, pero es tan adorable... Esa niña le encanta, y está nerviosísimo.

—Es la que lleva esa cosa en el pelo.

La camarera nos trae las bebidas y los bastones de pan. Cada uno coge uno y empezamos a mordisquearlos.

Respiro aliviada. Es la lista. Mejor para mí.

—¿La Topos? Está bien. Lo que hay que hacer es aislarla. Tiene que estar sola. Nunca, y cuando digo nunca es nunca, hay que invitar a salir a una chica delante de sus amigas.

Sonríe, y yo me fijo en que Colter me mira con orgullo. Noto que la piel se me calienta un poco. He ido demasiado lejos. ¿Ayudarlo con su hermano? Eso es serio. Eso ya es territorio de pareja. Pero aparto esas ideas de mi mente. Si no lo hago, no podré ayudar a Atticus.

—Pero creo que es buena idea que vayas a hablar con ella. Delante de sus amigas. Demuéstrale que no tienes miedo.

Él abre mucho los ojos.

—¿Tengo... tengo que hablar con ella?

Colter y yo nos echamos a reír.

—Tío, ¿cómo pretendes salir con ella si no le hablas? —dice Colter, que vuelve a revolverle el pelo.

—Hablar es imprescindible para la mayoría de las actividades relacionadas con las citas —añado yo.

Veo que Colter me dedica una mirada seductora y arquea las cejas.

—Bueno, para todas no.

Le arrojo una cuchara. Él se agacha y el cubierto cae al suelo.

—¡Es verdad!

Pongo los ojos en blanco.

—Venga, ve. Salúdala. Pídele el parmesano, o lo que sea.

Atticus aspira hondo varias veces, apoya las manos abiertas en la mesa.

Su expresión es una mezcla de desesperación, miedo y desconcierto.

Inclino el cuerpo hacia delante y bajo la voz.

—Lo que puedes hacer es esto —le digo—. Espera. —Me saco tres chicles del bolso, le doy uno a Colter y otro a Atticus, y yo me quedo con uno—. No es buena idea llegar con el aliento oliendo a ajo.

Él se mete el chicle en la boca, aspira hondo y mira a su hermano. La expresión de su rostro, la admiración evidente que siente por él, hacen que yo esté a punto de derretirme en mi asiento.

Colter lo mira, dándole ánimos, y él se levanta y se va a cumplir con su misión.

Atticus mira a su hermano como Tate me miraba a mí. Cierro los ojos y lucho contra el sentimiento que viene, contra el filo del cuchillo que se retuerce en mi corazón. Abro los ojos y me concentro en el aquí y en el ahora. Veo el gesto de Colter, lleno de orgullo de hermano mayor, cuando ve alejarse a Atticus. El recuerdo de Tate se esfuma tan pronto como ha llegado, y ahí estoy yo, agradecida por poder vivir con él esos momentos, en el presente.

—¿Qué? —me pregunta Colter al ver mi gesto.

—Nada. —Le sonrío, pero de pronto me parece excesivo. Estoy demasiado a punto de mostrarle mis sentimientos.

»Eres un perverso. Menuda manera de ponerlo más nervioso.

Colter sonrío como si no hubiera roto nunca un plato.

—¿Qué pasa? Hay muchas cosas que se pueden hacer en una cita sin tener que hablar.

Yo meneo la cabeza.

—Ya llega —anuncia Colter, metiéndose el chicle en la boca.

Atticus se seca las manos en los vaqueros repetidamente, pero llega hasta la mesa, y por lo que distingo desde la nuestra parece que está moviendo la boca.

—¿Crees que la cosa va bien? —me pregunta Colter con gesto de preocupación.

Su generosidad me mata. No merezco respirar el mismo aire que él respira.

—Creo que sí. Sigue ahí, con ella, ¿no?

Colter se pasa la mano por el pelo y se lo aplasta un poco.

—Es que estoy preocupado. Si esa chica lo rechaza, no sé cómo voy a hacer para ayudarlo. No llego a tanto.

Lo observo con atención. La verdad es que este chico empieza a gustarme demasiado. Y, no sé por qué, él desea estar a mi lado. Salvarme.

—Esto tiene que hacerlo él solo. No puedes ayudar a todo el mundo. Por más que quieras. —Alargo la mano por encima de la mesa y le tomo la suya. Lo hago sin darme cuenta—. Todos debemos cometer nuestros propios errores.

Atticus regresa sonriente. Buena señal.

—¿Qué tal te ha ido? —le pregunto.

Él abre mucho los ojos.

—Me ha preguntado si quería ir al baile con ella.

Colt agarra a su hermano por los hombros y lo zarandea un poco.

—Tío, eso es genial.

Atticus se vuelve hacia su hermano mayor.

—Me lo ha pedido ella a mí. ¡Qué vergüenza!

—Vergüenza ninguna. Las chicas pueden pedírselo a los chicos. Mira —digo yo—. Tom Sawyer, ¿quieres venir al baile de Halloween conmigo?

Colter sonríe.

—Creía que no me lo ibas a pedir nunca.

Atticus sonríe de oreja a oreja, pero al momento cambia el gesto y parece confundido.

—¿Por qué le has llamado Tom Sawyer?

Se me escapa una risita pero no le respondo.

—Es el nombre en clave que usa para referirse a mí —dice Colter,

mirándonos a los dos alternativamente—. Tú también deberías usar uno. — Junta las manos—. Misión cumplida. Ahora, yo me quedo con mi chica y tú te vas con la tuya —añade, y le da un codazo para que salga del banco.

El corazón me late con fuerza cuando le oigo decir «mi chica».

Atticus me mira y baja un poco\*la cabeza.

—Gracias por tu ayuda, Ellery. Mi hermano tiene mucha suerte contigo.

—La que tiene suerte soy yo.

Mierda. Hablo como en esas novelas de Nicholas Sparks. Pero por el momento estoy contenta, y sé que me estoy enamorando de Colter. Y me asusta, y está mal, pero no puedo evitarlo. Por primera vez me pregunto si debo seguir adelante con mi plan. Tal vez esa pieza inesperada del rompecabezas sea la respuesta.

No puedes cambiar de planes por un chico.

No estaría bien.

Colter me coge de la mano y me saca de The Pizza Shoppe. El aire es frío. Corremos hasta su todoterreno. Yo tropiezo con una piedra en el aparcamiento, pero él sigue arrastrándome.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Es esto una carrera y yo no me he enterado?

Se detiene frente a mi puerta y se vuelve. Me dedica una sonrisa seductora y me pasa la mano por la cintura. El corazón me late con fuerza, y siento todo el cuerpo acalorado. Sé que el aire es gélido, que hacía mucho frío cuando hemos entrado en el restaurante, pero ahora ya solo noto sus brazos alrededor de mi cintura.

—Creo... —Cierra los ojos—. Mierda —gruñe, y abre los ojos, y me mira decidido, directo, aunque con una mezcla de confusión y sorpresa—. ¿Creo que me estoy enamorando de ti?

Lo dice casi como si lo preguntara, y eso me mata. Me cuesta articular palabra. Solo soy capaz de mirarlo a esos ojos profundos suyos y perderme.

—¿Es pregunta o afirmación? —le pregunto finalmente, cuando recupero la voz.

—Estoy enamorado de ti —responde con firmeza.

Sus palabras me paralizan. Su finalidad, lo que representan... Yo no puedo decirle lo mismo a él. Lo siento, pero no puedo decírselo, porque no sé si podré cumplir las promesas que no dejo de hacerle.

—¿Puedo besarte?

Retrocedo un poco, temerosa de volver a probarlo, de volver a perderme; temerosa de cambiar. Él se acerca más a mí, me pone las manos en las mejillas

y me acuna la cara. Un gesto de preocupación le pasa fugazmente por el rostro.

Yo cierro los ojos y espero. Siento calor, pero no es lo mismo. No sé por qué, pero ahora ese calor es algo bueno, distinto. Por una vez en la vida no quiero tener frío. Asiento con un movimiento decidido de cabeza.

Él sonrío, travieso, y presiona sus labios contra los míos. El beso es suave, dulce, tentativo, delicado. Yo abro la boca y la aprieto más contra la suya para indicarle que puede seguir. Noto que mi fuerza pasa de mis labios a los suyos. Él me rodea la cintura con los brazos, y sus manos se meten bajo mi camisa y acarician mi piel. Las noto frías en contacto con mi piel caliente, y perfectas. Me da la vuelta y me apoya contra la puerta metálica. El tirador se me clava en la espalda, pero no me importa, porque solo siento, solo pienso en sus besos tibios que me dan seguridad.

Y, por una vez, nada más.

*6 días*

Yo llevaba a Tate al zoo. Veíamos las cebras que pastaban por la zona de la sabana, y ella perseguía a los pavos reales que había en el camino que llevaba hasta el tren. Tenía los pies tan pequeños que casi no podía atraparlos, pero los pavos reales parecían muy asustados al ver aquellas piernecillas que avanzaban hacia ellos. Esos son los recuerdos que vuelven a traerme hasta aquí, para hacerme revivir los momentos que pasaba con ella. Así siento que no está tan lejos.

Los rayos del sol iluminan a unos niños muy pequeños que van en un grupito, con sus madres, corriendo alrededor de las cabras, tocándolas como si jugaran a pillapilla. Hago girar la manivela del pienso de las cabras, que cae en mi mano. Me apoyo en el cercado del corral y le doy de comer a una negra, de cola blanca. El animal engulle enseguida el pienso y yo tengo que regresar corriendo a la máquina a por más.

Este era nuestro sitio. A Tate le encantaba dar de comer a las cabras. Le daba miedo pasar al otro lado del cercado, y tardaba varios minutos en armarse de valor y darles de comer. Pero siempre negaba que tuviera miedo. No quería que yo la viera débil en nada. Le explicaba que el personal del zoo no la dejaría entrar si creyera que aquellas cabras podían hacerle daño. Aquellas palabras siempre la tranquilizaban. Se creía todo lo que yo le decía.

Una de las cabras de aspecto más saludable está tranquilamente tendida en el interior de una caseta de juegos de techo naranja. Se ve tan fuera de lugar en esa falsa vivienda... Miro a mi alrededor y vuelvo a concentrarme en la cabra. Esos animales están atrapados, encerrados en el interior de esas cercas, con centenares de visitantes anónimos que les ofrecen un pienso de olor appestoso. Ni siquiera pueden mear sin que un niño les dé unas palmadas en la espalda o intenten montarlas como si fueran caballos. ¿Y si les apetece algo que no sea

pienso? Las cabras no han escogido vivir así. ¿Lo han deseado alguna vez? Siento el impulso de abrir la puerta del cercado y liberar a esos pobres animales, sobre todo a la negra con la cola blanca. Parece como si quisiera escapar.

El sol me deslumbra. No deja de asombrarme que un día podamos estar congelándonos y al siguiente llegemos casi a los treinta grados. Tate y yo visitábamos el zoo sobre todo en verano, así que siempre hacía calor, y yo protestaba. Ella me agarraba de la mano y me decía que a ella le encantaba sentirlo. Cierro los ojos y es como si estuviera aquí, observándola.

—Hermanita, vamos. Ven conmigo a acariciar las cabras —me dice Tate con su vocecilla de niña que me saca de quicio.

Puede ser algo pesada, siempre quiere enseñármelo todo.

—Está sucio, y huele mal. —Señalo a un niño castaño claro que está a su lado—. Mira, él ya está aquí, contigo. No te pasará nada.

Bajo la mirada y consulto mis redes sociales por si tengo respuestas.

—No estoy asustada —replica ella, segura de sí misma.

Yo la miro y sonrío. Es tan diferente de mí en tantas cosas... Algún día querrá que ese niño castaño esté a su lado. Me río al pensarlo. Nunca quiere que me aleje de ella. Incluso cuando salgo con mis amigos, insiste en venir. Una vez llegó a meterse en el coche, y yo no me di cuenta hasta que estaba en el autocine y miré atrás y ella salió del asiento.

Qué vergüenza pasé.

Vuelvo a mirar, esta vez con más atención. La cabra la persigue en el corral, y ella se ríe, aplaude. Se detiene, deja que el animal le dé alcance, y entonces se arrodilla a su lado y le acaricia el pelo con delicadeza. Alza la vista y sus ojos castaños, enormes, se encuentran con los míos. Me saluda y me dedica una sonrisa de oreja a oreja, y se le marcan los hoyuelos de la cara. Yo le devuelvo el saludo. Es tan pequeña, tan frágil, como un cristal que podría romperse en contacto con la punta de una aguja. ¿Cómo hago para que no se quiebre? ¿Cómo hago para que siga sonriendo cuando sé que nuestro padre lo va a echar todo a perder? Ella levanta la cabeza y lo mira. No ve sus defectos. Ve a un protector, a alguien que le lee los cuentos por las noches, a alguien que captura a los monstruos.

Ojalá yo pudiera vivir en su mundo, lleno de estrellas y lunas que resplandecen en la oscuridad. Ojalá ella pudiera seguir persiguiendo cabras, no crecer.

El recuerdo se desvanece a medida que el sol empieza a descender sobre



el horizonte, y me deja ahí sola, contemplando a las hermanas de otras personas, que acarician las mismas cabras. El dolor en el pecho regresa, pero ahora es peor. Me muerdo el labio con fuerza, hundo los dientes en la piel. Me duele mucho, pero me gusta. Así siento lo que debo sentir. Me alejo de las cabras y avanzo hacia el coche. Lo que me mantiene concentrada es la tortura de los recuerdos. Pienso en la noche de ayer. Qué maravilloso fue besar a Colter. Por un momento me cuestioné mi destino. Pensé que tal vez pudiera detenerme, vivir. Pero el dolor ha regresado esta mañana como un cáncer. Lo he sentido en lo más profundo del alma. Él ha atravesado algo en mi interior, eso es incuestionable, pero no puedo dejar que me cambie, que cambie lo que tengo que hacer para poner las cosas en su sitio.

Voy a disfrutar del tiempo que tenga con él, y después me iré.

Me dijo que estaba enamorado de mí. Pero ¿no se habrá enamorado más bien de la idea que tiene de mí? ¿Y si solamente intenta salvarme y está confundido? Sé que me dijo que no era así. Pero ¿cómo puede saberlo?

¿Cómo puedo haber dejado que ocurriera esto?

Me doy un cabezazo contra el volante, y otro, y otro más. Me va a salir un morado. Eso estaría bien. Así tiene que ser.

¿Cómo puedo quererlo tanto y odiarme tanto a mí misma? Lo quiero. Lo noto. Eso está siempre aquí, volando sobre mis decisiones, sobre mi plan. Levanto la cabeza y me miro en el espejo retrovisor. Me sangran los labios, y tengo la frente llena de marcas del volante.

Paso el resto del día conduciendo alrededor de la casa de Deán, vigilando, hasta que veo su coche en el camino de entrada.

*5 días*

Tengo el coche aún en marcha cuando diviso la casa de Colter. Los fantasmas colgantes se han multiplicado y hay muchas más pegatinas en las ventanas. No me apetece entrar, pero Colter quiere que pase un rato con él y su familia. Organizan una maratón de películas de terror pre-Halloween, y habrá pizza, palomitas de maíz y todos los caramelos del mundo. Al menos eso es lo que me ha dicho Colter.

Sé que su madre va a estar allí, pero si quiero estar con él tendré que aceptarla, al menos hasta Halloween. Me levanto las solapas del abrigo y me meto las manos enguantadas en los bolsillos antes de llegar frente a la puerta. Me quedo ahí casi un minuto, me planteo salir corriendo y olvidarme de todo. Cuando estoy a punto de levantar la mano para llamar, la puerta se abre de par en par.

Es Loretta. La gemela morena parece confundida, y me mira con desconfianza.

—¿Estás saliendo con mi tío? —me pregunta en el momento en que *Cooper* se pone a su lado y ladea la cabeza. Yo me atraganto con la saliva que se me ha ido acumulando en el trayecto del coche a la casa. Oír que lo llama «tío» hace que de pronto me parezca más viejo, y constato que no estaba preparada para que una niña, de manera tan sincera, formule esa pregunta. Y eso que Tate hablaba con el mismo desparpajo.

La niña se echa a reír y abre más la puerta.

—No hace falta que me respondas. Ya lo sé. Tengo ocho años y medio.

Le dedico una sonrisa, y veo que en ese momento Colter se coloca detrás de ella.

—¿Te está jodiendo?

Loretta abre mucho los ojos y se vuelve a mirarlo.

—¡Has dicho una palabrota!

Yo ahogo la risa. Colter hace ver que está metido en un lío, pero antes de poder decir nada, la niña lo tranquiliza.

—No diré nada.

Se parece mucho a Tate. Su conversación me pone triste, y la tristeza amenaza con aflorar, pero miro a Colter y ya no pienso en nada más.

«Intenta recordar qué sentiste al tener sus labios sobre los tuyos, cómo retumbaban los latidos de su corazón, las palabras que te dijo.»

Se agacha un poco y le alarga la mano para estrechársela. Loretta extiende sus deditos y se la da.

—Gracias —dice Colter.

—¿Vais a seguir dejando que entre el aire frío en casa? —dice una voz de mujer desde dentro. Parece su madre.

Al oírla se me cierra el estómago. Estoy segura de que soy la última persona a la que quiere ver. No sé si le habrá dicho que iba a venir.

Colter le revuelve el pelo a Loretta, que protesta un poco, aparta la mano y se aleja del recibidor seguida de *Cooper*.

Ahora Colter me coge de la mano y me arrastra adentro, me empuja contra el armario y me besa. Me pierdo momentáneamente en el maravilloso calor que me provoca ese beso. Me asombra que sea capaz de hacerme olvidar todo lo malo de mi vida con apenas el roce de sus labios.

Salgo de mi ensoñación y le planto las manos en el pecho.

—Para ya, cachondo. Tu familia está aquí al lado.

Él sonríe, me aparta las manos y se acerca más.

—¿Y?

No puedo evitar sonreírle. No le importa lo más mínimo lo que piense la gente. Ojalá yo fuera como él. Antes lo era. Me besa una vez más y frunce el ceño fingiendo enfado cuando me suelta.

—Está bien. Tú ganas. Vamos, tienes que probar las palomitas de sabor especial que he preparado.

El salón entero está salpicado de decoraciones de Halloween, y su familia se reparte por los distintos espacios. Reconozco a las gemelas y a su madre. La señora Sawyer está sentada en una esquina, con la espalda muy recta, y consulta algo en el ordenador portátil que sostiene sobre las piernas. Atticus está en el sofá, al lado de la niña de The Pizza Shoppe. Le guiño un ojo. Él me sonríe. La chica se da cuenta y me dedica una mirada llena de celos, lo que me hace sonreír aún más. Ese chico le gusta de verdad.

Colter me deja en el salón y se va a la cocina a buscar la pizza. En la tele se ve una secuencia de *El exorcista*, y yo me pregunto por qué dejan ver esa película a las gemelas. Me siento en el suelo.

—Ellery, me alegro mucho de que hayas podido venir —dice la señora Sawyer en un tono que contradice sus palabras.

No estoy segura de que nadie más se dé cuenta.

—¿A ti te gustan las películas de miedo, Ellery? —me pregunta la madre de las gemelas. En ese momento me doy cuenta de que no sé cómo se llama y me siento tonta al constatar que ella sí sabe mi nombre.

—Sí.

Miro la pantalla: en ese momento Regan está bajando por la escalera boca arriba, a cuatro patas, como una araña, y me recorre un escalofrío.

—*El exorcista* es una de mis favoritas.

Me pongo más cómoda en el suelo, y entonces noto unos brazos a mi alrededor. Colter deja una bandeja de cartón con porciones de pizza en el suelo y se sienta detrás de mí, de manera que yo quedo encajada entre sus piernas. Noto que la calentura me sube por las mejillas, y él se echa hacia delante y me apoya la barbilla en el hombro.

*Cooper*, desde la otra punta del salón, ve la comida. Hace un breve intento de acercarse, pero cambia de opinión, apoya la cabeza en las patas delanteras y se queda dormido.

—No sabía que te gustaran las películas de miedo —me susurra Colter al oído, y su aliento provoca sensaciones espantosas en todo mi cuerpo, unas sensaciones de las que su familia no debería ser testigo. Quisiera que se separara de mí, pero me encanta oír su voz grave susurrándome al oído.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes —le digo, usando contra él sus propias palabras.

Noto la vibración de su risa en el pecho antes de que llegue a su boca. Agarra una porción de pizza y le da un bocado por el borde.

Yo también tomo un pedazo, lo doblo por la mitad y doy un bocado pequeño. Nunca me ha gustado comer en compañía de personas que no conozco. Siempre me parece que se me va a caer algo, o que se me va a quedar algo metido entre los dientes toda la noche. Pero me muero de hambre.

Un par de horas después tengo la barriga llena de pizza, palomitas y de un montón de esos deliciosos arándanos bañados en chocolate que son mi perdición. Gruño.

—La próxima vez que venga vais a tener que sacarme rodando con tanta

comida.

Colter se ríe, y Atticus y Grace, su novia, también. He sabido su nombre durante un concurso improvisado sobre películas de terror que la hermana de Colter, Ali-ce, ha organizado. La madre de Colter se ha retirado a otra zona de la casa, y las gemelas ya se han acostado. Alice está acurrucada en el sofá, tapada con una manta de colores. Jamie Lee Curtis pega un grito en la pantalla y Alice se sobresalta un poco, pero no llega a despertarse. Atticus parece nervioso ahí sentado, junto a Grace, como si quisiera pasarle el brazo por el hombro. Tal vez lleve varias horas dudando si hacerlo o no.

Lo miro a los ojos y, moviendo mucho los labios, sin pronunciarlo en voz alta, le digo: «Hazlo», mientras la señalo.

Él se seca las manos en los vaqueros y aspira hondo. Grace no se entera: está echada hacia delante y mira atentamente la pantalla. Atticus vuelve a mirarme, y yo insisto con impaciencia en los ojos.

Él, enseguida, alarga los brazos como si estuviera desperezándose.

Yo pongo los ojos en blanco y meneo la cabeza.

Él baja uno de los brazos y se lo pasa por el hombro. Desde su sitio no puede verle la cara, pero yo sí: Grace abre mucho los ojos, y una sonrisa apenas perceptible se dibuja en su cara. Se echa hacia atrás y se apoya un poco en él, y reclina la cabeza en su hombro.

Es una escena tan encantadora que querría tomar una foto para recordarla siempre. Colter se lo ha perdido todo. Atticus y yo tenemos una conexión particular que me hace sentir importante, aunque solo sea por un momento.

Me echo hacia atrás y apoyo la cabeza en el cuello de Colter. Él me apoya la barbilla en el hombro y me lo besa. Despacio va subiendo los labios por el cuello y llega a la oreja.

—Ojalá mis hermanos no estuvieran en el salón en este momento —me susurra.

Un escalofrío me recorre la piel. Se mete mi oreja entera en la boca y me la chupa ligeramente. Un calor frío me inunda por completo. Me recreo en ese beso, y la tensión crece hasta que no puedo soportarla más. Me doy la vuelta y lo beso en los labios. El beso incendia algo en mí que no había sentido nunca. Lo acaricio por todas partes, y sus manos me recorren el cuerpo; lo deseo. Jamie Lee Curtis vuelve a gritar en la pantalla, y la luz parpadea y se hace más intensa, y nosotros dos somos como dos cucarachas dispersándose. Atticus se separa de Grace con una expresión culpable que se parece a la mía. Colter es el único que parece no inmutarse. Sigue observándome como si yo fuera el

viento, las estrellas y el sol.

En cambio, la señora Sawyer me mira como si yo fuera el fuego del infierno, el azufre y la muerte.

—Creo que ya va siendo hora de que vuelvas a casa —me dice desde las alturas.

Pero Colter no me suelta.

—No estábamos haciendo nada malo —replica.

—Atticus, la madre de Grace estará aquí en diez minutos. Por favor, ve a buscar sus cosas y acompaña.

Alice, aún adormilada, se ha despertado ya.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta.

—Que mamá está haciendo de madre —responde Colter.

Alice pone los ojos en blanco.

—Mamá, ya tiene dieciocho años. ¿Crees de verdad que va a seguir haciéndote caso?

La señora Sawyer está furiosa, le rechinan los dientes.

—Alice, esto no tiene nada que ver contigo.

—Cuando estaba aquí su exnovia los pillaste varias veces y no te importó. Así que tranquila —dice Alice.

Yo me separo despacio de Colter. Lo han pillado antes con Kristyn. Claro. Salían juntos. Yo aquí estoy fuera de mi elemento. Él intenta retenerme, pero yo me aparto. Él mira a su hermana.

—Gracias por recordármelo, y por recordárselo a Ell. Estoy seguro de que le encanta saber cosas de mis exnovias.

Alice se muerde el labio.

—Mierda. Lo siento, Colt. —Me mira y sonrío—. A ella nunca la miraba como te mira a ti.

La señora Sawyer sigue ahí de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ya es suficiente, ¿verdad, Ellery? Te acompaño hasta la puerta.

Colter se levanta y se encara con su madre.

—Me asombra que puedas llegar a ser tan maleducada. —Me coge de la mano y me saca del salón. Yo recojo el abrigo y los guantes y me voy derecha hacia la salida. Él apoya la mano en la puerta y me vuelve hacia él—. No le hagas caso. La cosa no va contigo, sino conmigo. —Me sujeta la cara entre las manos—. ¿Vale?

Asiento, pero no le creo. En absoluto. Él me da un beso fugaz y yo salgo de

inmediato. Ya casi he llegado al coche cuando noto una mano que me agarra.

—Colt, yo... —Me vuelvo y descubro que no es Colter, sino su madre, que me clava una mirada asesina.

—Aléjate de mi hijo.

—No puedo. Es verdad. Si pudiera, ya lo habría rechazado hace mucho tiempo.

—No le convienes. Estoy segura de que eres una buena chica. Pero Colter necesita estar con alguien...

—¿Alguien que se parezca más a Kristyn?

En realidad tiene razón, yo no le convengo, pero sus palabras son insultos que me hieren.

—Con alguien que no sea como tú. Lo siento.

Doy un paso atrás, hacia el coche. No me sorprende oírle decir esas palabras. Llevaba tiempo callándoselas.

—Tengo que irme.

—Que sepas que no es nada personal. Solo quiero que mi hijo sea feliz.

La fulmino con la mirada.

—Eso no es cierto.

Ella abre la boca, como si quisiera decir algo más, pero no le salen las palabras y vuelve a cerrarla. Se aleja, indignada, y yo me largo de ahí a toda velocidad.

4 días

—Así. Sostened la nota y... difuminad —dice tía Sue, y gradualmente todos quedamos en silencio—. Muy bien hecho. Proseguiremos desde aquí en la clase siguiente. —Suenan el timbre—. Que cada uno estudie su parte. Hasta mañana.

Colter me sonrío al salir por la puerta, y Janie llega y se coloca a mi lado.

—Te ha dado fuerte —me dice.

—Mira quién fue a hablar.

Ella se ríe.

—Tienes razón.

—Chicas, necesitaremos luego una media hora de ensayo, más o menos, para vuestro dueto —dice tía Sue, interrumpiéndonos.

Al salir de la última clase, Janie y yo nos encontramos en el aula del coro y las dos nos sentamos delante mientras tía Sue se sienta al piano.

—De acuerdo, empezamos desde el principio.

Empieza a tocar, y las notas brotan de mí y mi voz va imponiéndose. Janie y yo cantamos juntas, y suena increíble. La música es una válvula de escape, y yo no hago uso de ella tan a menudo como debiera. Había olvidado lo mucho que me gusta cantar con otra persona, sentir la emoción de otra persona a través de las notas. Janie se ha convertido en alguien demasiado cercano. Jackson, Colter... todos ellos. Se me ha dado fatal apartarlos de mi vida.

Terminamos el ensayo y Janie se vuelve hacia mí antes de irse.

—Oye, he descubierto otra película de los ochenta que es genial: *No puedes comprar mi amor*. ¿La has visto? Por favor, por favor, dime que no, porque quiero verla contigo.

Me echo a reír.

—Ni sabía que existía. ¿Quién sale?



—Ni más ni menos que McDreamy.

—¿El de *Anatomía de Grey*?

—Ese. Hace de tío raro marginado; me cuesta verlo en ese papel. Así que, ¿en tu casa esta tarde?

—Sí, claro, ¿por qué no?

—Ah, y no te olvides de que el viernes vamos a comprar los disfraces.

—Sí, me acuerdo. —Sonrío.

Ella se acerca más a mí y me da un abrazo, lo que me sorprende bastante. Yo no le devuelvo el gesto.

—Jackson me está esperando, pero gracias. Nos vemos esta noche. Espero que no te importe que me haya autoinvitado de esta manera.

—Ningún problema. Ya tengo ganas de verla.

Ella recoge su mochila y sale.

Yo sigo sentada y entierro la cara en las manos.

—Soy una zorra.

—Eh, tú, de mi chica no hables así.

Es la voz de Colter, pero no levanto la cabeza para verlo.

La silla que tengo al lado cruje cuando Colter se sienta en ella. Me pasa el brazo por el hombro y me atrae hacia sí.

—¿Qué te pasa?

Yo me apoyo en él y noto los latidos de su corazón.

—Janie. Se ha convertido en una buena amiga y siento como si...

—¿Te sientes como una zorra por estar pensando en dejarla?

—Sí, y también a otras personas.

—Una cosa va con la otra.

—Ya lo sé. —Levanto la cabeza y lo miro a los ojos—. Lo siento, supongo que no querrás hablar conmigo de estas cosas.

—Te equivocas. Con Ryan no tuve ocasión de hacerlo. Tuve que aceptarlo sin más. Pero tú... Tú me estás dejando entrar en tu vida.

Niego con la cabeza.

—No, no es así.

—Ah, ¿no? Pues a mí me lo parece.

¿Tiene razón?

Aspira hondo y esa expresión tan encantadora, esa sonrisa suya, se desvanecen, y veo que su gesto expresa todas las emociones que debe de estar sintiendo. La desesperación de querer decir las palabras exactas que me hagan cambiar de opinión, la frustración, porque nada de lo que dice parece

funcionar; el sentimiento de abandono... Pero no importa, porque Tate no está. Y por más cosas que sienta por él, de eso no me libraré nunca. Es algo que me persigue continuamente. Sus dulces sonrisas son perfectas, sus besos son lo mejor del mundo, pero renunciaré a ellos el día de Halloween.

—Ellery —dice él en tono serio—. Así que no será fácil. Va a ser muy duro. Tendremos que esforzarnos todos los días, y quiero hacerlo porque te deseo. Quiero tenerte para siempre. Tú y yo, todos los días...

Los latidos de mi corazón se detienen momentáneamente, y entonces proceso lo que acaba de decirme. Me suena de algo, como si ya lo hubiera oído en...

—Dios mío. *¿El diario de No ahí* No me lo creo.

Él se echa a reír.

—La cosa se estaba poniendo muy seria.

Yo lo miro, divertida, arqueo una ceja.

—O sea, que no lo decías en serio...

Colter se quita la gorra de béisbol y se pasa la mano por el pelo.

—Yo... Bueno, sí. —Se acerca más a mí y no me da tiempo a hacer uno de mis comentarios sarcásticos, a decirle que ha leído demasiados libros de Nicholas Sparks, porque él ya ha posado los labios en los míos, y el beso es tan poderoso, tan lleno de vida, que casi se me olvida que tengo que respirar.

Colter y yo salimos y nos dirigimos hacia mi coche, y en ese momento me doy cuenta de que Deán no ha venido al colegio hoy. Esta mañana, camino de clase, se me ha olvidado pasar por delante de su casa. Me detengo al llegar al aparcamiento y me flaquean las piernas. Hoy no ha venido a clase. ¿Cómo he podido olvidarme de comprobarlo? Intento recordar cómo lo vi ayer. ¿Estaba más triste de lo normal? ¿Tenía algo en la mirada? ¿Por qué no me fijé? He estado demasiado ocupada tonteando con Colter, y no he estado para Deán.

Tal vez esté enfermo, nada más. Podría estar solo enfermo.

—¿Qué ocurre? —pregunta Colter mientras se monta en el coche y se abrocha el cinturón.

Yo me acerco a su ventanilla e intento ocultar mi preocupación.

—Estoy bien. Pero mañana tengo un examen importante. —Me echo hacia delante y le doy un beso rápido, pero él me sujeta de la nuca y cuando yo intento separarme él alarga el beso y lo hace más profundo. Besarlo es huir hacia el mundo perfecto en el que la Alegre Ellery vive en paz, pero en este momento no puedo pensar en eso.

—Me encanta besarte, pero... —balbuceo.

El sonrío sin separar su boca de la mía.

—Pues entonces no pares.

Nos besamos unos segundos más y yo me aparto, y él protesta.

—Lo siento. Tengo que ir a estudiar.

Se lo digo volviendo la mirada hacia el aparcamiento, porque no quiero mentirle en la cara.

—Está bien. Sí. Además, yo tengo que ir al trabajo. ¿Me llamas esta noche?

—Sí, claro. Pásatelo bien—le digo, intentando forzar una sonrisa.

Él me la devuelve, y vuelvo a perderme en él.

—Siempre.

Conduzco a toda prisa hasta la Tasty's y pego la cara en el cristal para ver quién hay dentro. Las luces están apagadas, pero son las cuatro de la tarde, y la heladería debería estar abierta a estas horas. Tal vez tengan una reunión. Tiene que estar ahí. Tiene que estar ahí. Me falla el pulso, como si alguien con una cuerda tirase de él desde atrás. Llamo a la puerta. Dos veces. Tres. Vuelvo a pegarme al cristal y entrecierro los ojos para ver si hay alguien en el local. Está bien, no hay nadie. A lo mejor han cerrado para hacer inventario o algo así. Una breve oleada de temor asciende por mi cuerpo. Vuelvo corriendo al coche, me monto en él, cierro de un portazo y piso a fondo el acelerador. Bajo por Baker Street, la calle de Deán.

No lo ha hecho. No puede haberlo hecho todavía.

Seguramente no será nada.

Tú sabes bien que no es nada.

Antes de llegar a la casa distingo las luces azules y rojas que parpadean a lo lejos. No sé frente a qué casa se han detenido. La misma sensación de temor me sube por la garganta, ese deseo de estar equivocada. Avanzo despacio hacia la casa de Deán. Paso por delante de la otra, la blanca de las persianas verdes. Cuando éramos pequeños llamábamos al timbre y salíamos corriendo. Me fijo en el árbol por el que Jackson nos enseñó a trepar. Me cuesta respirar, me sale el aliento a trompicones, como en una escopeta de aire comprimido. Levanto el pie del acelerador al acercarme más a la casa.

Las luces parpadean en el camino que lleva hasta ella.

Los colores rojo y azul ciegan momentáneamente mi visión. Aparco y subo corriendo hacia la casa. Es como si tuviera las piernas de goma. El eco de mis pasos en el suelo retumba como un terremoto. Me falta el aire. Debo detenerme y doblar la cintura para reponerme. Llego al camino de entrada y veo al padre de Deán con lágrimas en los ojos. Busco a la madre con la mirada.

Tal vez le ha ocurrido algo a su madre. Él no lo haría hoy.

Pero ¿tú eres tonta? Pues claro que lo haría.

¿Por qué estoy tan enfadada? Esto es lo que él quería. «Pero no es lo que yo quería.»

Su madre aparece delante de la puerta. La sostiene otra mujer que le acaricia el pelo con delicadeza. Busco desesperadamente a Deán con la mirada.

No está ahí.

Lo ha hecho.

Se ha suicidado.

Dios mío.

Tengo la sensación de que giro en círculos. Cuando era pequeña daba vueltas y más vueltas hasta que me caía al suelo, y me encantaba. Ahora no quiero sentirme así. No quiero esa sensación de pérdida de control dentro de mí. Me vuelvo hacia el padre de Deán, y sus ojos llenos de lágrimas se clavan en los míos, y en ellos hay tantas cosas —miedo, devastación, pérdida...—. Menea despacio la cabeza y viene hacia mí. Yo, desesperada, busco a un lado y a otro un lugar hacia el que salir corriendo, pero enseguida llega hasta mí. El pánico que noto en el cuerpo llega a su umbral. Quisiera que se me tragara la tierra. No quiero oír lo que está a punto de decirme.

Tú sabes lo que está a punto de decirte.

Pero no quieres oír las palabras.

—Ellery, oh, Dios mío. Tal vez sea mejor que te vayas.

Aprieto los puños con fuerza para dejar de moverlos. —¿Qué ocurre? ¿Dónde está Deán?

Él aprieta los labios y se seca las lágrimas con la mano. Abre mucho los ojos, y alza la vista, mirando a lo lejos como si pudiera ver el alma de Deán.

—No sé cómo ha... se ha... Dios. No tenía ni idea.

—¿Idea de qué? —le pregunto, aunque sé la respuesta, aunque sé que es muy cruel preguntarle algo así en este momento. Pero tengo que saberlo.

Me clava la mirada.

—No sabía que estuviera tan enfermo.

¿Qué puedo decirle a eso?

—Debes irte. Lo siento, pero tienes que marcharte —me dice, haciendo esfuerzos por no llorar.

Ya sé que debería irme. Pero tengo que conocer los detalles. No importa lo enfermo que estuviera, lo equivocado que estuviera.

—¿Qué le ha pasado? ¿Cómo ha...?

Noto que las lágrimas se agolpan en mis ojos.

El cierra los suyos como si intentara ahuyentar mi pregunta. Quiere hundirse bajo la tierra. Lo noto. Abate todo el cuerpo, como si se hubiera rendido.

—Se ha disparado. Lo siento. Ahora debo estar con mi mujer.

Me aprieta un hombro con la mano y regresa junto a la madre de Deán y la mujer que la acompaña.

Se me cae el mundo encima. Las nubes intentan asfixiarme. El sentimiento de culpa gira y gira en mi mente. Gira y regresa una y otra vez como uno de esos tirovivos en los que me montaba por carnaval con Tate. Cierro los ojos, y el mundo da vueltas a mi alrededor.

Tengo que salir de aquí.

Vuelvo corriendo al coche, me encierro en mi asiento y me quedo ahí, mirando desde el otro lado del parabrisas. Agarro el volante y clavo los dedos en el cuero. Pasa un niño montado en bicicleta y le grita algo a otro. Su voz me llega amortiguada, como si estuviera en el interior de una burbuja. Un hombre pasea a su perro y se vuelve a observar, con expresión curiosa, extrañada, las sirenas. El perro ladra a cámara lenta.

Se me han secado las lágrimas y revivo todos los momentos que pasé con Deán. Todos los recuerdos. La tristeza de sus ojos, que se parecía a la mía.

Era como yo.

Y se ha ido de verdad.

Oh, Dios. No puedo con esto. No puedo sentir. No quiero sentir nada de todo esto.

Bajo a toda velocidad por la calle, reprimiendo las ganas de vomitar, de pegar a alguien, de saltar con el coche por el puente y acabar con todo esto para dejar de sentir este horror. No tiene por qué ser en Halloween. Puedo hacerlo ahora mismo.

El puente de Dover aparece al otro lado del parabrisas. No es de los puentes más espectaculares. Es de cemento y sus paredes están llenas de grafitis. Su única gracia es que está convenientemente situado en lo alto de un río inmenso. Salgo del coche y me siento en el borde de la barandilla, luchando contra el viento que amenaza con arrastrarme. Aquí el viento siempre sopla con más fuerza, como si lo alimentara el río, como si quisiera controlarlo.

Cierro los ojos e intento encerrar el dolor, pero no lo consigo. Todo esto es demasiado grave, demasiado real, y no cabe en una caja. Cierro los ojos de nuevo y pruebo todos los trucos que otras veces he usado para vaciar el corazón: «Alabama, Alaska, Arizona... —Me rasco la cabeza—. Arkansas... —Bajo la cabeza y me la tapo con las manos—. Baltimore... No. ¿Connecticut? —Me descubro la cara y me concentro en el río—. Me cago en California.» Le doy un golpe a la barandilla, y otro más. Sigo golpeándola hasta que me duelen los dedos enrojecidos.

Me siento como si volviera a tener ocho años y Deán me contara ese chiste tan malo de los tomates. Se me escapa una carcajada grotesca, y me agarro a la barandilla. «Van dos tomates por la carretera y uno le dice al otro: “Cuidado, que viene un... Chof. ¿Qué?... Chof”.» Se lo explico al mundo en el mismo tono en que Deán nos lo contaba. Me río hasta que tengo que sujetarme la barriga.

«Qué chiste tan malo, Deán.»

Me quedo de pie al borde del puente. El viento me empuja, tira de mí, y yo

sigo riéndome y llorando a la vez.

«Cuando lo haga, se dará cuenta. Tal vez entonces me escuchará por una vez en su vida. Desgraciadamente yo no estaré aquí para decirle: “Ya te lo decía yo”.»

—¿Eso era lo que querías? ¿A alguien que te escuchara? —le pregunto, y la neblina que flota en el aire me empapa los labios.

¿Por qué no le escuché yo? ¿Habría cambiado en algo las cosas?

Es como si el corazón estuviera a punto de salirse del pecho.

«Tienes las manos manchadas de su sangre.»

Me descuelgo por el protector y me agacho hasta que me queda la espalda enfrentada al puente. ¿Le habría dicho él alguna vez a alguien lo que yo pretendía hacer? Siento que ya nunca más podré incorporarme. ¿Cómo voy a adoptar yo la posición vertical cuando Deán quedará tendido para siempre? ¿También él tenía su plan? ¿Qué habría podido hacer yo para impedirselo? Ya estaba decidido. Como yo. ¿Sabía la fecha? ¿Fue al azar? ¿Y si tener un plan fuera un error? Cuatro días. Solo quedan cuatro días para Halloween.

Antes, Halloween era muy divertido. Recuerdo el año en que Tate y yo nos disfrazamos de luna y de sol. Ella iba toda de amarillo, de los pies a la cabeza, cubierta por una media que se le pegaba a las orejas todo el rato. Los rayos del sol los hicimos juntas la noche anterior, cortando triángulos de cartulina y pintando las puntas de naranja. Ser la luna era más fácil. Solo tuve que recortar un círculo gris y hacerle un agujero en el centro para la cabeza. Mamá dibujó los cráteres. A ella siempre se le daban mejor los detalles más artísticos. Comimos tantos caramelos que nos quedamos despiertas hasta las tres de la madrugada viendo películas de miedo. Ahora Halloween tiene un significado distinto. Es feo y ya no hay soles amarillos ni lunas plateadas. Solo sombras negras y fantasmas del pasado.

Quiero que Halloween vuelva a entusiasmarme, como antes. Pero ¿cómo voy a lograrlo sin Tate? Ahora estoy sola. Ya no hay disfraces absurdos de soles amarillos, ya no hay canciones por las noches, ya no hay bigotes de helado ni limonadas que compartir. Me duele la cara de tanto llorar, y quiero rascármela, arrancarme la piel y dejar al descubierto quién soy de verdad sin ella. ¿Sigo siendo yo?

Puntualmente, regresan a mi mente los zarpazos de la culpa, como depredadores que acechan mis pensamientos y aguardan para retorcerlos y destruirlos. Podría haberla salvado si hubiera sido más cuidadosa, si hubiera prestado más atención. Deán seguiría vivo si le hubiera dicho algo a alguien.



Los dejé morir a los dos.

¿Me perdonaría Colter si lo supiera? ¿Y mi madre? ¿Y Jackson y Janie? ¿Cómo puedo esperar eso de ellos si ni me lo he preguntado a mí misma?

Me llevo las manos a la barriga y miro más allá de la barandilla, y veo correr el río, ahí abajo. Al aire de mis pulmones le cuesta circular. ¿Cómo voy a saber lo que está bien y lo que está mal? Lo veo todo borroso, y las piezas del rompecabezas están desordenadas en su caja; se mueven de un lado a otro, y ahora no encajan.

Necesito que encajen.

Un mechón de pelo me cubre la cara y se queda pegado a mis lágrimas. Soy un pozo que se ha secado, un mar vacío de peces, un cielo sin estrellas. No dejo de llevarme las manos al pecho, como si así fuera a costarme menos respirar. Todavía no estoy entumecida. Se puede seguir respirando cuando uno está agarrotado. A mí solo me faltó el aire una vez... Cuando murió Tate.

Me tambaleo sobre la pierna rota, en el salón, sostengo la muleta con el brazo sano, pero en realidad querría soltarme y que se me tragara la tierra. El aire huele distinto, a cerrado. Todo está en el mismo sitio, pero parece vacío, como si lo conocido hubiera sido aspirado y hubiera desaparecido. Sé que no ha cambiado nada, pero es como si hubiera retrocedido en el tiempo, regresado a un universo alternativo. En algún punto del continuo espacio-tiempo he girado mal y ahora mi hermana está muerta en esta vida.

Mis padres pasan por delante de mí y evitan mirarme a los ojos.

—Asegúrate de que suba y se duche —le dice mi madre a mi padre, como si yo no estuviera en el salón.

—Sí, claro —responde él con un suspiro.

Mi padre me sujeta del brazo y me ayuda a subir por la escalera. No dice nada. La pierna escayolada choca con todos los peldaños. Por fin llegamos arriba y mi madre ya está ahí con una bolsa de plástico pequeña y otra de basura. Se las entrega.

—Tiene que cubrirse los yesos. Que se las ponga bien, por favor.

Él asiente.

Entramos torpemente, a trompicones, en el cuarto de baño, y yo alzo la vista y miro a mi padre por primera vez. Él me mira con la mirada perdida.

Le quito las bolsas de las manos.

—Ya lo hago yo.

Él no discute conmigo ni me pide que le llame si necesito ayuda.

Simplemente, se va y cierra la puerta. Yo paso la llave, me desvisto y contemplo en el espejo el caparazón de la chica que soy ahora. Las ojeras profundas, el pelo lacio, los labios cuarteados.

Quiero que venga mi madre.

Las bolsas de plástico no protegen demasiado, pero es cierto que debería fijármelas mejor, seguramente. De todos modos, me da igual que me entre agua en los yesos. Ya nada me importa lo más mínimo. Sin Tate. Llevo un tiempo pensándolo. Pensando en suicidarme. Mis padres no me hablan. Hablan de mí como si no estuviera presente. Les parece más fácil que hablar conmigo. Jackson está en Michigan visitando a sus abuelos, así que cuando la gente se dé cuenta, yo ya no estaré. Es la única manera de escapar del dolor y de poner las cosas en su sitio.

Su voz no deja de sonar en mi mente. Yo le digo que pare, pero cuanto más intento que se vaya, más me invade, más se amplifica, más resuena.

«Hermanita. ¿Qué pasa?»

Abro el botiquín, cojo la maquinilla de afeitar de mi padre y le quito la hoja.

«¿Por qué hay estrellas, hermanita?»

El corte es profundo. Me tiemblan los dedos cuando vuelvo a pasar la hoja por mi piel. La bolsa que me cubre la escayola me impide presionar tanto como quisiera. Me corto tres veces más para compensar los cortes que no podré hacerme en la otra muñeca. Tal vez si me corto mucho una sola hará el mismo efecto.

«Una canción más, hermanita.»

La sangre corre por mi piel y se dirige hacia los dedos.

Abro el grifo y coloco la mano sana bajo el chorro de agua. Unos hilos de sangre se deslizan hacia el desagüe. El agua está caliente, pero tiene que ser así para que pueda llevarse todo lo que ha ocurrido. Tiene que quemarme. Retiro la mampara de la ducha y me meto dentro, haciendo equilibrio con una sola pierna y apoyando la mano escayolada en la barriga.

Al principio no siento nada, solo mi cabeza, que se va vaciando. Pero enseguida, sin tiempo a pensar con una mínima cordura, empiezo a notar que el agua se me clava como miles de cuchillos diminutos rasgándome la piel. Me quema. Las gotitas resuenan en mis oídos, como una tormenta. Me apoyo en las paredes de la ducha, que empiezan a cerrarse sobre mí, que me empujan, me aplastan.

No puedo respirar. No me llega. No me llega el aire.

«Eso era lo que querías.»

Los latidos de mi corazón se aceleran y se suceden como ráfagas de ametralladora. Espero a que paren, a que se vuelvan más lentos. Pero no ocurre. Me presiono el pecho con la mano, y la sangre resbala por todo el cuerpo. Casi puedo ver que el pecho entero me palpita al ritmo de los latidos. Empujo la mampara, pero no cede; no puedo respirar, y tengo que respirar. Quiero que todo esto se acabe, pero así no, más deprisa. El corazón sigue latiéndome muy rápido. Intento cerrar el grifo, pero los dedos me resbalan. No recuerdo hacia qué lado debo girarlo, y el chorro de agua sale helado. Me estoy congelando, y los cuchillitos se han convertido en dagas que me desgarran la piel. Miro hacia abajo y hay mucha sangre, pero no me siento purificada. No noto la salvación que debería estar notando.

Hago acopio de fuerzas e intento tirar de la puerta una vez más con el brazo sano, pero se encalla. La empujo y tampoco se abre. Le doy puñetazos una y otra vez, golpeando el falso vidrio, que vibra. Noto la vibración en mi cuerpo, el eco en mi cabeza.

Hay demasiada sangre.

Empujo una vez más, con todas mis fuerzas, y la puerta se sale de las bisagras y se rompe; yo me caigo y me doy con la pierna escayolada en la bañera, y aterrizo sobre el brazo cubierto por la bolsa de plástico.

Estoy desnuda, rota, en el suelo, y no viene nadie. «Te lo mereces.»

Me agarro al lavabo y aspiro hondo. Bajo la mirada y veo que mis dedos ensangrentados han manchado la porcelana blanca. La mano me resbala. Mi cuerpo ya no me sostiene. No consigo todo el aire que necesito. La habitación da vueltas.

Llaman a la puerta una sola vez, oigo el impacto de una patada contundente, la madera se astilla y al momento la puerta se abre y choca contra la pared. Mi padre entra y abre mucho los ojos, con cara de pánico.

Estoy entumecida, soy incapaz de moverme. Sin aliento. Me agarra y me sienta en el inodoro, busca mi cara para que le dé una explicación, pero no reacciono.

Quiero hablar, decirle que me deje ahí, pero mis labios están cosidos, cerrados, como si se me hubieran atrofiado las cuerdas vocales.

—¿Qué has hecho? —balbucea él con el rostro descompuesto por la angustia cuando finalmente se da cuenta de que estoy cubierta de sangre.

Se me ha calmado un poco la respiración, pero mi cuerpo sigue siendo una estatua. Es como si contemplara mi vida desde arriba. Y no puedo hacer nada.

Mi padre me envuelve en una toalla y empieza a caminar de un lado a otro.  
—Tu madre volverá enseguida. Solo... Hablaremos con ella cuando regrese.

Yo no digo nada.

Mi padre busca más toallas, no sé cuántas, y me envuelve el brazo con ellas, y me pide que presione yo también con el brazo sano.

—Mantén la presión sobre los cortes.

Se saca el móvil del bolsillo y lo mira.

—Por Dios, Ellery.

Quisiera soltar la mano y que la sangre siguiera brotado. Eso es lo que la sangre quiere hacer. Lo noto.

Sale un momento y regresa con un vestido vaporoso que no recordaba que fuera mío. Me lo pasa por la cabeza como si fuera una muñeca, con delicadeza, en silencio, cuidando de no lastimarme el brazo protegido por la bolsa.

—Estoy trabajando en un caso muy importante. No puedo permitirme que otra hija mía... Tengo que llevarte al hospital —dice, como si se estuviera convenciendo a sí mismo.

Antes de la muerte de Tate me habría afectado oírlo pronunciar algo tan superficial, que solo se preocupara por ganar sus casos y por engañar a mamá. Pero ahora no. Sus palabras ya no me duelen. No dejo que me hieran.

Me retira las toallas y se le relajan los hombros.

—La presión está funcionando, creo. Tal vez no tengamos que ir al hospital.

Vuelve a colocarlas sobre el brazo y me deja sola en el baño. El suelo está cubierto de cristales, y mi sangre gotea sobre las bolsas de plástico.

Cuando abro los ojos y dejo de recordar, noto que ya no me ahogo. Vuelvo a respirar con normalidad, pero no he aprendido nada. Ha pasado un año entero y sigo estando en el mismo sitio. Tal vez no sea capaz de cambiar mi pasado, pero ahora puedo hacer daño a otras personas.

Debo alejarme de Colter.

Debo alejarme de Colter porque lo quiero. Es lo que tengo que hacer. Me he perdido en sus dulces palabras, en sus sonrisas y en su valentía. Él nunca se ha apartado de mí. Solo quería ayudarme. Lo mínimo que puedo hacer es dejar que se vaya para que no tenga que pasar por lo que acabo de pasar yo con Deán.

Nadie se merece algo así.

Me monto en el coche y enciendo la calefacción al máximo. En la pantalla de mi móvil aparece su nombre e intento pensar en la manera de terminar lo nuestro por teléfono para no tener que quedar como una imbécil en esta situación. Aunque supongo que me va a tocar ser una imbécil de todos modos. Así que le llamo.

Colter responde al primer tono.

—Hola, guapa. ¿Cómo estás? —dice con una voz grave surcada de preocupación.

Mi corazón se hunde en un abismo vacío.

—Estoy bien.

—Pues por tu voz no lo parece. ¿Qué ha pasado? ¿Te has hecho daño? —dice él, presa del pánico.

—Deán Prescott ha muerto. Se ha pegado un tiro esta tarde.

Silencio.

—Oh, Dios mío.

—¿Podemos vernos en The Beanery? —le pregunto.

—Sí, claro. Llego en diez minutos.

Un cuarto de hora más tarde estamos los dos sentados a una mesa, frente a frente. Somos los únicos clientes del local. Es tarde, y la mayoría de la gente, a estas horas, se pasa al café descafeinado. La última vez que estuvimos aquí las cosas no fueron mejor. Al parecer, es aquí donde empiezan y terminan

todas las conversaciones malas.

—Yo no lo conocía, pero menuda... mierda.

Sostiene en la mano un sobre de azúcar y lo agita una y otra vez.

—Era amigo mío. Nos conocimos de niños. Jackson también era su amigo en aquel entonces.

Ahora es cuando debería decirle que yo ya lo sabía. Tal vez lo entendería.

«Tienes que dejar que se vaya.»

«Tienes razón.»

Se inclina sobre la mesa y me toma la mano.

—Yo estoy aquí, para lo que sea, lo sabes, ¿verdad?

Asiento, pero esquivo su mirada. No quiero ver el dolor en sus ojos cuando le diga adiós. Doblo el borde de la carta plastificada y lo desdoble. Me siento cada vez más nerviosa, y quiero dejar de estarlo, quiero gritar hasta que no me salga la voz.

Él arquea una ceja.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —Deja el sobre de azúcar sobre la mesa y me mira pensativo.

—No es nada. Estoy bien. —Es mi respuesta habitual. Lo digo tanto que debería tatuármelo en la muñeca.

Él me observa atentamente.

—No, no lo estás. ¿Qué te pasa? No es solo por lo que ha ocurrido con Deán. Lo noto.

Le suelto la mano y vuelvo a jugar con la carta, que acabo estampando contra la mesa.

—¿Lo notas? Nos conocemos desde hace un mes —le digo, cortante.

Él tuerce el gesto.

—Lo siento... Quiero decir que... —Esto está siendo más difícil de lo que creía. No sé si voy a poder pronunciar las palabras que debo decir. No quiero decirlas.

«Lo quieres. Hazlo.»

—Creo que deberíamos separarnos durante un tiempo —suelto antes de cambiar de opinión.

Él abre un poco más los ojos, pero no parece demasiado sorprendido.

—No.

—Bueno, en realidad no es una pregunta.

—No pienso permitir que me apartes de tu lado. —Vuelve a alargar la mano para coger la mía, pero yo la retiro antes. Intenta ocultar que le ha

dolido, pero yo ya lo conozco. Conozco sus sonrisas y sé que es dolor lo que siente. Capto los latidos de su corazón en mi piel, y sé que va a reírse antes de que se ría.

—Tú no puedes opinar.

—Pero formo parte de esto igual que tú. No puedes apartarme de tu vida. Yo ya sé de qué va todo esto. Deán no...

—¿No qué? ¿No quería hacer lo que ha hecho? ¿No estaba tan enfermo como yo? Venga, Colter...

—Sé que estás asustada, pero puedo ayudarte. Puedo...

—¿Salvarme? —Me río, aunque no es gracioso—. ¿Quieres que me ponga mejor? Tienes que dejar que lo haga —le miento. Me cuesta mucho todo esto, me cuesta mucho mirarlo a los ojos—. Yo no te convengo. Eso lo sabemos los dos —le susurro.

—Estoy enamorado de ti. No es un rollo de instituto. Esto es de verdad. Un amor que ni Nicholas Sparks sabría describir con palabras.

Cierro los ojos y lucho contra el dique de lágrimas que amenaza con desbordarse.

—Tú ya sabías que esto iba a terminar de un modo u otro. Lo hago por ti.

—No. Lo haces por ti. —Sujeta la mesa con tal fuerza que los nudillos se le han puesto blancos—. No lo hagas. —Baja la mirada y suelta la mesa. Ladea la cabeza y me mira con expresión sincera, desesperada—. Podemos frenar un poco... Yo puedo... no sé, llamarte menos, si tú quieres, pero no me echas de tu vida.

Parece desesperado, y cada vez que habla respira más deprisa.

Yo me trago la bilis que se me acumula en la garganta.

—Tengo que hacerlo. Lo siento.

Aparto la carta y me levanto.

Él me agarra por el brazo.

—Tú también me quieres. Lo sé. En eso no puedes mentirme. Te veo. Te veo a ti de verdad.

Quiero decirlo. Quiero decirlo. Pero debo decir algo para conseguir que me deje en paz. Para siempre. Algo que debería haberle dicho hace mucho tiempo. Me pongo muy seria, hago un último esfuerzo por no llorar.

—Yo no puedo redimirte por lo que le pasó a Ryan. Eso no es amor.

Le suelto la mano, salgo corriendo del restaurante. La luna ilumina la noche. No me vuelvo a mirar atrás.

Los rayos de luna motean mi piel en el coche, en el camino de vuelta a



casa. Bajo las ventanillas y dejo que el pelo se agite libremente alrededor de la cara. Me seco la lágrima un millón que he derramado en la última media hora. Dejar a Colter es lo más duro que he hecho en mi vida, y no sé cómo voy a soportarlo. Tengo que aguantar cuatro días más. Qué idiota he sido enamorándome de él. Era algo que tenía que acabar. Y seguro que él ya lo sabía. ¿Acaso creía en serio que yo cambiaría de idea solo porque me implicara en el baile de Atticus, solo porque me dijera que me quería?

Es como si existiera una conexión invisible que me llevara hacia él, que me hiciera cambiar todo lo que quiero hacer. Debo cortar eso de raíz, o nunca culminaré mi plan. He sido cruel. Mi corazón puede soportarlo, pero él ya ha perdido a un hermano. Miro por el retrovisor y me planteo si debo regresar y decirle que lo quiero. Que si las cosas fueran distintas yo sería todo lo que él quisiera que yo fuera, todo lo que quiero ser. Él entenderá que así es mejor. Todo el mundo lo entenderá.

Mi madre no está en casa cuando llego, y la escalera se hunde un poco bajo la contundencia de mis pasos. Mi dormitorio está igual. Vacío, desnudo y frío, como yo después de tanto tiempo guardando estos secretos. Despego el póster de Duran Duran y lo enrolló para regalárselo a Jackson. Tengo el libro de cálculo en la mochila. Después se lo daré a Janie. A Colter no tengo nada que darle.

«Ya le has dado algo: tu corazón.»

*2 días*

Los adorables ojos verdes de Deán observan desde una foto tamaño felpudo junto a un lujoso ataúd de bronce, en la sala de la funeraria. Jackson, Colter y yo estamos de pie al fondo, sumándonos al mar de negrura. Colter y yo no hemos hablado desde la noche en The Beanery. Jackson, situado entre los dos, no deja de mirarnos, como si fuéramos dos robots rotos que necesitan arreglo.

—¿Qué está pasando aquí? —me pregunta Jackson mirándome y arqueando una ceja.

—No sigas —le digo yo.

Colter me mira al oír mis palabras, y su gesto es una mezcla de enfado y preocupación. No consigo mantenerle la mirada.

Jackson levanta las dos manos.

—Está bien.

Los padres de Deán están delante, atendiendo a parientes y amigos de la familia. También han venido otros chicos del colegio, pero no muchos. Yo no contaba con que mi madre y Colter se conocieran en un funeral, pero el encuentro tenía que producirse de un modo u otro. Ojalá siguiéramos juntos. No puedo contarle que ya no. Me hará preguntas, y en este momento mi mente ya no puede absorber ninguna más. La veo entrar por la puerta mientras se quita su sombrero peludo. La observo para poder retenerla en mi memoria. La observo cuando ella no se da cuenta de que lo hago. No importa lo que le haya pasado en la vida, hay sinceridad en todos sus movimientos. Es sincera cuando se pone bien los zapatos, cuando se mete la camisa por dentro del pantalón, cuando se aparta un mechón de pelo de la cara. No puede evitarlo. Se quita el abrigo y lo cuelga con delicadeza en el perchero pequeño del vestíbulo. Aspira hondo y se frota las manos en las perneras, un hábito producto de los

nervios que yo he heredado. Alza la vista y la saludo.

El corazón me late con fuerza, de una manera rara, como si acabara de despertar de una hibernación de un año. Colter conversa con Jackson y no tiene ni idea de que mi madre se acerca. Debería advertírselo.

Mi madre me abraza durante un largo rato. Quiero que me suelte. Su abrazo es demasiado real. No quiero participar de este momento, no quiero estar abrazándola en el funeral de Deán.

Ella me suelta y me dedica una sonrisa sincera.

—Lo siento tanto... Era tan joven... Es que... Es que no tiene sentido.

Colter y Jackson se vuelven y ven a mi madre. Jackson la abraza, y los dos intercambian saludos y lamentaciones. Él le cuenta que Janie no ha venido: ha tenido que salir de viaje a visitar a su abuelo, que está enfermo.

Colter y yo estamos juntos, incómodos, y seguimos sin hablarnos. Él se muerde el labio y se mete las manos en los bolsillos.

—Mamá, este es Colter—le digo cuando ella se acerca a él dispuesta a abrazarlo.

Colter la abraza, y por extraño que parezca la escena no resulta embarazosa. Mi madre lo suelta al cabo de un momento, pero Colter sigue sonriendo.

—Encantado de conocerla, señora Stevens.

—Llámame Dahlia, por favor.

—Lamento que nos conozcamos en estas circunstancias —dice él pasándose la mano por el pelo.

—Yo también. —Suspira, y noto que está pensando en algo adecuado que decir—. Tienes que venir a cenar a casa un día de estos. Cocino una pasta con verduras de primera.

—Sí, claro —dice él, algo violento, y se echa un poco hacia atrás.

—Hace meses que no la preparas. Años, diría —intervengo yo.

—Calla, eso él no lo sabe.

Sonreímos educadamente, y entonces se hace un silencio, y todas las sonrisas y las risas desaparecen de pronto en toda la sala: los presentes han empezado a ocupar sus asientos.

Busco a Jackson con la mirada y lo encuentro sentado, mirando fijamente el ataúd de Deán con los ojos empañados y las manos sobre las piernas. Me siento junto a él, y mi madre ocupa la silla que queda libre al otro lado. Colter se sienta junto a Jackson.

El pastor de la iglesia de Deán se pone en pie frente al atril y pasa la mano

por la Biblia.

—Cuesta encontrarle un sentido a lo que ocurre en este mundo terrenal para que alguien quiera abandonarlo. Deán era un hijo de Dios, y aunque su partida es prematura, ahora él está con su Padre celestial.

El pastor baja de la tarima después de pronunciar algunas otras frases sobre el cielo y el camino de Dios.

Para ser sincera, me sorprende que haya dicho que Deán está con el Padre celestial. Yo creía que la mayoría de las religiones consideraban que los suicidas iban al infierno. Supongo que decir algo así en el funeral de alguien cuesta demasiado.

La madre de Deán sube al estrado con un pañuelo en la mano y se seca la nariz, que tiene muy enrojecida. Aprieta el puño sobre el pañuelo y lo apoya en el atril, echándose hacia delante para acercarse más al micrófono.

—A mi pequeño le encantaban las aventuras. Trepaba a todos los árboles y recorría todos los caminos. Una vez... —dice después de sollozar y hacernos llorar a todos—, creo que tenía siete años, fuimos al monte Santa Helena. Él quería recorrer todos los senderos. Garret y yo... —hace una pausa y se suena — no éramos tan mayores, pero no hacíamos mucho ejercicio. Pero Deán quería llegar a la cima. No llegamos arriba de todo, pero nos quedamos cerca. A Deán no le importó, pero este mismo año me comentó que le habría gustado alcanzar la cumbre para haber visto... —Ahora el llanto arrecia, y ya no se molesta en secarse con el pañuelo—. Quería ver cómo era la vida desde lo más alto de una montaña. Se preguntaba si todo se volvía más pequeño o seguía siendo igual y éramos nosotros los que nos hacíamos más grandes. —Se aparta un momento del micrófono y se recompone antes de proseguir—. Ahora, hijo mío, ya puedes ver la cima de cualquier montaña. De cualquier montaña que quieras.

No sé qué pasa en los funerales que la gente se pone poética. Di lo que sientas y ya está. El chico se ha ido de este mundo por voluntad propia. Indígnate. Enfádate con él por haberlo hecho. Quieres que alguien pague por ello, pero no hay nadie a quien echar la culpa. Y si él no está aquí ya no importa nada. Todo son palabras y frases vacías. Enfádate con Dios por darnos la libertad. Enfádate con la naturaleza por darnos un corazón que se rompe. Pero sé sincera.

Cuando la madre de Deán baja del estrado le da un golpe al micrófono sin querer, y se oye un chirrido espantoso. Todos torcemos el gesto, y algunos, instintivamente, se cubren los oídos. Pero yo no. De pronto todo cobra sentido;

ese ruido horrible al final de esas palabras tan emocionantes. La vida es hermosa hasta que se acopla el micrófono. Hasta que el sol vuelve a salir. Hasta que matas y ya no puedes dar marcha atrás.

En contra de mi voluntad, me descubro deseando ver a Colter, ver cómo reacciona. Mi mirada se encuentra con la suya, y espero encontrar en ella una expresión de tristeza. Pero es todo lo contrario. Aprieta mucho los dientes, tiene la mandíbula muy tensa, los puños cerrados con fuerza. Jackson tiene los ojos llorosos, muy abiertos, como si llevara demasiado tiempo mirando el sol. A mamá se le ha corrido el rímel.

Este es el aspecto que tendrá la gente a la que quiero cuando yo muera. Esos son los gestos que compondrán los rostros torturados y marchitos.

1 día

No puedo dejar de llorar. He llorado tanto esta noche que casi vomito. Qué duro es todo esto. Nunca había sentido nada igual. Ojalá esto anulara todos los demás sentimientos con los que despierto todas las mañanas. Deseo con todas mis fuerzas no tener que hacerle daño a nadie. Los recuerdos del funeral de Deán me dan vueltas en el cerebro como en uno de esos libritos de páginas que, si se pasan rápido, dan sensación de movimiento. Intento detenerlas, pero estoy obligada a ver los cambios de expresión del rostro de todos. Pienso en la madre de Deán y en su pañuelo arrugado, y en la historia que contó sobre la montaña, y en que de hecho yo no conocía tan bien a Deán, y en que estoy enfadada con él por no haberme contado esa anécdota. Tal vez habría podido pedirle que llegara hasta la cima de aquella montaña.

«Ya nunca llegará a la cima, y es culpa tuya.»

Cierro la taquilla y noto que hay alguien detrás de mí. Las voces del pasillo se amortiguan hasta convertirse en un zumbido. No quiero verlo. Me da miedo volverme. No me da tiempo, porque al instante Jackson ya está a mi lado, apoyado en otra taquilla.

—¿Cómo te va? —Levanto la vista para mirarlo y él tuerce el gesto—. Vaya, ¿tan mal?

Sé que tengo mal aspecto. Me he cepillado el pelo, pero solo un poco. Mi ropa está llena de arrugas, y es como si me hubieran dado el primer premio a la cara más demacrada.

—Bueno, Colter también está fatal, no sé si te interesa saberlo.

Cierro de golpe la puerta de la taquilla.

—Pues no, no me interesa.

Jackson me mira a los ojos.

—Está muy deprimido, todo el mundo lo nota. ¿Por qué le haces eso?

—Tú no te preocupes.

Jackson me mira con ese gesto tan suyo; ese que dice que no me cree, que le miento, que pretendo alejarlo de mí.

—Eres idiota.

—Eso ya lo sé.

Avanzo hacia la puerta que queda al otro lado del pasillo. Clase de lengua. Debería saltármela. Además, ¿qué importa ya? Si no voy a graduarme. Pero el colegio, las clases, me ayudan a pasar el día. Si no viniera, me pasaría las horas durmiendo y no despertaría nunca, ni siquiera para comer. Y cuando lo hago, mi madre se preocupa y se mete en todo. Y eso no puedo permitirlo. Tengo que jugar el juego. Ya estoy muy cerca. Siempre y cuando Colter no diga nada... Él no incumpliría la promesa que me hizo, ¿verdad? Yo todavía no he incumplido la que le hice a él.

Jackson señala la puerta con un movimiento de cabeza en el momento en que Colter entra en clase. Se me cae el alma a los pies. Me apoyo en la taquilla y aspiro hondo.

—Piensa al menos en la posibilidad de cambiar de opinión —dice Jackson—. Y cepíllate el pelo, por lo que más quieras. Empiezas a parecerte a la chica de *The Ring*.

Me dedica una sonrisa forzada y se aleja.

Entro en clase y me echo el pelo sobre la cara, como si fuera una cortina. Jackson tiene razón. Seguramente me parezco a la chica de *The Ring*. Me siento enseguida, evitando a Colter. No puedo permitirme verlo, ver sus ojos, sus labios. Si lo hago, estaré perdida. Abro el libro de texto y me concentro en las páginas. Las palabras aparecen borrosas, y el corazón empieza a latirme con fuerza y me retumba en los oídos. Me los tapo y me parapeto detrás de mi pupitre. Debo de parecer una loca.

La clase pasa deprisa y consigo no mirar a Colter ni una vez. Me levanto y me dirijo a la puerta a toda velocidad, pero alguien llega hasta ella simultáneamente y los dos nos movemos para cedernos el paso, en una danza ridícula. Entonces me doy cuenta de que es Colter, y nuestras miradas se encuentran. Yo lo miro desde detrás de mi cortina de pelo, y al momento se sucede la misma secuencia de emociones, como si estuviera tachándolas como se tachan los días de un calendario: amor, sensación de seguridad, desgarró en el corazón, culpa, vergüenza, amor, arrepentimiento, amor. Las ojeras inmensas, muy visibles, se han oscurecido y destacan más con la palidez de la cara. Su expresión general es la de una persona destrozada. Y sé, sin la menor

duda, que ese será su aspecto cuando yo me vaya.

¿Por qué tuve que organizar este plan absurdo? ¿Por qué no se disparó la escopeta y ya está? ¿Por qué ha tenido que acercarse tanto a mí? Intento pensar en algo que pueda decirle y que le haga sentir mejor, pero no se me ocurre nada. Nuestros ojos se encuentran durante un breve segundo, y salgo de clase enseguida y me dirijo a la puerta del colegio. No puedo. Queda solo un día para Halloween. Llego al coche y me apoyo en la ventanilla. Le doy un puñetazo al cristal y suelto un grito que es más un gruñido.

—Parece que te estás tomando todo esto tan bien como yo.

Al oír la voz de Colter me sobresalto y cierro los ojos. ¿Por qué no me deja en paz? Extiendo las palmas de las manos sobre la ventanilla.

—Vete.

—No.

Vuelvo a soltar ese grito que es una especie de gruñido.

—Por favor.

—Estos tres días han sido de los peores de mi vida, joder.

Me vuelvo, gimoteando un poco. Todavía tengo convulsiones en el pecho del ataque de llanto. Se ve tan débil, tan distinto del chico optimista y seguro de sí mismo que conocí... Y se lo he hecho yo.

—Para mí también.

Se acerca más y yo aprieto la espalda contra la ventanilla del coche.

—¿Por qué me estás haciendo esto y te lo estás haciendo a ti misma?

Tiene todo el derecho a preguntármelo, pero ya conoce la respuesta.

—Ya lo sabes.

Colter abre mucho los ojos, y después se relaja. Aspira hondo.

—No has cambiado de opinión. Te he fallado.

Se encoge de hombros, derrotado.

Estoy segura de que nota la confusión y el dolor en mi rostro. Lleva tiempo sabiéndolo y no ha dicho nada.

—Tú no me has fallado. Pero no entiendo por qué sigues intentándolo.

Él alza la vista al cielo y una pequeña lágrima resbala por su mejilla dejando un rastro brillante a su paso. Baja los ojos y me mira.

—Porque te quiero, Ellery. Y cuando quieres a alguien intentas aliviarle el dolor. —Se seca la lágrima y se incorpora un poco más, como si intentara demostrar que no le afecta—. No estoy seguro de cuánto tiempo más vas a tenerme a tu lado. Pero yo quiero estar contigo más de lo que he querido nunca nada. Ya he visto lo testaruda que eres. No soy tonto. Lo noto en tus ojos. Lo



he visto otras veces.

—En los de Ryan.

Colter asiente.

—Sabía que estaba deprimido, intenté ayudarlo. Llegué incluso a llamar al hospital, pero colgué y no dije nada. No podía hacerlo. No podía traicionarle. —Mira a lo lejos. El pelo que le sobresale de la gorra se mueve con el viento y cae sobre su frente. Tiene que retirárselo—. Después de aquello yo insistía una y otra vez, y él repetía que no importaba. —Vuelve a fijarse en mí—. A ti no voy a insistirte, no voy a presionarte. Si quieres morir, yo no puedo impedirte. Eso ya lo sé —dice en voz muy baja.

Querría decirle que estoy bien, y que fuera verdad. Haría cualquier cosa por borrarle esa expresión de su cara, por recuperar la otra, la que tenía antes de conocerme.

—¿Vas a contárselo a alguien?

Suelta un gruñido de desesperación.

—Tengo que hacerlo. Sé que debería hacerlo. —Se quita la gorra y se pasa la mano por el pelo—. Por favor, no me obligues a hacerlo. —En sus ojos hay desesperación, confusión, temor—. Te dije que te daba hasta Halloween, pero no puedo ignorar que... —Empieza a caminar de un lado a otro, y se va dándose puñetazos en las piernas.

Debo poner fin a todo esto. Lo agarro y lo acerco a mí.

—Colter.

Me sujeta por los hombros como hizo en el cementerio.

—Dime que no lo harás. Dime que cambiarás de opinión y te quedarás conmigo.

—Yo...

Sus dedos se me clavan en el hombro, pero no creo que él se dé cuenta.

—Por favor... —me suplica con los ojos iluminados por un anhelo desesperado y la respiración entrecortada por la preocupación.

Las lágrimas resbalan por mis mejillas. ¿Puedo volver a mentirle? ¿Serviría de algo? Está tan desesperado que creo que sería capaz de creerse cualquier cosa, lo que me convierte en un ser humano espantoso por lo que estoy a punto de hacer, pero debo hacerlo. Entro en la madriguera y encierro lo que siento por Colter, y consigo mentirle una vez más.

—Está bien —le aseguro—. Está bien.

Me suelta el hombro y me lo acaricia, como si se disculpara por habérmelo apretado tanto. Se le iluminan los ojos de alivio, y se le saltan las

lágrimas. Me dedica una sonrisa traviesa que hace que me derrita ahí mismo, apoyada en el coche. Se acerca más, me agarra un mechón de pelo y lo enrolla alrededor de uno de sus dedos.

A mí nunca me había amado nadie. Ningún chico. Ningún chico me había besado. Es como una lengua extranjera. No sé hablar la lengua del amor. No sé cómo se forman las palabras.

Le paso los brazos por la cintura y lo atraigo hacia mí. Él me acaricia las mejillas y me cubre la boca con la suya. Noto el sabor salado de sus lágrimas. Se mezclan con las mías, y tenemos la nariz tapada, pero no me importa. La tensión de sus músculos se afloja y su cuerpo se funde con el mío, y me siento tan bien... Lo beso como si la respuesta a la vida estuviera en sus labios. Él me besa a mí como si ese beso fuera el último que vamos a darnos. Llora más, y las lágrimas caen sobre nuestros labios unidos. No paro. Empiezo a sollozar, pero el beso continúa. Noto que él se estremece, y yo tiritito de frío. Le paso las manos por el pelo y se le cae la gorra al suelo. Él pega más su boca a la mía, como si nuestros labios hubieran nacido así, unidos. Si lo suelto, todo esto terminará, y no quiero que termine nunca.

Colter interrumpe el beso y une su frente a la mía.

—No voy a abandonarte, ¿de acuerdo? Así que deja de apartarme de tu vida.

Asiento y me seco las lágrimas de la boca. No sé bien si son mías o tuyas.

### Halloween

Es Halloween y me he puesto la máscara de Alegre Ellery para poder sobrevivir al baile. Lo hago por Colter, por Atticus y sus amigos, a los que prometí que iría. A mi alrededor todo está borroso, como si viera mi vida a través de un cristal empañado. Bloqueo todos mis malos pensamientos y me concentro en el baile.

Cada cosa a su tiempo.

Colter y yo nos cruzamos con un rockero que lleva una ropa bastante parecida a la mía, con una chica al estilo *Grease*, con dos Michael Jacksons e incluso con varias chicas disfrazadas de la Molly Ringwald de *La chica de rosa*.

—*Grease* no es de los ochenta.

—Pero tú eres la única que lo sabe —dice Colter pasándome el brazo por el hombro.

Mis pantalones de cuero ya me están irritando las piernas y empiezo a arrepentirme muy seriamente de la peluca rosa. Me pica tanto la cabeza que estoy segura de que ya la tengo llena de granos. Colter lleva el pelo de punta, unos vaqueros medio rotos y una chaqueta de cuero roja como la de Michael Jackson. A mí me gustaría gritar que los ochenta fueron algo más que Michael Jackson. ¿Dónde están Duran Duran? ¿Dónde está Madonna?

Pero me he precipitado: en ese mismo momento aparece a mi derecha una niña de ricitos rubios y un sujetador en forma de cono.

—Nunca había visto tanto fosforito —comenta Colter pasando la vista por el aparcamiento.

—Sí. Y eso que el fosforito estuvo más de moda a principios de los noventa. Pero bueno. Ha venido mucha gente —le digo—. ¿Dónde está Atticus?

—Ha salido de casa antes que yo. Supongo que ya es demasiado mayor para esperar a su hermano —comenta algo decepcionado.

—A lo mejor va a tener suerte esta noche —digo yo en broma.

Colter abre mucho los ojos y me da una palmadita en el culo.

—Retira eso.

Me echo a reír.

—¿Ya le has hablado «de hombre a hombre»?

Me agarra y tira de mí para darme un beso rápido.

—No pienso consentir que mi hermano se acueste con una chica antes que yo esta noche.

Me sujeta por los pantalones de cuero y vuelve a atraerme hacia sí para llegar a mis labios una vez más. Me levanta y mi cuerpo se roza con el suyo. Nos besamos durante unos segundos antes de darnos cuenta de que estamos en un baile infantil.

Desciendo por su cuerpo hasta volver a tocar el suelo con los pies.

—Si te portas bien, a lo mejor te dejo ver lo que tengo debajo del cuero.

No me puedo creer que esas palabras acaben de salir de mi boca. Es como si cuando estoy con él me convirtiera en otra persona.

Él gruñe un poco y se saca algo del bolsillo. Unos pendientes de plástico de color rosa. Totalmente ochentero.

—Mi madre me ha pedido que te los regale —dice, emocionado.

—¿Cómo?

—Dice que es en son de paz.

Sonríe.

—¿Y qué le has dicho tú?

—Simplemente, le he hecho comprender que si no te acepta me voy. Después de eso ha dado su brazo a torcer enseguida.

Me entrega los pendientes.

—Supongo que no me entrará veneno en las orejas o algo así, ¿verdad? —le digo poniéndomelos.

—Dudo que haya usado el veneno más fuerte. Ese lo reserva para sus peores clientes. No hay peligro.

Me dedica su sonrisa más boba y encantadora y me muestra todos los dientes.

Me río.

—Gracias, supongo.

Me rodea con los brazos y me besa en la cabeza.

—Deja que me preocupe por ti.

Entramos en el baile. La música atruena desde veinte altavoces. La sala está completamente cambiada. Hay esqueletos, telas de araña y fantasmas colgando del techo, en tonos negros y anaranjados. En el fotomatón, cubierto de telarañas, hay una cola de al menos veinticinco personas. Los niños bailan y se ríen. Es una escena sacada directamente de alguna película de terror para adolescentes, de esas tan tópicas. Temo que en cualquier momento me caiga en la cabeza un montón de sangre de cerdo.

Colter ve a Phillip en el otro extremo del salón de baile y le hace una seña. Yo me oculto detrás de él. No me atrevo a mirarlo a los ojos. Desde la noche en que nos besamos he estado evitándolo. Phillip se acerca y, por el camino, agarra a Kristyn y yo me acurruco aún más detrás de Colter. Desearía estar en cualquier parte menos aquí. Colter me mira como si me hubiera vuelto loca y me arrastra hacia delante, junto a él. En ese momento Phillip y Kristyn llegan a nuestro lado. Él va vestido como Prince, con sus botas en punta y su mono brillante de color púrpura. Si no estuviera tan nerviosa me estaría riendo a carcajadas de su aspecto. Kristyn viene de Madonna. No sé por qué me preocupaba que no hubiera Madonnas. Mire donde mire veo a rubias de tetas puntiagudas. Kristyn no las lleva, pero se ha puesto un traje de baño dorado del que cuelgan unas borlas. Veo a Jackson y a Janie en la otra punta. Nos saludan y me hacen señas para que vaya con ellos. Desde donde estoy diría que van vestidos de dos de los cantantes de Village People.

Phillip y Colter se chocan los puños.

—Esto es un muermo, joder —dice Phillip—. No sabía que tendría que venir a esta mierda.

—¡Vas vestido de Prince! —Colter se ríe tanto que oigo las carcajadas a pesar del volumen de la música—. Sabes perfectamente que querías venir solo para poder vestirme así.

Phillip aprieta los labios y fulmina a Kristyn con la mirada.

—Ya no les quedaba nada más —se justifica ella mientras entrelaza el brazo con el suyo.

Yo tuerzo el gesto.

—Buen disfraz, Ellery —dice ella.

—Gracias —respondo yo con un hilo de voz, aunque estoy segura de que no es sincera.

Phillip me mira durante un momento y vuelve a centrar la atención en Colter.

—¿Y vosotros dos sois algo? —pregunta.

El corazón me da un vuelco. Me recoloco la peluca rosa.

—Podría decirse que sí —responde Colter tomándome de la mano.

Al contacto con la suya, la piel me arde al instante, y en ese momento desearía estar en cualquier parte menos ahí.

—Voy a reunirme con Jackson y Janie —informo, apartándome un poco de Colter, que baja los ojos y me mira con afecto. Sabe que quiero marcharme de inmediato y me suelta la mano despacio. Finalmente, conteniendo el aliento, consigo huir.

Jackson lleva zahones y sombrero de cowboy, y Janie va vestida de marinera. Él me pasa el brazo por el hombro.

—¿Ese de ahí es Phillip vestido de Prince? —pregunta entre risotadas.

—¿Y tú te ríes? Si vas de Village People...

—¿De Village? —Se ríe y me suelta para volver junto a Janie—. Voy de cowboy —dice convencido.

—Y yo de oficial de Marina —suelta Janie sin inmutarse, pero no aguanta más y se parte de risa—. Qué pantalones de cuero tan bonitos. Buena suerte cuando tengas que quitártelos.

Me rasco un poco a la altura de la cintura. Los llevo tan pegados a la piel que parecen ventosas.

—Te recuerdo que fue idea tuya que me los pusiera.

Ella se ríe y le da un sorbo al ponche.

—Al final la decoración ha quedado bien.

—Mejor de lo que creía.

Busco a Atticus con la mirada y lo encuentro en una esquina, con Grace. Va vestido de punk, con una cresta en el pelo y una billetera con cadena. Grace es Cyndi Lauper con su pelo naranja eléctrico que resplandece bajo la iluminación de la sala. Los dos están muy juntos, se susurran cosas, se ríen.

—Oh, oh, eso no me gusta nada —dice Jackson señalando con la cabeza hacia Colter y Phillip.

Me vuelvo y veo que se miran con odio.

Dios. No debería haberlos dejado solos. Me despido de Jackson y de Janie y regreso junto a Colter.

—Esa tía está loca, Colt—oigo que dice Phillip, que me da la espalda.

Colter se seca las manos en los vaqueros con un gesto que es una mezcla de desconcierto y enfado.

—No está loca.

Afectada, me escondo detrás de una columna que hay cerca. No puedo meterme en la conversación.

—¿Te ha contado que Jackson tuvo que rescatarla del cementerio? —interviene Kristyn—. Lo vi con mis propios ojos. Tuvo que llevársela de allí. Estaba fatal.

—Su hermana murió. Ella lo ha pasado muy mal, eso es todo.

—Me dijo que quería besarme. Nos besamos, y entonces ella me apartó como si quisiera violarla, joder —insiste Phillip—. Te lo advierto. Deja a esa zorra antes de que te joda la vida.

Colter aprieta los puños. Se ha puesto muy colorado y entorna los ojos.

«Tiene razón. Tú puedes impedirlo.»

—Bueno —dice Phillip sin fijarse en los puños apretados de Colter—. No digo que no sea un buen polvo, pero...

Colter interrumpe a Phillip con un puñetazo en la cara. Phillip se tambalea hasta la columna tras la que yo me oculto. Me aparto y me quedo ahí de pie, incapaz de reaccionar.

Pero Phillip no tarda en hacerlo, regresa junto a Colter y le golpea en el estómago. Él se dobla por la mitad y cae al suelo.

Kristyn me ve y empieza a gritar.

—¿Estás contenta? Esto es culpa tuya.

Me acerco más a ellos e intento agarrar a Colter por el brazo, separarlo de Phillip, sin éxito.

—Colter, para ya. ¡Tiene razón! ¡Para ya! —le grito.

Colter alza la vista en el momento en que Phillip le lanza un último puñetazo a la cara.

Los dos se levantan.

—Estamos en un baile infantil, por Dios —digo yo.

Alejo a Colter de Phillip. Los dos tienen la cara ensangrentada y se la secan.

Una de las vigilantes más viejas, de cara huesuda, viene hacia nosotros con el gesto adusto.

Colter sigue indignado, intenta apartarme. Yo le apoyo las manos en el pecho, le bajo la barbilla y lo miro a los ojos.

—Tiene razón. Soy un desastre. Así que deja de defenderme.

Me vuelvo hacia Phillip, que se seca la nariz ensangrentada y mira a Colter con ojos asesinos.

—Seguramente eres un gilipollas, pero tienes razón en lo que dices de mí.

¿Quieres una medalla?

Phillip me dedica una última mirada de odio y se aleja acompañado de Kristyn. La vigilante los intercepta. No oigo lo que dice, pero se fija en su cara. Menea la cabeza y nos mira a nosotros.

Colter se agacha, se lleva la mano al estómago y yo me acuclillo un poco para verle mejor los ojos.

—Tenemos que salir de aquí.

Él se limpia la nariz ensangrentada pero no dice nada.

Le agarro la mano y lo arrastro hacia su coche. Él no quiere, se resiste durante todo el camino. Le quito la llave que guarda en el bolsillo y me pongo al volante después de abrir la puerta del copiloto.

—Tenemos que cantar. Debemos volver —dice él.

—¿Estás de broma? Mírate. Además, la zorra esa, la frígida, no parecía muy contenta.

—Tienes un dueto con Janie.

—Pues acaba de convertirse en un solo. Así que cállate.

Guarda silencio durante todo el trayecto. Mi madre está trabajando y la casa esta oscura, fantasmal. Colter abre la puerta del coche y sale hecho una furia. Se detiene frente a la puerta, y solo entonces parece darse cuenta de dónde estamos.

Se vuelve a mirarme.

—¿Por qué estamos aquí?

—Estás herido. Tengo que curarte.

Él me fulmina con la mirada.

—¿Por qué has dicho eso?

Busco en mi mente, pero no encuentro nada.

—¿He dicho qué?

—Que eres un desastre. Que Phillip tenía razón. ¿Por qué lo has dicho?

—Porque lo soy.



Colter aprieta los dientes con fuerza pero no dice nada. Yo lo arrastro hasta la casa y nos dirigimos directamente al baño. Le indico que se siente en el inodoro. Él obedece a regañadientes y por primera vez veo en su rostro que está enfadado. Muy enfadado. Conmigo. Abro el botiquín, saco una pomada y la aplico sobre una gasa que he encontrado en el cajón que hay junto a la puerta. Le levanto la barbilla y me fijo en su cara: está amoratada y ensangrentada, y tiene un corte inmenso en la mejilla, que no sé con qué se ha hecho.

—¿Es que Phillip no se corta nunca las uñas? Mierda, es muy profundo.

Colter se limita a mirarme mal, con los ojos llenos de tristeza, preocupación y más enfado. Yo intento no mirarlo. Empapo la gasa y empiezo a limpiarle la herida.

Él ahoga un grito de dolor.

—Lo siento. Ya casi estoy. —Me inclino sobre él y le aplico pomada, esparciéndola sobre el corte, y termino eliminando los restos de sangre. Tiene la nariz y el ojo amoratados, y el corte es profundo, pero está bien—. Mi héroe —le digo, agachándome un poco para darle un beso en la punta de la nariz—. Gracias.

Lo beso en los labios, pero él no me besa a mí.

Abro los ojos y veo que vuelve a mirarme con resentimiento.

—Te ha llamado puta y a ti ni siquiera te importa. Solo me importa a mí. Me preocupo demasiado.

Se levanta de golpe y empieza a caminar de un lado a otro, como ayer en el colegio.

—Aún lo veo en tu mirada.

Yo aparto la vista.

Se vuelve bruscamente hacia mí.

—Me dijiste que lo intentarías. —Se ríe amargamente—. Soy un idiota. Te creí.

Ante eso, no sé qué decirle, así que me callo. Ya no puedo seguir mintiéndole.

Cierra los ojos con tal fuerza que ni las lágrimas pueden escapar de ellos. Lleva la angustia dibujada por todo el cuerpo, está en su postura, en su rostro.

—No puedo perderte a ti como lo perdí a él. No puedo. —Abre los ojos y se pasa la mano por el pelo. Como lo lleva engominado, se le queda de punta—. Tengo que creer que llegaste a mí por algo, que no fue casual, que de algún modo, a causa de lo que le ocurrió a Ryan, me fuiste enviada. Y me estoy enamorando, y no sé qué hacer. ¿Qué puedo hacer?

Le sujeto la cara, me concentro en él y le digo la única cosa que sé que le hará sentir mejor, que pondrá fin a su diatriba.

—Te quiero.

Al pronunciar esas palabras me las creo. Las siento. Soy yo la que las dice, no la Alegre Ellery.

El pone cara de sorpresa, y yo vuelvo a hundirme en sus profundidades. Lo beso yo primero, y después me besa él, un beso apasionado, desesperado. Me saca del baño y me lleva a la habitación. Me empuja hasta la cama, y estoy perdida. No pienso más que en él y en su cuerpo acariciándome. Lo hace con cautela, tentativamente. Pero yo lo atraigo hacia la cama. Se tiende sobre mí y siento la tibieza de su cuerpo, y por primera vez en mucho tiempo no tengo miedo. Sé lo que quiero.

Es él.

Colter pasa de mis labios a mi cuello, desciende con sus besos por mi piel, me provoca escalofríos con la estela que dejan. Se detiene y me mira.

—¿Estás segura de que es lo que quieres?

No dudo.

—Sí.

Él sigue besándome mientras intenta quitarse la cazadora de cuero rojo de Michael Jackson. Le cuesta bastante, y yo hago esfuerzos por no reírme porque sé que si lo hago echaré a perder la magia del momento. Pero al final no puedo más y se me escapa una carcajada. Finalmente libera un brazo y empieza a agitar el otro para que la cazadora caiga por su propio peso. Me mira y pone los ojos en blanco. Yo le agarro la manga y tiro de ella. Me quito la peluca rosa y me maldigo a mí misma por llevar los pantalones ajustados de cuero, que son como un cinturón de castidad. Él intenta quitármelos con movimientos

seductores, pero no lo consigue porque el cuero se pega a mi piel. Vuelvo a reírme, y al fin consigo quitármelos sin tener que untarme con aceite. Mientras Colter se quita la camisa y unos calcetines plateados, sigue besándome. Pieza a pieza, el uniforme de Michael Jackson va cayendo al suelo desde mi cama.

—Enséñame tu tatuaje —le digo al recordar lo que me comentó un día.

Él se vuelve y veo unas palabras dibujadas en el costado.

—¿Es lo que creo que es? —le pregunto, pasando los dedos sobre la tinta azul marino.

—Sí.

—Ah... Interesante.

Sonríe, me atrae hacia sí, nuestras pieles se unen como cera caliente. A los pocos segundos ya estamos completamente desnudos, mirándonos a los ojos. Yo me acobardo un poco e intento cubrirme, avergonzada, no de mi cuerpo sino por dejar que otro lo vea, por dejar que otra persona conozca esa parte de mí, la que mantengo oculta. Él me dedica una media sonrisa y saca un condón de la billetera. Se vuelve rápidamente, desciende sobre mí y sigue besándome hasta que me falta el aire. Al principio me duele. Mi cuerpo es pequeño y me da miedo dejarlo entrar. Pero a medida que sus manos me acarician allí donde sus labios me han besado, empiezo a sentir ese calor que ya conozco. Nuestros cuerpos se funden a la perfección, como ese rompecabezas tan difícil que finalmente encaja, aunque los extremos son caóticos y maravillosos.

Después nos quedamos en la cama abrazados. Su cuerpo sudoroso se acurruca junto al mío, como si necesitara que siguiera viva. Su respiración choca suavemente contra mi cuello y me eriza el vello.

Es demasiado.

Las paredes empiezan a cerrarse sobre mí una vez más, y de nuevo me pregunto por qué no puedo ser feliz sin contrapartidas. Intento apartarme de su abrazo, pero él me trae hacia sí y murmura unas palabras dulces que yo no oigo porque los latidos de mi corazón retumban en mis oídos.

Vuelvo a notar el calor que me quema la boca del estómago. Ascende por mi sangre hacia la garganta. No quiero salir corriendo. No quiero. Quiero quedarme entre sus brazos y ser normal. Me libero y él se sienta y se cubre con la sábana. Se ve muy vulnerable, como si pudiera tumbarlo con una pluma. Es como si supiera que iba a hacer lo que estoy haciendo pero conservara una mínima esperanza. Es algo que me desgarrá. Está demasiado cerca. Se ha acercado demasiado a mí.

Me visto con unos vaqueros y una camiseta.

—Tengo que... ir a un sitio. Lo siento —le digo, y salgo disparada de la habitación.

—¡Ellery, espera! —me grita él.

Oigo que sus pies pisan con fuerza la moqueta, como si acabara de saltar de la cama.

Me monto en el coche y arranco, maldiciéndome por dejarlo ahí, por huir de nuevo. Conduzco hacia el único sitio donde sé que debo estar en este momento.

El viento sopla con fuerza y el cielo se abre para mí. Los rayos de luna me guían hacia el borde del puente. Paso una pierna por encima de la barandilla, y después la otra. Circula un coche y me agacho. Mis ojos se encuentran con el río, abajo. En la oscuridad cuesta ver el movimiento, pero el rumor constante del agua resuena con violencia bajo el puente.

Pasa otro coche y vuelvo a levantar la cabeza, agarrándome del borde de la barandilla. Lo único que tengo que hacer es soltarme. Sería imposible que

sobreviviera. El agua está fría y es impredecible. El aire gélido me agita el pelo y me lo echa sobre la cara, me cubre la garganta y adormece todo mi interior. Se me pone la piel de gallina. Cierro los ojos. No hay milagro que me salve esta vez.

El motor de un coche suena a mis espaldas. Agacho la cabeza, pero las ruedas chirrían al frenar sobre el asfalto. Ha llegado alguien. Me vuelvo y veo el Escalade de Colter.

—Mierda —digo, y mi voz se pierde en la noche.

Oigo que una puerta se cierra con fuerza y le veo la cara. Está llena de dolor, de ira, y de algo más. Parece cansado. Cansado de luchar por mí. Cansado de preocuparse por si voy a huir cada vez que dice o hace algo.

Yo también estoy cansada.

Se ha puesto una camiseta blanca mugrienta encima, pero sigue llevando la ropa de Michael Jackson.

—¿Qué estás haciendo? Ya ni siquiera lo sabes, ¿no?

—No —respondo con un hilo de voz—. Creía que iba a poder. Intentar ser la Ellery de verdad, no la falsa. Contigo he sido la de verdad. Ella estaba contenta. Tú la pusiste contenta. —Tirito de frío y de la emoción de verlo. Las nubes han cubierto la luna y mi sombra desaparece, pero solo un instante. Sé que regresará cuando vuelva la luna.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema? —me pregunta con desesperación en la voz—. ¿Qué tengo que hacer? Dímelo y lo haré.

Aprieto mucho los puños e intento no gritarle. No es culpa suya no entender lo que se siente.

—Es que eso es lo que la gente no entiende. Que no puede hacer nada. Nadie puede hacer nada.

Me mira con su cara de pena. No quiero que me mire así.

—No lo hagas. Por favor.

—Debo hacerlo. No tengo otra manera de librarme de todo lo que tengo dentro.

Da un paso hacia mí.

—Tu vida podría ser mejor. Yo me aseguraría de que lo fuera.

El sentimiento de culpa se revuelve en mi interior y confunde mis emociones.

—Tú no puedes arreglarme. Estoy rota —le digo en voz baja.

Le da un puñetazo a un lado del puente, y suelta un sonido que no es un grito ni un gruñido, sino una combinación de los dos.

—Habla conmigo. Te ayudaré. Las cosas no tienen por qué ser así.

—Tienen que ser así.

Se vuelve y me agarra por los hombros.

—Yo puedo ayudarte. Solo tienes que dejarme. Me encargaré de todo. —  
Baja la cabeza—. Dios, me siento totalmente impotente, joder.

—Yo nunca te he pedido ayuda.

Intento zafarme de sus manos, que me aprietan.

Me suelta y se incorpora. Arrastra un poco los pies sobre el frío asfalto.

—Te quiero. Quédate. Quédate por mí. A la mierda todo lo demás en este momento —dice con la respiración entrecortada.

—Ojalá pudiera. Lo siento. —Debo apartar la vista de él y concentrarla en el río—. Pero que tú me quieras no me va a volver mejor persona.

Me agarra el brazo y me obliga a volverme hacia él.

—¿Por qué?

—Porque... —le digo, intentando formar las palabras. Pienso—. Porque yo no iba por ahí esperando a que algún chico me quisiera.

Me fulmina con la mirada, aprieta a ratos los puños, como si quisiera pegarme. Sé que no lo hará.

—Así que, para ti, yo soy solo «algún chico». Qué egoísta eres, joder. Dices que me quieres pero, aun así, vas a dejarme, vas a renunciar a la vida sin haber hecho aún nada en ella.

—¡He vivido la vida, y la vida me ha escupido!

Me observa con desconfianza.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

—¡Es culpa mía que ella esté muerta, joder!

Colter suspira.

—Eso ya lo hemos hablado.

—Tú no conoces toda la historia. Nadie la conoce.

Cruza los brazos sobre el pecho y, con gesto de impaciencia, ladea la cabeza.

—Mi padre engañaba a mi madre. Yo lo sabía desde hacía tiempo. El día de Halloween las cosas explotaron y me peleé con él. Creo que Tate nos oyó y se asustó. Dios mío, todo fue culpa mía. Debería habérselo contado a mi madre cuando lo descubrí. Pero esperé.

Aspiro hondo y hago esfuerzos por no desmoronarme. El recuerdo de esa noche se filtra en mi cerebro como si fuera líquido.

—¡Mentiroso! —grito mientras subo por la escalera.

—No te vayas mientras estamos hablando —me ordena mi padre con voz ronca.

—Vete a ver a tu novia y déjame en paz —digo yo entre dientes. O eso creo yo.

—¿Qué acabas de decir? —me pregunta él subiendo la escalera en dos zancadas.

Llego a mi habitación y cierro de un portazo. Estoy temblando de miedo y de adrenalina. Él golpea la madera. Me asusto con cada golpe. Me separo de la puerta. Se me va a salir el corazón por la boca.

—Esto es inaceptable, Ellery.

—Me prometiste que dejarías de verla —le digo a través de la puerta cerrada.

—Y así lo hice. ¿Quién te ha dicho lo contrario?

—Yo misma te oí. Sé que fuiste a verla.

—Eso es ridículo —replica él—. ¿De dónde has sacado esa invención?

No soporto que use sus argumentos baratos para hacerme sentir como una tonta, o para darse importancia.

—Pienso contárselo.

—No, no se lo contarás —dice él en tono amenazador, fantasmal.

—No puedes impedírmelo.

—Tú mantén la boca cerrada —dice él. Oigo que se aleja, y mi enfado pasa de llama a incendio.

—Muy bien, «papi» —susurro.

Recorro las paredes de la habitación con la mirada. Todos los pósteres, los colores, la alegría, me observan con condescendencia. Arranco el primer cartel. El ruido del papel al rasgarse inunda el aire. Me gusta. Lo he liberado, le he dado una razón para existir. Rompo otro y sigo, en un arrebato, destruyendo todo lo que decora las paredes. El papel fino cede entre mis dedos y me hace sentir poderosa, como si yo sola pudiera conquistar el mundo. La sensación solo dura un momento. Me echo sobre la cama y el llanto regresa con violencia. Me falta algo, y no consigo saber qué es. Es algo que está fuera de mi alcance.

No puedo seguir con esto. Me froto los ojos porque quiero arrancarme las lágrimas. Ya no las quiero. Me arañó la cara con las uñas hasta que se manchan de sangre. Pero eso no hace que me sienta mejor. El dolor solo es un alivio temporal.

Recojo las llaves y corro hacia la puerta, con la cara ensangrentada y los

dedos manchados de sangre. Mi padre se ha ido.

Tienes que contárselo.

La lluvia me golpea la cara con fuerza y se me nubla la vista. Dejo que las gotas me empapen. Ya no hay marcha atrás. Él me odiará. Ella me odiará. Tate... Dios mío. ¿Qué pensará Tate?

—No. No tengo alternativa.

Con el pelo mojado y los vaqueros empapados, me monto en el Escape y arranco. Las ruedas derrapan un poco en el camino. Piso a fondo el acelerador.

Estás haciendo lo correcto.

La lluvia helada choca contra el parabrisas, lo golpea como si unos palillos largos de madera impactaran contra un metal. Ya se me han secado las lágrimas y la sangre, y la piel se me tensa y me escuece. El único sonido es el rumor amortiguado de los limpiaparabrisas. El vaivén intermitente. Hacia un lado y hacia otro. Me miro en el retrovisor y me asusto de mi aspecto.

Estás realmente loca.

La bilis me sube por la garganta. Trago saliva y cruzo el puente.

Todo ocurre como dentro de una pompa que lentamente crece y crece más.

El charco de la carretera que me hace derrapar. El coche que choca contra el protector, que sale disparado del puente de Dover hacia el agua.

El descenso dura horas, y a la vez, segundos.

—¿Hermanita?

Una voz muy baja me llega desde el asiento trasero.

La desesperación es instantánea. En lo que quedaba de mi vida todo ha cambiado. Mis pensamientos, mis actos. Mi corazón se divide en piezas diminutas.

—¿Qué pasa? —dice mi hermana exagerando mucho la entonación de la pregunta, como hace siempre.

Levanto el pie del acelerador y miro hacia atrás, y veo sus ojos castaños, tan inocentes, tan desconcertados. El tiempo se congela.

¿Cómo puede estar aquí?

—¡Ponte el cinturón! ¡Quieta! —le grito, echando el brazo hacia atrás en un absurdo intento de protegerla del impacto. Ella se desplaza hacia delante, las piernas y los brazos agitándose en el aire, la cara descompuesta en un gesto de dolor e incompreensión.

Intento sujetarla, pero mis manos atrapan solo aire vacío.

Esa fue la última imagen que vi. Ni siquiera recuerdo el impacto con el



agua, ni cómo diablos sobreviví. Los médicos me explicaron que se combinó el tipo de coche con la suerte pura y dura. Soy yo la que debería estar en el fondo del río.

—Iba camino del hospital para contarle a mi madre lo que le estaba haciendo mi padre cuando el coche patinó y se cayó por el puente. No sé si iba muy rápido. Pero seguro que sí, porque no pude controlar nada. El coche empezó a caer hacia el agua, y en ese momento oí su voz y supe que se había metido en el coche para alejarse de nosotros, de nuestra discusión. No tenía otro sitio donde esconderse.

Me siento en la barandilla y concentro la vista en el río. Él se acerca por detrás, tira un poco de mí para que me apoye en su pecho y coloca su barbilla en mi cabeza.

A salvo.

—La vi morir. Vi su carita a través de la confusión, y después la realidad de que para ella era el final. —Me seco unas lágrimas ácidas de los ojos—. No pude consolarla. Intentaba pensar en la manera de salvarla. Pensé que yo también iba a morir, pero no me importaba. Debía salvarla a ella. ¿Has visto alguna vez a alguien en el momento en que es consciente de que va a morir? No me refiero a los casos en los que se ve venir. Me refiero a cuando no tienen ni idea y de pronto... ¡bum! Tienen segundos. Segundos apenas para asumirlo.

—Dios mío —susurra él con la boca pegada a mi pelo.

—Intenté sacar... sacar el brazo, pero fue inútil.

—Estoy seguro de que hiciste todo lo que pudiste.

Su aliento tibio me mueve los cabellos.

—Soy yo la que debería estar ahí abajo. Merezco estar bajo esas aguas para poder sentir lo que ella sintió. Para que de alguna manera se haga justicia.

—Con eso no conseguirás de pronto que el mundo sea un lugar justo. ¿Realmente crees que tu hermana querría que estuvieras en el fondo de ese río? —me pregunta, observando el agua fijamente.

—Ella me admiraba, y yo la decepcioné de la peor manera posible. No hice nada para salvarla.

—Te quería. Eras su hermana mayor. Querría que superaras todo esto.

Me vuelvo y le aparto los brazos.

—Eso tú no lo sabes. Ni siquiera la conocías.

—Mi hermano no querría que yo me suicidara por no haberle ayudado.

Podría haberlo salvado. Si se lo hubiera contado a alguien, seguiría vivo.  
¿Acaso crees que no sufro todos los días por eso?

—¿Piensas que contárselo a alguien habrías conseguido impedirle que lo hiciera?

—Nunca lo sabré. —Aprieta la mandíbula, como hace siempre que está enfadado—. Tú estás optando por la salida fácil. Como él.

—¿En serio crees que esto es fácil? —Paso las piernas sobre la barandilla del puente y me acerco más al borde. Oigo que él ahoga un grito.

—No, ni siquiera puedo imaginarme por lo que has pasado.

—Mi padre me culpa por su muerte. Ni siquiera me habla.

Él posa suavemente las manos en mis hombros.

—Es un capullo, y no se merece que mueras por él.

—Para ti todo es muy simple.

—No lo es, pero puede serlo.

Aspiro hondo, bajo la vista y miro el río.

Pronto.

Sobre el puente el aire se ha vuelto más denso con la verdad. Está cargado de verdad. Todo lo que he mantenido en secreto brota de mí como si fuera líquido. Me vuelvo al borde del puente para que Colter pueda oír las palabras que voy a pronunciar.

—Yo sabía lo de Deán y no hice nada —susurro, ladeando la cabeza—. Ya que estamos, más me vale confesar todos mis pecados.

Él abre mucho los ojos, sorprendido.

—¿Tú sabías lo que quería hacer?

Asiento.

—Lo habíamos hablado. Lo de suicidarnos. Él no quería que yo lo hiciera, y yo no quería que lo hiciera él. —Suelto una carcajada desesperada—. Menuda ironía. Que quisiera que viviera pero no hiciera nada por ayudarlo. No se lo dije a nadie, y él no le contó a nadie mis planes. Era una especie de pacto secreto.

Colter me suelta los hombros y retrocede un poco.

—Pasaba por su trabajo y por delante de su casa siempre que podía. Lo observaba desde la distancia. Pero ¿sabes qué es lo más jodido? Que al final ya no sabía si lo vigilaba porque temía que se suicidara o porque me fascinaba el hecho de que alguien más también quisiera hacerlo. —Aspiro hondo una vez más—. ¿No ves de quién te has enamorado?

Él hace ademán de interrumpirme, pero yo balanceo las piernas sobre el borde del puente y miro hacia el agua.

—Ellery.

Hay pánico y miedo en su voz, pero yo hago esfuerzos por ignorarlo.

Suicidarme es el paso lógico. He hecho daño a mucha gente. Es culpa mía que nadie vaya a descubrir nunca que Deán tenía sentido del humor, o que conocía un chiste malo de unos tomates. O que por debajo de aquel aspecto

arisco había un alma delicada. Es culpa mía que ya nunca vaya a poder oír la risa de Tate, que ella ya no pueda conocer a Colter. Nunca se casará, nunca besará a un chico, nunca se graduará, nunca será la tía Tate de mis hijos. Desaparecerá de mi memoria, al principio lentamente, como esas preguntas de los exámenes para los que tanto estudiaba y que al cabo de una semana ya había olvidado. Su pelo perderá viveza, sus ojos castaños ya no tendrán color y su sonrisa se difuminará. Ella se ha ido para siempre.

—No, Colter. Yo soy esta. Una persona horrible. —El aire frío nos rodea, y la luna se oculta como si ella también se avergonzara de lo que he hecho. Me paso una mano por el pelo para ponerlo en su sitio. Giro la cabeza y miro atrás, temblorosa, y lo veo—. ¿Es que no lo ves? Me merezco esto.

Con un rápido movimiento, Colter pasa una pierna sobre el protector y queda a horcajadas sobre el cemento.

—Está bien. Así que quieres saltar. Pues entonces saltemos.

Se me para el corazón y me falta el aire.

—Colter, no.

Pasa la otra pierna por encima del muro y ahora las dos le quedan colgando del borde del puente.

—¿Qué? ¿Yo no merezco morir? Llevo sobre mi conciencia la muerte de mi hermano. Si me tiro, ¿no se hará justicia en el mundo?

Se echa hacia delante y yo adelanto un brazo para frenarlo.

—Para. Ya veo lo que estás haciendo.

Él menea la cabeza.

—¿Cómo te sentirías si saltara? ¿Si saltara ahora?

—Yo... Tú no vas a saltar.

Recupero el aliento, respiro agitadamente, de manera impredecible. Mi cuerpo se llena de una sensación distinta, el temor a perderlo, y es como ver de nuevo a Tate chocar contra el parabrisas delante de mí. Un cuchillo se me clava lentamente por toda la superficie de la piel. Lo único que me importa es alejarlo de ese puente.

—¿Cómo sabes que no voy a hacerlo?

—Ya basta —replico.

—¿Por qué, Ellery? —dice en su tono de agente de seguridad—. ¿Por qué tengo que parar? —Me mira expectante, sujetándose sin demasiada fuerza a la barandilla con las dos manos y asomándose al vacío.

—Porque... Te quiero y te necesito y no consigo imaginarme el mundo sin ti. Porque tu hermano pequeño no podría admirarte ni imitarte, y porque ya no

podrías enseñar a tus sobrinas a robar caramelos. Porque quedarse sin ti sería algo devastador.

—Porque nada. —Se echa más hacia delante y a mí me entra el pánico y me bajo del borde de cemento.

—¡Para ya! —le grito, tapándome los oídos y cerrando los ojos. Me acurruco en el suelo y empiezo a enumerar estados—. Alabama, Alaska...

Colter me rodea con los brazos y todas las células de mi cuerpo lo desean. Él me ha roto todos los esquemas, pero lo quiero.

—Ellery, lo siento. Por favor... Dios mío...

Alzo la vista, lo miro a los ojos y trato de controlar el ritmo de mi respiración.

—No puedo perderte —le digo.

—Nunca—responde él abrazándome con fuerza. Yo me hundo en su abrazo, él me mece suavemente y me protege del viento.

Aparca en casa media hora más tarde y apaga el motor del coche.

—Creo que debería quedarme contigo esta noche. Puedo dormir en el suelo.

Mi cuerpo desea estar junto al suyo. He dejado que me trajera a casa desde el río, y a mi mente regresan una y otra vez muchas razones para salir corriendo. Pero no puedo dejarlo solo.

—Mi madre no vuelve hasta las siete. Puedes dormir conmigo.

Se inclina sobre mí y me besa suavemente en los labios.

—Yo hablo en sueños.

—Yo doy patadas.

Nos bajamos del coche a la vez y entramos en casa. El aire todavía está cargado de nuestra discusión, de las palabras que hemos pronunciado. Lo hemos dejado todo atrás, en ese puente, y yo solo quiero dormir.

1 día después

Amanece enseguida. Despierto sin notar los brazos de Colter a mi alrededor y me siento desnuda y vulnerable, como no me sentía desde hace mucho tiempo. Halloween fue ayer, y una vez más mis planes se han trastocado. Los rayos de sol pintan mis paredes de un amarillo pálido, iluminan la austeridad de mi cuarto. Una sensación de incomodidad se apodera de mi cuerpo.

No tengo ningún plan.

Necesito un plan.

Tengo la sensación de que las sábanas son de papel de lija. Las paredes se echan hacia delante como si tuvieran ruedas. Empiezan a transformarse en siluetas y en sonrisas diabólicas. Salgo del dormitorio y bajo al salón con la respiración entrecortada.

¿Dónde está Colter? ¿Qué hora es?

Al despertarme no lo he mirado. Siempre consulto la hora por la mañana: forma parte de mi rutina diaria. Tampoco he pasado por el baño para arreglarme antes de bajar.

¿Qué me está pasando?

Trago saliva y me apoyo en la barandilla. Son solo escalones.

El aire se concentra y me cuesta respirar, como si me entrara melaza por la boca y me impregnara los pulmones. La escalera empieza a tirar de mí hacia el suelo, cada vez más, hasta que me hundo en la madera. Está pegajosa y me arrastra los pies cuando intento despegarlos de los peldaños. Unas sombras surgen de las paredes, me dan zarpazos, intentan entrar en mí. Yo hago esfuerzos por aferrarme a cualquier cosa, pero las manos me quedan vacías.

Y me asfixio, como si la vida me apretara, me retorciera el cuerpo.

—Aire —susurro—. Necesito aire.

—Ellery —dice mi madre en voz baja—. ¿Estás bien, cielo?

Haciendo esfuerzos por respirar, sigo el rastro de su voz con pasos pesados, levantando las piernas del suelo de madera líquida y cerrando los ojos para ahuyentar las sombras.

Esto no es real. «Alabama, Alaska, Arizona... Arkansas.» El aire empieza a entrar en mis pulmones y se lleva el sopor tan deprisa como lo ha traído.

El salón está bañado con la misma luz pálida que cubría las paredes de mi habitación, pero los rayos están teñidos de verde, el color de las cortinas. Mis pies vuelven a hundirse pesadamente en el suelo cuando descubro quién está sentado en el sofá, frente a mi madre. No ha cambiado desde la última vez que nos vimos. Tiene, eso sí, la barba mejor recortada y lleva otras gafas de pasta más gruesa, más modernas. Todavía no se ha quitado esos mocasines marrones tan ridículos.

Cierro los ojos y aspiro hondo.

—Doctor Lamboni.

Colter lo ha contado. El cuerpo no se me enciende como me temía. Está demasiado agotado del esfuerzo de bajar por la escalera sin hundirse.

El doctor Lamboni me dedica una sonrisa forzada que revela más que su mirada. Tiene los ojos vidriosos, como si hubiera tomado más café que comida en las últimas veinticuatro horas.

—Hola, Ellery —dice en ese tono suave y desagradable que recuerdo muy bien.

—Cielo, el doctor Lamboni solo quiere hablar contigo —dice mi madre evitando mirarme a los ojos. Sostiene un paño entre los dedos y hace esfuerzos por no destrozarlo.

Está mintiendo.

Él asiente, dándole la razón a mi madre.

—No he venido para que tu situación empeore. Por favor, entiéndelo. Solo quiero ayudarte.

Lo ha contado. Colter se ha chivado. Una parte de mí nunca creyó que fuera a ser capaz. No. Tal vez mamá lo ha averiguado por otra vía. Él nunca me delataría.

—¿De qué se trata? —pregunto, consiguiendo de algún modo que mi voz traspase el sopor que recubre la sala.

Mi madre retuerce el paño entre los dedos; es el que tiene cosido el gran pavo de Acción de Gracias.

—Cielo, está aquí para ayudarte. —Le flaquea la voz, y me doy cuenta de que unos lagrimones negros le manchan la cara—. Siéntate, por favor.

El salón empieza a dar vueltas, los pies me pesan cada vez más, los latidos de mi corazón ya no saben qué hacer.

—¿Quién os lo ha contado? —pregunto con la esperanza de que la respuesta no sea «Colter». Con la esperanza de que la persona en la que más



confío no me haya traicionado. No me haya roto el corazón más de lo que me lo ha roto ya.

—Eso no importa.

—Pero ha sido Colter. Es el único que puede haberlo hecho.

El doctor Lamboni aspira hondo pero no dice nada. Lleva las palabras escritas en su bronceado rostro.

Agarrotada de los pies a la cabeza, me sujeto en el respaldo del sofá y me siento junto a mi madre. Me fijo en las franjas que se dibujan en la pared mientras ellos hablan de la duración de mi estancia en el hospital, y del tiempo que deberé pasar acompañada de otra persona en todo momento y de las normas del centro.

Mi madre se echa a llorar. El doctor Lamboni la consuela con esa vocecilla suya, en ese tono paternalista que usaba conmigo. Ella se cubre la cara con las manos y es el único momento en que suelta el paño.

—Tenemos que contárselo a su padre. Debería estar aquí —le dice ella al doctor.

—¡No! —intervengo yo con la poca convicción que me queda—. No quiero verlo. Si lo llamáis, encontraré la manera de hacerlo. ¡Ni se os ocurra! —grito.

Levanto una lámpara y la estampo contra una de las paredes bañadas por el sol, y la sensación que experimentó es conocida, como cuando arranqué los pósteres de la pared y los rompí.

—No pienso dejar que se me acerque nunca más —grito mientras levanto la lámpara de la otra mesilla auxiliar y hago el gesto de lanzarla. Pero en ese momento un tirón súbito me saca de mi arrebatado de rabia. Me cuesta respirar, y la mano que sostiene la lámpara tiembla y amenaza con dejarla caer al suelo. Sin tiempo a parpadear, veo que la lámpara regresa a su lugar y noto que alguien me sujeta del otro brazo. El doctor Lamboni me agarra con fuerza y me lleva hacia la butaca de la esquina.

Mi madre abre mucho los ojos, y el asombro, la sorpresa que veo en ellos me saca de mi estupor.

¿Qué acabo de hacer?

—¿Mamá?

No importa. Ya ha pasado.

—Oh, Ellery —dice ella retorciendo el paño con la escasa energía que le queda.

Los dos me miran con cautela, intentando determinar, supongo, si ya estoy

más estable.

—Debes hacer un poco de equipaje. Tenemos que llevarte al hospital.

—¿No vais a preguntarme si soy un peligro para mí misma? —replico—. ¿Vais a fiaros más de la palabra de Colter que de la mía?

El doctor Lamboni se lleva dos dedos al puente de la nariz y se vuelve a mirarme con dureza.

—Sí, me fío más de él.

Me levanto de un salto y el doctor Lamboni y mi madre hacen lo mismo, como si creyeran que voy a escapar y ellos fueran a atraparme. Así es como será mi vida a partir de ahora. Siempre habrá alguien vigilándome.

—Te ayudaré a hacer la maleta —dice mi madre con tristeza en la voz.

Yo me vuelvo hacia ella y entrecierro los ojos, como hago siempre que quiero que me crea.

—Mamá, Colter miente. ¿Es que no ves que os está poniendo a todos en mi contra?

Ella cierra los ojos y se le escapa una lágrima.

—¿Quieres que te prepare yo el equipaje? —me pregunta con voz cansada. Bajo los hombros y, de momento, acepto la derrota.

—No, ya lo preparo yo.

La escalera no se hunde cuando subo por ella. La vida real ha vuelto, y es peor que el horror del suelo movedizo. Mi madre me sigue y me observa mientras meto mi vida en una maleta pequeña, rosada y blanca, que es la única que tengo y que me compraron cuando fui a Disney World en cuarto de primaria.

¿Cómo ha podido traicionarme Colter? «Te doy de tiempo hasta Halloween», me dijo. Tal vez en todo momento tuvo la intención de contarlo. Tal vez ni siquiera me quiere. Todo ha sido un gran engaño para que reciba ayuda, para que él obtenga su salvación y negarme a mí la mía. Ojalá no fuera aún demasiado tarde y pudiera pedirle que me devolviera el corazón.

Con mi maleta rosa a cuestas, salgo acompañada de mi madre y el doctor Lamboni y me dirijo hacia lo desconocido.

Estoy convencida de que el hospital es el lugar más terrorífico del mundo. Ahí es donde va la gente a morir. ¿Cómo no va a ser espantoso? Como no he llegado a cortarme las venas, tardan una hora en asignarme habitación. Mientras espero me dicen que un psiquiatra evaluará mi nivel de «suicidalidad». Como si hubiera categorías. «Hoy me siento suicida en una cuarta parte, o en un cincuenta por ciento, y el otro cincuenta por ciento es normal.» Todo esto es insultante.

Me he bebido ya mi segundo refresco cuando la enfermera viene a vernos y nos lleva a un espacio situado en la misma planta. Entramos, y al momento me recuerda a mi habitación: desnuda, austera. Pero huele a lejía y al detergente que deben de usar para lavar las sábanas... y a mi madre. Mi madre huele igual cuando la abrazo.

La enfermera es joven, tendrá unos veintitrés años, y lleva un uniforme de trabajo color azul celeste con estampado de patitos de goma. Mi madre usa uno igual.

—Puedes sentarte en la silla, si quieres. El doctor Chambers solo va a formularte unas preguntas.

El doctor Lamboni le susurra algo a la enfermera, que sale poco después. Él se acerca a la puerta.

—Yo me voy, pero estaré en el pasillo. Hay otro paciente que necesita verme. —Me sonrío. Es una sonrisa sincera que hace que me revuelva en el asiento. Sabe cosas de mí que no sabe nadie más. Cuando alguien está en posesión de tus secretos más profundos, te sientes incómodo a su lado, como si fuera a revelarlos en cualquier momento—. El doctor Chambers es genial. Estás en buenas manos —dice, y sale de la sala.

Mi madre, finalmente, se sienta en la otra silla. La cama queda vacía.

—¿Quieres que vaya a buscarte algo de comer?

—No, estoy bien.

Se agarra a los apoyabrazos de la butaca.

—No, no estás bien. ¿Cuánto tiempo llevas con esto? —me pregunta con dulzura mientras presiona con los dedos el tapizado del asiento.

—«Esto» no es nada.

—¡Ellery, maldita sea! —me grita, levantándose de la silla, con la respiración agitada. Su tono de voz me asusta—. ¡A mí no me mientas!

Resístete. Si le cuentas la verdad, te encerrarán aquí para siempre.

—No lo sé.

—¡Ellery! —protesta ella.

—Un tiempo.

—No sé qué decir. Debería haberme dado cuenta. Lo siento.

—Mamá, no es culpa tuya —replico sin querer. Pero no puedo evitarlo. Estoy tan enfadada que no soy capaz de no responder a la gente en el acto. Es como si el enfado se hubiera apoderado de mí y me poseyera.

El médico llega poco después y se sienta delante de mí mientras mi madre sale a buscar su cuarto café. Es un hombre pequeño, de pelo escaso y pajarita de topos. Coge una libreta y anota algo.

—¿Piensas lesionarte? —me pregunta, con el bolígrafo preparado para anotar mi respuesta.

—No.

¿Qué otra cosa puedo decir? Esto... sí, me gustaría hacerlo con esa espátula que usáis para echar la lengua hacia abajo. ¿Cree usted que corta la piel?

—¿Piensas lesionar a otros?

—No —respondo al momento.

—¿Tienes planeado lesionarte en el futuro?

—No.

Hace una pausa y anota algo.

—¿Qué crees que conseguirías suicidándote?

Estoy a punto de decir que no de nuevo cuando me doy cuenta de lo que acaba de preguntarme. No me sale ninguna respuesta. Y no lo entiendo, porque no he estado pensando en otra cosa desde que falló la escopeta.

—Yo... —Esa no la sabía—. Supongo que se acabaría el dolor.

—¿El dolor de quién?

—El mío. El de todos.

—¿Tienes alguna esperanza, Ellery?

Mierda. Estas preguntas son más difíciles de lo que creía. Miro a mi alrededor. Las cortinas de la ventana son de un verde oscuro. La chaqueta del doctor Chambers es azul marino, la puerta es gris como la luna.

—Ellery...

—¿Esperanza en qué? —le pregunto yo a él, por si tal vez él tiene la respuesta.

—Dímelo tú —replica.

—No lo sé.

El doctor aspira hondo, cierra la libreta y se recoloca la pajarita antes de levantarse. Se dirige hacia la puerta y, desde allí, le hace un gesto a alguien para que entre.

La enfermera vuelve a entrar y me sonrío fugazmente.

¿Qué saben de mí que yo no sé? ¿Dónde está mi madre? ¿Van a atarme? El pánico se apodera de mi cuerpo al pensarlo. Bajo la vista y me miro las manos temblorosas.

—¿Qué me va a pasar? —le pregunto al doctor Chambers antes de que se ausente.

Él se vuelve con gesto de preocupación. Intento detener el temblor de mis manos sentándome sobre ellas, pero no lo consigo.

—Tendrás que estar aquí unos días, pero después podrás volver a casa. Tenemos que asegurarnos de que estés a salvo. ¿De acuerdo? —dice en tono sincero.

Las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas.

—Yo quiero irme ahora.

Él deja la libreta sobre la silla y la enfermera comprueba algo en el pasillo. El doctor vuelve a sentarse y me observa con atención.

—Ahora no puedo dejar que te vayas. Los dos sabemos que llevas mucho tiempo mintiendo. Y en esta entrevista no ha habido nada de verdad, salvo, tal vez, las respuestas a las dos últimas preguntas. —Se apoya en el respaldo—. Volveré mañana y charlaremos más. —Se pone de pie y recoge la libreta—. ¿Necesitas alguna pastilla para dormir?

Niego con la cabeza.

—¿Va a volver mi madre?

—Sí, va a volver. No tienes por qué pasar por todo esto tú sola.

Sale de la habitación y se detiene junto a la puerta.

—Hasta mañana.

Asiento mientras entra la enfermera. Me entrega una bata, pero no se va

mientras me la pongo. Se disculpa por tener que quedarse, por no poder dejarme sola.

Ella no lo sabe, pero nunca me he sentido tan sola en toda mi vida.

*2 días después*

El sol de la mañana baña de amarillo la habitación del hospital. El tono es más brillante, pero más falso que el de mi casa. Echo de menos el amarillo apagado de mi habitación.

Mi madre no se ha separado de mi lado desde anoche. Jugamos a las cartas hasta las doce, como hacíamos antes, hasta que al final el cansancio del día ha hecho mella en mí. Me ha dicho que Colter quiere venir a verme. Y Jackson y Janie también. Yo le he respondido que por el momento solo estaría en disposición de ver a Jackson. Se supone que vendrá temprano esta mañana, antes de clase. Me pongo unos vaqueros y una camiseta antes de que llegue y espero, mirando por la ventana los coches que pasan por la carretera.

Deán ya no está, ya no pasa por delante de mi casa con su bicicleta, ya no trepa a ese maldito árbol del patio del vecino. Cada vez que pienso en él me duele el pecho, como si tuviera una herida que no va a curarse nunca. Mi compañero de muerte. Pero yo no estoy muerta. ¿Ya se sabía desde el principio que las cosas iban a ser así? ¿Qué habría hecho yo si Colter no hubiera venido a buscarme?

—Eh, Ellery Bellery —dice Jackson a mi espalda.

Me vuelvo, y su cara está llena de... normalidad. No está triste, ni avergonzado, ni lleno de culpabilidad. Es él. Me acerco corriendo y lo abrazo con fuerza.

—Me alegro mucho de verte —le digo.

La tela de su camisa amortigua mis palabras.

—Yo también. Voy a reprimir las ganas que tengo de darte un golpe en la cabeza. Pero me va a costar.

Lo suelto y bajo la cabeza. Me siento al borde de la cama.

Él lo hace en la silla en la que el doctor Chambers se sentó ayer. Cruza las

piernas y las descruza.

—Este sitio está muy bien.

—Jackson Gray.

—¿Qué pasa? Mi abuela tenía que compartir habitación con un tío que olía a pedos de repollo. Te lo digo yo, esto es mejor.

Me río, y se me hace raro reírme en estas circunstancias.

—Es como una cárcel. Montan guardia en la puerta del lavabo cuando entro.

—¿Y te extraña? —dice él poniéndose serio.

—No.

Me encojo de hombros.

—¿Te dan pastillitas?

—Todavía no. Pero sospecho que empezarán pronto.

Asiente y recorre la habitación con la mirada. Vuelve a cruzarse de piernas.

—Pero si tienes pantalla plana y todo.

—Sí.

Aspira hondo.

—Colter está preocupado por ti. Cree que lo odias.

—No quiero hablar de él.

Él me mira mal, como la noche que me recogió en el Kmart cuando intenté devolver la escopeta. La noche que cambió mi vida. Me parece que hace siglos.

—Yo también lo habría contado, ¿sabes? Y no habría esperado tanto como él, además.

—Ya te he dicho que no quiero...

—Ya sé lo que me has dicho —me corta él—. ¿Qué te está pasando? ¿Realmente quieres suicidarte?

—Casi siempre, sí.

Es la verdad. Ya que estoy aquí, tal vez sea mejor que lo asuma. No es que, por arte de magia, quisiera dejar de quitarme la vida desde el momento en que pisé el hospital. Aunque parece que intentarlo tres veces y fallar tal vez signifique algo, tal vez signifique que no tenía que ser. Si lo intento una cuarta vez y fallo, ¿qué dirá eso de mí? ¿Que estoy decidida a hacerlo o que soy tonta? ¿Lo intentó Deán antes alguna vez y falló? ¿Habría venido a visitarme al hospital él también?

—De acuerdo, ahora ya lo hemos aclarado.



—Yo no quiero seguir mintiéndote —le digo—. Y estoy cansada de mentirle a todo el mundo.

—Pues no lo hagas —dice él en voz baja—. Habla conmigo. Estoy aquí. Siempre he estado aquí. Y siempre lo estaré. Déjame entrar en tu vida.

—Mejor para ti que no entres.

—Tú no tienes que decirme lo que es mejor o peor para mí. Soy tu mejor amigo. —Mueve la cabeza, señalándose a sí mismo—. Dispara. Estoy preparado.

La verdad asciende como un ácido por mi garganta, se agolpa en ella. Querría contárselo todo, pero podría perderlo.

—Yo sabía que Deán quería suicidarse. —Jackson no reacciona como yo esperaba a esas palabras. Sigue echado hacia delante, escuchándome con atención—. Lo sabía y no hice nada. No quería que muriera, pero creía que si se lo contaba a alguien sería una hipócrita, porque él también sabía lo mío. —Aspiro hondo—. Intenté suicidarme con una escopeta la noche que viniste a recogerme al Kmart. Me siento culpable por la muerte de mi hermana. Mi padre y yo discutimos esa noche, y ella se coló en mi coche, y yo derrapé y... —Empiezo a llorar, y me seco con brusquedad las lágrimas que me corren por las mejillas—. Estoy enamorada de Colter, y a la vez lo odio.

Ahora es Jackson el que me abraza a mí y me acaricia el pelo con delicadeza.

—Lo siento —le digo, abrazándolo con fuerza—. Lo siento mucho.

—Ya lo sé.

—Te quiero, ya lo sabes.

—Lo sé —dice él en voz baja—. Yo también.

—Cielo, tienes otra visita —dice mi madre asomando la cabeza por la puerta entreabierta. Me ve en brazos de Jackson y hace una pausa—. Le diré que espere hasta que hayáis terminado.

—No hay problema, señora. Creo que ya estamos. Jackson me suelta y me da un beso en la mejilla.

—He traído a Colter. Después me lo agradecerás.

—Pero...

Jackson sale sin darme tiempo a decir nada más. Maldito Jackson...

El nerviosismo se apodera de mi cuerpo y circula por mi sangre al oír su nombre. Colter está aquí, está a punto de entrar y me ha traicionado. ¿Cómo puedo amar y odiar tanto a la misma persona a la vez?

—No quiere verme, Gray —dice Colter desde el otro lado de la puerta.

Me echo hacia delante para oír mejor.

—Sí que quiere. Mira, está un poco llorosa, así que no seas duro con ella. ¿Llorosa? Qué capullo.

—¿Quiere verme? —pregunta Colter con voz lastimera. No parece tenerlo claro, y eso me mata, y me gustaría tranquilizarlo, pero no puedo porque en este momento lo odio demasiado.

—Tú entra. Si no quiere, ya te echará—dice Jackson.

La puerta chirría un poco al abrirse y yo me incorporo en la cama. ¿Es mejor que siga sentada o que me tienda? No sé si estoy despeinada. ¿Tengo marcas de lágrimas en la cara?

—Eh —dice él en voz baja. Su expresión es sombría, pero veo que hace esfuerzos por parecer esperanzado y sincero, a pesar del dolor que se refleja en torno a sus ojos. Lleva un libro bajo el brazo.

Yo querría correr hacia él y abrazarlo, como he hecho con Jackson, pero me quedo en la cama. No digo nada y él se sienta en la butaca que Jackson acaba de dejar libre. Se saca un libro de debajo del brazo y lo deja en el apoyabrazos.

—¿Qué libro es? —le pregunto.

—*El cuaderno de Noah*.

Hago esfuerzos por no llorar.

—¿Y por qué lo has traído?

—Me ha parecido que podría leértelo.

De mi garganta sale una especie de gruñido.

—No puedo creerme que te hayas gastado el dinero en eso.

Él ladea un poco la boca.

—La verdad es que es de mi madre.

—Tu madre tiene mal gusto para los libros.

—Pues, sinceramente, no es tan malo. Tiene sus momentos, ¿sabes? Habla sobre la esperanza.

—¿Esperanza para nosotros dos? ¿Esperanza para mí?

Mira a su alrededor y tuerce el gesto.

—Odio los hospitales. Hay mucha muerte.

—Sí, ya lo sé. Son tan deprimentes... —comento yo en broma.

Él me dedica su gesto exasperado, el que siempre le provoco yo, el que puede mostrar de improviso alguien que te quiere. Ya lo he visto en él varias veces. Deja el libro sobre una bandeja con ruedas que tiene al lado.

—Lo siento. —Se encoge de hombros—. Sé que me odias por lo que he hecho.

—Sí, tienes razón. Te odio.

Cierra los ojos y se apoya en el respaldo; se frota las manos en las perneras de los vaqueros.

—No tenía alternativa. Te di hasta Halloween. Cumplí con mi palabra, pero tú no cumpliste con la tuya. Intenté ayudarte, sumarme a lo que ibas a hacer. Ya no me quedaba otra cosa que intentar.

—Me traicionaste.

—Lo sé. —Levanta la barbilla y se echa hacia delante, apoyando los codos en las rodillas para estar más cerca de mí—. Y volvería a hacerlo.

—Todos habríais estado mejor sin mí. Finalmente el mundo habría tenido lógica.

—¿Tú crees que un mundo sin Deán es un lugar mejor? ¿A eso te refieres? ¿Cómo te sentiste al saber lo que había hecho?

Rebusco en mi mente, en mi corazón, y encuentro el sentimiento enterrado en un lugar recóndito al que no he querido regresar más. Intento expresarlo con palabras.

—Como si en mi vida ya nada pudiera volver a ser cálido, dulce, feliz. Como si todo fuera a verse arrastrado para siempre y en su lugar solo fueran a quedar sombras de recuerdos y no recuerdos de verdad.

—Pues ahora quiero que pienses en mí. ¿Cómo crees que me habría sentido yo si descubriera que tú...? —Carraspea—. ¿Cómo te hubieras sentido si me hubiera tirado por aquel puente?

Se me revuelve el estómago, el corazón me late sin control y se me saltan las lágrimas. Siento el cuerpo vacío, como si fuera un abismo hueco y nada pudiera llenarlo.

—Sería una agonía. Como si todos los peores dolores que he sentido en mi vida me atacaran de golpe, destruyeran mi cuerpo y mi mente y mi corazón a la vez hasta que solo quedaran astillas.

Me queda un poco más dramático de lo que pretendía, pero es la verdad.

Él me mira fijamente.

—Yo no habría sido el mismo sin ti. Toda mi vida habría cambiado y habría quedado definida por ese momento en el que optaste por el dolor y no por la vida. Me gustaría poder decir que no me pasaría nada. Me gustaría poder decir que tu muerte no me habría perseguido el resto de mi vida, pero no sería cierto. No se puede amar tanto a alguien y esperar salir indemne de una experiencia como esa. Las cosas no funcionan así. —Se acerca más a mí—. Cuando estabas en ese puente vi pasar instantes de lo que sería mi vida sin ti, y yo también quise subirme a él y hacer todo lo que fuera para que no saltaras. —Se muerde el labio inferior y los ojos se le llenan de lágrimas—. Ya sé que no puedes vivir por mí ni por nadie. Pero, al menos, vive por ti. No vivas por tu hermana, ni siquiera por Deán. Ellos ya no están. Lo siento, sé que no es eso lo que quieres oír, pero es así. Y no van a volver.

Sus palabras me golpean como si me atropellara un camión. Todas las preguntas que llevo haciéndome, todo el dolor... ¿Es eso lo que he estado haciendo? ¿Vivir por ella?

—Pero que Tate esté muerta es culpa mía. Y que esté muerto Deán —le digo, pero las palabras ya no me suenan igual. Ya no estoy segura de creérmelas. Es como si hubieran salido de la boca de otra persona.

Él menea la cabeza, se levanta y viene a sentarse a la cama, junto a mí.

—No es culpa tuya. Tampoco es culpa mía que mi hermano se suicidara. Al verte pasar por todo esto, al estar contigo... Me he dado cuenta. Yo era una persona muy cerrada antes de conocerte. El recuerdo de mi hermano también me perseguía. Ni siquiera me había dado cuenta de lo mucho que me culpaba hasta que vi que tú hacías lo mismo. Y entonces pensé que tú también tenías que liberarte. Quería que fueras libre, que era como empezaba a sentirme yo. —Se acerca más y me cubre una mano con la suya—. Eres libre, Ellery.

—No lo soy. ¿Lo soy? ¿Con decirlo basta?

—Lo eres. Déjalos libres. No hace falta nada más. Ellos ya están listos. Si estuvieran aquí, te dirían lo mismo. Busca las respuestas en tu corazón.

Le aprieto la mano y entrelazamos los dedos.

—No es tan fácil.

—Ya lo sé. —Me levanta la mano, se la lleva a los labios y me la besa con dulzura—. Pero yo estaré aquí mientras lo superas. No estás sola.

Me suelto de su mano y me seco las lágrimas.

—La he cagado en serio, ¿verdad?

—Pues sí. —Sonríe.

Yo lo aparto un poco hacia un lado y él ahoga una risita para liberar la tensión.

—¿Y si te leo un fragmento del libro?

—¿De verdad?

—Sí, es nuestro libro.

Se me escapa media risotada.

—No, no lo es. Es nuestro antilibro.

Él arquea una ceja, levanta el libro y lo abre por la primera página mientras apoya la espalda en la pared. Sin darme tiempo a decir nada, lo cierra y levanta la cabeza, como si acabara de tener una idea.

—Pues entonces también necesitamos tener una antipelícula.

—Define los términos.

Él ladea la boca.

—Réplicas cursis, trama imposible.

Rebusco en mi memoria alguna película de réplicas tan cursis como las de *El diario de Noah*.

—Ya la tengo.

—Yo también —dice, sonriendo de oreja a oreja—. Muy bien, la decimos a la vez.

—Anda que esto que estamos haciendo no es cursi...

—Calla. A la de tres. Una... dos... tres: *¡Tienes un e-mail!* —dice él al tiempo que yo digo *Jerry Maguire*.

—Sí, esa también es muy buena. —Baja la cabeza para que quede a la altura de la mía—. Tú me completas —dice, con una sonrisa bobalicona. Yo le doy un codazo, él me agarra los brazos, me acerca a su pecho y me abraza—. «Estoy a salvo.» Dilo.

—Venga, vamos. No sería capaz de mirarme en el espejo si lo dijera.

Él me besa la oreja y me la sopla suavemente.

—Dilo —susurra, y yo me estremezco.

—No —susurro yo.

Él desplaza los labios hasta mi cuello y me besa, y cada vez que me besa me susurra que lo diga.  
Pero yo no lo digo.

15 de mayo

—¿Adonde vamos? —pregunta Colter mientras lo llevo al zoo en mi coche.

Al doctor Chambers le parece adecuado que regrese al zoo con personas que son importantes en mi vida. Me cuesta creer que hayan pasado seis meses desde que empecé la terapia, y Colter sigue conmigo. Tengo mucha suerte.

El se ríe cuando ve la señal de tráfico con la cebra.

—¿Al zoo? Creo que no he estado desde que tenía unos doce años, diría.

Encuentro una plaza de aparcamiento y le doy un beso en la mejilla.

—Traía a veces a Tate aquí. Hace bastante que no vengo.

Me sienta bien pronunciar su nombre en voz alta sin que la culpa me retumbe en la cabeza. La terapia ha sido mucho más dura de lo que creía. No es que creyera que fuera a ser fácil, pero enfrentarme a todas las pesadillas que he vivido es algo para lo que no estaba preparada. Ahora mi mente está metida dentro de esos frasquitos de color naranja que contienen los medicamentos, pero el doctor Chambers dice que no voy a tener que tomarlos toda la vida, sino solo hasta que aclare algunas cosas.

He encontrado la manera de perdonarme a mí misma, o al menos he llegado a algo que se acerca al perdón. No olvidaré. No puedo. Pero al conseguir liberarme de lo que ocurrió sentí que iba a ser capaz de cualquier cosa. De ser cualquier cosa. Jamás pensé que volvería a sentirme así.

Colter sonrío como si acabara de robar algo que no debería ser suyo.

—Nunca lo he hecho en un zoo, ¿sabes? —me dice, arqueando una ceja.

Yo le doy un golpecito en el brazo. Bajamos del coche y nos dirigimos a la entrada del zoo. Los graznidos de los pájaros y los chillidos de los monos me devuelven a los días en que traía a Tate hasta aquí. La veo persiguiendo a las

aves, intentando levantar el vuelo como ellas. Sonríe, pero momentáneamente me invade una oleada de desconsuelo.

Alzo la vista y respiro hondo un par de veces, pensando en las afirmaciones positivas que el doctor Chambers me ha enseñado, hasta que vuelvo a sentir calma.

«Tienes una buena vida. Puedes hacer cualquier cosa.» Por suerte, basta con pronunciar esas frases mentalmente. Incluso yo sé lo ridículas que suenan cuando se dicen en voz alta. Eso sí, las escribo, junto con las demás ideas que se me ocurren, en un diario muy feo que tiene la imagen de un sol en la tapa.

Después de pagar la entrada, arrastro a Colter hasta el corral de las cabras. Jackson y Janie se reunirán con nosotros dentro de nada junto al recinto de los tigres. Atticus también vendrá, con Grace. Acaban de llegar de Disney World.

Pero yo quería traer a Colter al establo de las cabras, a solas. Tenía que verlas una vez más.

Él me mira, extrañado.

—¿En serio? ¿Las cabras?

—Sí, las cabras. A Tate le encantaba este sitio.

Colter mete una moneda en la máquina, le da la vuelta a la manivela y recoge un puñado de pienso. Se echa hacia delante y da de comer a uno de los animales. Sonríe como un niño, como si tuviera siete años y estuviera visitando el zoo con su familia. Es increíble que ciertos movimientos, ciertas escenas de la vida nos devuelvan a la infancia de esa manera. Pero lo veo en él, en su expresión. Acaricia la cabeza de la cabra y se ríe, y después se seca las manos en el pantalón. Viene hacia mí y me da un codazo para que sepa que está a mi lado.

El establo está lleno de niños que se ríen. Los veo emocionados, dispuestos a acariciar una cabra por primera vez, apartando las manitas y riéndose como solo los niños lo hacen.

—Yo creía que las cabras estaban aquí encerradas y vivían una vida muy triste. —Aspiro hondo y cierro los ojos un instante; los abro y veo el día soleado, y oigo las risas de los niños. La sonrisa de Colter—. Pero ahora veo que estos niños les dan mucha felicidad. Veo que su vida sería aburrida sin que nadie les acariciara las orejas, les diera el pienso que sale de esa máquina.

—Me encanta lo filosófica que te has vuelto desde que vas a terapia. Me da morbo —dice, acercándose más a mí.



Yo ahogo una risa y pongo los ojos en blanco.

—Supongo que he tardado un poco en entender que no todo es una trampa.

Colter me toma la mano y me atrae hacia sí.

—Pues a mí me encantaría atraparte y llevarte a ese pajar de ahí.

Yo me río y le doy una palmada en el pecho.

—Para ya, que hay niños —le digo burlona, con voz de maestra de escuela.

Él me rodea la cintura con los brazos, y ladea más la cabeza para llegar hasta mi oreja.

—Mejor. Se me da bien hacerlo en presencia del público —me susurra, y me roza la oreja con los labios; me da besos en la cara hasta que llega a la boca y la cubre con ellos.

No sé bien qué fue lo que me llevó a querer vivir de nuevo. No han sido un montón de revelaciones importantes, de gestos grandilocuentes. Ha sido más bien como si las piezas del rompecabezas de mi vida hubieran creado al fin un conjunto completo. Todas las esquinas incompletas, todos los ángulos irregulares de todos los momentos han empezado a importarme un poco menos. La Alegre Ellery ha dejado de existir sola, porque ella era yo. Mis sonrisas se han vuelto más francas, mi corazón ha empezado a latir con más fuerza. Finalmente, todo tenía sentido. La vida. Qué impredecible, qué desordenada, qué hermosa podía llegar a ser. Lo sé, lo sé: me cuesta creer que esas palabras salgan de mí sin ni un ápice de sarcasmo... (bueno, a lo mejor un poco sí.)

**Erica M. Chapman** perdió a su padre con dieciséis años, cuando este se suicidó, y en su cabeza siempre ha rondado una sencilla pregunta: «¿Por qué?» Decidió escribir sobre una chica que quiere morir para intentar entender por lo que él tuvo que pasar, convencida de que si lo lograba encontraría ese «por qué». Escribir *Enséñame a olvidar* le ha permitido no solo entender a su padre, sino también perdonarlo e intentar olvidar el dolor.

Chapman es una apasionada del fútbol, la música alternativa, Twitter y las series de CW.

**Diseño: Estudio Ediciones B / Leo Flores**

**Imagen: iStockphotos**

# ÍNDICE

ERICA M. CHAPMAN

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50  
51  
52  
53

Erica M. Chapman